

LO QUE SIEMPRE SOÑÉ

TRILOGÍA DESTINO

— VOL. III —

ALYSA GARLES

CONTENTS

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1: MÍA
CAPÍTULO 2: JAMES
CAPÍTULO 3: MÍA
CAPÍTULO 4: JAMES
CAPÍTULO 5: MÍA
CAPÍTULO 6: JAMES
CAPÍTULO 7: MÍA
CAPÍTULO 8: JAMES
CAPÍTULO 9: MÍA
CAPÍTULO 10: JAMES
CAPÍTULO 11: MÍA
CAPÍTULO 12: JAMES
CAPÍTULO 13: MÍA
CAPÍTULO 14: JAMES
CAPÍTULO 15: MÍA
CAPÍTULO 16: JAMES
CAPÍTULO 17: MÍA
CAPÍTULO 18: JAMES
CAPÍTULO 19: MÍA
CAPÍTULO 20: JAMES

CAPÍTULO 21: MÍA
CAPÍTULO 22: JAMES
CAPÍTULO 23: MÍA
CAPÍTULO 24: JAMES
CAPÍTULO 25: MÍA
CAPÍTULO 26: JAMES
CAPÍTULO 27: MÍA
CAPÍTULO 28: JAMES
CAPÍTULO 29: MÍA
CAPÍTULO 30: JAMES
CAPÍTULO 31: MÍA
CAPÍTULO 32: JAMES
CAPÍTULO 33: MÍA
CAPÍTULO 34: JAMES
CAPÍTULO 35: MÍA
CAPÍTULO 36: JAMES
NOTAS DE LA AUTORA

“LO QUE SIEMPRE SOÑÉ”

TRILOGÍA DESTINO

— VOL. III —

Alysa Garles

PRÓLOGO

A veces, la vida no se trata de los planes que trazamos con meticulosa cautela, sino de la fuerza con la que los giros inesperados derrumban nuestras defensas. Pasamos años construyendo armaduras invisibles, convencidos de que proteger el corazón del dolor es la única forma de sobrevivir. Nos conformamos con la calma de la rutina, creyendo que el destino es un camino cerrado y que las cartas ya han sido echadas.

Sin embargo, el verdadero viaje comienza cuando permitimos que el caos entre, cuando aceptamos que las cicatrices del pasado no definen el mañana y que la vulnerabilidad no es una debilidad, sino el mayor acto de valentía.

Este volumen marca el cierre de un círculo, el destino final de un sendero que comenzó en la incertidumbre y transitó por batallas que parecían imposibles de ganar. Es el momento de mirar atrás para entender que cada tormenta, cada duda y cada paso en falso eran necesarios para llegar hasta aquí. Porque irónicamente, cuando dejamos de defendernos de la vida, es cuando descubrimos que lo que siempre pareció un sueño inalcanzable, puede convertirse en la más hermosa y absoluta realidad.

CAPÍTULO 1: MÍA

Todavía siento que camino sobre una nube de la que no quiero bajar. Si hace un par de años alguien me hubiera dicho cómo sería mi vida actual, me habría reído en su cara con esa amargura que solía ser mi armadura. Yo no era la clase de mujer que fantaseaba con vestidos blancos ni mucho menos con lunas de miel de ensueño. Mi destino, o lo que yo creía que era mi destino, consistía simplemente en sobrevivir, en ocultar mis cicatrices y en no permitir que nadie se acercara lo suficiente como para ver lo rota que estaba por dentro.

Pero entonces llegó él. James Bernard, el hombre que no pedí, el hombre que me sacó de mis casillas y que, contra todo pronóstico, terminó por reconstruirme. Me equivoqué al pensar que el destino no tenía nada guardado para mí, porque me tenía reservado lo mejor.

James, siendo James, no dejó nada al azar. Organizó nuestra luna de miel a Grecia, el escenario perfecto para nosotros. Fue un guiño silencioso a nuestros inicios, a aquellos piques constantes en la oficina donde la mitología griega era nuestra arma arrojadiza. Definitivamente, había pensado en todo.

Nuestra primera parada fue Atenas. La ciudad de los dioses nos recibió con un calor vibrante que parecía mimetizarse con lo que sentíamos. James insistió en subir a la Acrópolis a primera hora; quería que viéramos el Partenón antes de que el resto del mundo despertara. Allí, frente a esas columnas milenarias que han resistido el paso de los siglos —igual que nosotros hemos resistido nuestras propias tormentas—, me rodeó con sus brazos por la espalda.

—Afrodita está celosa de ti —me susurró al oído.

—¿Por tener a alguien como tú a mi lado? —le dije levantando las cejas sarcásticamente.

—Por ser la mujer más hermosa de todo el cosmos —dijo sincero y me derretí—. Y también por estar con un dios griego, en toda la extensión de la palabra —rio ante su propia egolatría.

Paseamos por las calles estrechas de Plaka, perdiéndonos entre buganvillas y el olor a café griego. No podía irme de allí sin probar la infusión nacional: su famoso "Té de la montaña", el cual me encantó y me pedía cada vez que veía una cafetería a tiro.

Pero el momento más mágico fue el atardecer desde el Monte Licabeto. Ver Atenas a nuestros pies mientras el sol se ocultaba me hizo sentir pequeña, pero segura. Con la mano de James entrelazada con la mía, supe que ese era solo el prólogo de nuestra nueva vida.

De la historia pasamos a la calma de Milos. Fue el refugio que necesitábamos después de tanto ruido mediático y judicial. Sarakiniko nos dejó sin aliento; sus rocas volcánicas blancas eran tan irreales que parecía que estuviéramos caminando sobre la mismísima luna. Allí no había nadie, solo el blanco cegador de la piedra y el azul profundo del mar.

James alquiló un velero privado para llevarnos a Kleftiko. Al explorar aquellas cuevas que antaño fueron refugio de piratas, me di cuenta de que James también había sido un poco pirata: me había robado el corazón cuando menos lo esperaba. En la cubierta de ese barco, bajo un cielo estrellado y el suave balanceo de las olas, nos amamos con una intensidad que me hizo olvidar cualquier rastro de mi pasado.

Llegamos a Santorini y el lujo de Oia nos envolvió. Nuestra habitación tenía una piscina infinita que parecía fundirse con la Caldera. Pasamos las tardes catando vino Assyrtiko, dejando que el sabor afrutado y la calidez del sol nos adormecieran.

—¿En qué piensas? —me preguntó James una tarde, mientras el sol empezaba a hundirse en el Egeo.

—En que siempre tuve miedo de soñar —confesé, mirándolo fijamente—. Y ahora tengo miedo de despertar.

—No vas a despertar, Mía. Porque esto no es un sueño, es nuestra realidad —respondió antes de sellar la promesa con un beso

que sabía a champagne y a eternidad.

Finalmente, aterrizamos en el glamour de Mykonos. Nos perdimos por las calles blancas de Chora, sacándonos fotos en los molinos de viento como una pareja normal, sin secretos, sin juicios de por medio. Disfrutamos del relax en los exclusivos clubes de playa de Psarou, dejando que la música y el sol nos embriagaran.

Nuestra última cena fue en la Pequeña Venecia. Las olas del mar golpeaban suavemente la base del restaurante, salpicándonos de vez en cuando con esa bruma salada. Fue la despedida perfecta a un viaje de ensueño.

Sin embargo, durante todo el viaje, en el fondo de mi mente, aún resonaba aquella conversación en prisión con mi padre, aquella palabra que, en mi interior, había cambiado algo: hermano. Me surgían preguntas que aún no estaba lista para escuchar respuestas, preguntas que…

—... ¿Mía? ¿Estás aquí?

La voz de Belén me llegó como un eco lejano, rescatándome de las aguas cristalinas del Egeo y de las continuas preguntas sin respuesta de mi cabeza. Parpadeé un par de veces, sintiendo cómo el frío del aire acondicionado de la oficina reemplazaba el calor del sol griego que juraría haber estado sintiendo en la piel hace un segundo.

De repente, volví a la realidad. Me encontraba en mi despacho, rodeada de carpetas, informes y el zumbido constante de la ciudad de Madrid al otro lado del cristal. Belén estaba frente a mí, con una tablet en la mano, poniéndome al día de los últimos acontecimientos que habían ocurrido durante nuestra ausencia.

—Perdóname —dije, sacudiendo la cabeza y forzando una sonrisa de disculpa—. Me está costando volver a la rutina más de lo que pensaba.

Belén dejó la tablet en la mesa con un gesto comprensivo y me dedicó una sonrisa cómplice.

—Por supuesto, no te culpo. Después de todo lo que habéis vivido y de ese viaje de ensueño, yo tampoco querría volver. Estarías

loca si lo desearas.

Ambas reímos y continuamos la reunión durante una hora más, mientras yo hacía un esfuerzo sobrehumano por concentrarme en los expedientes, intentando por todos los medios no volver a evadirme.

Cuando finalmente terminamos, salimos de mi oficina. Belén se dirigió a su escritorio con paso eficiente, y en ese mismo instante, la puerta de al lado se abrió.

James salió de su despacho. Ahora ocupaba el despacho de su padre; una oficina amplia, imponente, que marcaba el inicio de su nueva era, ahora que mi suegro se había jubilado. Verlo allí, con las mangas de la camisa arremangadas y esa expresión de concentración que tanto me gustaba, me recordó lo mucho que habíamos cambiado.

Nuestras miradas se encontraron. Fue un contacto eléctrico, silencioso. James sonrió de esa forma que solo me dedicaba a mí, y tuve la absoluta certeza de que él tampoco estaba pisando el suelo de esa oficina, ni estaba en Madrid. Ambos estábamos de vuelta en la playa de Sarakiniko, en Milos, caminando sobre aquellas rocas blancas que parecían de otro planeta, sintiéndonos los únicos habitantes del mundo. Era nuestra ancla, nuestro pequeño secreto compartido entre el cemento de la ciudad.

Sin embargo, la magia duró apenas un suspiro. El sonido metálico del ascensor abriéndose al final de la estancia rompió el hechizo. La vuelta a la rutina nos invadió de una manera arrolladora, recordándonos que el paraíso se había quedado atrás y que los problemas que dejamos en pausa seguían teniendo nombre. Y ese nombre acababa de cruzar las puertas de la planta. Vanessa.

La vi avanzar por el pasillo con esa seguridad impostada que siempre la había caracterizado, aunque sus ojos delataban que sabía perfectamente que no era bienvenida. Se dirigió a Belén, quien se levantó de su escritorio con una rigidez que gritaba auxilio. Belén se acercó a nosotros a pasos cortos, deteniéndose a una distancia prudencial. Tardó unos segundos en pronunciar palabra; se le

notaba la incomodidad en la forma en que apretaba la tablet contra su pecho, como si fuera un escudo.

—Quiere hablar con vosotros —logró decir Belén con un hilo de voz.

—Dile que se vaya por donde ha venido —sentenció James.

Su tono fue tan alto y afilado que no me cupo duda de que lo utilizó deliberadamente para que Vanessa lo escuchara. Miré a James de reojo y sentí un escalofrío. Su mirada, que apenas un minuto antes era de pura complicidad y nos transportaba a las playas de Milos, se había transformado en el odio más absoluto. Era como ver una tormenta estallar en medio de un cielo despejado; sus pupilas estaban dilatadas y su mandíbula tan apretada que temí que se le rompiera algún diente.

Evidentemente, Vanessa escuchó las palabras frías y cortantes de James. Cualquiera con un mínimo de dignidad se habría dado la vuelta, pero ella no era cualquiera. A pesar del rechazo frontal, empezó a caminar hacia nosotros con paso firme.

Al ver que la confrontación era inevitable, Belén hizo lo que cualquier persona cuerda haría: se retiró. Pero no volvió a su escritorio, sino que caminó a paso ligero en dirección a la Gran Sala, desapareciendo de nuestra vista. Nota mental: yo hubiese hecho lo mismo. No querría presenciar lo que allí iba a suceder.

Me crucé de brazos, sintiendo cómo mi propio cuerpo se ponía en guardia. La burbuja de paz de la luna de miel no se había desinflado, había estallado en mil pedazos. Vanessa se detuvo a un par de metros, lo suficiente para que su perfume —ese aroma caro que siempre me había revuelto el estómago— llegara hasta nosotros.

—James, Mía... —comenzó ella, intentando suavizar la voz—. Sé que no soy la persona que esperabais ver hoy, pero...

James dio un paso al frente, interponiéndose físicamente entre ella y yo. Su instinto protector, ese que conocía tan bien, estaba en máximos históricos; podía sentir la tensión que irradiaba su espalda, como un muro de acero protegiéndome de una amenaza que ya nos había causado demasiado daño.

—Pero nada… —sentenció James con una firmeza que helaba la sangre—. No quiero volver a verte ni saber nada de ti. Vete, Vanessa.

—Por favor, James. Necesito hablar con vosotros —suplicó ella con voz rota, casi desesperada—. Solo una conversación. Te prometo que, cuando me vaya de aquí hoy, no volveré a molestaros nunca más.

En ese momento, me quedé paralizada, presa de una lucha interna. No sabía qué sentimiento predominaba más en mí: si el deseo visceral de que desapareciera de nuestra vista en ese mismo instante, o la curiosidad amarga de escuchar lo que tuviera que decir para cerrar ese capítulo de una vez por todas. El anhelo de no volver a verla nunca más acabó ganando el dilema; necesitaba que soltara su veneno y se fuera para siempre.

—Por mi parte, te doy cinco minutos de mi tiempo —dije rompiendo mi silencio—. Pero que quede claro: tras esos cinco minutos, no quiero volver a verte en mi vida.

James se giró hacia mí, mirándome sin comprender por qué le estaba dando una oportunidad, por mínima que fuera. Sabía que él solo quería borrarla del mapa, pero yo necesitaba ese punto final. Le apreté el brazo con suavidad, intentando transmitirle que tenía el control, y me dirigí con paso firme hacia la sala de juntas.

Vanessa me siguió en un silencio sepulcral. Cuando entramos, nos quedamos frente a frente. La estancia parecía haberse quedado sin aire. Mi mirada era de un odio puro, cimentado en cada mentira que nos había contado; la suya, en cambio, parecía haber mutado en algo parecido a la vergüenza.

Entonces, escuché el sonido seco de la puerta al cerrarse. James acababa de entrar, situándose a mi lado como una sombra vigilante.

—Te damos cinco minutos, así que aprovéchalos —ordenó él, cruzándose de brazos.

Vanessa asintió, nos miró a ambos y tragó saliva antes de empezar.

—Lo primero que quiero hacer es pediros perdón a los dos, sobre todo a ti, James —comenzó, y hubo un silencio compungido que pesó como el plomo—. Lo siento de verdad. No sé en qué estaba pensando, pero verte con otra… después de tantos años luchando por ti, esperando cada una de tus escapadas a España… En mi cabeza solo existía una opción y era que acabaríamos juntos. Y ver cómo todo eso que había imaginado se desmoronaba, de la noche a la mañana, fue algo que no pude soportar.

Hizo una pausa, tomando aire, y luego dirigió su mirada hacia mí.

—A todo esto se le sumó que conocí a… tu padre —confesó mirándome directamente—. Él hablaba horrores de ti, Mía. Me llenó de odio y me convenció de que James no podía estar con alguien como tú, con la clase de persona que él describía. Fui débil y me dejé manipular muy fácilmente.

La mención de mi padre envenenando la mente de Vanessa no me sorprendió, pero escucharlo en voz alta hizo que la herida, que yo creía cerrada, empezara a supurar de nuevo.

—Por mucho que te dijeran de Mía, eso no justifica lo que hiciste —estalló James, y su voz retumbó en las paredes de la sala como un trueno—. Me acusaste de agresión sexual, ¡por el amor de Dios! Podría haber acabado en la cárcel. ¿Realmente pensabas que ibas a conseguir algo con eso?

James dio un paso hacia ella, con los puños apretados a los costados. La rabia que había estado conteniendo durante meses estaba ahí, a flor de piel.

—No fui consciente de todo lo que conllevaba ese plan hasta que formulé la denuncia —respondió Vanessa, con la voz temblorosa —. Se lo dije a Diego, se lo dije a los abogados, pero ya era demasiado tarde. Me dijeron que, si me retractaba en ese momento, me acusarían de denuncia falsa y que entonces estaría en verdaderos problemas...

—Como lo estás ahora... —intervine con una frialdad que me sorprendió a mí misma.

No sentía ni un ápice de compasión. Sus "problemas" eran el resultado directo de su falta de escrúpulos.

—Sí, al final hemos acabado peor aún —admitió ella, y vi cómo las lágrimas empezaban a asomar a sus ojos—. Si hubiera retirado la denuncia a tiempo... Lo siento de verdad, James, Mía.

—¿Qué pretendes al contarnos esto? —escupió James, cortando su disculpa de raíz—. ¿Dar pena? Porque no me das ninguna.

Sus palabras fueron como látigos. James no estaba dispuesto a concederle ni el alivio del perdón.

—No, no es eso. Solo necesitaba pediros perdón —dijo ella en un tono de absoluta resignación—. Necesitaba que conocierais cómo lo pasé, lo que intenté hacer aunque no sirviera de nada. Me merezco todo lo que me está pasando, lo sé.

James consultó su reloj con una frialdad quirúrgica, ignorando el llanto contenido de la mujer que una vez formó parte de su círculo íntimo.

—Tus cinco minutos están a punto de acabar —sentenció—. Si esto es todo lo que tienes que decir, ya puedes irte.

Vanessa se limpió una lágrima con el dorso de la mano y se giró para mirarme directamente a los ojos. Había algo diferente en su expresión ahora, una urgencia que no parecía fingida.

—Solo una cosa más, Mía —dijo—. No hagas caso de nada de lo que te diga tu padre. Escuché algo... Diego tenía un as en la manga por si todo salía mal. No le escuches, no confíes en él. Es la peor persona que he conocido en mi vida, y te lo dice alguien que ha bajado al barro con él. Es el único consejo que puedo darte.

Se hizo un silencio denso en la sala. El nombre de mi padre volvía a quedar suspendido en el aire como una promesa de tormenta.

—De nuevo, lo siento —susurró Vanessa por última vez—. Espero que seáis muy felices.

Nos dedicó una última mirada cargada de una tristeza infinita y, sin esperar respuesta, salió de la sala de juntas. Me quedé allí quieta, mirando la puerta cerrada, sintiendo cómo el eco de su advertencia se me clavaba en el pecho. Sabía que Vanessa era una mentirosa, pero la mirada de terror que puso al mencionar a mi

padre me decía que, al menos en eso, estaba siendo dolorosamente honesta.

CAPÍTULO 2: JAMES

El aire en la sala de juntas se había vuelto denso. Vanessa había dicho demasiadas cosas que, para mí, carecían de importancia. Hablando claro: me importaba una mierda lo que quiso hacer y no hizo, o lo que intentó parar y no paró. Al final, optó por la opción más cruel posible. Aún tengo pesadillas con esos meses. Me veo a mí mismo apartado de Mía, lejos de mis amigos y de mi familia, encerrado en una perpetua oscuridad donde mi libertad y mi vida eran simples fichas en su tablero. Jugaron conmigo, y eso es algo que no pienso perdonar. Jamás.

Me giré hacia Mía. La miré fijamente y vi en sus ojos esa expresión que conocí al principio: combativa, pero con una grieta de debilidad que intentaba camuflar. Nombrar a su padre siempre la dejaba así, expuesta. Y era lógico; se supone que ese hombre debía quererla y cuidarla incondicionalmente, pero en lugar de eso, la abandonó. Y ahora, no conforme con el daño causado, pretendía destrozar todo lo que ella había construido sola, con el sudor de su frente y sus propias uñas.

—¿Qué piensas? —le pregunté, bajando el tono, intentando ser el ancla que necesitaba en ese momento.

—Que mi padre sigue estando ahí —respondió ella sin apartar la vista de la puerta cerrada—. Y que el as que tiene en la manga ya lo sabemos.

—¿De verdad crees que dice la verdad? —solté un bufido, incapaz de ocultar mi irritación—. Tu padre te ha demostrado que no es sincero, que solo busca su propio interés. ¿Por qué creerle ahora con el tema de que tienes un hermano? ¿Por qué darle ese poder?

—Hay algo dentro de mí que me dice que es verdad, James —contestó en un susurro.

Me acerqué a ella, acortando la distancia hasta que pude sentir su respiración errática.

—¿Crees que es verdad... o es que quieres creer que es verdad?

Mía me miró en silencio, comprendiendo el fondo de mi pregunta. Sabía que estaba hurgando en su herida más profunda, pero necesitaba que fuera realista. La esperanza, en manos de su padre, era un arma de doble filo.

—He estado sola toda mi vida, James —dijo con una sinceridad que me partió el alma—. Tener un hermano... significa que hay alguien más ahí fuera que comparte mi propia sangre, alguien que no es él.

—Ya no estás sola, Mía. Me tienes a mí, tienes a mi familia que te adora, a tus amigos en lo bueno y en lo malo... —le tomé las manos, apretándolas con fuerza—. No necesitas buscar nada en tu pasado.

—Lo sé... —murmuró.

—Pero... —instigué, sabiendo que había un "pero" colgando de sus labios.

—No lo sé, James. Es superior a mí.

La angustia me recorrió el pecho. Conocía a Mía; sabía que cuando una idea se le metía en la cabeza, era capaz de incendiar el mundo para llegar al fondo.

—No vas a ir a ver a tu padre, ¿verdad? —la obligué a mirarme a los ojos, con el miedo filtrándose en mi voz—. Mía, mírame. Dime que no vas a buscarlo.

Tardó más de lo necesario en contestar. Pude verla librar una batalla feroz entre su cabeza, que le gritaba que huyera de ese hombre, y su corazón, que buscaba desesperadamente la pieza que le faltaba. El silencio se prolongó hasta que, finalmente, asintió.

—No —dijo al fin—. No hablaré con él.

Quise creerla. Quise pensar que con eso bastaba, pero en el fondo de mi mente, la advertencia de Vanessa sobre Diego y su "as bajo la manga" seguía zumbando como una mosca cojonera. Mi instinto me decía que esto no era más que el principio de una guerra para la que ella no estaba preparada, pero esta vez yo sí lo estaba.

El resto de la semana se evaporó entre reuniones infinitas, la preparación de casos con señalamientos inminentes y esa montaña de tareas administrativas que ahora, como sustituto de mi padre, me veía obligado a gestionar. Era agotador, pero necesario para continuar con la misma estabilidad que dejó mi padre antes de marcharse del bufete.

El sábado, por fin, la marea bajó. Tuvimos un respiro laboral y el plan no podía ser mejor: una tarde de reunión social en nuestra casa con los de siempre. Eric, en su línea de perfeccionismo con los locales, quería introducir cócteles especiales en sus cartas, así que nos propuso traer a un *bartender* profesional —coctelero, en términos generales— a casa, para que probáramos sus creaciones y le diéramos nuestro veredicto.

—Creo que esta es la mejor quedada de la historia —sentenció Liam, empinándose un cóctel de color vibrante que el *bartender* había bautizado como "El ascenso de Kayle".

Todos estábamos repartidos por el salón, disfrutando de una calma que nos habíamos ganado a pulso. Eric, Enzo y yo nos hundimos en uno de los sofás, poniéndonos al día sobre negocios y confidencias masculinas, mientras que Liam, Cami, Adri y Mía ocupaban el otro sofá. Entre ellos el ambiente era distinto: murmuraban, reían y compartían impresiones sobre cada sorbo con una complicidad que me hacía sonreír de reojo.

El *bartender* se había adueñado por completo de nuestra cocina; la había transformado en un laboratorio de cristal y licores. Cada cierto tiempo, aparecía con una bandeja de chupitos del cóctel que acababa de diseñar y nos entregaba un formulario para que anotáramos nuestras opiniones. Eric no había dejado ni un detalle al azar. Estaba siendo una noche estupenda, de esas que te reconcilian con el mundo.

Sin embargo, entre sorbo y sorbo, el ruido de fondo del salón pareció desvanecerse para mí cuando escuché a Cami bajar la voz para preguntarle algo a Mía.

—¿Vas a ir a ver a tu padre?

Sentí cómo el corazón se me encogía de golpe, como si una mano invisible lo hubiera apretado. Dejé de prestar atención a lo que

Eric y Enzo me contaban sobre la nueva expansión de los locales y agudicé el oído. Sé que no está bien escuchar conversaciones ajenas, pero estábamos en el salón de mi casa y aquello no era una "conversación ajena", era la seguridad de mi mujer lo que estaba en juego.

Liam y Adri comentaron algo que no alcancé a distinguir por el tintineo de los hielos en la cocina, pero finalmente, la voz de Mía llegó a mí con una claridad meridiana.

—Una parte de mí quiere escuchar mi historia, esa parte de mi pasado que desconozco —confesó, y pude notar la lucha interna en su tono—. Pero, por otro lado, sé que no debo fiarme de él. Así que no, no iré.

—Haces bien, Mía. No debes ir a verlo bajo ningún concepto —sentenció Cami con firmeza.

—Por supuesto que no —añadieron Liam y Adri casi al unísono.

Solté el aire que no sabía que estaba reteniendo y me permití relajar los hombros. Sentí una oleada de gratitud hacia ellos. Menos mal que tenemos a personas así alrededor; amigos que no solo comparten copas y risas, sino que actúan como un escudo cuando las sombras del pasado intentan acecharnos de nuevo. Mía no solo me tenía a mí; tenía una familia elegida que no iba a permitir que Diego Beltrán le volviera a hacer daño.

La tarde transcurrió entre risas, formularios rellenos y una sucesión de cócteles tan elaborados que nos resultaba casi imposible decidir cuál nos gustaba más. El salón se había convertido en un escaparate de colores y mezclas exóticas.

—Debo decir que la purpurina dorada de "El ascenso de Kayle" me ha conquistado por completo —declaró Cami, agitando su vaso para ver los destellos bajo la luz de la lámpara.

—Tú todo lo que brille lo quieres, ¿verdad? —le soltó Liam con una carcajada, para luego señalar su propia elección—. Pues yo me quedo con "Disparate temporal". Esa mezcla de ginebra con el licor de *curaçao* azul, el zumo de limón y la tónica, me ha parecido

brutal. Pero lo de la jeringuilla de granadina… eso me ha maravillado, estaba increíble.

—Pues… yo me quedo con… —empezó a decir Mía, dejando la frase en el aire con una sonrisa traviesa.

—A ver si lo adivino —intervine, captando su mirada.

—Venga, Bernard, muestra tus dotes de adivinación —me retó ella, inclinando un poco la cabeza.

—Tu favorito ha sido, sin ninguna duda, "Espinas de Zyra". Te encantan los frutos rojos y ese toque ácido, ¿me equivoco? —dije, sonriendo con una complicidad que solo nosotros compartíamos.

Mía me dedicó una mirada cargada de ternura, de esas que me desarmaban por completo.

—Me conoces demasiado bien —admitió en un susurro.

—¡Buaf! Ya empiezan con el romanticismo —bufó Cami dramáticamente, rodando los ojos—. Empalagosos.

—¿Qué pasa? ¡Si no hemos dicho nada en toda la tarde! —se quejó Mía, aunque no podía borrar la sonrisa de su cara.

—No, no habéis dicho nada, pero es que no paráis de miraros —matizó Eric, interviniendo desde su sofá—. A ver, que ya estáis casados, vivís juntos… el hormigueo ese del comienzo ya debería haberse bajado un poco, ¿no?

No pude evitarlo. Volví a clavar mis ojos en ella, sintiendo exactamente lo mismo que el primer día, pero multiplicado por mil tras todo lo que habíamos superado.

—Pues en mi caso, ese hormigueo sigue subiendo —confirmé, ignorando las burlas de los demás y centrándome solo en ella.

—Ay, yo quiero un amor así de intenso —suspiró Cami, derritiéndose un poco en el sitio.

—Y yo —añadió Adri con un deje de envidia sana.

—Pues yo... —intervino Liam, alzando su vaso vacío con aire solemne—, yo con que me quieran y no me utilicen como una venganza sinsentido, ya me doy por satisfecho.

El salón estalló en una carcajada unánime. El comentario de Liam, tan típico de él, logró disipar cualquier rastro de la tensión que habíamos tenido durante toda la semana. Por un momento, entre las

bromas y el sabor de las frutas de los cócteles, el mundo exterior y sus amenazas dejaron de existir. Solo importábamos nosotros.

Decidimos que ya era hora de cenar y, como ninguno tenía ganas de romper el ambiente relajado cocinando, no nos complicamos: pedimos unas pizzas. Nos habíamos movido a la terraza; la temperatura de la noche era sencillamente perfecta, de esas que te invitan a quedarte fuera hasta el amanecer.

Nos sentíamos muy orgullosos del hogar que habíamos construido, pero sobre todo Mía. No dejaba de mirar con satisfacción lo bonito que había quedado el jardín y la piscina iluminada. Bueno, técnicamente es su piscina; ella es quien más la utiliza, capaz de pasarse horas flotando en el agua como si el resto del mundo no existiera.

Me encontraba apoyado en la barandilla de la terraza junto con Enzo y Eric, disfrutando de la brisa, mientras el resto del grupo terminaba de preparar el picoteo y las bebidas dentro.

—Bueno, yo ya he soltado suficiente chapa sobre mi trabajo —dijo Enzo, rompiendo el silencio mientras le daba un trago a su cerveza—. ¿Y tú, James? ¿Cómo ha sido la vuelta al ruedo tras la luna de miel? ¿Te han recibido con alfombra roja en el bufete?

—Pues ha sido un caos absoluto —respondí, suspirando al recordar los expedientes acumulados—. Y con visitas inesperadas incluidas.

Aproveché que las chicas y Liam estaban distraídos para contarles, en voz baja, la visita de Vanessa a la oficina y los detalles de nuestra conversación en la sala de juntas.

—Después de todo, me da un poco de pena —comentó Enzo —. Nunca ha sido muy espabilada y siempre ha sido demasiado influenciable. Alguien le calienta la cabeza y ella pierde el norte.

—Pues a mí no me da ni la más mínima pena —saltó Eric de inmediato, con ese tono tajante que no admitía réplica—. Ha acusado a alguien de agresión sexual falsamente. Por ese camino se va a la cárcel y se destroza una vida para siempre. Que le jodan, así de claro.

—Ya lo sé, Eric. Eso es imperdonable —concedió Enzo—, pero por lo que cuenta James, creo que está arrepentida de verdad.

—Me da igual que ahora lo esté —sentencié—. Es demasiado tarde. El daño ya lo hizo y las consecuencias podrían haber sido catastróficas. No hay arrepentimiento que valga cuando juegas con la libertad de alguien.

Hubo un momento de silencio pesado que Enzo, siempre intentando aligerar el grupo, decidió romper cambiando de objetivo. Miró a Eric con una sonrisa pícara.

—Bueno, y tú... el que decía que las relaciones eran para los demás, ¿qué? ¿Cómo te ha ido la "caza" durante el verano? —preguntó Enzo.

Ambos clavamos la mirada en Eric. Esperábamos la típica lista de nombres o alguna anécdota de una noche, pero su expresión cambió por completo. Se puso rígido y evitó mirarnos directamente.

—No ha estado muy agitada —murmuró Eric, rascándose la nuca—. He estado... conociendo a alguien. Y, bueno, solo he estado con ella estos meses.

El silencio que siguió fue sepulcral. Enzo y yo nos miramos como si acabáramos de ver a un unicornio cruzando el jardín.

—¿Qué? —solté, soltando una carcajada incrédula—. ¿Eric sentando la cabeza? ¡Pellízcame, Enzo! ¡Rápido!

Enzo no perdió el tiempo y me soltó un pellizco en el brazo que casi me hace saltar.

—¡Ahora tú a mí! —exclamó Enzo riéndose a mandíbula batiente—. Estamos en un sueño conjunto, una realidad paralela. ¡El fin del mundo está cerca!

—¡Parad ya, idiotas! —se quejó Eric, aunque estaba rojo como un tomate—. Solo he dicho que estoy conociendo a alguien. No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —le reté, dándole un empujón amistoso—. Tú, el hombre que no recordaba el nombre de una tía después de desayunar, ¿llevas todo el verano fiel a una sola? ¡Eso es un hito histórico!

—Espera, espera —añadió Enzo, secándose una lágrima de la risa—. ¿Tiene nombre? ¿O la tenemos que guardar en el sistema

como “La Elegida”? ¿Es humana? ¿Sabe que eres tú o le has dado un nombre falso para no asustarla?

—Es alguien especial, y ya está —cortó Eric, intentando recuperar su fachada de tipo duro—. Si la cosa llega a más, ya os enteraréis. Pero como abráis la boca delante de las chicas, os juro que os ahogo en la piscina ahora mismo.

—Tranquilo, “Casanova” —dije, guiñándole un ojo—. Tu secreto está a salvo con nosotros... de momento. Pero prepárate, porque no te vamos a soltar hasta que sepamos quién es la valiente que ha conseguido domar a la bestia.

Eric masculló algo entre dientes sobre lo mucho que nos odiaba, pero no pudo evitar que se le escapara una pequeña sonrisa. Sabía que, por mucho que nos burláramos, nos alegrábamos de que por fin hubiera encontrado a alguien que le hiciera brillar los ojos de esa manera. Aunque, conociendo a Eric, el misterio sobre quién era ella no iba a ser fácil de resolver.

CAPÍTULO 3: MÍA

Nos encontrábamos en la cocina, sumergidas en ese caos coreografiado que supone preparar una cena para tantos. Adri acababa de salir hacia la terraza cargada con una tanda de picoteo: aceitunas, patatas y una tabla de jamón y queso que Adri y yo habíamos seleccionado con mimo.

—Oye, Cami, ¿y tu verano? —preguntó Liam, apoyado en la encimera mientras abría una botella de vino—. Mientras estos dos han estado de luna de miel no te hemos visto el pelo. No has dado señales de vida, hija.

—Pues me cogí unos días en un hotelito en el sur —respondió Cami, centrada en cortar unas rodajas de pan—. Desde que fuimos a Sotogrande me quedé embelesada con la zona y necesitaba volver.

—¿Te fuiste sola? —insistió Liam con ese tono pícaro tan suyo, alzando una ceja.

—Sí, me fui sola. Necesitaba salir de la ciudad y pensar.

Aquello me hizo detener el cuchillo a mitad de un movimiento. Miré a mi amiga y sentí una punzada de inquietud. Cami no era de las que se iba de retiro espiritual a solas a menos que algo le estuviera quemando por dentro.

—¿Pensar en qué, amiga? ¿Estás bien? —pregunté, sin poder ocultar mi preocupación.

—Sí, estoy bien, pero, después de todo lo que ha pasado por aquí, necesitaba… aclarar mis ideas.

—¿Aclarar ideas? ¿De qué habláis? —preguntó Adri, reapareciendo en la cocina tras dejar el primer cargamento en la terraza.

—Nos ha dicho Cami que se fue de vacaciones sola —le resumí.

Adri soltó una risita cómplice y miró a Cami de una forma que lo decía todo.

—Sí, ¿y les has dicho por qué? —soltó Adri, lanzando el anzuelo.

Cami la fulminó con la mirada, una expresión que gritaba *"cállate"*, pero Adri no se amilanó.

—No me mires así, ¿les has contado lo que pasó en la boda? —la retó Adri.

—¿En la boda? ¿En mi boda? —inquirí yo, abriendo los ojos de par en par. ¿Qué me perdí mientras celebraba mi gran día?

—Suéltalo ya, Cami —intervino Liam con una sonrisa maliciosa—. O tendremos que hacerte un interrogatorio de poli bueno y poli malo. Y créeme, el poli malo sería Mía, así que desembucha antes de que saque a la bestia y las luces de neón.

Cami soltó un suspiro dramático, dejando caer los hombros en señal de rendición.

—¡Dios, Adri, para qué has sacado el tema! —exclamó, tomando aire antes de soltar la bomba—. Bueno, en tu boda... me volví a acostar con Eric.

—¿Volviste? —maticé de inmediato, cazando la palabra al vuelo—. Eso significa que había pasado más veces antes.

—Bien visto —me señaló Liam con el dedo, como si estuviera puntuando mi perspicacia—. ¿Cuántas veces, querida?

—¡Qué más da! —explotó Cami, aunque sus mejillas estaban empezando a arder—. La cuestión es que después de esa última vez me di cuenta de que no podía seguir así. Mis sentimientos por él son... no sé qué siento por él.

—Te has enamorado —sentencié, ya que no era una pregunta, era una certeza.

—¡No! No me he enamorado —negó ella demasiado rápido.

—Claro que sí, si no, no te afectaría tanto —rebatió Adri con lógica aplastante—. Sería sexo esporádico y sin complicaciones, como lo que has tenido en otras ocasiones. Pero ahora es distinto.

—Exacto, nunca te has ido de vacaciones sola para "pensar", no me jodas, Cami —añadió Liam, disfrutando del cotilleo más que de los cócteles.

—Bueno, no sé lo que es, pero sé que así no podía seguir... —murmuró ella, con la mirada perdida en la bandeja.

De repente, como si lo hubiéramos invocado con el pensamiento, apareció la persona de la que estábamos hablando. Eric entró con esa seguridad natural suya, ajeno por completo a que acababa de ser el centro de nuestro debate nacional.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó bromeando—. ¿Os ha gustado tanto el trabajo del *bartender* que estáis preparando bebidas muy elaboradas o qué? ¿Os ayudo con algo?

La tensión en la cocina se podía cortar con el mismo cuchillo con el que yo cortaba el queso.

—No, gracias, ya íbamos para allá —soltó Cami con una rapidez sobrenatural.

Sin darle tiempo a reaccionar, agarró una bandeja sobre la mesa y se encaminó hacia la terraza a paso de marcha. Eric, un poco confundido pero sin perder la sonrisa, cogió la otra bandeja y la siguió.

Liam, Adri y yo nos quedamos en absoluto silencio, mirándonos con las cejas levantadas y "flipando" en colores. No hacía falta decir nada; nuestras miradas hablaban por nosotros. Nos lanzamos un aviso mudo: Eric era nuestro amigo, pero si le hacía daño a Cami, el mundo se le iba a quedar pequeño. Nadie toca a una de las nuestras sin pagar las consecuencias.

La velada continuó fluyendo con esa magia que solo logramos nosotros. Entre bocado y bocado de pizza, las anécdotas se entrelazaban con las carcajadas. Liam, como de costumbre, era el director de orquesta de aquel caos divertido; tiene ese don de convertir cualquier comentario mundano en un monólogo digno de un teatro.

—En serio, James —dijo Liam mientras gesticulaba con un trozo de corteza de pizza—, ahora que eres el jefe supremo, espero que instales una fuente de chocolate en la recepción. Es fundamental para la salud mental de los pasantes. Y para la mía cuando vaya a verte.

—Liam, es un bufete de abogados, no el parque de atracciones de Willy Wonka —respondió James riendo.

—Detalles, James, simples detalles —replicó él guiñando un ojo—. Mía, convéncelo, que a ti te hace más caso. Si hay chocolate, prometo no aparecer por allí en calzoncillos… aunque viendo cómo va la noche, igual me estoy adelantando.

Como si sus palabras fueran una profecía, en cuanto terminamos de cenar, Liam dio un salto y se puso en medio de la terraza.

—¡Basta de charla civilizada! —exclamó con brillo travieso en los ojos—. Vamos a jugar a "El Impostor del Cóctel". Sí, he adornado un poco el nombre. Es sencillo: uno de nosotros elige una carta en la que aparece una palabra maestra y da una pista, y los demás tenemos que decir la palabra que esté relacionada con esa palabra maestra. Quien pierda cada ronda, es decir, la palabra que esté menos relacionada con la palabra maestra... —hizo una pausa dramática— ¡debe quitarse una prenda de ropa!

—¡Ni hablar, Liam, el alcohol te ha afectado! —saltó Adri riendo.

—¡Estás loco! —añadí yo, aunque sabía que con él las batallas estaban perdidas de antemano.

—¡Por favor! —protestó Liam escandalizado—. No se asusten, por Dios. La ropa interior hoy en día es como un bikini, ¿a qué viene tanto dramatismo? Ni que estuviéramos en un convento.

El juego comenzó y, con él, la tensión oculta que flotaba en el aire estalló. Eric y Cami eran un espectáculo aparte.

—Cami, ¿lealtad? ¿En serio esa es tu palabra? —soltó Eric con una mirada cargada de segundas intenciones mientras se quitaba la camiseta tras perder la primera ronda.

Cami no se achicó. Le sostuvo la mirada, desafiante. Mientras, Liam, Adri y yo intercambiáramos miradas de "aquí pasa algo que no nos han contado".

Al cabo de media hora, el panorama era digno de una comedia. Eric estaba ya en calzoncillos, luciendo un cuerpo que, a juzgar por cómo Cami lo evitaba mirar, la ponía muy nerviosa. Enzo resistía con calzoncillos y la camisa, mientras que James, que

milagrosamente había ganado varias rondas gracias a su mente analítica, solo se había quedado en pantalones.

Cami, increíblemente, no había perdido ni una sola vez. Estaba intacta, ganando con una puntería sospechosa. Liam, el instigador, terminó en calzoncillos de dibujos animados, provocando las risas de todos.

—¡Esto no es justo! —protesté yo, quedándome en ropa interior negra de encaje y cogiendo un cojín como escudo—. Solo he perdido una ronda, ¡pero es que solo llevaba un vestido! ¡Me habéis dejado sin nada a la primera de cambio!

—¡Mala suerte, Mía! —se burló Liam, mirándome de arriba abajo—. Para la próxima vez vendrás con un traje de tres piezas, gabardina y bufanda. ¡Hay que venir preparada para la derrota!

Todos estallamos en carcajadas. La piel de gallina me recorría los brazos por la brisa nocturna, pero el calor de la risa —y el alcohol — y la mirada posesiva de James, me mantenían caliente. Sus ojos oscuros me recorrieron con una intensidad que me hizo arder más que el sol de Grecia. Se le caía la baba, literalmente; le importaba un bledo el juego, solo tenía ojos para el contorno de mi cuerpo bajo la luz de la piscina.

—¡Última ronda! —anunció Liam, recuperando la seriedad de forma cómica.

—¡Silencio todos! —anunció Enzo, asumiendo el papel de juez supremo con una sonrisa cargada de guasa—. Esta es la ronda final. La definitiva. El que pierda no se quita ropa... se va directo al agua.

Miramos el agua azulada de la piscina, que bajo los focos parecía un espejo perfecto. La tensión volvió a subir. Se hizo un silencio expectante. Enzo se aclaró la garganta, mirándonos uno a uno con una solemnidad fingida que no le pegaba nada.

—La pista de la palabra maestra es... "Algo que resulta irresistible". Tenéis que averiguar la palabra con esa pista. Empezamos por ti, Liam.

—Fácil —dijo Liam, subiéndose a una silla en calzoncillos—. "Yo". Mi reflejo en el espejo cada mañana.

—Egocéntrico, pero acepto la apuesta —rio Enzo—. ¿Adri?

— "Chocolate" —respondió Adri convencida.

—Un clásico. ¿Cami? —preguntó Enzo de nuevo.

Cami lanzó una mirada fugaz a Eric, una que duró apenas un milisegundo pero que lo dijo todo, antes de volver la vista al frente.

— "Tentación".

Eric tensó la mandíbula y, cuando fue su turno, ni siquiera miró a Enzo. Sus ojos estaban clavados en Cami.

— "Piel".

El aire se podía cortar con un cuchillo. Liam me dio un codazo suave y yo tragué saliva. Me tocaba.

— "Deseo" —dije, sintiendo el calor de James a mi espalda.

—Y para terminar... James —sentenció Enzo.

James no dudó. Me rodeó la cintura con un brazo, pegándome a su cuerpo de forma posesiva y su voz vibró en mi oído.

— "Ella". Siempre es ella.

Hubo un coro de suspiros y burlas, pero Enzo, que seguía con su papel de Barman corrupto, negó con la cabeza mientras se levantaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo siento mucho, románticos y narcisistas —dijo Enzo con una alegría contagiosa—. Todos habéis fallado. La pista era algo irresistible, sí... ¡pero la palabra secreta era "Pizza". Y como habéis fallado... ¡todos al agua!

—¡¿Qué?! ¡Eso es trampa, Enzo! —gritó Adri levantándose de un salto.

—¿Cómo va a ser la pizza? —gritó Cami de otro salto.

—¡Eres un idiota, la pizza no es irresistible después de haberte comido dos cajas! —protesté yo, indignada, levantándome, con tiro de cojín a la cara incluido, olvidándome por completo de que solo llevaba puesta mi lencería negra. ¡No me gusta perder ni a las canicas!

En ese momento, el jardín se quedó en silencio. Las protestas de las tres murieron en el aire cuando nos dimos cuenta de que los cuatro chicos nos miraban embelesados. James devoraba con la vista cada curva de mi cuerpo, con esa mezcla de adoración y hambre que siempre me ponía a temblar. Eric no podía apartar los

ojos de Cami, y Liam y Enzo se intercambiaron una mirada de victoria.

Sin hablar, los cuatro se levantaron a la vez. Hubo una comunicación masculina, rápida y silenciosa, que nos hizo dar un paso atrás.

—¡No! ¡Ni se os ocurra! —chilló Cami.

Pero fue inútil. James me atrapó antes de que pudiera correr, cargándome sobre sus hombros. Escuché los gritos de Adri y Cami mientras los demás hacían lo mismo. Entre gritos ahogados y risas, sentí el aire frío antes del impacto.

¡PLASH!

El agua estaba fría, gélida, recordándonos que, aunque fuera verano, la noche madrileña no perdonaba. Salí a la superficie escupiendo agua, apartándome el pelo de la cara, y vi a los chicos en el borde partiéndose de risa.

—¡James Bernard, eres hombre muerto! —le grité.

Me acerqué al bordillo, y cuando me iba a ayudar a subir, tiré con todas mis fuerzas y lo arrastré hacia adentro. James cayó con un estruendo, salpicando a todos. Cuando salió a la superficie, antes de que pudiera escapar, me agarró de la cintura y me sumergió con él.

Al emerger, el mundo exterior desapareció. James me aprisionó contra la pared de la piscina. Sus manos, cálidas y firmes, se hundieron en mi pelo mojado.

—Me da igual la pizza, Mía —susurró, con los ojos oscuros fijos en mis labios—. Para mí, lo único irresistible en este mundo eres tú.

Y me devoró. Fue un beso urgente, cargado de la pasión que habíamos estado conteniendo durante todo el juego. El frío del agua desapareció, reemplazado por el fuego que siempre estallaba cuando estábamos así de cerca. Sus labios sabían a cloro, a ron y a una necesidad desesperada. Me apretó contra su pecho desnudo, y yo rodeé su cuello con mis brazos, fundiéndome con él mientras las risas de nuestros amigos se volvían un murmullo lejano.

Después de que las risas se calmaran un poco y el frío del agua empezara a calarnos de verdad —ya que acabamos todos en la

piscina—, salimos de ella como pudimos, chorreando y dejando un rastro de agua por todo el porche. Fui a por un cargamento de toallas limpias y busqué mudas para todos.

—Bueno —dijo Liam mientras se secaba el pelo con brío, ya enfundado en uno de los pantalones de chándal de James que le quedaba un poco corto—, he decidido que voy a ir dejando una muda oficial en esta casa. A este paso voy a acabar viviendo aquí de viernes a domingo.

James, que estaba terminando de secarse el pecho, soltó una carcajada y le lanzó la toalla mojada a la cara.

—Si te quedas a vivir, será en la caseta de nuestro futuro perro, Liam —replicó James con esa chispa de superioridad burlona que tanto los caracterizaba—. Y eso si el perro no tiene objeciones, porque él, al menos, sabrá cuándo guardar silencio.

—¡Qué herida en el orgullo! —exclamó Liam dramáticamente —. Vámonos. Aquí no aprecian mi valor como activo doméstico.

Entre bromas y abrazos, los fuimos despidiendo a todos. El silencio regresó a la casa de golpe, rompiendo la burbuja de ruido y risas que nos había rodeado toda la noche. James cerró la puerta principal con un clic metálico que resonó en el vestíbulo y, sin mediar palabra, se dio la vuelta.

Se quedó allí, apoyado contra la madera, mirándome. Sus ojos estaban oscuros, cargados de esa intensidad que yo conocía bien: se avecinaba una tormenta.

—Toda la noche, Mía —dijo con la voz ronca, una octava más baja de lo normal—. Llevo toda la puta noche desesperado por tenerte así, a solas, sin amigos, sin juegos, sin cojín que nos separe.

Di un paso hacia él, todavía con el pelo húmedo y sintiendo el ligero temblor de la adrenalina.

—¿Ah, sí? —pregunté con una sonrisa traviesa—. ¿No te has cansado de mí todavía? Después de dos semanas teniéndome a todas horas en la luna de miel, pensé que estarías deseando perderme de vista un rato.

James no esperó a que terminara la frase. Acortó la distancia entre nosotros en un segundo, me tomó la cara entre las manos y

me besó con una urgencia que me dejó sin aliento.

—Jamás —susurró contra mis labios antes de darme otro beso corto y voraz—. Nunca podría cansarme de ti.

Otro beso, más profundo esta vez.

—Eres mi droga, Mía. Mi maldita perdición.

Me besó de nuevo, bajando por mi mandíbula hasta el cuello, haciéndome jadear. Sin romper el contacto, sus manos bajaron hasta mis muslos y, con un movimiento ágil y experto, me levantó en vilo. Instintivamente, enlacé mis piernas alrededor de su cintura, aferrándome a sus hombros mientras él subía las escaleras con paso firme, como si no pudiera esperar un segundo más para llegar a nuestra habitación.

En cuanto cruzamos el umbral, la puerta se cerró tras nosotros y el mundo exterior dejó de existir. James me depositó sobre la cama con una urgencia contenida, pero antes de que pudiera hundirme en el colchón, su cuerpo ya estaba reclamando el suyo. Sus manos, aún con ese rastro de humedad y calor, se deslizaron bajo la fina tela de la muda que me había puesto, deshaciéndose de ella con una destreza que me hizo estremecer. Sus ojos, oscuros de pasión en ese momento, no se apartaban de los míos.

—Te he imaginado así cada minuto de esta noche —gruñó, bajando para besar la curva de mi cuello mientras sus dedos trazaban el contorno de mis caderas con una presión que me marcaba—. Ver cómo te miraban, ver cómo te reías... solo quería que se fueran todos para poder devorarte.

Me arqueé hacia él, buscando el contacto de su piel desnuda contra la mía. El contraste era fuego puro. James empezó a besarme con una veneración que me dejaba sin aliento; sus labios recorrieron mi clavícula, descendieron por el nacimiento de mis pechos y se detuvieron allí donde mi pulso latía desbocado. Cada caricia suya era una reclamación. Sus manos bajaron para separarme las piernas con suavidad pero con una determinación que me hizo soltar un gemelo ahogado. Cuando sus dedos me encontraron, húmeda y palpitante de deseo por él, cerré los ojos con fuerza, aferrándome a sus

hombros anchos. James no tenía prisa; quería saborear cada reacción, cada estremecimiento de mi cuerpo bajo el suyo.

—Mírame, Mía —me pidió con voz ronca.

Abrí los ojos y lo encontré allí, cerniéndose sobre mí, con los músculos tensos y el deseo vibrando en cada fibra de su ser. Cuando finalmente se unió a mí, la sensación de plenitud fue abrumadora. Sus manos seguían recorriendo mi piel con una veneración casi religiosa, memorizando cada curva, cada cicatriz, como si fuera la primera vez y la última.

—Te amo, Mía —gruñó cerca de mi oído mientras sus movimientos se volvían más intensos, más profundos—. Eres lo que siempre soñé, aunque no lo supiera.

No hubo tiempo para más preámbulos. Los dos sabíamos lo que queríamos y lo queríamos ya. Nos buscamos con una pasión que quemaba, una danza de piel contra piel donde las respiraciones se acompasaban y los corazones latían al mismo ritmo desbocado. James comenzó a moverse con un ritmo lento y profundo al principio, obligándome a sentir cada centímetro de su miembro en mi interior. Sus manos se entrelazaron con las mías, anclándome al colchón mientras el placer empezaba a subir en olas imparables. La intensidad fue aumentando, sus embestidas se volvieron más urgentes, más hambrientas, y yo le respondía con la misma desesperación, envolviéndolo con mis piernas, atrayéndolo más y más hacia mi centro.

El mundo exterior —la oficina, Vanessa, mi padre, ese supuesto hermano— se desintegró por completo. Solo existía el roce de nuestras pieles sudorosas, el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y ese fuego que amenazaba con consumirnos. Cuando el clímax nos alcanzó, fue como una explosión de luz que nos dejó temblando y exhaustos, aferrados el uno al otro como náufragos que finalmente han encontrado tierra firme.

Nos quedamos abrazados en la penumbra, recuperando el aliento mientras el eco de la tormenta se desvanecía, dejando paso a la calma más absoluta que jamás había conocido. Estábamos en casa. Estábamos juntos. Y, por primera vez, sentía que el futuro realmente nos pertenecía. Y allí, entre sus brazos, me quedé

dormida con el sonido de su respiración, sabiendo que, aunque la tormenta de mi pasado estuviera acechando en la puerta, dentro de ellos era invencible.

CAPÍTULO 4: JAMES

El domingo amaneció con esa luz suave que solo parece existir cuando no tienes ninguna prisa por despertar. Estuvimos en la cama mucho más tiempo de lo normal; se había convertido en mi lugar favorito del mundo. Ver a Mía así, desnuda a mi lado, con el cabello alborotado sobre la almohada y la piel aún cálida por el sueño, me hacía sentir que lo tenía todo. No quería nada más.

Pero, por desgracia, el deber familiar nos llamaba. Habíamos quedado con mis padres para almorzar y ponernos al día tras nuestra vuelta de Grecia.

Nos pusimos en marcha hacia su casa. Es una construcción imponente, de líneas clásicas pero con un calor que la hace extrañamente acogedora. A Mía siempre le había fascinado.

No tardamos ni diez segundos en entrar cuando mis padres aparecieron en el vestíbulo para saludarnos. Mi madre, como siempre, fue un torbellino de elegancia y entusiasmo.

—¡Mía, querida! Estás increíble —exclamó mi madre, envolviéndola en un abrazo—. Qué bronceado más bonito traes, te sienta de maravilla. Y este vestido... es simplemente increíble, me encanta. ¿De quién es? ¿Lo compraste en alguna boutique de las islas?

Desconecté de la retahíla de preguntas estéticas de mi madre. Siempre se había jactado de lo elegante y hermosa que es Mía, y la verdad es que no le faltaba razón; hoy estaba radiante, aunque notaba una sombra de cansancio en sus ojos que solo yo sabía detectar.

Tras saludar a mi padre con un apretón de manos firme y un medio abrazo, nos dirigimos al porche trasero acristalado. Con el calor sofocante que hacía en Madrid, era el único sitio donde se podía estar al aire libre sin derretirse. Mientras les contábamos

anécdotas de la luna de miel y cómo iba la transición en el despacho, la ayudante de mi madre trajo unos aperitivos suculentos.

Me fui directo a por unos blinis de salmón ahumado con crema de eneldo.

—Prueba esto, amor —le dije, acercándole uno a los labios.

—No me gusta el salmón ahumado, James —murmuró ella, apartándose un poco.

—Pruébalo, hazme caso. Está delicioso, el toque del eneldo lo cambia todo —insistí con una sonrisa.

Ella rodó los ojos, pero acabó aceptando el bocado. Masticó despacio, analizando el sabor.

—No está mal —admitió con una mueca—, pero sigue sin ser de mi gusto.

—Más para mí —bromeé, dándole un trago a mi copa de vino.

De repente, mi madre, a la que nadie gana en ser directa y soltar bombas cuando menos te lo esperas, dejó su copa sobre la mesa y nos miró fijamente.

—Bueno, ya está bien de hablar de barcos y de Grecia. ¿Cuándo pensáis darme un nieto?

Mía que, en ese momento estaba bebiendo, empezó a toser con fuerza, claramente incómoda por la pregunta. Sentí cómo se tensaba a mi lado. Intervine de inmediato, antes de que el agobio la superara.

—Mamá, por favor —dije con tono de advertencia—. Acabamos de aterrizar. No hemos pensado en eso todavía, tenemos mucho trabajo por delante.

—Ay, James, no seas tan cuadriculado —se quejó ella—. No quiero ser demasiado mayor para cuidar a mis nietos y, seamos sinceros, sois mi única esperanza. Un niño corriendo por este jardín sería lo que le falta a esta familia.

Mía no podía articular palabra; se había quedado pálida y mantenía la vista fija en su plato. Mi padre, detectando la tensión que empezaba a ser insoportable, decidió intervenir.

—Déjalos tranquilos, mujer. Tienen toda la vida por delante —dijo mi padre—. Cuéntame, James, ¿cómo ha entrado ese nuevo asunto que me comentaste por teléfono? El de la constructora.

"Bien hecho, papá ", pensé, agradecido por el cambio de tema. Empecé a explicarle los detalles del nuevo caso, intentando que el ambiente volviera a la normalidad. Pero, mientras hablaba, noté que Mía se revolvía en la silla y, de repente, se ponía una mano en la boca. Sin decir una sola palabra, se levantó de la mesa bruscamente y salió corriendo hacia el interior de la casa.

—¿Mía? —la llamé, levantándome yo también, con el corazón empezando a latir con fuerza contra mis costillas—. ¡Mía!

Miré a mis padres, que se habían quedado de piedra, y salí tras ella. Algo no iba bien.

La seguí por el pasillo, con el corazón martilleando contra mis costillas por la preocupación. Vi que se dirigía hacia el aseo de la planta baja; entró como un huracán, cerrando la puerta tras de sí, y antes de que yo pudiera siquiera alcanzar el pomo, escuché el sonido desgarrador de las arcadas. Mía estaba vomitando.

Entré en el aseo sin dudarlo, ignorando cualquier protocolo de privacidad. La vi encorvada sobre el sanitario, con los hombros temblando por el esfuerzo.

—¿Estás bien, amor? —le pregunté, acercándome para recogerle el pelo, pero ella me detuvo con un gesto débil de la mano.

—Dame un segundo, James… necesito estar sola —me contestó como pudo, con la voz entrecortada y los ojos empañados.

Me obligué a salir, aunque cada instinto de mi cuerpo me pedía quedarme a su lado. Me quedé apoyado en el marco de la puerta, escuchando el sonido de sus náuseas y sintiéndome el hombre más inútil del mundo. Mis padres no tardaron en aparecer, alertados por el revuelo. Mi madre, que no sabe lo que es la palabra "filtro", me miró con una mezcla de sospecha y esperanza.

—James… no estará embarazada, ¿verdad? —susurró, buscándome la mirada.

—Mamá, claro que no —respondí tajante, sabía perfectamente su calendario menstrual.

El sonido de las arcadas cesó por fin. Escuchamos el grifo abrirse y, tras unos minutos que se me hicieron eternos, Mía salió

del baño. Estaba pálida, con unas gotas de agua todavía en las sienes, pero intentaba mantener la compostura.

—¿Estás mejor? —le pregunté de inmediato, rodeándole la cintura con el brazo para asegurarme de que no se caía.

—Sí… creo que el salmón y yo no nos llevamos muy bien —dijo, forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Sentí una punzada de culpabilidad en el pecho.

—Perdóname, cariño. Ha sido mi culpa, he sido un pesado insistiendo en que lo probaras.

—Nunca me ha gustado, y ahora creo que directamente soy alérgica —contestó ella, intentando quitarle importancia al asunto.

—Pues fíjate, yo soy alérgica al plátano, algo nunca visto —intervino mi madre, suavizando el ambiente—. A partir de ahora, nada de salmón cuando vengas, queda prohibido en esta casa.

—Gracias, Gloria —susurró Mía.

—¿Te encuentras mejor, hija? —preguntó mi padre, con ese tono paternofilial que siempre usaba con ella.

—Sí, volvamos a la mesa.

Regresamos al porche y la comida continuó, pero ya nada era igual. La atmósfera de celebración se había disipado. Noté que Mía apenas tocó su plato; picoteaba algo de pan, pero se limitaba a dar pequeños sorbos a su vaso de agua. La notaba alicaída, extrañamente cansada, como si cada palabra que pronunciaba le costara un esfuerzo sobrehumano.

Mis sospechas se confirmaron en cuanto cruzamos el umbral de nuestra casa. Eran apenas las cinco de la tarde.

—James… quiero echarme un rato —me dijo mientras dejaba las llaves en la mesa del recibidor.

Aquello era totalmente inusual en ella. Mía es un torbellino, una mujer que no sabe estarse quieta ni aunque el mundo se esté cayendo a pedazos. Pero esta vez no protesté; me limité a asentir y a darle un beso tierno en la frente.

—Descansa. Te vendrá bien. Si necesitas algo, avísame.

La vi subir las escaleras con paso lento y me quedé allí, en silencio, procesando la situación. Lo entendía perfectamente.

Habíamos tenido unos meses salvajes: el juicio, la boda, su padre, la luna de miel, Vanessa y, ahora, la vuelta brusca a la rutina y a la realidad. Era normal que el cuerpo le estuviera pasando factura. El estrés acumulado tenía que salir por algún lado.

Me senté en el sofá, dejando que el silencio de la casa me envolviera mientras sostenía un vaso de agua entre las manos. El frío del cristal contrastaba con el hervidero que era mi cabeza en ese momento. Miré hacia la escalera, sabiendo que Mía descansaba arriba, y sentí esa punzada de responsabilidad que me atravesaba el pecho cada vez que la veía vulnerable.

Diego Beltrán. Incluso tras las rejas, ese hombre se las apañaba para ser un parásito en nuestra felicidad. Estaba en la cárcel, sí, y el procedimiento contra él y contra Vanessa por denuncia falsa seguía su curso, implacable. Pero no era suficiente. El "as bajo la manga" —ese supuesto hermano— y la advertencia de Vanessa en la oficina, eran nubarrones que no iba a permitir que descargaran su tormenta sobre Mía.

Ella y yo éramos uno, y yo me tomaba esa unión de forma literal. Sus quebraderos de cabeza eran los míos. Sus miedos eran mis objetivos a batir. Mía necesitaba que yo fuera el muro que detuviera el golpe, no el que simplemente la ayudara a levantarse después. Ella dormía arriba, confiando en que yo cuidaría de ella, de nosotros, y eso era exactamente lo que iba a hacer.

La semana arrancó golpeando fuerte. El lunes fue un desfile de quebraderos de cabeza, reuniones interminables que parecían no llevar a ninguna parte y ese estrés maldito que, aunque creía haber dejado en las islas griegas, volvió a ser mi sombra en cuanto pisé el bufete.

El martes, Mía me comentó que iba a verse con Joselu, su amigo policía. Él quería saber de primera mano cómo estaba ella después de todo el huracán del juicio y lo ocurrido con su padre. Iba a ser solo un café rápido, ya que ella tenía una reunión importante después. No dudé ni un segundo: le dije que quería acompañarla. No solo para marcar territorio —que también, para qué nos vamos a engañar—, sino porque realmente sentía que le debía un

agradecimiento personal a ese hombre por su ayuda. Mía me miró con una cara de adoración absoluta, de esas que me desarman, y me dio las gracias con una sonrisa dulce.

Allí estábamos, sentados en una mesa de la cafetería, esperando. De repente, lo vimos aparecer por la puerta. Reconocí su silueta al instante: era alto, mediría 1,90 seguro, con el pelo negro como el azabache y unos ojos oscuros que analizaban todo a su paso. Era el tipo de hombre que hacía que las mujeres se giraran a su paso. Siempre había tenido esa pequeña espina de sospecha con él; aunque Mía me dijo que siempre habían sido muy buenos amigos, yo no olvidaba cómo la piropeaba cada vez que tenía ocasión y hoy, evidentemente, tampoco la iba a dejar pasar.

Joselu se acercó a la mesa con paso seguro.

—Pero bueno, Mía… estás guapísima, como siempre —soltó nada más vernos.

Era una obviedad, lo sabía, pero oírlo salir de su boca delante de mí no es que fuera precisamente algo que me fascinara. Sentí cómo se me tensaba la mandíbula, pero mantuve la compostura.

—Gracias, Joselu —respondió ella con naturalidad.

—¿Qué pasa, James? Encantado de volver a verte —dijo él, tendiéndome la mano con firmeza—. Y enhorabuena a los dos por la boda.

—Muchas gracias, Joselu —contesté, devolviéndole el apretón.

Tras pedir los cafés, el tono de la conversación se volvió más serio. Joselu se inclinó hacia delante, mirando a Mía con genuino interés.

—¿Cómo te encuentras, de verdad? ¿Qué ha pasado con todo el tema de tu padre tras el juicio?

Mía le resumió la situación. Le contó lo de su esguince de tobillo y cómo Diego Beltrán había terminado de nuevo tras las rejas. Al parecer, no éramos las únicas víctimas de sus engaños; había intentado estafar a media ciudad y sus antecedentes penales terminaron de hundirlo. Esta vez no hubo fianza que lo salvara.

—No me extraña nada —comentó Joselu, negando con la cabeza—. Solo con verlo se nota que no es un tipo recto. Me

enfrento a muchos como él a diario; tiene la palabra "delincuente" escrita en la frente con letras mayúsculas.

—Pues sí, es una rata de alcantarilla —sentencié yo, sin filtros.

—Por lo que vi en las noticias y por lo que me estuvo comentando Mía por WhatsApp —dijo Joselu, dirigiéndose directamente a mí—, el juicio salió a pedir de boca.

—Sí —asentí, mirándolo a los ojos con sinceridad—. Y en parte fue gracias a ti. Si no llega a ser por ese bolígrafo que le regalaste a Mía, no habría podido demostrar que aquella conversación existió. Te debo mi libertad, Joselu. Muchas gracias.

Él sonrió, restándole importancia con un gesto, pero se le veía satisfecho.

—Nunca pensé que guardarías ese bolígrafo durante tanto tiempo, Mía. Y mucho menos imaginé que serviría para algo así. Me alegro muchísimo de que haya sido útil.

Mía soltó una pequeña risa y acarició la taza de café.

—Claro que lo guardé. Durante todos estos años ha estado conmigo. Es el mejor regalo que me han hecho nunca: útil, práctico y, al final, salvavidas.

Todos estallamos en una carcajada, relajando por fin la tensión. Me di cuenta de que, aunque Joselu fuera un tipo imponente y demasiado amable con mi mujer, era un hombre de honor. Y en mi mundo, eso valía más que cualquier otra cosa.

Charlamos un rato más sobre cómo nos iba la vida de recién casados. Les contamos algunas anécdotas más de Grecia y cómo estábamos lidiando con el desembarco en la rutina madrileña. Joselu escuchaba con atención, con esa calma que solo tienen los que están acostumbrados a lidiar con el caos a diario.

—Tengo que irme ya —dijo Mía, consultando su reloj con un gesto de resignación—. La reunión empieza en nada y no quiero llegar tarde.

—Vale, mi amor —le dije, dándole un beso suave en la sien—. Yo me quedo un rato más con Joselu, si es que él no tiene prisa.

Mía me miró con una ceja levantada, esa expresión que gritaba que sabía perfectamente que algo tramaba, pero decidió no

indagar delante de su amigo.

—Ninguna, tengo la tarde libre —contestó Joselu con una sonrisa tranquila.

—De acuerdo… —asintió Mía, todavía con ese rastro de sospecha en la mirada—. Pues luego nos vemos en casa, James. Hasta pronto, Joselu —le dijo mientras le daba un abrazo.

Cuando Mía cruzó la puerta de la cafetería y su silueta desapareció entre la gente de la calle, el ambiente en la mesa cambió por completo. Nos quedamos en silencio unos segundos. Era una situación incómoda, para qué engañarnos; era la primera vez que estábamos solos y nuestro único punto de unión acababa de marcharse. Me aclaré la garganta y decidí que lo mejor era atacar de frente.

—Te voy a ser sincero, Joselu —empecé, clavando mis ojos en los suyos—. Cuando te conocí, lo primero que pensé fue que querías meterte en sus bragas.

Joselu se quedó congelado un microsegundo antes de soltar una carcajada limpia, de esas que retumban en todo el local y que hacen que la gente de las mesas de al lado se gire.

—¿En serio? —preguntó, todavía riendo.

—En serio. Es más, se lo dije a ella —admití, encogiéndome de hombros—. En aquel momento no éramos nada y no es que hubiera mucha delicadeza por mi parte. Estaba celoso, aunque en ese momento no supiera que lo estaba.

—Te ganaste un bofetón seguro —dijo él, secándose una lágrima de la risa.

—Me faltó poco —le confesé con una media sonrisa—. Creo que me salvó el hecho de que iba conduciendo y no quería que acabáramos contra una farola.

Volvimos a reírnos, y la tensión que había flotado sobre la mesa se disipó como el humo. Joselu dejó su taza sobre el plato y su expresión se volvió un poco más seria, más reflexiva.

—Nunca he tenido nada con Mía, James —dijo con sinceridad —. Quiero que lo sepas.

—No hace falta que me des explicaciones —le interrumpí—. Y, aunque así fuera, es su pasado. Como ella misma me dijo en su momento, yo también he tenido demasiadas "movidas", por decirlo de algún modo, antes de ella. No soy quién para juzgar.

—Lo sé, pero igualmente, quiero que lo tengas claro por el respeto que le tengo a ella y a ti. Y si estamos siendo sinceros —añadió, recostándose en la silla—, es cierto que cuando la vi por primera vez, el primer pensamiento que tuve fue que quería volver a verla otra vez. Joder, es que Mía es…

—Irresistible —completé yo, usando la palabra que Enzo había elegido para el juego del sábado.

—Exacto —reímos los dos—. Es una mujer hermosa, de esas que no pasan desapercibidas. La primera impresión te podría confirmar esa sospecha que tuviste, pero después, cuando la conocí de verdad, el sentimiento que creció por ella fue mucho más allá de una atracción física. Se convirtió en lealtad, en una amistad de las que no se rompen.

Me quedé mirándolo, apreciando su honestidad. Me di cuenta de que Joselu era, probablemente, una de las pocas personas que conocía a la verdadera Mía, la que existía antes de que yo apareciera para poner su mundo del revés.

—¿Cómo os conocisteis? —le pregunté, sintiendo una curiosidad genuina que nunca me había atrevido a mostrar antes—. La verdad es que nunca se lo he preguntado a ella.

—Pues nos conocimos en comisaría —soltó Joselu, recostándose en la silla con una sonrisa nostálgica.

—¡¿Qué?! ¡¿Estaba detenida?! —pregunté, casi escupiendo el agua que acababa de beber.

Joselu estalló en una carcajada.

—No, no... nada de eso. En ese momento ella estaba trabajando, creo de pasante o como se llame, en Averis Lawyer. Ya sabes cómo son esos despachos grandes; quieren venderle al mundo la imagen de que ayudan a los más necesitados y estaban inscritos en el turno de oficio. Le asignaron uno de esos casos a ella.

Sentí una punzada de orgullo mezclada con una curiosidad que me quemaba. Me imaginaba a Mía en sus inicios, abriéndose

paso en este mundo de tiburones.

—Cuando la vi entrar... —continuó Joselu, y sus ojos parecieron perderse en el recuerdo—, con ese pelo rubio recogido en un moño desaliñado, que no ha cambiado tanto...

Ambos reímos. Era cierto, ese moño era su marca registrada cuando el trabajo la sobrepasaba.

—Entró preguntando a todos mis compañeros a dónde debía dirigirse para ver a un detenido. Yo, desde mi mesa, solo rezaba para que fuera yo el que tuviera que atenderla.

Que Joselu me estuviera contando estas cosas sobre mi mujer, describiendo cómo se fijó en ella, no era algo que me entusiasmara precisamente. Él debió notar el cambio en mi cara, porque la mandíbula se me tensó de forma instintiva.

—Perdóname, James. Sé que no es necesario que te diga esto, pero es para que entiendas que... joder, ves entrar a ese pibón y te desarma por completo. No puedes evitarlo.

—No te preocupes —dije, restándole importancia con un gesto de la mano, aunque por dentro mi instinto territorial estaba aullando.

—Y, efectivamente, yo era el que llevaba el caso de su detenido —prosiguió él, ajeno a mi tormenta interna—. En ese momento la miré y pensé: "Pobre chica, su primer caso, su primera vez en una comisaría... la voy a hacer sudar un rato".

—¿Y lo hiciste? —pregunté, arqueando una ceja. Conocía a Mía y sabía que subestimarla era el primer paso hacia el desastre.

—¿Tú qué crees? —rio Joselu de nuevo—. Esa chica de aspecto inocente sacó su ametralladora y empezó a disparar sin previo aviso. Me preguntó por los hechos; era un simple caso de hurto en un supermercado. Le dije que tenía un juicio rápido en unos minutos y ella me contestó, con una mirada desafiante, que sin ver las actuaciones y todas las pruebas no se celebraría absolutamente nada. Primera bala al brazo.

Me incliné hacia delante, disfrutando de la historia a pesar de todo. Podía ver la escena perfectamente.

—Así que le tuve que dar todo el expediente. Lo examinó en un tiempo récord. Me preguntó si habíamos utilizado violencia y le

dije que no. Me preguntó si lo habíamos cacheado para saber si llevaba algo encima y le dije que sí. Imagínate su cara de triunfo cuando me soltó: "¿Y bien?". Segunda bala a la pierna. Tuve que confesarle que no habíamos encontrado nada.

Sonreí al imaginarme a Mía enfrentándose Joselu.

—Cuando se celebró el juicio —continuó Joselu, gesticulando con las manos—, terminó de sacar la artillería pesada. Empezó a disparar a todos en plena frente: que si la acusación solo se sostenía por la percepción subjetiva de los empleados, que si el establecimiento disponía de cámaras que ese día, por "casualidad", no funcionaban, que lo habíamos registrado y no había ni rastro del objeto... No dejó a nadie vivo. Conclusión...

—Absolución —terminé yo, con una sonrisa de suficiencia.

—Exacto. Su primera intervención y fue una actuación brillante. Me quedé con cara de gilipollas. Cuando salimos, no pude evitar seguirla. Vi cómo se sentó en un poyete cerca de la comisaría, con los hombros caídos por primera vez, como si toda la adrenalina se le hubiera escapado de golpe. No lo dudé y me dirigí a ella.

Me quedé en silencio, asimilando la imagen. Mía, la guerrera incansable, sentada a solas y derrumbada tras su primera victoria. Me habría gustado estar allí, pero me conformaba con saber que, desde ese primer día, ella ya era la fuerza de la naturaleza de la que me había enamorado.

—¿Y bien? —pregunté, inclinándome hacia delante, deseoso de saber qué ocurrió después de aquel despliegue de artillería en el juzgado.

—Pues encontré a otra chica —continuó Joselu, y su tono se volvió más suave, casi protector—. Era una versión totalmente distinta a la que había visto en la Sala. Estaba sentada en aquel poyete, respirando con dificultad, como si le faltara el aire. Me senté a su lado y le pregunté si estaba bien. Ella me miró con una cara que no olvidaré jamás… y me respondió que no.

Sentí un nudo en la garganta.

—Me dijo que eso no era lo suyo —prosiguió él—, que no sabía enfrentarse a los problemas. Decía que su pasado volvía a recordarle que no merecía estar allí, que una persona como ella no

era capaz de hacer algo así. Se derrumbó, James. Y yo no pude hacer otra cosa que abrazarla.

Apoyé mis codos en la mesa y hundí las palmas de mis manos en mi frente, ocultando por un segundo la intensidad de mis emociones. Escuchar eso me dolía en el alma. Me dolía el corazón al imaginarme a Mía así. Recordé todo lo que ella había tenido que pasar, todas las veces que me había confesado que se sentía insuficiente y, todo, porque su progenitor decidió que ella no valía la pena.

—Cuando se tranquilizó —continuó Joselu sacándome de mis pensamientos—, le dije que, a pesar de llevar yo cinco años en el cuerpo, aquella había sido la mejor actuación que había visto nunca. Y que si me decía que era su primera vez, mi asombro era aún mayor. Le juré que esa virtud no podía desaprovecharla, que mandara a la mierda su pasado; que lo que hubiera dejado atrás no podía interponerse en el futuro tan brillante que tenía por delante.

Levanté la vista y vi la sinceridad en los ojos de Joselu. En ese momento, cualquier rastro de celos o recelo desapareció. Solo sentía gratitud porque él hubiera estado allí cuando yo todavía no existía en su vida.

—Ella me sonrió y ahí fue cuando mis pensamientos y sentimientos hacia ella cambiaron —confesó Joselu con naturalidad —. No puedo explicarte qué fue lo que pasó o lo que me removió, pero quise protegerla, cuidarla y ayudarla en todo. Y, más aún, cuando me ofrecí a acompañarla a su casa y ella me dijo que no, que tenía que volver al despacho. Le dije que era tarde, que eran las siete de la tarde, y me contestó con una tristeza que me partió en dos: "No hay nadie esperándome".

Cerré los ojos con fuerza. Esa frase fue como una puñalada. Saber que Mía volvía a un despacho vacío porque no tenía a nadie... me quemaba por dentro.

—Me comentó que no tenía familia —añadió él—, que solo tenía a un par de amigas con las que compartía piso. A partir de ahí mantuvimos el contacto. No quería que se subestimara porque, joder, James, tú lo sabes mejor que nadie… ella vale oro.

—Lo sé —afirmé con la voz firme, aunque cargada de emoción—. Es increíble. A pesar de todo lo que pasó, de toda la soledad y el desprecio que recibió, sigue dándolo todo por los demás sin pensar un segundo en ella misma.

Me quedé mirando el fondo de mi taza de café, dándome cuenta de que Mía no solo era la mujer que yo amaba; era una superviviente que había aprendido a brillar en la oscuridad más absoluta. Y me juré a mí mismo, una vez más, que mientras yo respirara, jamás volvería a sentir que no hay nadie esperándola al final del día.

—Por eso lo haces —dije, más para mí mismo que para él—. Por eso, cada vez que la ves, reaccionas así con ella. La piropeas, y no solo físicamente, sino por su dedicación constante.

Joselu asintió lentamente, dándole un último sorbo a su café ya frío.

—Exacto, James. Quiero que no olvide, ni por un segundo, que ella está donde está gracias a ella misma. Ni por su apellido, ni por la suerte, ni por nadie más. Se lo ha ganado a pulso, sangrando en cada paso del camino.

Apoyé la espalda en la silla, suspirando. Entendía perfectamente ese impulso. Yo también pasaba gran parte de mis días intentando que Mía se viera a través de mis ojos: como la mujer brillante, terca y capaz que es, y no como la víctima que Diego Beltrán intentó crear.

—Te entiendo mejor de lo que crees —confesé con sinceridad —. Yo hago lo mismo. A veces parece que tiene una venda en los ojos que le impide ver lo increíble que es.

Joselu sonrió, esta vez con una complicidad que eliminó cualquier rastro de la tensión que habíamos tenido al principio de la tarde.

—Me alegra que seas tú quien esté a su lado ahora, James. Sé que está en buenas manos. Y sé que lucharéis contra ese "as en la manga" que me ha dicho que tiene su padre.

—Puedes estar seguro de eso —sentencié, y mi voz sonó tan dura como el acero—. Por Mía, soy capaz de quemar el mundo

entero. Y si Diego Beltrán cree que puede volver a jugar con su mente, es que no tiene ni idea de quién está ahora a su lado.

Medité si contarle a Joselu lo que estaba tramando. Finalmente decidí que sí, que se lo merecía.

—Y sobre eso… —dije, bajando la voz y clavando la mirada en Joselu—, no quiero que Mía vuelva a ver a su padre. No voy a permitirlo. No quiero que ese malnacido intente persuadirla ni jugar con su mente usando a un hermano que ni siquiera sabemos si existe.

Joselu asintió con gravedad, comprendiendo perfectamente el peligro. Diego Beltrán era experto en detectar la necesidad de afecto y usarla como un arma.

—He tomado una decisión —continué, con el tono frío y decidido que usaba para cerrar mis mejores casos—. Voy a empezar a buscar a ese supuesto hermano por mi cuenta. Necesito saber la verdad antes de que él la use para destruirla. Voy a llamar a Ris. Es un viejo amigo, un detective privado de los que no dejan piedra sin remover. Le pediré que indague hasta el último rincón de la vida de Diego Beltrán. Si hay un hijo por ahí, Ris lo encontrará.

Joselu me miró con respeto y no dudó ni un segundo en inclinarse al frente.

—Cuenta con mi ayuda en lo que necesites, James —me dijo con firmeza—. Desde comisaría puedo intentar cruzar algunos datos de forma discreta.

—Lo tendré en cuenta, gracias —respondí, estrechándole la mano sobre la mesa.

CAPÍTULO 5: MÍA

La reunión había ido bastante bien; corta, concisa y con los objetivos claros, justo como a mí me gustaba. Por fin, después de un día que se sentía como si hubiera durado un mes, llegué a casa dispuesta a ejecutar mi plan maestro: una ducha larga, mi pijama más cómodo, un poco de música para desconectar del mundo y mi marido al lado. ¡Planazo!

Mientras entraba en casa, no pude evitar notar el silencio. Me sorprendió no encontrar a James por ninguna parte. Lo había dejado con Joselu en la cafetería hacía un par de horas... ¿De qué habrían estado hablando tanto tiempo? Por favor, Mía —me susurró mi subconsciente con la ceja levantada—, ¿de verdad te lo preguntas? Tenía razón. Seguramente yo había sido el punto primero, segundo y último de su orden del día.

Comencé mi ritual. El agua caliente me quitó de encima el peso de los expedientes y, cuando bajaba por las escaleras con la toalla todavía enrollada en el pelo como un turbante y mi pijama de seda puesto, escuché el sonido de las llaves.

—Sí que se ha alargado tu charla con Joselu… —le solté desde el último peldaño, cruzándome de brazos.

—Sí, un poco —respondió James con una calma sospechosa.

Se acercó a mí, me tomó por la cintura y me dio un beso lento en los labios. Me quedé esperando a que continuara hablando, buscando alguna señal en su mirada, pero no profundizó. Lo seguí mirando con una ceja levantada, analizando cada milímetro de su rostro, hasta que vi cómo en las comisuras de sus labios empezaba a asomar una sonrisa encubierta.

—¿Y bien? —insistí—. ¿No tienes nada que contarme?

—¿Yo? —preguntó, fingiendo una inocencia que no le pegaba nada.

—A ver, James... que has estado dos horas a solas con Joselu. ¿Qué habéis hablado exactamente?

James soltó un suspiro dramático y empezó a caminar hacia el salón mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

—Pues... la verdad es que me ha abierto los ojos, Mía. Me ha contado cosas de ti que me han dejado perplejo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo qué? —pregunté, siguiéndolo de cerca.

—Me ha confesado que en realidad eres una espía encubierta enviada para desestabilizar el orden de mi vida —dijo, dándose la vuelta con una seriedad cómica—. Y que tu moño desaliñado es, en realidad, una antena de alta frecuencia para comunicarte con el cuartel general. ¡Ah! Y que en aquella primera detención que me ha contado, no defendiste al cliente... ¡lo entregaste a cambio de un paquete de gominolas!

—¡James! —exclamé, agarrando el primer cojín que pillé del sofá y lanzándoselo directamente a la cara—. ¡Deja de decir tonterías!

—¡Es la verdad! —gritó él riendo, esquivando otro cojín.

Me atrapó por las muñecas, me atrajo hacia su pecho con un movimiento ágil y me inmovilizó entre sus brazos, riendo a escasos centímetros de mi boca.

—¿De verdad quieres saber qué me ha contado? —susurró, suavizando el tono—. Pues que eres maravillosa. Que vales oro y que está jodidamente contento de que estés conmigo, porque sabe que yo sí voy a saber cuidarte como mereces.

Me quedé desarmada, con el corazón latiendo a mil por hora, no por la "pelea", sino por la sinceridad en su voz.

—Uau... ¿hasta ese punto habéis llegado? —pregunté, sorprendida por el cambio de dinámica entre ellos.

—Sí —asintió James, soltándome las manos para acariciarme las mejillas—. Resulta que tenemos más cosas en común de las que pensaba. Básicamente, ahora es mi bro.

No pude evitarlo. Me eché a reír a carcajada limpia, imaginándome a James y a Joselu yendo juntos al gimnasio o compartiendo confidencias de amigos. Perdón, de "brothers".

—¿Tu "bro"? —repetí entre risas—. James Bernard, el abogado más serio de Madrid, ¿tiene un "bro"?

—Oye, que los lazos por protegerte son muy fuertes —bromeó él, volviendo a besarme—. Pero sí, hemos firmado la paz.

Nos hundimos en el sofá, abrazados y riendo.

El resto de la semana transcurrió sin incidentes externos, pero mi interior era otra historia. Mi cabeza, no sé por qué, sentía que me iba a estallar en cualquier momento. Últimamente le daba demasiadas vueltas a las cosas; analizaba cada palabra de mi padre en la prisión, cada gesto de Vanessa... y eso nunca es bueno para mi vitalidad.

Me sentía agotada, tanto mental como físicamente. Era una sensación extraña de pesadez que me arrastraba. Llegaba a casa y, apenas daban las nueve de la noche, ya estaba profundamente dormida en el sofá o en la cama, algo impensable en la Mía de antes.

James, que me conoce mejor que yo misma, no tardó en poner el dedo en la llaga.

—Mía, ¿te encuentras bien? —me preguntó una noche mientras me arropaba—. Te noto muy cansada últimamente, casi no aguantas despierta para cenar.

—Es cierto, no sé qué me pasa —admití, cerrando los ojos ante el alivio de su mano acariciando mi pelo—. Siento que la cabeza me va a explotar.

—¿En qué piensas tanto? —insistió él con voz suave.

—¿En qué no pienso, James?

—¿Estás dándole vueltas a lo que dijo tu padre sobre ese hermano? —preguntó acertadamente.

—Sí, no voy a negártelo —susurré—. Esa duda se ha instalado en mi cerebro y no me deja vivir. ¿Y si es verdad? ¿Y si hay alguien más de mi sangre ahí fuera sufriendo por su culpa?

Pasamos el fin de semana prácticamente recluidos en casa. Yo no tenía fuerzas para eventos sociales, pero James impuso su voluntad el domingo por la tarde: me obligó a dar un paseo por un

parque cercano. Decía que necesitaba que me diera el aire, que mis pulmones se limpiaran de oficina y que mi mente saliera de esas cuatro paredes que se me estaban echando encima. Y, menos mal que insistió. El sol suave de la tarde y el movimiento me vinieron de maravilla, aunque el cansancio seguía ahí, latente.

Sin embargo, mi grupo de amigos no estaba dispuesto a darme tregua. El chat de WhatsApp empezó a echar humo:

Cami: *Señora recién casada, ni se te ocurra convertirte en una anciana aburrida tan pronto. ¡Te echamos de menos!*

Liam: *De la semana que viene no pasa que nos veamos. He dicho. Necesito mi dosis de drama y risas.*

Adri: *Yo ya he reservado el viernes por la noche para vosotros. No se aceptan devoluciones ni bajas de última hora.*

Miré a James, que leía los mensajes por encima de mi hombro con una media sonrisa. Suspiré, sintiendo que, a pesar de mi agotamiento, necesitaba ese chute de energía que solo ellos saben darme.

Yo: *Trato hecho. Nos vemos el viernes.*

El martes por la mañana, mi cuerpo simplemente dijo "basta". Los síntomas de mi menstruación habían decidido darme la cara un par de días antes de su llegada, lo que explicaba, al menos en parte, ese agotamiento extremo y el dolor de cabeza que me estaba matando.

Cuando James se despertó y me vio con la cara hundida en la almohada, ni siquiera intentó convencerme de que me levantara.

—Amor, no vayas a la oficina hoy, por favor —me susurró al oído, apartándome un mechón de pelo con una ternura que me hizo querer llorar—. Quédate un rato más en la cama.

No lo dudé ni un segundo. Me enrollé en la sábana como un gusano de seda, buscando el calor que mi propio cuerpo no lograba generar. Lo último que registré antes de hundirme de nuevo en un sueño pesado fue el roce de los labios de James en mi frente y, poco después, el sonido sordo de la puerta principal al cerrarse.

Me desperté sobre las diez, sintiéndome algo más despejada pero con una sensación de vacío en el estómago. Me arrastré hasta la cocina, todavía en pijama, y mientras esperaba a que el agua para mi té empezara a hervir, el sonido estridente del telefonillo rasgó el silencio de la casa.

Me sobresalté, apretando la taza vacía entre mis manos.

—¿Quién es? —pregunté a través del interfono.

—Cartero. Traigo una carta certificada para Mía Beltrán.

Fruncí el ceño. ¿Una carta certificada? Fui a la entrada de casa, tratando de ignorar el pinchazo en mi vientre. El cartero me extendió una tableta digital para que firmara y me entregó un sobre alargado, de papel amarillento y tacto áspero.

Cuando se marchó, me quedé totalmente petrificada en medio del vestíbulo. No necesité abrirla para saber que nada bueno podía salir de ahí. El sello plasmado en la carta estaba impreso con una frialdad burocrática que me heló la sangre: Centro Penitenciario de Madrid. Sabía quién la mandaba.

Me senté en el borde del sofá, en la penumbra del salón, mirando el papel. Diego Beltrán no se rendía. A pesar de estar encerrado, a pesar de haber perdido el juicio, a pesar de que James y yo éramos ahora un frente unido, él seguía intentando perforar los muros de mi tranquilidad.

Una parte de mí quería quemarla sin leerla, tirarla por el desagüe y fingir que nunca había llegado. Pero la curiosidad —o quizás el miedo a lo desconocido— fue más fuerte. Sabía que si no la abría, esa curiosidad o miedo se haría más grande en mi imaginación de lo que probablemente era en realidad. Con el corazón golpeando con fuerza contra mis costillas, rasgué el sobre. Mis ojos recorrieron las líneas con una mezcla de náuseas y una curiosidad masoquista:

"Mía:

Supongo que estarás muy ocupada jugando a las casitas con tu flamante marido, intentando borrar de un plumazo el pasado y el apellido que te di. Pero la sangre no se limpia con un anillo de oro, por mucho que te empeñes en negarlo.

Te escribo porque me produce una mezcla de risa y lástima verte vivir en esa ignorancia idílica. Te crees libre, te crees realizada, pero no eres más que una niña asustada que se esconde tras los hombros de James Bernard para no mirar a la realidad de frente.

¿De verdad crees que lo sabes todo sobre tu historia? ¿Sobre lo que dejé atrás cuando tú no eras más que un estorbo en mis planes? ¿De verdad no te importa tu propio hermano? Lleva tu misma sangre, Mía. Esa misma sangre que tanto desprecias pero que te corre. Si eres capaz de darle la espalda a alguien de tu propia estirpe, de dejarlo en el olvido para no ensuciar tu idílica y perfecta vida de casada, entonces eres exactamente igual de despreciable que yo. Tu indiferencia y tu egoísmo te hacen mi viva imagen.

Te he dado bastante tiempo desde la última vez, así que esto es un ultimátum: tienes hasta este jueves para venir a la sala de visitas. Si no apareces, habrás actuado igual como yo hice contigo: tu hermano será ese estorbo que has preferido ignorar.

Tu padre."

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con mi malestar. "Igual de despreciable que yo". "Estorbo que has preferido ignorar". "Indiferencia". "Egoísmo". Esas palabras resonaban en mi cabeza como una sentencia. Me puse en pie, con las manos temblando tanto que el papel crujía.

No podía permitir que ese hombre tuviera razón. No podía ser como él. Pero, por otro lado, si iba a esa prisión, le estaría dando exactamente lo que quería: control sobre mí. Miré el reloj. James no llegaría hasta dentro de unas horas. Tenía tiempo para pensar, pero mi mente ya había tomado una dirección peligrosa. Sabía que James quemaría esta carta en cuanto la viera; me protegería, me diría que son mentiras de un manipulador. Pero, ¿y si no lo eran? ¿Y si en realidad ese hermano existía? La culpa, ese sentimiento que mi padre manejaba a la perfección, ya estaba empezando a corroerme por dentro. Tenía que tomar una decisión y, por primera vez, sentía que no podía compartirla con el hombre que más amaba. Tenía que enfrentarme a mi sangre yo sola.

Las prisiones no funcionan por impulso, por mucha urgencia que dicte una carta cargada de veneno. Necesitaba una cita previa.

Con los dedos todavía torpes, entré en la web oficial de Instituciones Penitenciarias. Tuve que introducir mis datos, mi DNI y, lo que más me costó, los datos del preso: Diego Beltrán. Solo teclear su nombre me provocó un escalofrío que me recorrió la columna. Fui directa al calendario de disponibilidad para locutorios. Mis ojos escaneaban la pantalla con desesperación. Hoy (martes) quedaba un único hueco libre a las 12:00 de la mañana; las siguientes horas disponibles eran para el viernes.

El ultimátum de la carta era claro: tenía hasta el jueves. Miré el reloj de mi móvil; eran casi las diez y media. Si me daba prisa, llegaría justo a tiempo para el registro y el control de seguridad. Confirmé la cita de las doce. Al aparecer el número de reserva en la pantalla, sentí que acababa de firmar un contrato con el diablo. Ya no había vuelta atrás.

Me vestí lo más rápido que pude, ignorando el pinchazo persistente en mi vientre y el mareo que me nublaba la vista por momentos. Las manos me temblaban tanto que abrocharme los botones de la blusa se convirtió en una tarea titánica. Mi mente iba a mil por hora, repitiendo las palabras de la carta como un mantra perverso: "Eres igual de despreciable que yo". No, no lo era. Y, precisamente, para demostrarlo, tenía que ir.

Agarré el bolso y salí a la calle. El sol de media mañana me cegó por un instante. Allí estaba aparcado mi BYD, brillante y silencioso, el coche que representaba mi independencia. Me acerqué a él, pero al llegar a la puerta, me detuve en seco. Mis reflejos no estaban ahí. La presión en mi cabeza era tan fuerte que sentía que el mundo giraba a una velocidad distinta a la mía. No me sentía con fuerzas ni con la seguridad necesaria para conducir; media hora de trayecto por la autopista hacia el centro penitenciario se me antojaba una misión imposible. Así que saqué el móvil y, con los dedos todavía torpes, pedí un taxi.

El taxi llegó en menos de cinco minutos. Me hundí en el asiento trasero, intentando hacerme pequeña, como si quisiera esconderme de los ojos del mundo. El taxista enfiló la carretera hacia la prisión. Cada kilómetro me alejaba más de la seguridad de

mi hogar y me acercaba más al hombre que se alimentaba de mis miedos. Solo esperaba que, al llegar allí, tuviera la fuerza necesaria para no romperme frente a él.

Mi subconsciente empezó a gritarme. James. Tenía que haberlo llamado. Él sabría qué hacer, él me protegería de ese monstruo. Pero una parte de mí, la parte que Diego Beltrán había herido con su carta, necesitaba hacer esto sola.

El sol de mediodía caía a plomo sobre el cemento gris del centro penitenciario, pero yo sentía un frío que me calaba hasta los huesos. Caminé hacia la entrada principal con las piernas pesadas, sintiendo que cada paso era una traición a la paz que tanto me había costado construir con James. Al cruzar la primera barrera, el ambiente cambió de golpe. Aquí no había lugar para la elegancia ni para las medias tintas; todo era funcional, estéril y profundamente deprimente. Me dirigí a la ventanilla de registro.

—Tengo cita a las doce. Mía Beltrán —dije, y pronunciar mi apellido en aquel lugar me supo a ceniza en la boca.

El funcionario, un hombre con cara de haber visto demasiado, ni siquiera me miró a los ojos. Tecleó algo en el ordenador, comprobó mi DNI y asintió con desgana.

—Cita confirmada. Deje todas sus pertenencias en la taquilla: móvil, llaves, bolso. Todo.

Sentí una punzada de pánico al separarme de mi teléfono. Era mi único vínculo con James, con la realidad, con mi cordura. Lo guardé en el pequeño cubículo metálico junto con mi bolso y cerré con la llave.

Luego vino el control de seguridad. Una funcionaria me indicó que extendiera los brazos y pasó el escáner manual por mi cuerpo.

—Pase a la sala de espera. Avisarán por el número de locutorio —ordenó con voz monótona.

La sala de espera era un purgatorio de bancos de madera y paredes desconchadas. El olor a desinfectante industrial y a encierro era insoportable. Me senté en una esquina, evitando la mirada de los demás familiares. Mi vientre volvió a avisar con un calambre agudo, recordándome que mi cuerpo no estaba para batallas, pero mi mente ya no podía dar marcha atrás.

—Mía Beltrán. Locutorio número siete —anunció una voz metálica por la megafonía.

Me levanté mecánicamente. Recorrí el pasillo estrecho, flanqueado por puertas pesadas y cámaras de seguridad que parecían seguir cada uno de mis movimientos. Al llegar al locutorio siete, entré en el pequeño cubículo. Era un espacio asfixiante, dividido por un cristal grueso y reforzado. A ambos lados, unos taburetes anclados al suelo y un interfono.

Me senté y esperé. Los segundos se estiraron como horas. Escuché el eco de unas llaves, una puerta metálica abriéndose y pasos pesados al otro lado del cristal. Y entonces, apareció él.

Diego Beltrán entró escoltado, vestido con el mono del centro. No parecía un hombre derrotado; al contrario, caminaba con esa arrogancia que le era tan natural, como si el centro penitenciario fuera su despacho personal. Se sentó frente a mí y, antes de agarrar el interfono, me dedicó una sonrisa gélida, cargada de una victoria que me revolvió el estómago. Había ganado. Había conseguido que fuera.

Agarré el auricular y lo pegué a mi oreja. Al otro lado, su voz sonó tan nítida y ponzoñosa como la última vez que lo escuché.

—Sabía que vendrías, Mía —dijo sin preámbulos, sus ojos oscuros clavados en los míos—. No eres tan fuerte como te gusta creer. La sangre siempre acaba reclamando lo que es suyo.

—¡Qué sabrás tú lo que significa la sangre! —le espeté, apretando el auricular con tanta fuerza que los nudillos me blanquearon. Mi voz tembló, pero no de miedo, sino de un asco profundo que nacía en mis entrañas.

Él se reclinó un poco, disfrutando de mi reacción con una parsimonia que me ponía enferma.

—Sé utilizarla, Mía. Por eso estás aquí, ¿no? —su sonrisa se ensanchó, mostrando esa hilera de dientes perfectos que escondían a un monstruo—. La sangre es el hilo invisible que te ha traído arrastrándote hasta este locutorio a pesar de que, como adivino, tu brillante marido te habrá dicho que no lo hicieras.

Era un hijo de puta. No había otra palabra para definirlo. En ese momento, las palabras de James resonaron en mi cabeza como

una campana de advertencia: *"Mía, solo intenta manipularte, busca tu punto débil para volver a entrar en tu vida"*. Tenía razón. James siempre tenía razón con respecto a él, y yo, en mi desesperación por encontrar una identidad, le había servido mi voluntad en bandeja de plata.

Respiré hondo. Sentí una punzada de dolor en el vientre y el sudor frío bajando por mi espalda, pero me obligué a mantener la mirada fija en sus ojos oscuros. Ve al grano, Mía. No dejes que te enrede.

—Ya estoy aquí —dije, bajando el tono de voz hasta que sonó letalmente tranquilo—. Ahora dime la verdad. Toda la verdad. Acabemos con esto de una puta vez. No más acertijos, no más mentiras, no más juegos de poder. ¿Quién es ese hermano?

Diego apoyó los codos en la mesa, acercándose al cristal. Su expresión cambió; la burla dio paso a una frialdad técnica, como si estuviera narrando un informe pericial.

—Antes de que tú fueras un error en los planes de tu madre, yo ya tenía una vida —empezó a decir, y su voz a través del interfono sonaba metálica y carente de cualquier emoción—. Vivía bien, Mía. Tenía mi propio negocio, una empresa que empezaba a despegar, financiada íntegramente por mi mujer. Ella tenía el capital, yo el cerebro. Era perfecto.

Se detuvo un momento, observando cómo yo procesaba la información.

—Pero, cuando mejor estaba todo, cuando mi posición social era impecable, cuando el lujo estaba a mi alcance, tu madre se quedó embarazada. Me lo soltó como si fuera una bendición, con esa cara de ingenua que siempre tuvo. Le dije que no siguiera adelante, que no quería dramas, que abortara… pero no quiso escuchar.

—¿Y qué pasa? —le interrumpí, sintiendo que el corazón me iba a saltar del pecho—. ¿Qué tiene eso de malo? ¿Qué tiene de malo querer tener un hijo? ¿No erais una familia?

Diego soltó una carcajada seca, un sonido corto y desprovisto de humor que se filtró por el auricular como un veneno.

—Veo que no eres tan inteligente como aparentas, Mía. O quizás es que ese Bernard te ha ablandado el cerebro con tanto

romanticismo barato —me miró con un desprecio absoluto—. Ella nunca fue mi familia, vosotras nunca fuisteis mi familia. Fuisteis el accidente que arruinó mi vida. Cuando tú naciste, yo ya tenía una mujer y un hijo, Mía. Una familia de verdad, con apellido y estatus. Tú y tu madre no erais más que la mancha que tuve que ocultar para no perderlo todo.

El mundo se detuvo. Sentí que el cristal que nos separaba se volvía infinito. Un hermano mayor. Una familia paralela. Mi existencia entera, los pocos recuerdos felices que guardaba de mi infancia, no eran más que los fragmentos de una mentira que él había mantenido para proteger sus intereses.

—Pero igualmente, a pesar de todos mis esfuerzos por mantener cada pieza en su sitio, mi esposa se enteró de todo —dijo, y su mandíbula se tensó tanto que las venas de su cuello sobresalieron—. Se enteró de la existencia de tu madre y de la tuya. El día que se arruinó todo...

Ahora entendía el motivo real de por qué nunca lucho por mí cuando mi madre falleció. Nunca le importé. Y, en ese momento, su rostro se transformó. Sus ojos se oscurecieron y una expresión de pura ira, una rabia volcánica y destructiva, se apoderó de sus facciones. Se inclinó hacia el cristal, y por un segundo, no vi al preso de la cárcel de Madrid, vi al monstruo que habitaba mis pesadillas. Había visto esa cara antes. La conocía demasiado bien. Sentí un escalofrío que me recorrió la columna, un frío tan intenso que me hizo olvidar por un momento los calambres de mi vientre. Mi mente, como si hubiera sido empujada por un resorte, me teletransportó a aquella casa vieja, a la penumbra de un pasillo que olía a miedo.

—Recuerdo ese día —susurré, y mi propia voz me sonó extraña, como si viniera de muy lejos—. Recuerdo las voces... esos gritos que parecían querer echar abajo las paredes. Recuerdo el sonido de los cristales rotos estallando contra el suelo, el caos, el olor a alcohol y a desesperación. Pero sobre todo... recuerdo tu cara.

Sentí una pulsación dolorosa en la base del cráneo. De forma instintiva, mi mano derecha subió hacia mi nuca. Mis dedos rozaron la piel rugosa, esa marca que el pelo rubio siempre intentaba ocultar pero que yo sentía cada segundo de mi vida. Toqué mi cicatriz. El

recuerdo del impacto, del dolor cegador y de la sangre caliente manchando mi camiseta de niña volvió a mí con una nitidez insoportable.

—Ese día no se arruinó tu vida, Diego —dije, apretando los dientes para no romperme frente a él—. Ese día casi terminas con la mía. Me dejaste esta marca para que nunca olvidara quién eras.

Él no se inmutó al ver mi mano en la cicatriz. Al contrario, sus ojos brillaron con una satisfacción sádica.

—Esa marca es lo único que te vincula a la realidad, Mía —replicó con una frialdad que me cortó la respiración—. Si no fuera porque mi esposa os descubrió, seguirías creyendo que naciste de un cuento de hadas. Tu hermano, en cambio, creció con todo lo que tú nunca tuviste: un nombre, dinero, amor. Pero ahora... ahora él es lo único que puede salvarme…

Me aparté del cristal, sintiendo que el auricular me quemaba la mano. El asco que sentía era tan denso que casi podía masticarlo. No había venido a ver a un padre, había venido a enfrentarme a un demonio que todavía tenía garras, lo suficientemente largas, como para alcanzarme desde su celda.

—¿Dónde está? —pregunté, con la voz apenas en un hilo, aunque por dentro sentía que estaba gritando.

—Sinceramente, no lo sé —respondió él, encogiéndose de hombros con una naturalidad que me revolvió el estómago—. Mi mujer se encargó de que no los encontrara a ninguno de los dos. Se esfumaron. Ella siempre fue más lista de lo que le di crédito; sabía que, si los encontraba, los usaría.

Apreté los dientes. Era incapaz de sentir un ápice de compasión por él, ni siquiera al ver que su propia familia lo había borrado del mapa.

—¿Cómo se llama? —insistí. Si sabía el nombre, podía buscarlo. Podía encontrarlo sin su ayuda.

Diego soltó una risita seca, golpeando rítmicamente el cristal con la yema de un dedo.

—Su nombre… eso sí que es algo por lo que te tengo que cobrar, Mía. No estarías pensando que te iba a regalar la pieza más importante del puzle sin nada a cambio, ¿verdad? ¡Qué ingenua

sigues siendo! —contestó ese señor que figura en mi partida de nacimiento como padre.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Él se inclinó hacia delante, y sus ojos brillaron con una ambición desesperada.

—Mi libertad.

Me eché a reír, una risa amarga y sin rastro de humor que resonó en el pequeño locutorio.

—Ni lo sueñes.

—No seas tan tajante, hija mía. Lo único que tienes que hacer es convencer a tu marido para que retire su acusación, que retire los cargos por denuncia falsa y estafa.

—Aunque lo hiciera, no serviría de nada —repliqué, sintiendo una satisfacción gélida al ver su desesperación—. Aunque James retire la acusación particular, el Ministerio Fiscal seguirá adelante. Irán contra ti de oficio. Estás acabado, Diego.

Él no se inmutó. Al contrario, sonrió como si yo fuera la que no entendía el juego.

—Eso no me preocupa... Un acuerdo con el Fiscal y acabaré en la calle antes de que te des cuenta. Todo depende de que James se eche a un lado. Tú puedes hacer que eso ocurra.

Lo miré a través del cristal. Era un parásito. Un ser que solo sabía construir su bienestar sobre las ruinas de los demás, incluso de su propia hija. La imagen de James, de su esfuerzo por protegerme, de su integridad y de todo lo que habíamos construido, pasó por mi mente.

—Eres despreciable —dije, sintiendo que las lágrimas de rabia empezaban a asomar, aunque me negaba a dejarlas caer.

—Lo soy —admitió él con una frialdad absoluta—. Pero soy el único que tiene el nombre de tu hermano. ¿Qué vale más para ti, Mía? ¿Tu orgullo o tu sangre?

El silencio se espesó entre nosotros. El dolor de mi vientre me dio un aviso agudo, un calambre que me dobló por dentro, pero me mantuve erguida. Me levanté lentamente del taburete, sintiendo que el aire del locutorio se me terminaba.

—No —dije, firme y clara.

—¿Qué? —La sonrisa de Diego flaqueó por primera vez.

—He dicho que no. No voy a traicionar a James, ni voy a traicionar la justicia por la que he trabajado toda mi vida por un nombre que probablemente sea otra de tus mentiras. Quédate con tu secreto, Diego. Quédate con él en esta celda hasta que te pudras.

Solté el auricular, dejándolo colgar de su cable, y me di la vuelta sin mirar atrás. Escuché cómo golpeaba el cristal al otro lado, gritando algo que ya no me interesaba oír. Salí al pasillo con las piernas temblando, sintiendo que el mundo se desmoronaba bajo mis pies, pero con una certeza absoluta: no iba a dejar que me destruyera otra vez.

Nada más cruzar la pesada puerta metálica que me devolvía al pasillo de los funcionarios, el dique se rompió. Mis lágrimas empezaron a caer sin miramientos, calientes y amargas, nublándome la vista mientras caminaba por inercia.

Mi subconsciente tomó las riendas de mi cuerpo. Me dejé guiar por los pasillos estériles, devolví la tarjeta de visitante y firmé donde me indicaron que firmara, pero mi cerebro no escuchaba absolutamente nada. Las voces de los guardias eran un zumbido lejano, como si estuviera bajo el agua. Actuaba en automático, con los movimientos torpes de quien acaba de recibir un impacto mortal pero sigue en pie por puro instinto.

Cuando llegué a las taquillas y recuperé mis pertenencias, mis manos temblaban tanto que casi no pude meter la llave.

Salí a la calle y el aire de Madrid me golpeó la cara, dándome un alivio momentáneo que no tardó en convertirse en una náusea insoportable.

Solo podía pensar en James. James me lo había dicho mil veces. Me lo había advertido con esa mirada protectora que tanto me molestaba a veces: *"No confíes en él, Mía, solo busca destruirte"*. Pero, como bien había dicho mi padre hace un momento, ingenua de mí. Me había creído capaz de manejar a un monstruo, me había creído con la fuerza suficiente para buscar la verdad sin quemarme, y ahora el incendio me estaba consumiendo por dentro.

Las lágrimas seguían cayendo, grabándose en mis mejillas como ácido al recordar cada una de sus palabras. *"Vosotras nunca fuisteis mi familia"*. Esa frase se repetía en mi cabeza una y otra vez, desgarrando cualquier rastro de esperanza. No éramos su familia. Éramos un error, un secreto sucio guardado en un cajón que, en cuanto salió a la luz y amenazó su estatus, él decidió patear sin mirar atrás. Siempre fue verdad. Mi padre nunca me quiso. Me abandonó por voluntad propia porque yo le sobraba en su mundo de apariencias y dinero.

Necesitaba llamar a James. Necesitaba desesperadamente escuchar su voz, sentir que él era real y que su amor no era otro espejismo. Quería coger el teléfono, marcar su número y decirle que tenía razón, que me perdonara por haber venido, que me sacara de esta pesadilla.

Pero mi cuerpo me abandonó de golpe. Demasiadas verdades, demasiadas emociones, demasiado dolor. El suelo empezó a inclinarse y el cielo azul se volvió gris oscuro, luego negro. No tuve tiempo de hacer nada; ni de marcar, ni de pedir ayuda. Sentí cómo mis rodillas golpeaban el cemento y me desplomé por completo.

En el último suspiro de conciencia, mientras la oscuridad me tragaba, mi mente proyectó una única imagen: James. Lo vi corriendo hacia mí, con el rostro desencajado por la preocupación y los brazos abiertos para protegerme de todo el daño que yo misma me había buscado.

—James... —susurré, antes de que el silencio fuera absoluto.

CAPÍTULO 6: JAMES

La reunión en el despacho era de vital importancia, pero no podía concentrarme. Las palabras de mi padre rebotaban en mi cabeza sin sentido, porque mis pensamientos estaban a kilómetros de allí, en nuestra cama, con Mía. Sabía que debía volver. Ella me había dicho que se encontraba mal, que el cansancio y el dolor la tenían agotada, pero había algo más. Ese maldito sexto sentido, que se activa en mí cada vez que algo amenaza a mi mujer, me estaba gritando que no era solo un malestar físico. Y menos mal que le hice caso a mi instinto.

Llegué a casa con el corazón apretado. Entré llamándola, esperando encontrarla dormida, pero el silencio que me recibió fue sepulcral. Recorrí la planta de abajo, luego subí las escaleras de dos en dos hasta nuestra habitación. La cama estaba vacía. Las sábanas, aún revueltas, conservaban su calor, pero ella no estaba.

—¿Mía? —la llamé, con la voz ya teñida de pánico.

Bajé de nuevo al salón. Fue entonces cuando la vi. Sobre la mesa de centro, junto al ordenador, descansaba una hoja de papel amarillento con el sello de Instituciones Penitenciarias.

Al leer las primeras líneas de ese malnacido, sentí cómo la sangre se me convertía en hielo y luego en puro fuego. "*Cobarde"*, *"Despreciable"*, *"Igual que yo"*. El ultimátum del jueves. No necesité ser detective para saber a dónde había ido. Conocía a Mía mejor que a nadie; siempre intentando cargar con el peso del mundo sobre sus hombros, siempre intentando solucionar los problemas sola, como si todavía fuera aquella niña desamparada que no tenía a nadie. Pero ahora me tenía a mí. Y yo nunca, bajo ningún concepto, iba a dejarla sola en las garras de ese monstruo.

Salí de casa derrapando, conduciendo hacia la prisión con una mezcla de rabia y terror que me impedía respirar. El trayecto se me hizo eterno. Maldecía cada semáforo y cada coche que se cruzaba

en mi camino. Sabía que él la estaría destrozando por dentro, manipulándola, usando su necesidad de respuestas para inyectarle su veneno.

Aparqué el coche de cualquier manera en el estacionamiento de la prisión y salí de él casi antes de que se detuviera, con dirección hacia la puerta de entrada. Fue entonces cuando la vi. A unos metros de la salida, sobre el asfalto gris, vi ese cabello rubio que tanto amaba. Estaba en el suelo, desplomada, como una muñeca rota a la que le hubieran cortado los hilos.

En ese instante sentí que me moría. El mundo se detuvo, el ruido desapareció y solo quedó la imagen de mi mujer inconsciente bajo el sol. Corrí hacia ella como si mi vida dependiera de llegar a su lado un segundo antes, con un nudo en la garganta que me impedía gritar su nombre. No iba a permitir que Diego Beltrán se cobrara esta victoria. No mientras yo tuviera aliento para protegerla.

Llegué hasta ella tan rápido que, juro que por un momento, sentí que me había teletransportado. El corazón me iba a estallar en el pecho cuando la cogí en brazos; pesaba tan poco, se sentía tan frágil entre mis manos que el terror me nubló la vista. La llevé al coche con una urgencia desesperada, la acomodé en el asiento del copiloto y saqué una botella de agua de la guantera. Con las manos temblorosas, mojé la manga de mi chaqueta y se la puse con cuidado en la frente, intentando que así reaccionara y la temperatura de su cuerpo volviera a la normalidad.

Le abroché el cinturón como si fuera de cristal y arranqué. Me dirigí rápidamente hacia el hospital; necesitaba que un médico la viera, que me dijera que solo era un desmayo. Mi preocupación iba en aumento conforme pasaban los minutos y ella no reaccionaba, hasta que por fin, la vi moverse levemente.

—¿James? —susurró con un hilo de voz, parpadeando con dificultad—. ¿Has venido?

—Siempre, nena —respondí, apretando el volante con una mano mientras con la otra le buscaba la suya—. Siempre estaré aquí.

Mía esbozó una sonrisa rota, sin poder abrir bien los ojos todavía.

—Gracias...

Busqué la primera salida que vi para poder detenerme en un lugar seguro y comprobar cómo estaba realmente. Al parar el coche, me desabroché el cinturón y me incliné hacia ella. Le acaricié la cara, apartándole el pelo húmedo de la frente.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? —le pregunté, escudriñando su rostro en busca de alguna señal de mejoría.

—No debería haber ido, James... —sus ojos se llenaron de lágrimas al instante—. Solo me ha hecho más daño. No debería haber sabido nunca la verdad.

Y entonces, se rompió. Mía empezó a llorar desconsolada, con unos sollozos que me desgarraban el alma. La atraje hacia mí todo lo que el espacio del coche permitía.

—¿Qué ha pasado, Mía?

—No me quiso nunca, James —dijo intentando articular las palabras entre espasmos—. Ni a mí, ni a mi madre. Fui un estorbo... fui la causa por la que su "imperio", financiado por su mujer, se acabó.

Me quedé helado.

—No te estoy entendiendo. ¿Tu madre era quien le daba el dinero? ¿Qué tienes que ver tú en esto?

—Mi madre era el entretenimiento de mi padre cuando no estaba con su familia de verdad —explicó, limpiándose las lágrimas con rabia—. Cuando no estaba entre lujo y dinero, jugaba a dos bandas. Mi madre se quedó embarazada de mí y él... él quería que abortara. Pero ella se negó y me tuvo. A los pocos años, su verdadera mujer se enteró de nuestra existencia y le quitó todo. Mi madre murió y él ni siquiera se hizo cargo de mí. Nunca le importé.

Me quedé en silencio, intentando procesar la magnitud de la basura humana que era Diego Beltrán. Un ser despreciable, utilizando a dos mujeres por beneficio económico y placer, que al perder su posición, decidió deshacerse incluso de su propia hija. Estaba confirmando lo que Mía había llevado a sus espaldas durante años: la sombra de un rechazo que no era su culpa.

—Me está costando asimilar todo esto, Mía... —dije con la mandíbula tensa—. ¿Entonces no hay hermano?

—Sí lo hay. Tuvo un hijo con su esposa, es mayor que yo —respondió ella con amargura.

—¿Y dónde está?

—No lo sabe. Su esposa, cuando se enteró de todo, desapareció con el niño. Supongo que tiene el dinero suficiente como para haberse borrado del mapa de ese hijo de puta.

—Entonces, ¿qué mierda pretende contándote todo esto ahora?

Mía suspiró, agotada.

—Quiere que retiremos la acusación contra él a cambio de darme su nombre.

Me quedé mirándola fijamente. Analicé sus ojos hinchados, su cansancio, el dolor que emanaba de cada poro de su piel. No paraba de llorar, y yo sentía que si tenía que quemar el mundo para que ella dejara de sufrir, lo haría.

—¿Qué le has dicho? —pregunté casi con un hilo de voz—. ¿Quieres que retire la acusación?

Lo dije de corazón. A pesar de que quería ver a ese malnacido pudriéndose entre rejas por el resto de sus días, el bienestar de Mía era mi única prioridad. Si ella necesitaba ese nombre para cerrar su herida, yo claudicaría.

Mía respiró hondo, enderezándose en el asiento.

—Ni lo sueñes. No voy a complacerlo. No voy a darle nada que él nunca me dio. Se acabó, James. Esto solo me ha servido para darme cuenta de que no quiero saber nada más de él. Es más, quiero que pague por cada gramo de dolor que nos ha causado.

Sentí una oleada de orgullo que me infló el pecho.

—Eres la persona más valiente y buena que he conocido en mi vida, ¿lo sabes?

—Mi vida es un desastre, James —murmuró ella, bajando la vista.

—No, cariño. Ni se te ocurra decir eso. Recuerda a dónde has llegado por tus propios medios y dónde estás ahora. Tienes una vida maravillosa que ese tipo no va a tocar. Su pasado no tiene

jurisdicción aquí. Y bueno... —añadí con una sonrisa ladeada, intentando destensar el ambiente—, me tienes a mí, que es un plus importante.

Mía soltó una pequeña risa entre el llanto, mirándome por fin.

—Sí, estás aquí. No sé qué haría sin ti.

—Seguir haciendo tu vida igual de bien que siempre, solo que ahora, conmigo, tiene mucha más "vidilla" y mejores cenas.

Ambos reímos suavemente. Me acerqué a ella y la besé con toda la ternura que pude reunir, sellando una promesa silenciosa de que ese hombre jamás volvería a acercarse a sus pensamientos.

—Te quiero, Mía.

—Te quiero, James. Ahora vámonos a casa, por favor.

—¿A casa? —repetí, arqueando una ceja mientras volvía a poner la mano en el volante para continuar la marcha—. Sí, iremos a casa... justo después de pasar por el hospital.

—No hace falta, James, me encuentro mejor —protestó ella, intentando incorporarse un poco más en el asiento—. Ya sabes que estoy más floja porque me tiene que bajar la regla estos días y, bueno, si le añadimos a mi maravilloso padre en esa ecuación... pues por supuesto el resultado no iba a ser bueno.

—Lo sé, nena —suspiré, intentando que mi voz sonara calmada aunque el susto todavía me recorría la espalda—. Pero te has desplomado. Estás muy débil y quizá necesites algún tipo de vitaminas o un suplemento. Iremos al hospital y que te manden algo más fuerte para tu dolor menstrual.

—Pero, James...

—Ni "pero", ni nada. No voy a claudicar en esto. Mi seguro médico cuesta una cuota mensual digna de una pequeña nación caribeña y, por una vez, quiero que me den hasta las piruletas de la recepción —le dije con media sonrisa para intentar quitarle hierro al asunto.

Mía soltó un bufido, pero vi cómo se relajaba contra el respaldo, vencida por el cansancio.

—Está bien, señor mandón.

Conduje con rapidez pero con cuidado hacia el hospital. Es uno de esos centros privados donde el silencio es absoluto y el trato es de hotel de cinco estrellas. Gracias a esa "religiosa" cuota que mencioné, no pasaron ni quince minutos antes de que estuviéramos sentados frente al doctor.

—Cuéntame, Mía —dijo el médico, mirándola por encima de sus gafas con expresión amable—. ¿Qué te ocurre? ¿Cómo te sientes?

—Me tiene que venir la regla —empezó Mía, con esa voz cansada que me partía el alma—, así que estoy muy baja de fuerzas y con bastante dolor de ovarios. Además de que... bueno, por situaciones personales, he tenido unos días de mucho estrés.

El doctor asintió, revisando su historial clínico en la pantalla del ordenador.

—En tus últimos análisis, el hierro estaba dentro de los parámetros pero rozando el límite inferior —comentó—. Tengo aquí apuntado que no viniste a recoger los resultados, por lo que no se te mandó ninguna medicación. Vamos a repetirlos ahora mismo para ver si tienes algo de anemia y necesitas algún complemento vitamínico o hierro directamente, ¿de acuerdo?

Mía soltó un largo suspiro de resignación.

—Está bien —dije mirando hacia abajo. Era un desastre. Cada vez que venía al médico me echan la bronca.

—Perfecto. Tras la extracción de sangre, os llamaré en una hora aproximadamente para daros los resultados —concluyó el doctor mientras preparaba los volantes.

—Muchas gracias, doctor Mendoza —respondí yo, levantándome y ayudando a Mía a ponerse en pie—. Tomaremos algo en la cafetería mientras esperamos.

Caminamos por los pasillos impolutos hasta la cafetería del hospital. Necesitaba que Mía comiera algo sólido y yo... yo necesitaba un café cargado para procesar todo lo que me había contado en el coche.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunté mientras buscábamos una mesa apartada—. Te vendría bien algo con azúcar, te veo

todavía muy pálida.

Ella se dejó caer en la silla, apoyando la cabeza en su mano.

—Un zumo de naranja y quizás un sándwich... No tengo mucha hambre, James, pero sé que me lo vas a hacer comer igual.

—Me conoces bien —le guiñé un ojo—. No quiero que vuelvas a desmayarte y que tenga que cargarte en brazos otra vez ya que, aunque peses poco, mi espalda ya no tiene veinte años.

Ella sonrió por primera vez de forma genuina. Me quedé mirándola, admirando cómo, incluso después de haber sido arrollada emocionalmente por su padre, seguía manteniendo esa luz, esa luz que Diego Beltrán no iba a volver a robarle.

Mientras Mía se comía a pequeños bocados su sándwich —obligada por mi mirada de "no acepto un no por respuesta"—, yo sentía que el café doble que me estaba tomando me inyectaba la vida que el susto de verla en el suelo me había robado.

Aproveché ese momento de calma para explicarle a Mía cómo me había presentado en prisión. Ella sabía que la reunión con mi padre era concerniente al plan de expansión nacional que estábamos llevando a cabo. Sin embargo, en esa reunión no podía concentrarme, la tenía continuamente en la cabeza. Mi padre, que me conoce mejor que nadie, solo tuvo que mirarme a la cara para decir: *"Vete, James. El bufete no se va a hundir por una hora de tu ausencia, pero tu paz mental sí"*. Y qué razón tenía.

Para intentar sacar a Mía del bucle mental sobre su padre, profundicé en el tema que nos había tenido ilusionados todo el verano: la sede de Málaga.

—Estaba terminando de cuadrar las fechas con mi padre antes de salir corriendo —le dije, apoyando los codos en la mesa—. Queremos que la sede en Málaga sea una realidad antes de que termine el año y nos quedan apenas tres meses, Mía.

A Mía le brillaron los ojos por un instante. Recordaréis que fuimos a la casa de Eric en Sotogrande con nuestros amigos y Mía se quedó prendada de la ciudad, de esa mezcla de profesionalidad vibrante y la brisa del Mediterráneo. Para un bufete de nuestro calibre, tener presencia en la Costa del Sol no era solo un lujo, era un movimiento estratégico necesario.

—Tres meses es poco tiempo para encontrar el local perfecto. Tenemos varias zonas con mucha proyección transaccional como son las zona de la Malagueta, Marqués de Larios o en Marbella —comentó ella, empezando a recuperar su tono analítico de abogada —. Hay que ver el tema de las contrataciones y si alguno de nuestros asociados sénior está dispuesto a trasladarse allí para arrancar el proyecto, además de la búsqueda de personal.

—Lo sé, pero si lo logramos, podríamos pasar parte del invierno allí. Imagínate, menos frío, el mar cerca... —Le apreté la mano suavemente—. Te vendría bien un cambio de aires de vez en cuando, lejos del estrés y la rutina de Madrid.

Estábamos debatiendo si era mejor un edificio histórico rehabilitado o una oficina moderna en la zona tecnológica cuando mi móvil vibró sobre la mesa. Número privado.

—¿Diga? —contesté rápido.

—James, soy el doctor Mendoza. Ya tengo los resultados de la analítica de Mía sobre mi mesa. Si podéis subir a la consulta ahora mismo, os recibo de inmediato.

Su tono era profesional, pero no pude evitar buscarle los matices. No parecía alarmado, pero tampoco era la típica llamada de "todo está perfecto". Colgué y miré a Mía, que ya se estaba limpiando las migas del sándwich con una servilleta, visiblemente nerviosa.

—Ya están —anuncié, levantándome y ofreciéndole mi mano —. Vamos a ver qué dice ese hierro.

Caminamos por el pasillo del hospital en silencio. El tema de Málaga quedó suspendido en el aire, reemplazado por la tensión de los resultados médicos. Entramos en la consulta y el doctor nos indicó que nos sentáramos. Tenía la pantalla del ordenador encendida y un par de papeles impresos que no paraba de ojear.

—Bueno —empezó el doctor, mirándonos a ambos—, ya tengo aquí los valores. Y tengo que decir que hay cosas que explican perfectamente ese desmayo y el agotamiento.

El doctor se acomodó las gafas y giró la pantalla hacia nosotros. Yo me incliné, tratando de descifrar aquel jeroglífico de

números y siglas mientras el silencio en la consulta se volvía casi denso.

—Bien —empezó el doctor con tono pausado—, los resultados de la analítica son bastante claros. Para empezar, tenemos el origen del cansancio. La Hemoglobina, que es la proteína de los glóbulos rojos que transporta el oxígeno a tus músculos, está baja. Tu valor es de 8 g/dL, cuando lo normal es que sea mayor de 11 g/dL.

Hizo una pausa y señaló otra línea en el informe.

—Además, hemos confirmado la causa de esa anemia: la Ferritina, que mide tus reservas de hierro, está en 13 ng/mL, cuando lo normal es tener más de 15 ng/mL. Tienes las reservas bajo mínimos, Mía. Pero hay un tercer valor que es el más determinante de todos —el doctor señaló una cifra—. La Hormona hCG está en 90.000 mUI/ml.

Noté cómo Mía se tensaba a mi lado. Su mano, que aún sostenía la mía, empezó a temblar ligeramente. Ella miraba los papeles como si intentaran hablarle en un idioma prohibido.

—Por favor, doctor, no entiendo nada —dijo Mía con un hilo de voz, visiblemente abrumada—. Tengo anemia, el hierro bajo... entiendo que estoy enferma, pero no entiendo esos otros valores ¿qué significan?

Yo intervine, tratando de mantener la mente fría y buscando soluciones prácticas, aunque aquel número de la hormona hCG me estaba haciendo ruido en algún lugar de mi cerebro.

—Doctor, sea directo —le pedí, apretando la mano de mi mujer—. Explíquenos qué debe tomar. ¿Necesita suplementos de hierro? ¿Alguna medicación especial para subir esos valores de inmediato?

El doctor dejó de mirar la pantalla, se reclinó en su silla y nos dedicó una sonrisa que no tenía nada que ver con la frialdad de los datos clínicos. Fue una mirada cálida, de esas que dan las noticias que cambian vidas para siempre.

—Lo que Mía necesita es empezar a cuidarse por dos, James —dijo con suavidad—. ¡Enhorabuena! Mía, estás embarazada de unas nueve semanas.

El mundo se detuvo. Juro que escuché el eco de esas palabras rebotando en las paredes de la consulta mientras el tiempo se congelaba. Miré a Mía de inmediato. Ella se había quedado con la boca entreabierta y los ojos más abiertos aún.

¿Embarazada? ¿Un bebé? Aquellos meses de pasión, la luna de miel en Grecia... todo cobró un sentido repentino y arrollador. Las náuseas supuestamente por el salmón, el agotamiento extremo, el sueño repentino. No era solo el estrés. Era la vida abriéndose paso.

Me quedé sin palabras, sintiendo una mezcla de protección feroz y una alegría tan inmensa que casi no me cabía en el pecho. Estábamos esperando un hijo. El "as bajo la manga" de Diego Beltrán acababa de quedar reducido a cenizas frente a la noticia más importante de nuestra existencia.

CAPÍTULO 7: MÍA

Las palabras del Dr. Mendoza quedaron suspendidas en el aire, vibrando como una frecuencia que mi cerebro se negaba a sintonizar. ¿Embarazada? No podía ser. No ahora. Mi vida era un campo de batalla recién arado, con Diego Beltrán intentando prenderle fuego desde la cárcel. No estaba preparada para afrontar eso. No estaba preparada para ser madre. Automáticamente, casi por un instinto primario que desconocía poseer, me llevé la mano al vientre. Un bebé. Una vida propia, real, creciendo en medio del caos.

James y yo nos miramos. El asombro en sus ojos era un espejo del mío, pero en él también vi una pizca de ese desasosiego que te da el entender que el control es una ilusión.

—No puede ser —dije, con la voz firme pero cargada de incredulidad—. Me he tomado todo este tiempo las pastillas anticonceptivas. No he fallado ni un solo día, ¿cómo voy a estar embarazada de nueve semanas?

Al Dr. Mendoza se le cambió la cara por completo. La calidez del "enhorabuena" se evaporó, dejando paso a una máscara de rigor clínico.

—Mía, ¿cuándo han sido tus últimas dos reglas? —preguntó, inclinándose hacia delante.

—Pues... a mitad de julio —respondí, tratando de hacer memoria entre la bruma—. En agosto tuve la regla también. Y ahora, que es cuando me está por llegar y por eso me siento así de mal.

—¿Y durante todo este tiempo te has estado tomando las pastillas anticonceptivas?

—Por supuesto. No he dejado de tomarlas en ningún momento.

El doctor suspiró y se levantó de su asiento con una urgencia que me erizó el vello de los brazos.

—Necesitamos realizarte una ecografía transvaginal urgente para confirmación de viabilidad, localización y tiempo gestacional.

Me quedé helada. ¿Viabilidad? ¿Localización? No había terminado de procesar que un ser humano estaba habitando mi cuerpo y ahora me soltaba que debía comprobar si ese embarazo era "viable". Sentí una oleada de rabia mezclada con pánico. ¿Esto era una broma? ¿Se estaban riendo de mí? James debió pensar lo mismo, porque su rostro pasó del asombro a la incredulidad y al desasosiego en milésimas de segundo.

—Por favor, doctor —intervino James, con ese tono de abogado que exige claridad en un interrogatorio—, explíquenos más brevemente qué está pasando porque creo que no hemos entendido nada. Nos casamos en julio, Mía tuvo la regla. Nos fuimos de luna de miel, en agosto tuvo la regla de nuevo. Ahora le está por bajar y toma anticonceptivos. Es imposible lo que nos está contando.

El doctor nos miró con gravedad.

—Los niveles de hCG no mienten, James. Con esos niveles estaría de unas nueve semanas. El último sangrado podría ser el sangrado de implantación. Pero el hecho de que Mía haya seguido tomando la píldora es una señal de alerta. Puede haber causado un embarazo ectópico. Esto ocurre cuando el óvulo fertilizado se implanta fuera del útero, generalmente en las trompas de Falopio. No es un embarazo que pueda llegar a término y, lo que es peor, es una emergencia médica; si la trompa se rompe, puede causar una hemorragia interna… mortal.

No hubo tiempo para más preguntas. Automáticamente, seguimos al Dr. Mendoza por el pasillo sin articular palabra. Caminábamos en otra dimensión, en un limbo donde el tiempo se había vuelto elástico y pegajoso. Yo no sentía el suelo bajo mis pies.

Seguí al pie de la letra todas las indicaciones. Me quité el pantalón y la ropa interior con movimientos mecánicos, sintiéndome pequeña y expuesta. Me subí a la camilla ginecológica y apoyé los talones en el frío metal de los estribos. La enfermera me cubrió con una sábana blanca, pero el frío ya se me había metido dentro.

El médico preparó el transductor, cubriéndolo con gel transparente, y giró el monitor hacia nosotros. James se colocó a mi lado, apretando mi mano con una fuerza que era lo único que me mantenía anclada a la realidad.

No sentí un dolor agudo, sino una intrusión fría y persistente. Apreté los puños contra el papel crujiente de la camilla, que chirriaba con cada uno de mis movimientos. Sentí la presión del transductor moviéndose en mi interior mientras el Dr. Mendoza buscaba en el monitor alguna señal de vida, algún punto de luz en ese mar de sombras grises y negras.

La verdadera agonía no era física. Era ese silencio médico. Esos segundos eternos de incertidumbre donde mi futuro pendía de una imagen borrosa en blanco y negro. Y lo más aterrador era mi propio conflicto interno: en ese momento de oscuridad, no sabía qué quería que viera el doctor. No sabía si quería que me confirmara que estaba embarazada y todo estaba bien, o si deseaba que todo fuera un error, un mal sueño del que poder despertar para volver a mi vida, sin complicaciones añadidas.

—Un segundo... —murmuró el doctor, ajustando el contraste de la pantalla.

Contuve el aliento. James no dejaba de mirar el monitor, con los ojos fijos, como si intentara descifrar el destino en aquellos píxeles. El silencio era tan denso que podía oír los latidos de mi propio corazón martilleando en mis oídos.

De repente, el silencio clínico fue sepultado por un sonido rítmico, potente y veloz. Bum, bum; bum, bum.

El sonido de un corazón galopando llenó cada rincón de la sala. No era un ruido mecánico; era el latido de mi bebé... de nuestro bebé. En ese instante, todas las dudas y el miedo al pasado de mi padre se desvanecieron. James me apretó la mano con una fuerza que casi dolía, pero no me importó. Nos miramos a los ojos y, en medio de las lágrimas que empezaron a rodar sin control por mis mejillas, comprendí que esa era la única noticia que quería escuchar. Mi bebé estaba ahí.

—Ahí está vuestro pequeño —dijo el Dr. Mendoza, suavizando el tono—. La bolsa se ha formado perfectamente a pesar de no

haber dejado los anticonceptivos y... —hizo unos ajustes en la pantalla, midiendo una pequeña mancha blanca que ahora parecía el centro del universo— mide 2,7 centímetros.

Me quedé hipnotizada viendo esa pequeña luz.

—Estás de nueve semanas y dos días —continuó—. Tu fecha probable de parto es el 24 de abril.

—Vamos a ser padres, Mía... no me lo puedo creer —susurró James.

Se le quebró la voz y empezó a llorar como nunca antes lo había visto. Su rostro era el mapa de la felicidad absoluta. Yo no pude hacer otra cosa que aferrarme a él, riendo y llorando a la vez, mientras el médico nos entregaba las primeras fotos de nuestra "lentejita".

Tras la emoción inicial, pasamos de nuevo al despacho. El doctor me abrió la cartilla de embarazo, apuntando fechas, medidas y valores. Su expresión volvió a ser la de un profesional preocupado.

—Mía, debes cuidarte. Estás muy débil y ahora no solo eres tú. Debes seguir estas pautas a rajatabla —me dijo serio.

—No se preocupe, doctor —intervino James de inmediato, con su tono de "socio director"—. Las seguirá al pie de la letra.

Le dediqué una mirada de reojo que gritaba claramente: ¿Estás ejerciendo de padre conmigo o qué? Pero él ni se inmutó; ya estaba en modo protector nivel experto. El Dr. Mendoza comenzó a dictar la hoja de ruta:

—Bien, Mía, James —empezó el doctor con tono firme—. Una vez pasada la sorpresa, tenemos que ponernos manos a la obra. Mía, estás muy débil y ese desmayo ha sido un aviso serio de tu cuerpo. No solo eres tú, ahora hay un bebé que demanda recursos que tú no tienes en reserva. Así que, por favor, escuchadme bien porque estas pautas son innegociables.

El doctor le dio a imprimir y empezaron a salir varios folios con las pautas que nos fue entregando mientras nos la explicaba.

—Te voy a recetar un compuesto de hierro de alta absorción, un hierro sucrosomial. Debes tomarlo con el estómago vacío. Y para que tu cuerpo lo absorba de verdad, tienes que acompañarlo

siempre de Vitamina C, lo ideal es un buen vaso de zumo de naranja natural.

—¿No puedo tomarlo con el desayuno normal? —pregunté.

—Prohibido —sentenció el doctor tajante—. Tienes totalmente prohibido tomar la pastilla con leche, café o té. El calcio de los lácteos y los taninos de las infusiones bloquean el hierro por completo; si lo haces así, la pastilla no servirá de nada y no queremos eso. Debo advertirte, para que no te asustes: el hierro es pesado. Es muy probable que tengas náuseas, un sabor metálico constante en la boca y estreñimiento. Es un mal necesario, Mía. No dejes de tomarlo por eso; si los síntomas son insoportables, me llamas, pero no lo suspendas por tu cuenta.

—De acuerdo —confirmé.

—Por otro lado, no se trata de "comer por dos", sino de comer calidad. Quiero que priorices la proteína roja magra y las legumbres. Las lentejas serán tus mejores amigas, pero siempre con un chorro de limón por lo que te he explicado de la Vitamina C. Y sobre el agua —continuó mirando directamente a James—, James, encárgate de que beba al menos 2,5 litros al día. La anemia hace que la sangre sea más "espesa", por así decirlo, y la hidratación ayuda a que tu corazón, que ya va forzado por el embarazo y la falta de oxígeno, trabaje con menos esfuerzo.

—Los beberá —dijo James contundente y yo sabía que los bebería.

—Mía, nada de esfuerzos. Absolutamente ninguno. No puedes cargar bolsas de la compra, ni mover muebles, ni hacer ejercicio intenso. Tu corazón ya late más rápido de lo normal.

—¿Y el trabajo, doctor? —preguntó ella con preocupación—. Soy abogada, tengo juicios...

—Tienes que reducir el ritmo, es eso o… baja laboral. Necesitas relajarte, Mía. El mundo no se va a detener porque tú bajes una marcha.

—De acuerdo, bajaré el ritmo —dije segura de mí misma.

El doctor cerró la carpeta y nos miró seriamente.

—Tendremos una analítica de control en un mes para ver si la hemoglobina sube. Si no es así, tendremos que ponerte el hierro

intravenoso aquí en el hospital. Y por supuesto, marcad en el calendario la ecografía de las 20 semanas; es la cita más importante para la morfología del bebé. Te la programaré para el día… —el doctor miró su agenda e hizo cálculos— 1 de diciembre.

Me quedé mirando la cartilla de embarazo, procesando que mi vida acababa de dar un giro de 180 grados en apenas unas horas.

—¡Enhorabuena! Disfrutad la noticia —concluyó el doctor con una media sonrisa.

Salimos de la consulta de la mano. Yo todavía sentía el eco del "bum, bum" en mis oídos. Tenía anemia, tenía un padre que era un monstruo y un trabajo que me absorbía la vida... pero también tenía un futuro de 2,7 centímetros creciendo dentro de mí y a un hombre que no iba a soltarme la mano ni un segundo.

James me miró antes de subir al coche, me dio un abrazo tan intenso que casi me corta la respiración, me besó la frente y puso su mano sobre mi vientre.

—No puedo creer que vayamos a ser padres —me dijo emocionado.

—Nunca imaginé que el día de hoy acabaría así —respondí, y era la verdad más absoluta. Había salido de prisión sintiéndome una hija abandonada y no querida y, ahora, volvía sabiendo que yo nunca haría lo mismo—. Hace unas horas sentía que el pasado me estaba asfixiando, James. La carta, la cárcel, la verdad de todo... sentía que Diego Beltrán volvía a ganar.

James se inclinó hacia mí, acortando la poca distancia que nos separaba.

—Nuestro hijo, desde el vientre, te ha ayudado a sobrellevar eso regalándonos su existencia en el momento justo —susurró, mirándome con una ternura que me desarmó—. Ha sido como si él supiera que necesitabas una razón poderosa para mandar a ese hombre al infierno de una vez por todas.

Me quedé sin palabras. Sus palabras eran el bálsamo perfecto para las heridas que Diego había intentado reabrir. El bebé no era un error, ni un estorbo, ni un secreto sucio. Era nuestra victoria.

—Vamos a casa —concluyó James, dándole un beso suave a mi mano antes de arrancar el motor.

Mientras salíamos del parking del hospital, me acomodé en el asiento y cerré los ojos. El dolor de vientre seguía ahí, pero ahora tenía un nombre y un propósito. De camino a casa, el paisaje de Madrid me parecía distinto; más brillante, más lleno de vida.

James conducía con una precaución casi cómica, evitando cada bache como si lleváramos cristal fino en el maletero. No pude evitar sonreír. Mi vida ya no era un desastre, como le había dicho antes. Mi vida estaba empezando de verdad, y por primera vez en mucho tiempo, el futuro no me daba miedo. Tenía una misión: cuidarme, tomarme ese dichoso hierro con zumo de naranja y darle a este bebé la familia que yo nunca tuve.

Antes de llegar a casa, nos detuvimos en una farmacia. James bajó casi antes de que el coche se detuviera por completo, como si el hierro fuera el elixir de la vida eterna. Al volver, traía una bolsa pequeña que contenía mi nuevo compromiso con la salud junto a mi nuevo amigo inseparable: el ácido fólico.

Cuando por fin entramos en casa, el silencio del recibidor me envolvió como un abrazo. Subí directa a la habitación; necesitaba quitarme la ropa de "abogada guerrera" y ponerme algo que me hiciera sentir cómoda. Me puse un conjunto de algodón suave y bajé descalza, sintiendo el tacto de la madera bajo mis pies. James me estaba esperando en el salón con un vaso de agua en una mano y las dos pastillas en la otra.

—Tómatelas hoy ya —me dijo con una suavidad que me desarmó—. Mañana empezamos con el ritual del ayuno y el zumo de naranja, pero hoy necesitamos que esto empiece a correr por tus venas.

Hice lo que me dijo automáticamente. Me tragué los dos comprimidos y el agua fresca me alivió la garganta seca. James dejó el vaso y me tomó de las manos, obligándome a sentarme con él en el sofá.

—Tenemos que hablar, Mía.

—¿De qué? —pregunté, aunque sabía perfectamente por dónde venía.

—Quiero decirte que esto es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida, después de conocerte —confesó, y vi cómo sus ojos se humedecían de nuevo—. No era consciente de las ganas que tenía de tener un bebé contigo hasta que escuché ese latido. Ahora que lo sé, no quiero que pase absolutamente nada. Te voy a cuidar a ti y a ese pequeño con mi vida si hace falta.

—Ya lo haces, James —susurré, acariciando su mejilla.

—Pues lo haré más. Solo dime qué necesitas y lo haré. Y sobre eso… quiero decirte algo sobre tu padre que…

—Mi padre se acabó, James —le interrumpí con firmeza y, por primera vez en el día, con una paz absoluta—. No voy a verlo nunca más. No quiero saber nada de él. Todo lo relacionado con ese hombre me pone enferma; me va el corazón a mil y no voy a consentir que su veneno ponga en peligro a mi bebé. A partir de ahora, Diego Beltrán no existe para mí.

James asintió, visiblemente aliviado.

—Y sobre eso, sí hay una cosa que quiero pedirte —continué.

—¿Quieres que retire la acusación? Porque si es lo que quieres, la retiro ahora mismo —dijo él, sin dudarlo ni un segundo.

—No. No quiero que retires nada. Quiero que se pudra en la cárcel. No quiero que tengas ni un ápice de compasión con él, porque él no la tuvo con mi madre, ni conmigo, ni contigo. Lo que quiero es que se lo des a otro. No quiero llevar el caso yo, no quiero leer su nombre en un expediente, ni escuchar noticias suyas nunca más.

—Hecho. Mañana mismo se lo paso a Cristian, Kai o Almudena, cualquiera de ellos disfrutará hundiendo a tu padre sin que tú tengas que mover un dedo. ¿Y sobre tu hermano?

Suspiré, bajando la mirada hacia mi vientre.

—No voy a buscar a nadie, al menos por el momento. No sé si él sabe que existo, pero ahora mismo mi única prioridad es este bebé. Necesito estar tranquila para que crezca bien.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte hablar así —James soltó una carcajada corta y me abrazó—. Aquí está Mía

Beltrán, la implacable que lleva el control de todo.

—Oye, no creas que con todo lo que te he dicho me voy a quedar en casa tejiendo patucos, porque me volvería loca —le advertí, dándole un toquecito en el pecho—. Voy a seguir trabajando. El proyecto de la sede en Málaga me fascina y no pienso soltarlo, pero te prometo que me lo tomaré con más calma y… pediré ayuda.

James se quedó congelado, mirándome con los ojos como platos.

—¿Mía Beltrán va a pedir ayuda? Que alguien me pellizque… ¡rápido! ¿Se ha acabado el mundo y no me he enterado? —bromeó, fingiendo buscar una cámara oculta.

—No te pases de listo, Bernard —me reí, dándole un empujón cariñoso—. Solo digo que aceptaré que me traigas el zumo de naranja y quizás que algún compañero de despacho redacte los borradores más pesados.

—¡Oh, qué generosa! —siguió él, tirándose hacia atrás en el sofá—. Mañana llamaré al Vaticano para informar de este milagro. La gran Mía, delegando. ¿Qué será lo próximo? ¿Dejar que yo elija la serie de Netflix?

—No tientes a la suerte —le solté, lanzándole un cojín a la cara.

Él lo atrapó en el aire, riendo a carcajadas, y me atrajo hacia él con un movimiento rápido. El ambiente se volvió cálido, el humor dejó paso a una tensión mucho más dulce y profunda. James empezó a besarme el cuello, recorriendo mi piel con lentitud.

—Te he echado de menos —susurró contra mi oído.

—¡Pero si llevamos todo el día juntos! —respondí, aunque mi respiración ya empezaba a fallar.

—Pero no de la forma en la que me gusta tenerte.

Sus besos subieron hasta mis labios, sellando nuestra unión, nuestra victoria sobre el pasado y la bienvenida a nuestro futuro. Hicimos el amor allí mismo, en el salón, bajo la luz tenue de la tarde que se iba, culminando un día que había empezado en la oscuridad de una celda y terminaba en la luz más brillante de nuestras vidas. En cada caricia, en cada suspiro, sentía que nos estábamos curando,

preparándonos para la aventura más increíble que jamás habíamos soñado.

Tras nuestro encuentro, nos quedamos acurrucados bajo esa manta de lana que siempre tenemos guardada en el reposabrazos del sofá. El salón estaba en penumbra, solo iluminado por la luz tenue de la cocina, y el silencio era absoluto, roto únicamente por nuestras respiraciones, que aún intentaban recuperar el ritmo.

Fue una sensación extraña y hermosa; nuestra primera vez sabiendo que, en realidad, éramos tres. Sentía una conexión con James que nunca antes había experimentado, como si un hilo invisible nos hubiera atado de forma definitiva a través de esa pequeña vida de 2,7 centímetros.

Cuando por fin nos tranquilizamos, James me acarició el brazo y me preguntó con voz suave:

—¿Qué te apetece para cenar, cariño?

—Sinceramente, James, nada especial —respondí, sintiendo un leve mareo—. Tengo bastante asco a todo ahora mismo.

—¿Te preparo un poco de lubina al horno? Es ligera y te sentará bien.

—Vale —asentí, incorporándome—. Voy contigo y preparo una ensalada. Necesito moverme un poco.

Estábamos en la cocina, James sazonando el pescado con una precisión casi quirúrgica y yo cortando tomates, cuando de repente me quedé con el cuchillo suspendido en el aire.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Qué pasa? ¿Te has cortado? —James dejó la bandeja y se acercó a mí preocupado.

—No, no... es que me acabo de acordar. El viernes he quedado con las chicas y tu hermano, ¿recuerdas? ¿Lo vamos a contar ya?

James se quedó petrificado, procesando la información.

—¡Hostias! No había pensado en eso. Mis padres deberían ser los primeros en saberlo. Tampoco se lo puedes contar a ellos antes que Eric y Enzo. Deben enterarse al mismo tiempo. ¿Cómo lo hacemos? —me preguntó.

—Pues... se lo decimos a nuestros amigos otro día y ya está —propuse.

James se apoyó en la encimera y me miró con una ceja levantada, esa expresión que usa cuando sabe que estoy diciendo una tontería.

—¿De verdad crees que no se te va a escapar nada?

—Creo que soy capaz de guardar un secreto, James. Soy abogada, vivo de la confidencialidad.

—Que eres capaz, estoy seguro —rio él—. La cuestión es... ¿qué les dirás cuando no pruebes ni una gota de vino? ¿Qué excusa pondrás para no comer embutido? ¿Mirarás la etiqueta del queso para saber que está pasteurizado? ¿Y si tienes que salir corriendo al baño a vomitar?

Mi cara se fue descomponiendo con cada comentario. Ahora había muchas cosas que no podía comer. ¿Y qué diantres significaba que el queso tenía que estar pasteurizado? ¡Me encanta el queso! ¡Y el jamón! James tenía razón.

—Es cierto... lo van a descubrir. Sobre todo Cami; esa mujer tiene un radar para estas cosas, no se le escapa una, además, es adicta al jamón y siempre tiene en casa.

—¿Habéis quedado en su casa? —preguntó James, empezando a trazar un plan en su cabeza.

—Sí.

—Vale, tengo una idea. Puedo decirle a Eric y Enzo que vayan y nos presentamos allí los tres. Les damos la noticia a todos juntos y nos ahorramos las mentiras.

—¿Y tus padres? —pregunté.

—Les puedo decir si quieren almorzar con nosotros —James dudó un segundo—. Aunque bueno, después de lo de hoy, que he dejado a mi padre plantado en la reunión sobre la nueva sede de Málaga, creo que estará deseando verme para pedirme explicaciones. Verá el almuerzo como la oportunidad perfecta para tratar el tema.

En ese preciso momento, un sonido agudo rasgó el aire de la cocina. ¡Ping! James cogió el móvil de la encimera. Al leer el mensaje, una sonrisa ladeada apareció en su rostro.

—No ha hecho falta ni que les llame —dijo, girando la pantalla hacia mí—. Mi madre acaba de escribir. Dice que quiere vernos, que se sintió muy mal la última vez por el incidente del salmón y que si nos apetece almorzar con ellos este fin de semana... recalca que "sin nada de salmón". Les diré que tenemos el fin de semana completo, que el único hueco que tenemos es el viernes al mediodía.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Si ella supiera que el salmón era el menor de mis problemas...

James se rio conmigo y me abrazó por la cintura, pegando su frente a la mía.

—Pues decidido. Almorzamos con ellos, les damos el notición, y luego nos vamos a casa de Cami a celebrarlo con el resto.

Todo estaba en marcha. La noticia iba a salir a la luz y a mí me estaban entrando unos nervios eléctricos de solo pensar en la reacción de todos. Eric, Enzo, Cami, Liam, Adri... el viernes nuestra vida cambiaría oficialmente ante los ojos de las personas que más queríamos. Lo que no sabía era cómo iba a aguantar sin decirle nada a nadie estos tres próximos días.

—El viernes va a ser un día muy largo —susurré contra sus labios.

—Pero uno muy feliz —confirmó James.

CAPÍTULO 8: JAMES

El viernes me desperté antes de que sonara la alarma. Mi cerebro parecía haber estado procesando datos toda la noche a una velocidad de vértigo. Me quedé inmóvil, dejando que mis ojos se acostumbraran a la penumbra de la habitación, hasta que finalmente me giré hacia mi derecha. Allí estaba ella.

Me quedé contemplando a Mía mientras dormía. Su cabello rubio estaba esparcido sobre la almohada como hilos de oro desordenados por la batalla del día anterior. Siempre me ha fascinado verla así, en silencio, porque despierta es un torbellino que no da tregua. Mía es la mujer que le dio luz a mi vida con sus directas e indirectas sin miramientos, la que me desarma con una rigidez profesional que solo oculta una sensibilidad capaz de desequilibrarme con un solo gesto. Ella es mi caos favorito, la única persona capaz de hacer que un abogado acostumbrado a tener el control de cada palabra se quede sin argumentos.

Pero hoy, mirarla es diferente. Hay una capa nueva de significado en el suave subir y bajar de su pecho. Ya no solo es mi mujer, mi socia de vida, mi amante y mi mejor defensa. Ahora es la mujer que iba a hacerme padre.

Yo. Padre**.** Si alguien me hubiera dicho hace dos años, mientras cerraba tratos millonarios y vivía para el prestigio del bufete, que mi mayor ambición sería cuidar de una "lentejita" de 2,7 centímetros, me habría reído en su cara con mi mejor tono de superioridad. En aquel entonces, mi vida era un edificio de cristal: impecable, sólido, pero frío. No sabía que necesitaba el calor de una familia hasta que entré en su despacho sin llamar y empezó a derribar mis muros uno por uno.

Mía me había dado algo que yo ni siquiera sabía que buscaba: un propósito que va más allá de ganar un juicio o expandir una empresa.

Sentí una presión en el pecho, una mezcla de orgullo feroz y una vulnerabilidad que me asustaba y me encantaba a partes iguales. Me di cuenta de que mi concepto de "éxito" había cambiado radicalmente hace apenas tres días. Ya no se trataba de la oficina en Málaga —aunque seguía siendo un reto que me apasionaba—, sino de que ella estuviera bien, de que ese corazón que oímos siguiera latiendo con fuerza, de que el pasado de Diego Beltrán no rozara ni un solo pelo de su cabeza.

Me acerqué un poco más, con cuidado de no despertarla, y apoyé la mano muy suavemente sobre el edredón, a la altura de su vientre.

—Hola, pequeño —dije en un susurro, sintiéndome extrañamente ridículo y conmovido al mismo tiempo—. No tienes ni idea de la madre que te ha tocado. Es testaruda, brillante y un poco mandona, pero te va a querer más que a su propia vida. Y yo... bueno, yo voy a ser el muro que os proteja de todo.

Me sentí increíblemente afortunado. La vida me había dado a la mujer más increíble del mundo y ahora, en un giro de guion que ni el mejor guionista habría previsto, nos regalaba una razón para ser mejores. Me quedé allí, guardando ese momento de paz absoluta en mi memoria.

Un beso suave en su hombro fue mi forma de darle los buenos días al futuro.

—Te quiero, Mía —susurré, mientras ella empezaba a removerse entre las sábanas—. No tienes idea de cuánto.

Mía empezó a removerse bajo las sábanas, soltando un pequeño suspiro que me indicó que el mundo real estaba a punto de reclamarla. Abrió los ojos poco a poco, parpadeando contra la claridad que se colaba por las cortinas, y cuando su mirada se encontró con la mía, una sonrisa perezosa y dulce iluminó su rostro.

—Buenos días —susurró con la voz ronca por el sueño. Se estiró como un gato, se acercó a mí y me plantó un beso cálido en los labios—. Yo también te quiero, James.

Mi subconsciente se alarmó gritando ¡Tierra trágame! Espero que no haya oído la parafernalia que le había dicho segundos antes a su vientre. Con su cercanía sentí que mi resolución flaqueaba por

un segundo. Era el chantaje emocional más perfecto del mundo, ejecutado por una profesional. Pero me mantuve firme.

—Ni lo intentes, Mía Beltrán —le dije, intentando sonar severo aunque se me escapaba una sonrisa—. No me chantajees con palabras bonitas ni con esos ojos, recuerda tu nueva rutina diaria.

Ella frunció el ceño, todavía medio dormida, y se apoyó en el codo.

—¿Rutina? ¿Qué rutina?

Me levanté de la cama con una energía que ella claramente no compartía.

—La rutina que dicta el Dr. Mendoza y que yo, como tu gestor de salud personal, voy a supervisar —declaré—. Paso número uno: zumo de naranja natural recién exprimido. Paso número dos: pastilla de hierro. Paso número tres: ácido fólico. Todo eso, ahora mismo, ¿recuerdas?

Mía se quedó mirándome un segundo, procesando la lista de tareas. Luego, sin decir una palabra, agarró la almohada y se la puso sobre la cara, soltando un gemido de desesperación ahogado por las plumas.

—Dios mío... la que me espera contigo —se escuchó desde debajo de la almohada.

Me eché a reír y me senté en el borde de la cama, dándole un par de palmaditas cariñosas en el brazo cubierto por el edredón.

—No lo sabes bien, nena. Esto es solo el principio. Después del zumo vienen los dos litros y medio de agua, las lentejas con limón para almorzar y el control exhaustivo de tus niveles de estrés. Así que, arriba.

Escuché otro gruñido bajo la almohada, pero sabía que acabaría cediendo. Estaba siendo un pesado, sí, pero verla allí, quejándose con esa energía recobrada, era el mejor regalo que podía tener después del susto.

Bajé a la cocina y me puse a exprimir las naranjas con una dedicación casi religiosa, como los días anteriores. Quería que todo fuera perfecto. Cuando Mía apareció por la puerta de la cocina, arrastrando los pies y con el pelo hecho un desastre adorable, ya tenía todo el arsenal preparado sobre la encimera.

—Aquí tienes —le dije, ofreciéndole el zumo—. Tómate el hierro primero. Recuerda: nada de café ni lácteos en una hora.

Ella me miró con una mezcla de amor y ganas de lanzarme el exprimidor a la cabeza. Se tomó la medicación, bebió el zumo de un trago y puso una mueca por el sabor metálico que ya empezaba a notar.

—Eres un dictador, Bernard —sentenció, aunque se acercó para rodearme la cintura con los brazos.

Entramos en el bufete intentando mantener la compostura, como habíamos hecho los días anteriores, pero era una batalla perdida. Llevábamos una sonrisa tatuada en la cara desde el martes y, sinceramente, creo que hasta las paredes del pasillo notaban que el aire era distinto. Yo estaba eufórico; tenía ganas de subirme a la mesa de juntas y gritar que iba a ser padre, pero me obligué a recordar que íbamos paso a paso.

Nada más llegar, llamé a mi despacho a Almudena y Kai. No iba a dejar pasarlo más. Son dos de nuestros mejores abogados, y sabía que el caso de Diego Beltrán no podía estar en mejores manos.

—A partir de hoy, vosotros ejercéis la dirección letrada del caso Beltrán —les dije, cruzándome de brazos mientras ellos tomaban notas—. Yo supervisaré todo, pero quiero que Mía quede totalmente al margen. Está bajo mucho estrés, necesita bajar el ritmo y no está preparada para escuchar ni una palabra sobre ese hombre. Ni una filtración, ni un comentario en el pasillo. ¿Entendido?

Lo entendieron perfectamente.

Al final de la mañana, me pasé por su despacho. La vi concentrada, como era habitual, con fluorescentes y papeles desperdigados por su mesa.

—¿Cómo ha ido tu mañana, nena? —le pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

—Bien —me contestó levantando la vista, y me sorprendió su respuesta—. Le he dicho a María que me ayude con un par de casos y que vaya haciendo el esqueleto de los escritos; yo los revisaré después y les daré mi toque personal.

Me quedé impresionado. Mía delegando era algo que merecía una placa conmemorativa en la entrada del edificio.

—Me alegro mucho. De verdad, estoy muy orgulloso de ti —le dije.

Mía me miró con esa chispa de picardía que tanto me gusta, entornando los ojos mientras se recostaba en su silla de cuero.

—No te acostumbres, Bernard —soltó con una sonrisita—. Solo lo hago para que dejes de mirarme con esa cara de "perro pastor" vigilando a su oveja favorita. Además, si delego el trabajo sucio, tendré más energía para pensar en cómo vengarme de ti por ese zumo de naranja amargo que me has obligado a tragar esta mañana.

Solté una carcajada que resonó en todo el despacho. Esa era mi mujer.

—Aceptaré cualquier castigo con tal de que te tomes ese hierro, que ya veo que te está haciendo efecto —le respondí, acercándome para darle un beso rápido—. Pero ahora, guarda eso. Tenemos una cita importante. Mis padres nos esperan y creo que mamá ya tiene el menú "anti-salmón" preparado. ¿Estás lista para ver la cara de tus suegros cuando les digamos que el "incidente del salmón" era en realidad su futuro nieto?

Aparqué el coche frente a la casa de mis padres y me quedé un segundo mirando a Mía. Tenía las manos entrelazadas con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

—Tranquila, ¿vale? —le dije, poniendo mi mano sobre las suyas.

—Dios, James... ¿cómo se lo tomarán? —susurró ella, mirándome con ojos cargados de una mezcla de terror y esperanza.

—¿En serio, Mía? —solté una pequeña carcajada—. ¿No recuerdas a mi padre pidiendo nietos para que corran por su jardín?

—Lo sé, pero del dicho al hecho... Ahora que está jubilado, lo mismo lo que quiere es tranquilidad y no un bebé llorando.

—Créeme, ahora que tiene tiempo libre es cuando más va a disfrutar haciendo de abuelo consentidor. Vamos, entremos.

Nada más abrir la puerta, mi madre nos recibió con ese calor que solo ella sabe dar. Los abrazos duraron más de lo habitual.

—¿Cómo estás, Mía? —preguntó mi madre, escudriñando su rostro—. Me dijo Manuel que te habías encontrado mal.

—Mejor —respondió Mía con una sonrisa que me pareció la mejor actuación de su carrera—. Me vio el médico, tengo un poco de anemia, pero está todo controlado.

—Pues te he preparado un menú riquísimo, para chuparse los dedos —anunció mi madre con orgullo mientras nos dirigíamos al comedor.

Al sentarnos a la mesa, sentí que empezaba la tortura para mi mujer. Delante de nosotros había un despliegue de entremeses digno de una boda: jamón ibérico del bueno, caña de lomo, queso curado... todas esas cosas que ahora mismo son "fruta prohibida" para ella. Dirigí mi mirada a Mía y vi cómo miraba el plato de jamón con una mezcla de deseo infinito y contención heroica. Le apreté la mano por debajo de la mesa; no podíamos alargar esto mucho más o iba a desfallecer por el antojo.

Entonces, llegó el momento del vino. Mi madre sacó una botella de un vino blanco excelente y empezó a servir la copa de Mía.

—No, espera —dijo ella rápido, casi saltando del asiento—. Primero quiero beber agua, que estoy sedienta. El calor de hoy me ha dejado seca.

—Sí, me lo ha dicho en el coche —intervine yo, tratando de no carcajearme al ver cómo mi madre le ponía el vaso de agua y dejaba la copa de vino llena justo al lado, esperando su turno.

Mía bebió el agua como si viniera de cruzar el desierto. Yo sabía que estaba a punto de explotar; la mecha de su paciencia se estaba acabando y la "bomba" de la noticia estaba a punto de detonar.

Aproveché un momento de silencio entre comentarios sobre el tiempo y la jubilación de mi padre para lanzar el anzuelo. Mi padre, como buen abogado retirado, siempre tiene hambre de "casos curiosos".

—Oye, papá —comencé, adoptando mi tono más profesional —, nos ha llegado un caso nuevo al despacho bastante enrevesado. Quería saber tu opinión.

Mía me miró sin comprender a qué venía hablar de trabajo en ese momento. Su mirada irradiaba furia y me gritaba: *"¡James, no es el momento de hablar de trabajo!"*.

—¿Ah, sí? Cuéntame —dijo mi padre, dejando los cubiertos y prestando toda su atención.

—Nos han consultado por un tema de una okupación inminente —expliqué, manteniendo la cara seria—. Al parecer, alguien ha decidido instalarse en una casa en unos meses y dice que no piensa pagar ni un euro de alquiler. Es más, pretende que los dueños le costeen todos los gastos.

Mi padre frunció el ceño, recuperando su instinto de socio director.

—Bueno, eso así de entrada es jurídicamente inviable, James. Sin contrato ni título, se le desahucia por precario en un momento. No tiene base legal alguna.

—Pues nosotros lo hemos estudiado a fondo —repliqué, mirando a Mía para que entrara en el juego— y creemos que es totalmente viable. De hecho, no va a haber juez en toda España que lo saque de allí en mucho tiempo.

—¿Pero cómo va a ser viable? —mi padre se echó hacia atrás, indignado—. ¿Me voy del despacho y habéis perdido el norte o qué? ¿Mía, tú qué opinas?

Mía, que ya había captado por dónde iba, sonrió con una dulzura que iluminó la habitación.

—James tiene razón, Manuel. No podemos hacer nada. Es un caso perdido para la propiedad.

—Contadme todo el caso porque no lo entiendo —insistió mi padre, mirando de uno a otro.

Me incliné hacia delante, bajando la voz como si revelara un secreto de Estado.

—Los dueños de la casa sois vosotros, papá. Y el "okupa" tiene previsto llegar en abril... porque es vuestro nieto.

—¡Vais a ser abuelos! —exclamó Mía, sin poder aguantar más.

El silencio que siguió fue absoluto, pero solo duró un segundo. El estruendo de alegría que vino después fue el mejor juicio que hemos ganado en nuestra vida.

CAPÍTULO 9: MÍA

La alegría de Gloria y Manuel me llenó el alma de una forma que no puedo describir; fue como si, por un momento, todo el dolor acumulado en el locutorio de la prisión se hubiera disuelto en un mar de ternura. En cuanto las palabras salieron de mi boca, el tiempo se detuvo. Gloria soltó un grito ahogado, llevándose las manos a la cara mientras las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas sin control. Manuel, por su parte, se quedó petrificado un segundo, con los ojos muy abiertos, antes de que una sonrisa inmensa le partiera el rostro.

Ambos se levantaron de la mesa casi a la vez para envolvernos en un abrazo colectivo que olía a hogar y a futuro.

Manuel, que desde que entré en el bufete —y en la vida de James— me ha cuidado con la devoción de un padre, me apretó contra él con una fuerza protectora. Sentí sus lágrimas, discretas pero sinceras, mojándome el hombro.

—Mía, hija… —me susurró al oído, con la voz quebrada—. Gracias. Gracias por darnos este regalo y por hacerme el hombre más feliz del mundo. Vas a ser una madre increíble, ya lo verás.

—Gracias a vosotros por ser mi familia, Manuel —le respondí, apenas pudiendo hablar por el nudo en la garganta.

A la noticia le siguió un torrente de anécdotas. Gloria, ya más recuperada pero sin soltarme la mano, empezó a recordar cómo James, con apenas cinco años, intentaba "negociar" sus horas de sueño con argumentos jurídicos que le daban mil vueltas a los de su padre. Yo escuchaba fascinada, riendo con ellos, pero por dentro no podía evitar emocionarme al presenciar la dinámica de una familia de verdad.

Esa calidez, esa historia compartida, esas risas sobre el pasado… es algo que yo nunca tuve. Pero mientras acariciaba mi vientre por debajo de la mesa, hice una promesa silenciosa: si algo

bueno me ha dado mi padre biológico es haberme mostrado con una claridad brutal lo que no quiero en mi vida. Mi bebé va a tener el amor que yo nunca conocí hasta ahora; crecerá rodeado de estas personas que confiaron en mí, que me ayudaron cuando no era nadie y que me han amado sin condiciones. Diego Beltrán me dio la espalda, pero el destino me puso en los brazos de los Bernard.

Nos despedimos de su casa un poco más tarde de lo previsto. La sobremesa se alargó entre consejos de Gloria para evitar las estrías y Manuel insistiendo en que James me llevara "entre algodones".

Ya en el coche, respiré hondo, sintiendo que me quitaba un peso de encima.

—¿Has avisado a Eric y Enzo? —le pregunté a James mientras él arrancaba el motor.

—Sí, van para allá en un rato —respondió.

—Pues nada, siguiente asalto. Espero que Cami tenga zumo de naranja en la nevera porque, como vea otra vez jamón, esta vez no voy a poder evitar llorar.

James me miró de reojo, divertido.

—¿Un asalto? Nena, esto va a ser una masacre de abrazos. Prepárate porque cuando Enzo se entere, se va a presentar mañana mismo en casa con un telémetro láser, un cuaderno de bocetos y un catálogo de materiales ecológicos. Va a querer tirarnos el tabique de la habitación de invitados antes de que termine el primer trimestre para hacer una "suite infantil con luz cenital y flujo de aire optimizado".

—¿Qué? —grité riendo.

—Y Eric… bueno, Eric probablemente intentará que el bebé sea el relaciones públicas más joven de la noche madrileña; ya lo veo intentando reservar la zona VIP para su primer cumpleaños y discutiendo si el carrito del bebé cabe en la cabina del DJ.

—¡Por favor! —me reí imaginándome la escena—. Nada de llevar al niño a sus locales hasta que tenga, por lo menos, dieciocho años... o treinta.

—Piensa que entre uno queriendo que el niño sea el rey de la fiesta y el otro queriendo construirle un búnker de diseño escandinavo, vamos a tener un embarazo muy entretenido.

—¿Cómo reaccionará Liam? —pregunté preocupada.

—Liam va a entrar en shock; todavía me ve como el hermano mayor que le robaba los mandos de la consola, no se imagina que voy a tener a alguien que me los robe a mí. Se va a poner en modo "tío consentidor" en tres segundos, ya lo verás. Y a ti… creo que aún no lo conoces en modo protector supremo. Dejará de ser tu mejor amigo.

—Imposible —dije.

Ambos reímos, dejando atrás la casa de sus padres para dirigirnos al encuentro de nuestros amigos, con el corazón latiendo fuerte y la sensación de que, pasara lo que pasara, el "equipo" ya estaba listo para el siguiente capítulo.

—Hombre, ¡si está aquí el matrimonio que no se deja ver! —exclamó Liam en cuanto cruzamos el umbral de casa de Cami.

—La vuelta a la rutina ha sido demasiado —respondí con una sonrisa cansada, acercándome para darle un beso a mis tres amigos. Saludé a Adriana con un abrazo cálido y a Cami, que ya correteaba de un lado a otro.

—No sabía que vendrías, James —dijo Cami, un poco sorprendida.

—Pensé que era una reunión para todos —contesté con calma, como si no hubiera orquestado todo el plan para reunir a nuestra guardia pretoriana en un solo lugar.

—Por supuesto, las reuniones todos juntos son mejores —añadió Adri, devolviéndome el abrazo.

—Eric y Enzo vienen de camino —soltó James como quien no quiere la cosa.

—¿Ellos también vienen? —Cami se quedó estática un segundo.

Noté algo extraño en su reacción, una especie de nerviosismo que no encajaba con el hecho de recibir a sus amigos. La cogí del brazo y la aparté un poco del grupo.

—¿Pasa algo? —le pregunté en un susurro.

—No, nada... es que no sé si tengo suficiente comida para todos —respondió ella, evitando mi mirada.

—No te preocupes por eso, Cami —le dije, frunciendo el ceño —. Pedimos algo para cenar y listo. Lo importante es estar juntos.

—Claro, venga, sentaos en el salón.

Efectivamente, Cami había preparado unos platos maravillosos; como anfitriona no le gana nadie. Yo, que a veces olvido hasta pasar por el súper, miraba la mesa con envidia sana. Nos acomodamos e, inevitablemente, salió el tema de la luna de miel.

—Probé unas exquisiteces en Grecia, ¡Dios! —les contaba, gesticulando con las manos—. Estaban increíbles. Y el té de la montaña... cada día de nuestra luna de miel me tomé uno. Tenía un sabor tan puro, tan relajante.

—Dicen que está riquísimo, me encantaría probarlo. Sentí envidia cuando enviaste la foto —comentó Cami con un suspiro.

—Siguiente viaje: todos juntos a Grecia —sentenció Adri, brindando con su copa de vino. Yo levanté mi copa de agua y choqué con ella, intentando que no se notara su contenido.

De repente, llamaron a la puerta. James se ofreció a abrir de inmediato. Entraron Eric y Enzo, repartiendo saludos y bromas por doquier.

—Qué bonita casa, Cami —comentó Enzo, echando un vistazo profesional al espacio.

Tras las típicas conversaciones iniciales poniéndonos al día de todo y, como aún era temprano, Liam, fiel a su estilo, propuso jugar a algo antes de cenar.

—¿Qué os parece mímica? —sugirió Liam, sacando su móvil —. Es rápido y el móvil nos dice la palabra a adivinar. ¡Venga!

—Me parece bien —dijo James, guiñándome un ojo.

Ese guiño fue la señal. No habíamos hablado de cómo soltar la bomba de nuestra "lentejita", pero la mímica me dio la solución perfecta en bandeja de plata.

Decidieron que jugaríamos al típico "Chicos contra Chicas" (Liam se unió a nuestro equipo).

—Un momento, antes tengo que ir al baño —anunció Enzo, levantándose.

—Primera puerta a la izquierda —respondió Eric automáticamente, sin levantar la vista de su móvil—. Os vamos a reventar, soy muy bueno en esto —continuó Eric, muy seguro de sí mismo.

Adri y yo nos quedamos paralizadas. Nos miramos fijamente, y en sus ojos vi exactamente la misma pregunta que yo me estaba haciendo: ¿Primera puerta a la izquierda? ¿Perdón? ¿Desde cuándo Eric conoce la distribución exacta de la casa de Cami tan bien como para dar indicaciones sin pensar? Cami, que de repente parecía muy interesada en recoger unas migas inexistentes de la mesa, se puso roja como un tomate. Definitivamente, Cami tiene muchas cosas que contarnos... pero antes, me tocaba a mí jugar mi carta. James me miraba desde el otro lado del salón, esperando a que empezara el juego para revelar que nuestra familia estaba a punto de crecer.

La energía en el salón de Cami era eléctrica. Estábamos todos amontonados, con la adrenalina del juego borrando por un momento cualquier rastro de cansancio o náuseas. Me acomodé en el sofá, intentando ignorar la mirada de complicidad que me lanzaba James desde el equipo contrario.

—¡Venga, Cami! ¡Tú puedes! —gritó Liam, que estaba entregado como siempre—. ¡Demuéstrales quién manda!

Cami se levantó decidida y miró el móvil. Tenía treinta segundos para que adivináramos la frase.

—¡Tiempo! —exclamó Enzo.

Cami empezó a hacer unos gestos erráticos. Se señalaba la cabeza, luego agitaba los brazos como si estuviera espantando moscas y terminaba haciendo algo parecido a una pirueta fallida. Adri y yo nos miramos totalmente perdidas.

—¡Un borracho! —soltó Liam a pleno pulmón—. ¡Un ventilador roto! ¡Cami, pareces un mimo con un ataque de ansiedad!

Los chicos se partían de la risa. Eric estaba doblado sobre la mesa, señalándola con el dedo mientras se carcajeaba. Los gestos de Cami eran, siendo generosos, incomprensibles. Se desesperaba,

nos señalaba el reloj y volvía a repetir ese movimiento de brazos extraño.

—¡Cinco segundos! —cantó Enzo, disfrutando de nuestro fracaso—. Tres... dos...

—¡Bailando bajo la lluvia! —solté en el último suspiro, justo cuando el cronómetro llegaba a cero.

—¡SÍÍÍÍÍ! —chilló Cami y Adri, Liam y yo nos abrazamos saltando como si hubiéramos ganado el mundial.

—¡Ni de broma! —protestó Eric, recuperando el aire—. ¡Eso ha estado fuera de tiempo! ¡Ha sonado el pitido antes de que Mía abriera la boca!

—¡De eso nada, Eric! —le rebatí, muerta de risa—. Ha entrado, lo he dicho antes de que el móvil vibrara.

—Ha entrado dentro de tiempo —intervino James, con esa voz de juez imparcial que usa en las vistas previas. Se cruzó de brazos, luciendo una media sonrisa—. Lo he oído perfectamente. Punto para las chicas.

—¡Pero James! ¿Eres de nuestro equipo, recuerdas? —le recriminó Enzo, dándole un empujón amistoso—. ¡Se supone que tenemos que ganar, no hacer de árbitro de la ONU!

—Lo sé —respondió James, guiñándome un ojo de nuevo—, pero soy justo. La ley es la ley, y Mía ha sido más rápida que el reloj.

—Traidor... —masculló Eric, aunque no podía dejar de sonreír mientras miraba a Cami, que volvía al sofá intentando que su respiración volviera a la normalidad.

Esa interacción entre Eric y Cami me estaba quemando la curiosidad por dentro, pero el juego seguía.

—Siguiente turno: Enzo —anunció Liam, pasándole el móvil con una sonrisa maliciosa—. Prepárate, arquitecto, que te voy a poner una difícil.

Enzo se levantó con una confianza que solo un arquitecto que cree dominar el espacio y el tiempo puede tener. Se ajustó las mangas de la camisa y miró a Liam, que sostenía el móvil con una sonrisa de absoluta maldad.

—Venga, Enzo ¡Tiempo! —dijo Liam, dándole al botón de inicio.

Enzo no perdió ni un segundo. Se puso recto como una vela, dibujó en el aire lo que parecían ser cimientos y luego empezó a inclinar todo su cuerpo hacia la derecha, de forma muy lenta y calculada, manteniendo una rigidez asombrosa.

—¿Un borracho volviendo a casa? —aventuró Adri, aguantándose la risa.

—¡Un árbol que se está muriendo! —gritó Eric—. ¡Un náufrago buscando tierra! ¡Enzo, que te doblas!

Yo miraba a Enzo y, de verdad, me daban ganas de decirle que se tomara mi suplemento de hierro, porque se estaba torciendo de una manera que no parecía humana. Cami, mientras tanto, no le quitaba el ojo de encima a Eric, que estaba concentradísimo observando a su amigo.

Enzo insistía: señalaba el suelo con fuerza, volvía a subir las manos como dibujando una estructura cilíndrica y se inclinaba aún más, casi desafiando las leyes de la gravedad.

—¿Un pino? ¿Un espárrago? —seguía Eric, desesperado.

James, que había estado observando en silencio con esa mirada analítica que usa cuando está a punto de ganar un juicio, soltó una carcajada corta y dijo con total seguridad:

—La Torre de Pisa.

Enzo se detuvo en seco, recuperó la verticalidad y señaló a James con ambos dedos índices, asintiendo con energía.

—¡Eso es joder, bien hecho James! —exclamó Eric, saltando del sitio y dándole una palmada sonora en la espalda a mi marido—. ¡Punto para los chicos!

—Es que ha sido perfecto —añadió James, divertido, mientras Enzo volvía a su sitio con aire de triunfo—. Ha marcado la cimentación y el ángulo de inclinación exacto.

—Lo que yo decía —masculló Liam volviendo al sofá—, una pandilla de intensos. Mía, te toca. Por favor, sálvanos el orgullo, que estos tres ya se creen los reyes del mambo.

Me levanté sintiendo un cosquilleo en el estómago. Miré a James, que me guiñó un ojo otra vez. Era mi turno.

—James —le dije, acercándome para coger el móvil—, ponme tú la frase.

Él sonrió de una manera que me hizo saber que estábamos exactamente en la misma página. Me pasó el teléfono y, al leer la frase que había seleccionado, sentí que el corazón me daba un vuelco. Era el momento. Respiré hondo, miré a mi equipo y empecé.

Señalé con el dedo índice a mi pecho con insistencia.

—¡Rubia! —gritó Cami de inmediato—. ¡Mujer rubia!

Negué con la cabeza y señalé a James, que estaba sentado con una calma absoluta, y luego volví a señalarme a mí. Crucé las manos como si estuviéramos caminando juntos.

—¡Pareja! —aventuró Adri, inclinándose hacia delante—. ¡El matrimonio!

Asentí con energía y luego hice el gesto de una gran curva sobre mi vientre con ambas manos, inflándome las mejillas.

—¡Tú y James! ¡Matrimonio! —exclamó Liam, soltando una carcajada—. ¡El matrimonio engorda! ¿Os habéis puesto finos en la luna de miel?

Todos en el salón estallaron en risas. Eric y Enzo se daban palmadas en los muslos, pero yo seguí a lo mío. Me señalé a mí misma con fuerza.

—Mujer... —murmuró Adri, intentando concentrarse entre las risas.

Volví a hacer el gesto de la barriga, esta vez de forma mucho más exagerada y lenta, mirándolos fijamente a los ojos.

—Gorda... —dijo Liam, frunciendo el ceño—. ¿Mujer gorda? ¿Mía, nos estás diciendo que has vuelto con kilos de más de Grecia?

Hice un gesto de "sí" con la cabeza.

—¿Tú con kilos de más? —dijo Cami—. Mujer embarazada.

Volví a hacer el gesto de "sí" con la cabeza a la palabra "embarazada" que empezaba a flotar en el aire, y me señalé a mí misma una última vez, con las dos manos puestas sobre mi vientre.

De repente, el ambiente en el salón cambió. Fue como si la gravedad se hubiera duplicado. Liam se quedó a media carcajada, con la expresión congelada. Cami se llevó las manos a la boca, abriendo los ojos como platos. Adri dejó caer la mano sobre el hombro de Liam, buscando apoyo, sin poder dejar de mirarme. Eric y Enzo se levantaron rápidamente del sofá llevándose las manos a la

cabeza simultáneamente, como si no pudieran procesar la información.

El móvil en mi mano empezó a pitar con un sonido agudo e insistente, indicando que el tiempo había finalizado, pero nadie se movió. Aquel salón, que hace diez segundos era un caos de gritos, se quedó en un silencio sepulcral. James permanecía sentado, contemplando la escena con una paz y un orgullo que me llenaron el pecho.

Liam fue el primero en romper el silencio. Su voz sonó pequeña, incrédula.

—¿Estás embarazada? —me preguntó, parpadeando rápido—. ¿Voy a ser tito?

Confirmé con la cabeza, sin poder aguantar más las lágrimas.

—¡AAAAAAHH! —el grito de mis amigas rompió el cristal de la tensión.

Cami y Adri saltaron del sofá y se abalanzaron sobre mí, abrazándome con una fuerza que casi me deja sin aire.

—¡VAMOS A SER TITAS! —gritaban las dos a la vez, saltando a mi alrededor como niñas pequeñas mientras Eric y Enzo se unían al caos, riendo y dándole la enhorabuena James con un abrazo.

En medio de todo ese ruido, vi a Liam. Se había vuelto a sentar en el sofá, como si le hubieran fallado las rodillas. Se tapó la cara con las manos durante unos segundos, procesando que su hermano mayor, el serio James Bernard, iba a traer a un pequeño al mundo. Dirigió la mirada a James, que seguía ahí sentado, y sin mediar palabra, se lanzó sobre él para abrazarlo sin ningún pudor, con una lealtad y un amor de hermano que me hizo comprender que este bebé no iba a nacer solo en una familia, sino en un refugio inquebrantable. James lo recibió con una sonrisa, aceptando el abrazo de su hermano "cabeza loca" mientras su mirada seguía clavada en la mía. Ya no había secretos para ninguna de las personas que más nos querían.

Después del estallido inicial de gritos y abrazos, nos sentamos todos —o más bien, me escoltaron al sofá como si fuera una reliquia de cristal— para procesar la noticia. Les contamos todo lo que el Dr.

Mendoza nos había dicho: que medía 2,7 centímetros, que estaba exactamente de nueve semanas y dos días, y que mi fecha probable de parto era el 24 de abril. Todos fliparon con la información, pero lo que más les dejó con la boca abierta fue la "logística" del asunto.

—Pero vamos a ver... —dijo Cami, todavía abanicándose con la mano—, si tú eres la mujer más cuadriculada del mundo. ¿Cómo se te pudo pasar tomarte la pastilla anticonceptiva?

—Es que ese es el tema —confesé, mirando a James, que me apretaba la mano—. No se me pasó. Yo seguía tomando las anticonceptivas religiosamente cada mañana. Incluso manché al mes siguiente, pensé que era la menstruación, no el sangrado de implantación. No puedo creer que con las pastillas pudiera quedarme embarazada... es estadísticamente imposible.

—¿Sabes qué? Yo tengo la respuesta a eso —soltó Adri de repente, cruzándose de brazos con una chispa de triunfo en los ojos.

—¿Tú? ¿Desde cuándo eres ginecóloga, Adri? —se burló Liam.

—No soy ginecóloga, pero trabajo en una cafetería y me encanta aprender nuevos ingredientes. Mía, ¿te acuerdas de la foto que nos mandaste al grupo durante la luna de miel? ¿Esa del Tsai Tou Vounou frente a la puesta de sol?

—¿De qué? —preguntó Liam, arrugando la frente.

—Del té de la montaña griego, Liam — explicó Adri con paciencia—. Mía nos envió una foto en una terraza.

—Ah, sí... el pis de gato ese —recordó Liam con una mueca.

—Pues ese pis de gato —continuó Adri, señalándome— lleva regaliz. Grecia es uno de los mayores productores de regaliz silvestre de alta calidad del Mediterráneo. Y resulta que el regaliz en altas dosis enciende el metabolismo y barre cualquier rastro de la hormona del anticonceptivo en sangre. Es un inductor enzimático de manual. Me lo dijo mi compañero, experto en elaborar los tés de la Bakery.

Me quedé de piedra. Abrí la boca pero no salió nada.

—¿Qué? —balbuceé por fin—. ¡Pues me bebía dos al día! ¡Me encantaba!

El salón estalló en carcajadas. Incluso James, que suele ser más comedido, soltó una risa limpia mientras negaba con la cabeza.

Liam, que ya estaba recuperando su color habitual, se recostó en el sofá y me señaló con su cerveza.

—Mía, eres una genio. Te fuiste de luna de miel con un anticonceptivo en la maleta y un antídoto en la taza de té.

—Increíble —añadió Eric, riendo—. Has saboteado tu propio plan de vida con infusiones naturales. Es lo más Mía Beltrán que he escuchado nunca: ser tan eficiente que hasta tus tés anulan tus fármacos.

Me eché a reír con ellos, sintiendo una mezcla de alivio y ridículo. Resulta que nuestro bebé no era solo un latido valiente, sino el resultado de mi amor por las puestas de sol griegas y el té de montaña.

CAPÍTULO 10: JAMES

La semana después de soltar la bomba fue, por decir lo menos, un curso intensivo de supervivencia. La euforia de la noticia dio paso a la cruda realidad biológica. Mía, mi mujer de acero, se había vuelto de cristal... o más bien, de dinamita con la mecha muy corta. Cualquier broma que antes habría respondido con un zasca magistral, ahora terminaba en un labio tembloroso o en una mirada que prometía mi ejecución.

Y luego estaba el tema de la comida. Era un equilibrio imposible: si comía lo que yo consideraba "normal", acababa en el baño a los diez minutos. Si comía poco, su cuerpo lo rechazaba por falta de sustento. Verla así me partía el alma, pero mi papel de "gestor de salud" no me permitía bajar la guardia, especialmente por las mañanas.

—Mía, por favor, solo es medio vaso —le dije esta mañana, extendiendo el zumo de naranja como si fuera una tregua de paz.

—James, no me entra nada. Siento que si bebo eso, voy a explotar —protestó ella desde la cama, tapándose la cara con la almohada—. Por un día que no me lo tome no va a pasar nada. El mundo seguirá girando.

—El mundo sí, pero tus reservas de hierro no —respondí sentándome a su lado, retirando la almohada con suavidad—. Escúchame, nena. No es por fastidiarte, lo juro. Tienes que hacerlo por ti, para que recuperes el color en la cara, y por nuestro bebé. Ese corazón de unos tres centímetros necesita que estés fuerte.

Ella me miró con una mezcla de odio puro y amor infinito. Suspiró, agarró el vaso con manos temblorosas y se lo tomó de un trago junto a la hierro de hierro y el ácido fólico.

—Te odio —masculló, dejándose caer de nuevo en el colchón.

—Lo sé. Y yo te quiero —le di un beso en los labios, que me devolvió con una pequeña sonrisa, antes de irme al despacho.

En la oficina, el ambiente era de expectación. Mi padre, Manuel, se pasó por mi despacho a media mañana, todavía con la sonrisa de abuelo puesta, pero con el maletín de socio director en la mano.

—¿Cómo va el asunto de Málaga, James? Mañana viajáis, ¿no? —preguntó, revisando unos planos de las posibles sedes.

—Sí, el plan es ver las opciones el fin de semana y volver el domingo —respondí, aunque con un nudo en el estómago.

Mía no había podido venir a trabajar hoy. La noticia de su estado ya era de dominio público en el bufete, y todos me preguntaban con una mezcla de cariño y respeto. Almudena, al verme salir de una reunión con cara de pocos amigos, se acercó a mi mesa.

—¿Sigue igual? —preguntó con empatía.

—Vomita muchísimo, Almudena. No le aguanta nada en el cuerpo. Me tiene muy preocupado.

—Escucha, James —me dijo poniéndome una mano en el hombro—, a mí me pasó igual. Dile que no intente hacer comidas grandes. Que coma poquito, casi como un pajarito, pero cada muy poco tiempo. Una galletita salada aquí, un trozo de fruta allá. Así el estómago nunca está vacío del todo y es más fácil mantener la comida. Entiendo perfectamente cómo se siente, es agotador.

Le agradecí el consejo y, en cuanto pude cerrar los asuntos urgentes, salí disparado hacia casa.

Cuando llegué, el sonido del agua en la ducha me indicó que estaba arriba. Decidí que necesitaba un respiro. Atenué las luces del salón, encendí unas velas con aroma suave —nada de olores fuertes, por si acaso— y puse un poco de música jazz de fondo. Cuando bajó, con el pelo envuelto en una toalla blanca y el albornoz azul, me quedé sin aliento. Sé que ella se sentía fatal, pero para mí, no había mujer más sexy en todo el planeta que esa futura madre despeinada.

—¿Qué es esto? —preguntó, deteniéndose en el último escalón.

—Quiero que te relajes. Ven aquí —la guie hasta el sofá—. Te voy a dar un masaje en los pies.

—¿De verdad? —susurró, dejándose caer con un suspiro.

—Por supuesto. Considéralo un privilegio histórico: ahora podrás decir que el gran James Bernard está, literalmente, a tus pies.

Ella soltó una pequeña risa, la primera del día, y eso me dio la vida. Mientras le masajeaba los pies con aceite de almendras, la miré a los ojos.

—¿Cómo estás, amor?

—No muy bien, James. Sinceramente, solo me apetece estar metida en la bañera. El agua es lo único que me relaja.

—¿Te pongo una almohada allí? —bromeé—. O si quieres, puedo llamar mañana a los obreros y que te pongan un jacuzzi que mantenga el agua calentita todo el día. Ya sabes que Enzo estará encantado de diseñar un sistema de hidromasaje de última generación para ti y su futuro sobrino.

—Nada de obras, por Dios —rio ella, cerrando los ojos.

—Oye... —suavicé el tono—. ¿Seguro que quieres ir mañana a Málaga?

El silencio que siguió me dio la respuesta antes que sus palabras. Mía se quedó mirando al vacío, pensando. Sabía la ilusión que le hacía esa nueva sede; era su proyecto tanto como el mío. Pero que tardara tanto en contestar significaba que su cuerpo le estaba pidiendo tregua.

—Quiero ir, James. De verdad que quiero... pero, sinceramente, no tengo fuerzas. Me mareo solo de pensar en el aeropuerto.

—Podemos posponerlo —dije de inmediato—. Hasta que te encuentres mejor.

—No —dijo con firmeza, volviendo a ser la abogada resolutiva —. Tienes que ir tú. No podemos demorarlo más. Ya hemos anunciado en prensa que se abrirá a finales de año y los propietarios de los locales no van a esperar.

—¿Me estás diciendo que vaya solo? ¿Estás segura?

—Creo que ir allí ahora mismo sería molestar más que aportar, James. Entre mis náuseas y mi cansancio, no te dejaría trabajar.

—No digas eso jamás —le dije, subiendo por el sofá para abrazarla—. Aportas más que cualquier persona solo con estar cerca. Pero entiendo que necesitas descansar. Me partirá el alma estar allí sin ti.

—Bueno —dijo ella, con un brillo de picardía recuperada en los ojos mientras se acurrucaba en mi pecho—, así podrás echarme de menos y darte cuenta de que sin mí estás perdido en los contratos. Pero ni se te ocurra mirar a ninguna malagueña, Bernard, que estoy embarazada, pero todavía tengo mis contactos en el juzgado.

—No tengo ojos para nadie más, Mía Beltrán —le susurré al oído antes de besarla—. Aunque reconozco que te echaré de menos para que me digas qué corbata me queda mejor.

—Te quiero, James.

—Y yo a ti, mi amor. Mucho más de lo que este masaje de pies puede expresar.

Nunca pensé que un vuelo de apenas una hora se me haría tan eterno. Mirar a mi derecha y ver el asiento 4C vacío fue como recibir un golpe directo al pecho. Se supone que este era nuestro gran viaje, el inicio de la expansión de Bernard Legal Group en España, pero el destino —o mejor dicho, el regaliz griego— tenía otros planes.

Durante todo el trayecto, no pude quitarme de la cabeza la imagen de Mía al despedirme. La dejé enroscada en las sábanas, con esa palidez que me rompe el alma y el aroma del zumo de naranja todavía flotando en el ambiente después de su ritual de medicamentos. Parecía tan pequeña y vulnerable, una versión de ella que casi nadie conoce, y me sentí como el peor marido del mundo al cerrar la puerta de casa.

Me pasé el vuelo revisando los informes de la inmobiliaria, pero las palabras bailaban ante mis ojos. Sin ella para darme su opinión ácida sobre los metros cuadrados o para decirme que "ese

edificio es demasiado pretencioso incluso para ti, James", los documentos eran solo papel muerto.

Al aterrizar en Málaga, el calor del Mediterráneo me golpeó al salir de la terminal, pero no se sentía igual de brillante sin ella. Cogí un taxi directamente hacia el centro, concretamente, a la Calle Larios. Mientras el coche avanzaba, el conductor no dejaba de hablar sobre el tiempo, pero yo solo podía mirar el móvil esperando un mensaje de Mía confirmando que había logrado mantener el desayuno en el estómago.

Había quedado con la agente inmobiliaria en plena arteria principal de la ciudad. El plan era ambicioso, justo como le gusta a Mía, aunque ahora me toque a mí hacer el "trabajo de campo": Calle Larios. El corazón de Málaga. Prestigio, visibilidad y ese aire señorial que encaja con nuestra marca. La Malagueta: Cerca del mar. Me imagino a Mía trabajando con la brisa marina entrando por la ventana, quizás eso la ayudaría con los mareos. Marbella: El lujo absoluto. Clientes de alto standing, pero un estilo de vida que quizá nos aleje demasiado de la esencia del despacho.

Bajé del taxi en la esquina de Larios. El bullicio de la gente y la luz de Andalucía son increíbles, pero me siento como un mimo en una fiesta: gesticulo, me muevo, pero me falta la voz. Y mi voz, mi brújula y mi socia, está a cientos de kilómetros descansando para que nuestra "lentejita" crezca fuerte.

—Dalo todo, James —me había dicho ella antes de salir—. Pero si eliges una oficina fea, te demando por negligencia.

Sonreí para mis adentros mientras veía a la agente inmobiliaria acercarse. "Prepárate", pensé, "porque hoy tengo que ser exigente por dos".

Justo cuando la agente inmobiliaria sacaba las llaves y nos disponíamos a cruzar el portal del imponente edificio en la Calle Larios, mi móvil vibró en el bolsillo. Mi corazón dio un vuelco. "*Mía"*, pensé. Quizás se sentía mejor, quizás quería decirme que me quería antes de mi primera visita.

Saqué el teléfono y contesté automáticamente, con una sonrisa que ya asomaba en mis labios.

—¿Mi amor?

—Hola James, soy Teresa Martínez, la amiga de Enzo —respondió una voz femenina, segura y con un marcado pero elegante acento andaluz.

—Ah, Teresa... —sentí una punzada de decepción, aunque intenté que no se notara en la voz—. Perdona, pensaba que era mi mujer. ¿Qué tal?

—Creo que Enzo te habló de mí —continuó ella—. Me ha dicho que has venido a Málaga a ver oficinas y no sé si es mucho atrevimiento pedirte que nos veamos antes de que te marches.

—Por supuesto, no hay problema. De hecho, ahora mismo estoy entrando a ver una oficina en la calle Larios. Si quieres, nos podemos ver después.

—Puedo pasarme ahora, estoy muy cerca de allí, llego en cinco minutos —propuso ella con una decisión que me recordó, inevitablemente, a la energía de Mía.

—Vale, pues te espero aquí por si te apetece verla también.

—Sería un placer.

Mientras guardaba el teléfono, la agente inmobiliaria me miraba con curiosidad. Le expliqué que una posible colaboradora se uniría a la visita. Aproveché esos cinco minutos para enviarle un mensaje rápido a Mía: *"Ya estoy en Larios. Te echo de menos en cada esquina. ¿Cómo va ese estómago? Te quiero"*.

Apenas le di a enviar cuando escuché mi nombre.

—James.

Me giré y me quedé un segundo en silencio. Enzo me había dicho que era una profesional impecable, pero se había quedado corto en su descripción física. Frente a mí, caminando con una seguridad aplastante sobre el mármol de Larios, estaba una mujer que personificaba la belleza del sur de una forma casi magnética.

Teresa era guapísima, con esa sofisticación que parece no costar esfuerzo. Tenía una melena de un negro azabache brillante que le caía en ondas sobre los hombros, resaltando una piel canela, bronceada por el sol malagueño. Sus ojos eran oscuros, profundos y con una mirada inteligente que parecía estar analizándolo todo al primer contacto. Vestía un traje de chaqueta de lino blanco

inmaculado que contrastaba con su cabello y unos pendientes de oro que bailaban con cada uno de sus pasos decididos. Era la viva imagen de la elegancia andaluza: cálida, pero con una presencia que imponía respeto inmediato.

—Teresa, un placer conocerte —dije, estrechándole la mano. Su apretón fue firme, de los que a mí me gustan en un abogado.

—El placer es mío. Enzo me ha hablado maravillas de vuestro despacho en Madrid. Siento presentarme así, casi de improviso, pero en esta ciudad las oportunidades vuelan, igual que los buenos locales.

Me gustó su franqueza. Enzo tenía razón: esta mujer no solo conocía el terreno, sino que parecía el tipo de "tiburón" que necesitábamos para liderar la nueva sede.

—No te preocupes —respondí, señalando el portal—. Entremos. Me vendrá bien otra visión para decidir si este sitio es tan bueno como dice el dossier o si solo es fachada.

Mientras subíamos en el ascensor, no pude evitar pensar que, si Mía estuviera aquí, ya estarían intercambiando opiniones sobre el mercado procesal andaluz. Teresa Martínez prometía ser una pieza clave, pero mi mente, inevitablemente, seguía volviendo a Madrid, preguntándome si mi mujer habría conseguido dormir un poco.

Cruzamos el umbral del edificio y, de inmediato, el ruido de la Calle Larios quedó amortiguado por unos muros que han visto pasar la historia de Málaga durante más de un siglo. Subimos en un ascensor de forja y madera que crujía con elegancia, y al abrirse las puertas de la oficina, supe que estábamos ante algo que no se encuentra en los catálogos modernos.

Era una propiedad imponente. No era simplemente un espacio de trabajo; era una declaración de intenciones. Los techos, de casi cuatro metros de altura, conservaban las molduras originales de yeso, intrincadas y majestuosas. El suelo era un tablero de ajedrez de mármol blanco y negro, desgastado por el tiempo de esa forma que solo le aporta más caché.

Caminé hacia los ventanales principales. Eran balcones de madera noble que se abrían de par en par a la arteria principal de la

ciudad. La luz de Andalucía entraba a raudales, iluminando las partículas de polvo que bailaban en el aire y resaltando la calidez de las paredes revestidas con boiseries de roble.

—Esto es... —Teresa dejó la frase a medias mientras recorría el salón principal.

Se acercó a uno de los balcones y acarició el herraje de la barandilla. El contraste entre su traje de lino blanco y la oscuridad de la madera antigua era una imagen de sofisticación pura. Se giró hacia mí, y por primera vez desde que la vi, su seguridad de "tiburón" se suavizó por el asombro.

—No tengo palabras, James —confesó con una sonrisa genuina—. He visto muchos locales en esta ciudad, pero esto no es un local, es un templo jurídico. Es ideal. El equilibrio entre lo antiguo y lo sofisticado es exactamente lo que un cliente de vuestro nivel busca. Transmite solidez, historia y, sobre todo, poder.

Asentí, pero mientras admiraba la chimenea de mármol de una de las estancias —seguramente el que sería mi despacho—, sentí esa punzada de nuevo. Mía habría criticado el estado de los cierres de las ventanas o habría calculado cuántas estanterías de cuero cabían en esa pared.

—A mi mujer le encantaría la luz —dije en voz alta, casi sin darme cuenta.

Teresa me miró con curiosidad, captando mi nostalgia.

—Tu mujer tiene buen gusto, entonces —respondió ella, retomando su tono profesional—. Si decidís quedaros aquí, James, os aseguro que no habrá un despacho en toda Andalucía que pueda competir con esta imagen.

Cerré los ojos un segundo, imaginando a Mía sentada tras un escritorio de caoba en este salón, con su pelo rubio brillando bajo el sol de Málaga. Teresa tenía razón: era perfecta. Pero elegirla sin que ella hubiera pisado este mármol me hacía sentir que estaba cometiendo el mayor desacato de mi carrera.

—Sigamos viendo el resto —dije, aunque en mi fuero interno, la oficina de Calle Larios había ganado muchos puntos.

A pesar de que la Malagueta estaba a un paso, la agente inmobiliaria —que parecía tener cronometrado cada segundo del día — insistió en pedir un taxi. No quería que perdiéramos el ritmo, y yo, con la cabeza dividida entre los metros cuadrados de Larios y el estado de salud de Mía, no puse resistencia.

En el taxi, aprovechando la cercanía, la curiosidad me pudo. Enzo es como un hermano para mí, pero es un búnker cuando se trata de su vida personal.

—Y dime, Teresa, ¿cómo acabaste conociendo a un tipo como Enzo? —pregunté, acomodándome en el asiento.

Ella soltó una risa ligera y miró por la ventanilla antes de volverse hacia mí.

—En un juzgado, como no podía ser de otra forma. Pero no como amigos. Estábamos enfrentados. Yo defendía a una constructora y él era el perito arquitecto de la parte contraria. James, te juro que traía el caso amarrado, pero Enzo se sentó en el estrado y, con esa calma desesperante que tiene, desmanteló mi defensa en diez minutos. Perdí el juicio por su culpa.

Me quedé mirándola. La forma en que sus ojos brillaban al recordar la derrota me resultó peligrosamente familiar.

—¿Y qué hiciste? —quise saber.

—Lo que cualquier persona inteligente haría: en cuanto salimos de la sala, le pedí el número para que en el siguiente caso estuviera de mi lado y no del de enfrente. Desde entonces, es mi mano derecha en todo lo técnico.

Esa descripción me dio un vuelco al corazón. Me recordó inevitablemente a la primera vez que vi a Mía en plena acción en el juicio del Sr. Vázquez. Esa misma mezcla de brillantez, frialdad técnica y una presencia que te obliga a rendirte. Miré a Teresa de reojo. La forma en que hablaba de él, con ese respeto que rozaba la admiración absoluta... ¿Tienen algún lío estos dos y el cabrón de mi amigo no me ha dicho nada? Enzo siempre ha sido un soltero de oro, pero el tono de Teresa me hizo sospechar que el peritaje entre ellos iba más allá de los planos.

Llegamos a la zona de la Malagueta y el cambio de aire fue instantáneo. Si la calle Larios es la elegancia histórica, la Malagueta es el dinamismo del lujo moderno. Es un barrio con un aroma inconfundible a salitre y protección solar cara; una zona donde los edificios de oficinas conviven con los chiringuitos de diseño y las palmeras que bordean la arena.

El edificio que nos mostró la agente era una mole de cristal y acero con un parking inmenso, tanto privado para los propietarios como público para los clientes, algo que en Málaga vale su peso en oro. Estaba justo frente al mar, desafiando al horizonte.

La fachada no tenía nada que ver con la de Larios; era vanguardista, limpia y funcional. Al entrar en la oficina, sentí un *dejà vu* inmediato: esto es Madrid.

Si la oficina de Larios era un templo, esta era un laboratorio de alta estrategia: espacios abiertos con suelos de resina gris claro que daban una sensación de amplitud infinita. No había muros de ladrillo. Todo era vidrio de suelo a techo, permitiendo que el azul del Mediterráneo inundara cada rincón del despacho. Domótica en cada persiana y pantallas ocultas en las salas de juntas. Era la viva imagen de nuestra sede en Madrid pero aún más sofisticada y eficiente. Caminé hacia el ventanal principal y vi las olas romper a pocos metros. Era impresionante, sí. Pero mientras Teresa empezaba a hablar sobre la comodidad de tener el juzgado cerca y el acceso rápido a la autovía, yo me preguntaba si Mía preferiría el peso de la historia en Larios o la claridad del mar en la Malagueta.

—Es funcional —dijo Teresa, rompiendo mi silencio—. Y para los clientes internacionales que vienen a Marbella, esta zona es mucho más cómoda. Pero en mi opinión... le falta el "alma" de la primera.

—El alma ya se la daríamos nosotros —respondí, sacando el móvil para grabar un vídeo para Mía—. Esta luz con estas vistas… Mi mujer siempre dice que un buen abogado necesita ver el cielo para no olvidar que hay un mundo fuera de los códigos.

Tras salir de aquella oficina de cristal en la Malagueta, me despedí de la agente inmobiliaria. Acordamos vernos al día siguiente

por la tarde para desplazarnos a Marbella y cerrar el círculo de opciones. Me quedé a solas con Teresa bajo el sol de mediodía, que ya empezaba a apretar con fuerza.

—Teresa, ¿te apetecería almorzar conmigo? —le propuse, guardando el móvil—. Me gustaría conocer un poco más tu trayectoria y cómo ves el panorama jurídico aquí. Si vamos a abrir esta sede, necesito saber si cuento con una de las mejores.

Ella sonrió con esa seguridad que me recordaba a la competitividad de mi propio despacho.

—Me encantaría, James. Te espero en el paseo marítimo, justo frente a tu hotel. Hay un chiringuito allí donde se come un pescado espectacular, de esos que no necesitan adornos.

Caminé unos minutos hasta llegar a mi hotel. El hotel es, sencillamente, una joya arquitectónica en primera línea de playa. Nada más acercarte, te recibe una fachada blanca imponente, de un estilo clásico y palaciego que parece rescatado de la Belle Époque. Tiene ese aire de Gran Lujo con sus jardines perfectamente cuidados, sus escalinatas de mármol y unos salones que exudan historia en cada moldura.

Subí a mi habitación, abrí los ventanales y dejé que el sonido de las olas y la brisa marina inundaran el cuarto. El azul del Mediterráneo era tan intenso que dolía mirarlo sin Mía al lado.

Me senté en el borde de la cama y marqué su número. Contestó al segundo tono.

—¿Mía? ¿Cómo estás, amor?

—Me he levantado regular —su voz sonaba un poco apagada, pero con ese deje de determinación que nunca la abandona—. Pero bueno, todavía no he vomitado hoy, así que lo considero una victoria.

—Menos mal. Te he enviado fotos y vídeos de las dos primeras. La de Larios es puro prestigio, antigua, con techos altísimos... pero la de la Malagueta es como nuestra oficina en Madrid, puro cristal frente al mar.

—¡Dios, el mar! Les echaré un ojo luego —me interrumpió ella—. Valoraré ambas y te expondré en un dossier pros y contras de

cada una.

—No hace falta que te pongas a trabajar ahora, Mía —le dije, suavizando el tono—. Ya lo valoraremos juntos cuando llegue a casa. Tú descansa.

—No te preocupes, estoy bien. Estoy deseando ver los locales, así nos quitamos trabajo y me cuentas mejor cuando llegues —replicó ella, aunque su instinto de socia ya estaba funcionando.

—Tú como siempre, ¿eh? No puedes delegar ni el pensamiento.

—¿Lo dudabas? —escuché su pequeña risa al otro lado—. No estaré allí físicamente contigo, James, pero lo sentirás como si lo estuviera. Cada local que mires, pensarás: "¿Qué diría Mía?".

—En eso tienes razón, ya lo hago. Te echo de menos, nena.

—James, hace solo unas horas que te has ido —dijo ella, aunque noté un quiebro en su voz.

—Me da igual. Todo aquí me recuerda a ti. La luz, el olor a sal... hasta los techos de las oficinas. ¿Qué pasa, que tú no me echas de menos a mí?

—Más de lo que te imaginas —confesó por fin—. Te necesito aquí dándome la brasa para que coma, pero me acuerdo de ti y… bueno, como un poco, aunque sea por no escucharte luego.

Ambos nos reímos. Era nuestra forma de decirnos que todo estaba bien, a pesar de la distancia y de las náuseas.

—Bueno, descansa un poco más. Luego hablamos mejor y te cuento todo mi día.

—Vale. Pórtate bien, Bernard. Y oye... envíame una foto del mar, que aquí solo veo edificios y el bote de las vitaminas.

—Hecho. Te quiero, Mía.

—Y yo a ti mucho más.

Colgué la llamada con una sonrisa agridulce. Salí al balcón, saqué una foto al horizonte donde el cielo se fundía con el agua y se la envié, a mi adicta al agua, antes de bajar a encontrarme con Teresa.

CAPÍTULO 11: MÍA

A los pocos minutos de colgar, el móvil vibró sobre la encimera. Era la foto del mar que le había pedido. Me quedé un momento hipnotizada por el azul profundo del Mediterráneo; el agua siempre ha tenido ese efecto en mí, el de calmar el ruido de mi cabeza y ponerme los pies en la tierra.

Suspiré y volví a la realidad: el interior de mi frigorífico. Estaba en plena negociación interna, sopesando qué alimento tenía más probabilidades de quedarse conmigo y cuál acabaría conociendo el fondo del váter en tiempo récord, cuando el timbre me sobresaltó.

Al abrir, un vendaval de energía y risas invadió el salón. Cami, Adri y Liam entraron como si la casa fuera suya, cargados de bolsas y con unas sonrisas que me contagiaron al instante.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, riendo mientras intentaba esquivar los abrazos efusivos de Liam.

—¿De verdad pensabas que te íbamos a dejar pasar el fin de semana sola rumiando tus náuseas? —soltó Adri, dándome un beso —. Ni hablar. Además, nos tienes muchas cosas que contar.

—Os quiero mucho, chicos. De verdad.

—Lo sabemos —dijo Cami, guiñándome un ojo—. Estábamos pensando qué almorzar.

—Yo también, pero no me decido… nada me convence.

—Pues manos a la obra —sentenció Liam, arremangándose la camisa con aire decidido—. Vamos a ver qué admite hoy mi sobrino.

No me dejaron mover un dedo. Se adueñaron de la cocina y, tras un debate sobre qué era más "seguro" para mi estómago, prepararon un pollo a la plancha con verduras al vapor (muy suave, como me recomendó Almudena) y una macedonia de frutas espectacular para el postre.

Nos sentamos en la terraza del jardín. El sol calentaba lo justo y, por un momento, me olvidé de que James estaba a kilómetros de distancia. Hablamos de todo sobre lo que me dijo el médico pero, después de comentarles lo extraño que se sentía mi cuerpo y cómo rechazaba hasta el agua a veces, salió el tema que yo intentaba evitar.

—Oye, Mía… —Adri bajó un poco el tono—. ¿Y tu padre? ¿Qué sabemos de él?

Se hizo un silencio denso. Dejé el tenedor y miré las flores del jardín antes de soltarlo. Les conté lo que pasó el martes pasado, el mismo día que supe lo de la lentejita. Les hablé de su doble familia, de cómo me escupió a la cara que nunca me había querido, que yo solo había sido un estorbo en su "vida real" … y llegué a la parte que más me dolía.

—Me confirmó que tiene un hijo. Tengo un hermano… mayor.

—¿Mayor? —Liam frunció el ceño, dejando de comer—. Siempre pensé que se refería a uno posterior a ti.

—Yo también —admití con amargura—, pero no. Sus mentiras eran aún más profundas y dolorosas. Toda mi vida fue una farsa. No fui la primera, ni la única, ni siquiera la importante.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Adri, poniéndome una mano en el brazo.

—Nada. No quiero saber nada de Diego Beltrán. He decidido que este bebé no va a heredar ni una gota de ese veneno.

—Me parece la mejor opción —asintió Cami—. Hablar de él siempre te pone nerviosa y, después de lo que nos has contado, lo mejor es el contacto cero.

—Nosotros no sacaremos más el tema —sentenció Liam, recuperando su tono alegre—. ¡Ay! Es que aún no me lo creo… ¡Voy a ser tío! Voy a consentir a ese bebé hasta el infinito y más allá.

—Dirás, consentiremos —le corrigió Adri—. Ya estoy pensando en el carrito y en la ropita que…

De repente, mi móvil volvió a iluminarse. Un mensaje de James.

—Mirad, James me ha enviado una foto —dije, abriendo el archivo. Era una imagen en la terraza de un chiringuito: una dorada

a la sal con una pinta increíble, el mar de fondo y…

Me quedé mirando la pantalla un segundo de más.

—¿Qué es esto? —pregunté, más para mí que para ellos.

Mis amigos dejaron de hablar y se asomaron al teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam.

—Mirad la foto… —se la mostré ampliándola.

—¡Vaya vistas! Ni tan mal que está mi hermanito disfrutando del sur… —comentó Liam, pero luego se fijó mejor—. Un momento… ¿y eso?

—Eso mismo me pregunto yo —dije, entornando los ojos.

—¿Con quién está almorzando? —soltó Cami, analizando la imagen como si fuera una prueba judicial.

—Esas uñas pintadas de rojo pasión que aparecen en el lateral de la imagen… —Adri señaló la esquina de la foto— está claro que no son de él. A menos que James haya decidido explorar su lado más femenino en Málaga.

Miré la mano de la mujer que apenas se asomaba en el encuadre. Una manicura perfecta, elegante.

—Bueno —solté, intentando quitarle hierro al asunto mientras mi instinto de mujer se ponía en alerta—, supongo que será la agente inmobiliaria con muy buen gusto para el esmalte. Ya me contará luego… aunque como sea una experta en algo que no sean contratos, el que va a necesitar un abogado para su divorcio va a ser él.

—Mi hermano es incapaz de combinar una corbata sin ayuda, no creo que tenga la logística mental para una doble vida —rio Liam —. Además, con lo pesado que es contigo, seguro que le está dando la brasa a la pobre mujer contándole los milímetros que mide su hijo.

—Seguro —dijo Cami riendo—. Pobre mujer, no sabe dónde se ha metido si James ha empezado con el modo "padre orgulloso".

A pesar de la broma, una pequeña chispa de curiosidad se quedó instalada en mi cabeza. James, más te vale que esa dorada a la sal esté muy buena… porque tenemos una conversación pendiente sobre esa manicura roja.

La tarde en la terraza seguía siendo el bálsamo que necesitaba. Entre las risas de Liam y las ocurrencias de las chicas, casi podía ignorar el leve mareo que persistía en mi estómago. Pero, como buena abogada, no podía dejar pasar un cabo suelto. Desde lo que contó Cami sobre su encuentro pasional con Eric en mi boda, su escapada sola y el comentario de Eric sobre la localización del baño… había algo que necesitaba conocer y aproveché un momento de calma para lanzar el anzuelo.

—Oye, Cami —dije, apoyando la barbilla en mi mano y mirándola con fijeza—, ¿y tú qué tal con Eric? ¿Ha pasado algo más entre vosotros?

Cami, que estaba a punto de darle un sorbo a su bebida, se quedó congelada un segundo.

—No, nada —respondió demasiado rápido. La noté nerviosa, jugaba con el borde de su servilleta y evitaba mi mirada—. Pero... sí os tengo que decir que estoy conociendo a alguien.

Aquello cayó como una bomba, mucho más potente que cualquier cotilleo sobre Eric.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo?! —Liam saltó de su silla casi tirando el cuenco de la macedonia—. ¿Cómo es? ¿Cómo se llama? ¿Tiene antecedentes penales? ¡Habla ya!

Liam estaba fuera de sí, su impaciencia era casi contagiosa. Adri y yo nos inclinamos hacia delante, rodeándola.

—No lo conocéis —dijo ella, intentando mantener la calma mientras se le escapaba una sonrisita—. Estaba tomando algo con mis compañeros de la tienda y él era amigo de uno de ellos. Es de aquí, de Madrid, y bueno... nos estamos conociendo.

—¿De una reunión de empresa? —preguntó Adri con una ceja levantada—. Vaya, vaya... ¿y por qué tanto misterio?

—No es misterio —insistió Cami, poniéndose aún más roja—. Es que es pronto. Cuando sepa si es en serio, lo presentaré.

Me quedé observándola. Cami no es que haya sido siempre muy prudente pues siempre decía lo que pensaba y no ocultaba nada, pero algo no me cuadraba. Ese comentario de Eric en su casa sobre "la primera puerta a la izquierda" seguía dándome vueltas. O Eric es un auténtico lince de la distribución de interiores, o Cami nos

estaba ocultando algo mucho más jugoso que un simple ligue en una boda. ¿Acabaron en su casa esa noche? Puede ser… aun así, decidí no presionarla más. Bastantes secretos habíamos soltado ya este fin de semana.

—Está bien, respetaremos tu periodo de prueba —le dije guiñándole un ojo—. Pero más le vale ser un tipo increíble, porque ahora que Liam ha entrado en modo "tío protector", va a tener que pasar un examen más duro que una oposición a Notario.

—No lo sabes bien —añadió Liam, cruzándose de brazos con aire solemne—. Investigaré hasta su historial de primaria.

Reímos, y por un momento, me olvidé de las náuseas, de mi padre y hasta de la misteriosa mujer de las uñas rojas que almorzaba con James. Estaba donde quería estar: con mi gente, rodeada de amor y de misterios por resolver.

Cuando los chicos se fueron, el silencio de la casa me envolvió de una forma necesaria. Mi cuerpo pedía a gritos ese momento que se había convertido en mi santuario diario: el baño. Preparé toda la parafernalia; sales de Epsom, una montaña de espuma con aroma a lavanda, velas distribuidas estratégicamente por el borde de la bañera y mi lista de Spotify favorita. Me sumergí hasta la barbilla. Paz absoluta.

De fondo, rompiendo la quietud con suavidad, empezó a sonar la nueva canción de Manuel Turizo, mi cantante favorito: "Te hacen falta dos". Me quedé suspendida en el agua, dejándome llevar por el ritmo, hasta que la letra empezó a calar hondo en mis pensamientos. Hubo una estrofa en concreto que se me clavó en el pecho y me hizo sonreír inevitablemente, porque era el vivo reflejo de James y yo: "*Pa' mí que te hace falta un beso, te hace falta dos / Que te quite el frío aunque no salga el sol / Que te haga reír y que te haga el amor / Y a mí me faltas tú, y a ti te falto yo...*"

Cerré los ojos imaginándome a James, sus besos, sus brazos, su espalda, pero entonces mi móvil empezó a vibrar sobre el mármol, cortando la canción. Vi la cara de James iluminando la pantalla. Inevitablemente, estábamos conectados. Y, a pesar de los años y de llevar su anillo en el dedo, mi corazón empezó a galopar.

¿Cuándo se irían estas dichosas cosquillitas? Creo que nunca. Pulsé el manos libres con un dedo goteando espuma.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás? —su voz inundó el baño, sonando tan cerca que casi podía oler su perfume.

—Hola, mi vida —suspiré, acomodándome entre las burbujas —. Pues ahora mismo estoy dándome un baño relajante con velitas y, ahora que me llamas, estoy aún mejor con tu voz.

—Te quiero, nena —dijo él, y supe por su tono que estaba sonriendo.

—¡Cuéntame todo! ¿Cómo ha ido el día?

James empezó a relatarme las visitas a las oficinas, describiendo con detalle la majestuosidad de la calle Larios y la eficiencia de la Malagueta. Hasta que llegó al momento del almuerzo.

—He comido con Teresa Martínez —soltó con naturalidad.

—¿Teresa Martínez? —pregunté, arqueando una ceja a pesar de que no pudiera verme—. ¿La agente inmobiliaria?

—No, no es la agente. Es una amiga de Enzo, abogada. Colabora con él en todos los casos que ella lleva aquí en Andalucía. Enzo me dio las mejores referencias, me dijo que era una gran profesional y que acababa de dejar su antiguo despacho. Me recomendó que la conociera porque considera que sería un gran activo para nuestra nueva sede.

—Mmm... —hice un ruido pensativo, removiendo el agua—, no me habías dicho que te ibas a reunir hoy con ella.

—Ha sido improvisado, nena. Me llamó justo cuando iba a entrar en el primer local y estaba cerca, así que se pasó a verlos conmigo.

—¿Ah, sí? ¿O sea que ella ha ido contigo a ver los locales? ¿Los dos solos? —El silencio que siguió fue corto pero cargado.

—Vaya... —James volvió a reír, esta vez con ese tono pícaro que usa cuando sabe que me tiene donde quiere—. ¿Esa es mi brillante socia analizando los hechos o es que mi mujer está un poco celosa?

—No es celos, Bernard, es... control de calidad —repliqué, intentando sonar digna—. El rojo pasión en unas uñas es un color

muy agresivo para una primera reunión de negocios, ¿no crees? Denota una confianza que, bueno, habrá que ver si se traduce en profesionalidad.

—Vaya… ¿cómo sabes que llevaba las uñas de color rojo?

—Aparecían en la foto que me enviaste cuando estabas almorzando —contesté orgullosa.

—Veo que te has fijado bien en todos los detalles. Te aseguro que el único rojo que me interesa es el de tus labios cuando te vea el domingo —respondió él, bajando el tono de voz de esa forma que me desarma—. Ella ha sido muy profesional. Además, ¿crees que tengo ojos para alguien más mientras sé que tú estás ahí, cuidando de nuestra lentejita?

Me derretí un poco entre la espuma. Maldito James, siempre sabe qué decir.

—Vale, te compro el argumento. Por esta vez —reí por fin, relajando los hombros—. Pero la próxima vez que una amiga de Enzo con uñas perfectas aparezca en el encuadre, quiero un informe previo de tres páginas.

—Hecho, jefa. Descansa, date ese baño y sueña conmigo. Te quiero más de lo que puedo explicar.

—Y yo a ti mucho más James. Que descanses.

Colgué con una sonrisa idiota en la cara. Los celos se habían esfumado, reemplazados por esa calidez que solo él sabía provocarme. Me hundí un poco más en el agua, pensando que, manicuras rojas aparte, James era el hombre más increíble que la vida me había podido regalar.

El resto del fin de semana transcurrió entre baños relajantes y paseos cortos para que me diera el aire fresco. Esa temperatura maravillosa del otoño madrileño, con sus cielos limpios y la brisa justa, me sirvió para fijar mis objetivos con una claridad que no había tenido en años. Mi prioridad absoluta es cuidar a mi bebé y construir esa felicidad que tanto me ha costado alcanzar junto a James. Eso implica, necesariamente, desterrar la sombra de mi padre de mi mente. He decidido que no habrá más conversaciones sobre Diego Beltrán; quiero que todo sea calma y silencio respecto a

él hasta que tenga a mi hijo en mis brazos. Su veneno ya no tiene sitio en mi nueva vida.

He intentado seguir a rajatabla las indicaciones del médico, aunque admito que me está costando horrores. Siempre he sido una mujer de acción, alguien que desayuna estrés y convive con la presión como si fuera su estado natural. De repente, me veo obligada a delegar y a bajar el ritmo, palabras que antes me parecían ajenas y que ahora debo integrar a la fuerza por el bienestar de mi lentejita. Es un ejercicio de autocontrol constante, pero cada vez que siento el impulso de revisar un informe, me obligo a respirar hondo y recordar que ahora trabajo para el cliente más importante de mi carrera: el que crece dentro de mí.

James, por su parte, ha estado pegado al teléfono desde la distancia. No pasa una hora sin que me envíe un mensaje preguntándome cómo estoy o si he conseguido mantener la comida en el estómago. Hoy me ha escrito mientras terminaba su jornada en la Costa del Sol. Me ha contado que ya ha estado en Marbella, pero que para él la oficina de allí está totalmente descartada. Me lo imagino descartando locales con esa superioridad técnica suya, buscando algo que realmente esté a nuestra altura. Me ha prometido darme todos los detalles cuando llegue al hotel esta noche, y aunque me falta su presencia física, sentir su preocupación constante me hace sentir muy cuidada.

En cuanto a mi convivencia con el embarazo, parece que hemos firmado una pequeña tregua temporal. Las náuseas siguen ahí, recordándome cada pocos minutos que no puedo cantar victoria todavía, pero al menos no he vuelto a vomitar en los últimos días. Es una pequeña victoria biológica que me ha permitido disfrutar de la tranquilidad de mi casa sin sobresaltos. Me siento extrañamente en paz, disfrutando de este silencio madrileño mientras espero que James cruce la puerta y me cuente, por fin, cuál de todos esos rincones del sur se convertirá en nuestra nueva aventura.

La espera se me hizo eterna o quizá es que, con este sueño que me invade últimamente, mis párpados pesan más que un código civil. El caso es que me quedé totalmente frita en el sofá, envuelta

en esa manta que huele a nosotros. Desperté poco a poco, sintiendo una calidez conocida y una presión suave en la mejilla. Al abrir los ojos, me encontré con la mirada de James; estaba sentado en el borde del sofá, observándome con una devoción que me hizo estremecer. Su mano recorría mi pelo con una lentitud casi hipnótica.

—James... estás aquí —susurré, estirando los brazos hacia él con la voz todavía tomada por el sueño.

—Sí, he llegado hace un rato, pero estabas plácidamente durmiendo —contestó con esa voz grave que tanto me gusta.

—Me tendrías que haber despertado —le reproché.

—¿Para qué? Estabas mucho mejor así... y yo estaba contemplando las vistas.

Se acercó lentamente hacia mí, acortando el espacio hasta que nuestras respiraciones se mezclaron.

—Te he echado de menos, nena —murmuró contra mis labios.

Yo apenas tuve tiempo de preguntarle cómo había ido todo porque sus labios ya estaban sobre los míos, reclamando el tiempo perdido. James se puso en modo seductor al instante; su lengua bailaba con la mía con una urgencia que me encendió la sangre. Al notar su erección presionando contra mi muslo, comprendí que su viaje a Málaga no solo había sido agotador, sino que, efectivamente, me había echado muchísimo de menos.

Me besó con una pasión que me dejó sin aliento, una de esas que te hacen olvidar hasta tu propio nombre. Sin romper el contacto, me cogió en brazos con una facilidad pasmosa y subió las escaleras hacia nuestra habitación. Me depositó en la cama con una delicadeza que, en ese momento, casi me irritó. Empezamos a desvestirnos con manos torpes por la prisa, pero en cuanto nuestras pieles se tocaron, James pareció frenar en seco. Sus movimientos se volvieron calculados, sus caricias excesivamente suaves, como si tuviera miedo de que cualquier movimiento brusco pudiera romper algo.

—James, mírame —le dije, deteniendo su mano cuando intentaba posicionarse con un cuidado extremo—. Sé en lo que estás pensando. Sé que estoy embarazada... pero no soy de cristal. Sigo siendo yo. Sigo siendo tu mujer. Tócame de verdad.

Él me miró a los ojos, procesando mis palabras mientras su respiración se volvía pesada. Mis palabras parecieron romper el dique de contención que se había autoimpuesto. Volvió a besarme, pero esta vez fue distinto; fue un beso desesperado, hambriento y terminó de desvestirme con la pasión de siempre.

Me giró con esa autoridad silenciosa que siempre me ha desarmado, obligándome a hundir la cara contra el colchón mientras el mundo exterior desaparecía. Sentí el rastro cálido y húmedo de su lengua recorriendo mi espalda, un contraste de fuego sobre mi piel que me hizo arquearme instintivamente. Me apretó las nalgas con una posesividad que gritaba cuánto me había echado de menos y, sin más preámbulos, se posicionó para enterrarse en mí.

Entró en mi interior sin miramientos, con esa profundidad directa que me gusta, que nos gusta. No hubo dudas ni el miedo de hace unos minutos; solo James reclamando su lugar con el ritmo adecuado, ese que nos vuelve locos y nos hace olvidar dónde termina uno y empieza el otro. Una, dos, tres veces... Perdí la cuenta de las embestidas en cuanto el placer empezó a nublarme el juicio y noté que mis piernas flaqueaban, incapaces de sostener el peso de tanta intensidad.

James, que siempre parece leer mi cuerpo mejor que yo misma, notó mi debilidad de inmediato. Lejos de detenerse, me sujetó con firmeza por las caderas, sosteniendo mi cuerpo con sus manos fuertes mientras me anclaba a él. Ese apoyo extra fue el detonante final. En ese vaivén desesperado y perfectamente sincronizado, el mundo estalló en mil pedazos cuando alcancé el clímax, aferrada a las sábanas y sintiendo cómo James se rendía conmigo en un abrazo que nos devolvía la paz.

Hicimos el amor con una intensidad que borró cualquier rastro de distancia, una danza de cuerpos que se conocían de memoria pero que se redescubrían con la urgencia de quien ha estado sediento demasiado tiempo. Fue desesperado, ruidoso y profundamente nuestro, recordándonos que, aunque nuestra familia estuviera creciendo, el fuego que nos unía seguía siendo capaz de quemar cualquier precaución. Al final, abrazada a él y sintiendo su corazón martillear contra mi espalda, supe que no importaba

cuántas ciudades abriéramos o cuántos retos vinieran; aquí, entre estas sábanas, éramos uno.

CAPÍTULO 12: JAMES

Mirar a Mía durmiendo después de esa noche ha sido el recordatorio más potente de lo mucho que la había echado de menos. Si alguien me hubiera dicho hace años que yo, el hombre que consideraba el amor como una distracción y el compromiso como una jaula, acabaría así, me habría reído en su cara. Yo era de los que pensaban que la felicidad era una sucesión de éxitos profesionales y victorias en los tribunales. Pero entonces llegó ella.

Mía no solo entró en mi vida; desbarató cada uno de mis esquemas, derribó mis muros con esa inteligencia afilada y esa pasión que me deja sin aliento, para reconstruir algo muchísimo mejor sobre mis ruinas. Ahora, allí estaba ella, tumbada a mi lado con esa paz que solo tiene cuando duerme, cuidando en su interior de nuestro bebé. ¡Voy a ser padre! Es una idea que todavía me hace vibrar el pecho y, aunque me costara admitirlo antes, me he dado cuenta de que este es el sueño que siempre tuve, aunque no supiera cómo soñarlo.

Me levanté de la cama con un cuidado casi quirúrgico para no despertarla. Realicé mi rutina mañanera —ducha rápida, café cargado y la preparación de su zumo de naranja junto con sus grandes inseparables, el hierro y el ácido fólico— y, justo cuando estaba a punto de llevárselo a la habitación, apareció ella. Tenía el pelo completamente despeinado, ni una pizca de maquillaje y vestía ese pijama de algodón de color verde que le sienta de escándalo. Estaba simplemente increíble en su estado más natural.

Le planté un beso de buenos días, de esos que saben a reencuentro, y ella me devolvió una sonrisa de oreja a oreja que iluminó toda la cocina.

—Buenos días, mi amor. ¿Cómo te has levantado? —le pregunté, rodeándola con mis brazos.

—Pues bastante mejor, la verdad —respondió apoyando la cabeza en mi hombro—. Me has devuelto toda la energía.

—¿Ah, sí? Pues menos mal, nena —le solté con una sonrisa pícara—, porque después de lo de anoche, te dejé la batería al uno por ciento. Si llegamos a seguir un poco más, hoy me toca pedir una grúa para sacarte de la cama.

Ella se rio, dándome un pequeño golpe juguetón en el brazo. Tras el momento de risas, nos sentamos y su instinto de socia volvió a aflorar.

—Bueno, cuéntame —dijo, más interesada ahora que el estómago parecía estar en calma—. ¿Qué pasó en Marbella?

—Demasiado, Mía. Fue demasiado para lo que buscamos nosotros. Marbella era una mezcla extraña entre el aire señorial de la oficina de calle Larios y el toque moderno de la zona de la Malagueta, pero llevado al extremo más ostentoso. Era todo fachada y brillo. La afluencia de clientes que vi por allí no es de nuestro estilo; buscamos rigor, no exhibicionismo. Así que, automáticamente, la descarté de la ecuación. No es para Bernard Legal Group.

Mía asintió, procesando la información mientras yo la observaba, feliz de tenerla de vuelta en mi órbita y de saber que, entre Larios y la Malagueta, estábamos a punto de elegir el lugar donde empezaría nuestra expansión.

Ver a Mía vestida de profesional de nuevo, lista para ir a la oficina, me removió algo por dentro. Me emocioné muchísimo; verla con esa determinación recuperada significaba que se encontraba mejor, que su cuerpo le estaba dando un respiro. Pero, por mucho que me gustara verla así, no podía bajar la guardia. Me acerqué a ella mientras terminaba de retocarse y le puse las manos en los hombros, buscando su mirada en el espejo.

—Recuerda bajar el ritmo, nena —le advertí con tono serio pero cariñoso—. No quiero que vuelvas a las andadas al primer síntoma de mejoría.

—Lo sé, James —respondió ella, dándose la vuelta para regalarme una sonrisa tranquila—. Solo voy a ayudar en lo que pueda y ver que todo está en orden. No voy a redactar tres demandas antes del almuerzo, lo prometo.

—Me gusta ese mantra. Mantente ahí —le dije antes de darle un beso en la cabeza.

Estaba increíblemente orgulloso de ella, aunque, siendo sincero, ¿cuándo no lo estaba? Mía es el motor de todo, incluso cuando cree que está a medio gas.

A las doce, después de dejar varios asuntos encarrilados en el despacho, salí hacia mi cita. Me dirigía a encontrarme con Ris, mi detective privado de confianza. Es uno de los mejores de la ciudad, un tipo que no deja cabos sueltos y que sabe moverse en las sombras como nadie. Lo vi aparecer por la puerta del bar puntual como un reloj: alto, moreno y seguro en sí mismo.

—James, ¿qué tal? ¿Cómo estás? —me saludó con un firme apretón de manos.

—¿Qué pasa, Ris? Hace tiempo que no nos vemos —respondí, sentándome frente a él.

Tras ponernos un poco al día con nuestras vidas —le conté brevemente lo de Mía y nuestro futuro bebé, lo justo para que entendiera mi situación actual—, profundizamos en el tema que realmente me quemaba en las manos.

—Ris, necesito que busques toda la información que exista sobre Diego Beltrán —le dije, bajando el volumen de la voz—. Es el padre de mi mujer y nos ha soltado una bomba: tuvo un hijo con otra mujer. Desconocemos el nombre de ese hijo, el de la madre, que al parecer fue su esposa... no sabemos absolutamente nada de él. Solo que es mayor que Mía. Quiero localizar a ese hermano.

Ris arqueó una ceja y empezó a apuntar en su tableta con gestos rápidos.

—Poca información me das, James.

—Lo sé. Es buscar una aguja en un pajar —admití.

—Solo me has facilitado el nombre de Diego —dijo, mirando la pantalla—. Bueno, empezaré a investigar por ahí: registros civiles, propiedades, antiguos matrimonios... Si te enteras de cualquier detalle adicional, por pequeño que sea, no dudes en decírmelo.

—Intentaré averiguar algo más por mi cuenta, aunque lo dudo mucho. La comunicación con Diego es y será inexistente —

suspiré—. Pero Ris, es urgente. Tenemos un tema legal importante contra él y me gustaría saber algo antes de que llegue el juicio.

—Haré todo lo que esté en mi mano —asintió él, guardando la tableta—. Empezaré hoy mismo.

—Y una cosa más —le detuve antes de que se levantara, clavándole la mirada—. No hace falta que te diga que quiero discreción absoluta. Cualquier cosa que debas decirme tiene que ser a mí directamente. Nadie, absolutamente nadie, sabe lo que te he pedido. Ni siquiera Mía. No quiero darle esperanzas, ni más disgustos, hasta que tenga algo sólido.

—Por supuesto, James. Cuenta con ello. Como si no hubiéramos hablado nunca.

Lo vi marcharse y me quedé un rato allí, terminando mi café. Me sentía un poco sucio por ocultarle esto a Mía, pero mi instinto de protección era más fuerte. Si ese hermano existía, yo iba a encontrarlo antes de que Diego Beltrán pudiera usarlo como otro peón en su tablero de mentiras. Tenía que limpiar el camino para cuando mi hijo llegara al mundo.

Al volver al despacho, el ambiente se sentía distinto, más cálido. Encontré a Mía en el área común hablando con Belén, nuestra secretaria. Verla allí, de pie y con ese brillo de determinación que la caracteriza, me devolvió la tranquilidad que me faltaba desde que me bajé del avión.

—Justo le estaba diciendo a Belén que te avisara: me voy a casa —me dijo en cuanto me vio entrar.

—¿Te encuentras mal? —le pregunté de inmediato, acercándome a ella con la preocupación automática de estos últimos días.

—No, todo lo contrario —respondió con una media sonrisa—. Simplemente tengo hambre.

Me quedé descolocado un segundo. ¿Hambre? Hacía semanas que esa palabra no salía de su boca sin ir acompañada de una mueca de disgusto.

—¿En serio? —solté, casi sin creerlo—. Vamos, te invito a almorzar ahora mismo. Esto hay que celebrarlo como se merece.

Mía me dedicó esa sonrisa que solo ella tiene, esa que desarma cualquier juicio y me hace olvidar que soy un abogado serio. Me derretí por dentro, aunque hice un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura frente a Belén.

Llegamos a nuestro restaurante favorito, ese rincón donde siempre nos refugiamos cuando la ciudad nos agobia. El camarero nos ubicó, a petición mía, en una mesa apartada del ruido.

—No sabes cuánto me alegro de verte mejor, nena —le dije, tomando su mano sobre el mantel—. Se me hacía un nudo en el estómago verte sufrir tanto con las comidas.

—Espero que continúe así —suspiró ella, acomodándose en la silla—. Los consejos de Almudena me han venido de lujo. He empezado a comer poquito pero cada poco tiempo, y parece que la comida ha decidido quedarse conmigo. Además, me dijo que las náuseas suelen desaparecer después del primer trimestre, y ya estamos rozando ese momento.

—Ojalá sea así —respondí con sinceridad—. Te echaba de menos en modo "depredadora", no solo en los tribunales, sino también en la mesa.

Llegó el camarero y pedimos una ensalada para compartir que se le había antojado a Mía de repente, algo fresco y ligero. Para los principales, ella se decidió por un pescado a la plancha, buscando algo seguro para su estómago, y yo me pedí un solomillo al punto, necesitando recuperar fuerzas después del trote de Málaga.

Mientras esperábamos los platos, Mía no tardó en preguntar por la mujer de uñas rojas.

—Cuéntame entonces, ¿quién es Teresa Martínez?

—Míralo tú misma —contesté sacando el iPad y mostrándole el currículum que me había enviado Teresa Martínez.

Mía lo leyó con esa mirada analítica que desmenuza cada detalle, pasando el dedo por la pantalla mientras tomaba un sorbo de agua.

—Bueno, cuéntame sobre esa Teresa —dijo, sin levantar la vista del documento—. ¿Qué impresión te ha dado?

—Es impecable, Mía. Enzo no exageraba. Tiene una red de contactos en Andalucía que nos abriría puertas que a nosotros nos llevaría años tocar. Es agresiva, brillante y tiene esa cercanía con el cliente local que es vital para la sede. Para mí, es la mejor opción para liderar la compañía en Málaga. De hecho, viene a Madrid la semana que viene para visitar el despacho y pensaba, tras consultarlo con mi padre y contigo, decírselo en persona.

Mía cerró el iPad y asintió, visiblemente impresionada por la trayectoria de Teresa.

—Es cierto, su currículum es impecable, James, te lo compro. Pero creo que deberíamos ser cautos con la cultura del despacho —añadió ella con ese sentido común que siempre nos mantiene a flote —. Estoy de acuerdo en que ella lidere, pero sería mejor que, al principio, fuera uno de nuestros abogados de Madrid con ella. Necesitamos que alguien de nuestra total confianza se asegure de que se acostumbra a nuestra manera de trabajar antes de darle las llaves de la nueva sede.

La miré con admiración. Tenía toda la razón. Abrir una sede no es solo alquilar metros cuadrados, es exportar nuestra esencia.

—Tienes razón, nena. No quiero que Málaga se convierta en una isla independiente. Se lo diré a Cristian. Es al que más le entusiasmaba la idea de pasar unos meses allí; es joven, talentoso y no tiene obligaciones familiares aquí que le aten. Le vendrá bien el cambio de aire y nos asegurará que el sello de Bernard Legal Group se mantenga intacto.

—Perfecto —concluyó ella justo cuando el camarero traía la ensalada—. Pues trato hecho. Ahora, dejemos de hablar de trabajo y mírame comer esta ensalada como si fuera el último manjar de la tierra —dijo sonriendo.

La vi disfrutar de cada bocado y, por primera vez en semanas, sentí que el equilibrio volvía a nuestras vidas. Teníamos un plan para el despacho, un plan para Málaga y, lo más importante, un plan para nosotros tres.

La semana ha sido, sencillamente, increíble. Hacía tiempo que no sentía este ritmo en el despacho; hemos adelantado trabajo

como si nos persiguiera un juez de guardia, y lo mejor de todo es que Mía ha seguido encontrándose bien. Verla cruzar los pasillos con esa seguridad recuperada me ha devuelto la vida. Volver a estar sincronizados en cada reunión, terminando las frases del otro y moviéndonos como un equipo perfectamente engrasado... era como si, por fin, todo estuviera volviendo a la normalidad pero, para ella, con una marcha menos.

El viernes, el teléfono empezó a vibrar sobre mi mesa. Era el grupo de WhatsApp, el termómetro oficial de nuestros planes.

Eric: *¿Os apetece una cerveza al mediodía?*

Enzo: *Vale, estaré listo a la 1:00.*

Yo: *preguntaré a Mía cómo se encuentra primero.*

Me planté ante su puerta y, antes de entrar, llamé con los nudillos.

—Pasa —escuché su voz al otro lado.

Entré y la vi rodeada de carpetas, con esa expresión de concentración que tanto me fascina.

—Ah, eres tú, James —dijo levantando la vista y sonriendo—. No hace falta que llames.

—Desde la primera vez que no lo hice, aprendí la lección —le respondí, apoyándome en el marco de la puerta con una media sonrisa.

—Eso era cuando eras un egocéntrico y un chulo que se creía el rey del mundo —me picó ella, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Ya no lo soy? —pregunté, acercándome a su escritorio.

—Quizás seas el rey de mi corazón, pero nada más —sentenció con ese brillo desafiante en los ojos.

—Es en lo único donde quiero reinar.

No pude evitarlo. Me incliné hacia ella y la besé. Fue un beso que empezó como un "me alegro de verte" y se fue profundizando, cargado de todas las ganas que le tengo siempre. Por un momento, olvidé por qué había entrado allí. Fue ella quien me separó suavemente, aunque con una sonrisa pícara.

—¿Has venido para recordarme quién es el rey de mi corazón? —preguntó recuperando el aliento.

—Sí... y también para preguntarte cómo te encuentras. Los chicos han escrito, quieren ir a tomar unas cervezas al mediodía.

Mía me miró con ternura y me puso una mano en la mejilla.

—Vete, estoy bien —me animó—. Quizás le diga a las chicas de vernos nosotras también. Necesito un poco de "terapia de amigas".

—¿Segura? No quiero dejarte sola si el estómago decide dar guerra.

—Segurísima, James. Ve y disfruta con Enzo y Eric.

Le di un último beso rápido, saboreando esa paz que solo ella me transmite cuando está bien.

—Está bien. Nos vemos luego en casa. Te quiero.

—Yo más —me lanzó ella mientras yo ya salía por la puerta, sintiéndome, efectivamente, el hombre más afortunado del mundo.

Cogí el móvil y escribí: *"A la una, donde siempre"*.

Llegué al bar de siempre, ese refugio de madera oscura y olor a lúpulo donde hemos arreglado el mundo tantas veces. Enzo y Eric ya estaban allí, con un par de cañas sobre la mesa y esa actitud relajada que solo se tiene los viernes al mediodía. Me senté con ellos, sintiendo cómo el peso de la semana en el despacho empezaba a disiparse, esperando a que el camarero me sirviera mi cerveza.

Enzo no tardó ni dos minutos en ir al grano.

—¿Y bien? ¿Qué tal con Teresa por Málaga? —preguntó, mirándome con esa curiosidad analítica de arquitecto.

—Muy sorprendido, la verdad —admití, dándole un trago a mi cerveza—. Creo que es la indicada para llevar la sede. Tiene garra, conoce el terreno y tiene una trayectoria impecable. Aunque claro, primero quiero la confirmación de mi padre y Mía... sobre todo después del incidente de las uñas rojas.

—¿Uñas rojas? —saltó Eric, arqueando una ceja.

Les conté la historia de la foto del chiringuito, esa en la que la mano de Teresa asomaba con una manicura roja perfecta. Les expliqué el "interrogatorio" de Mía y su "control de calidad" desde la bañera que apacigüe después aunque eso seguía ahí, se lo notaba.

—¡Cuidado, James! —se rio Eric, casi atragantándose—. Mía ya tiene un carácter de armas tomar, pero ahora, con las hormonas del embarazo... amigo, eso es un potro desbocado. Como se le cruce un cable, te pide el divorcio y se queda con el despacho antes de que termines de pedir perdón.

Todos nos reímos. Conocíamos de sobra a Mía; verla enfadada es un espectáculo que prefieres ver desde la barrera y con un escudo de protección.

Aproveché el momento de risas para girar las tornas. Miré a Enzo fijamente.

—Bueno... ¿y tú con Teresa? ¿Ha habido algo entre vosotros?

Enzo guardó un silencio sepulcral, mirando su cerveza como si fuera el plano más complejo de su carrera. No dijo ni una palabra, pero su cara lo decía todo.

—Ese silencio quiere decir que sí —sentenció Eric, señalándole con el dedo—. ¡Vaya, vaya con el arquitecto silencioso! Te lo tenías muy callado.

—Ha sido algo esporádico —murmuró Enzo por fin, intentando recuperar la compostura—, nada serio. Solo os puedo decir que es una mujer... interesante.

—Bien, dejemos a Enzo con sus líos —dije, mirando ahora a Eric—. ¿Y tú qué tal con la chica a la que estabas conociendo? ¿Podemos saber ya el nombre o tenemos que contratar a Ris para que lo averigüe?

Eric sonrió, esta vez sin rastro de burla.

—Se llama Susana —soltó simplemente.

Estábamos a punto de profundizar en quién era Susana cuando el aire del bar cambió. La puerta se abrió y vimos aparecer a Liam, pero no venía solo. Venía acompañado de Arón.

—No puede ser... —mascullé, dejando la copa en la mesa con un golpe seco.

—¿Están juntos de nuevo después de todo lo que pasó? —preguntó Enzo, tan incrédulo como yo.

Me quedé mirando a mi hermano pequeño, que reía por algo que Arón le decía al oído. Después del culebrón que montó con su padre Alejandro, dueño de Averis Lawyer, para vengarse de nosotros

y de cómo terminó aquello, verlos entrar así me revolvió el estómago.

—No lo creo —sentencié, apretando la mandíbula—. Pero lo que tengo claro es que tengo una conversación pendiente con mi hermano. Y va a ser muy pronto.

CAPÍTULO 13: MÍA

Hoy era el día. Mi cuerpo por fin parecía haber firmado una tregua definitiva con mi bebé y, después de semanas de tazas de té y galletas saladas, me sentía con la fuerza necesaria para retomar mi trono. No es que estuviera celosa —me repetía mientras me miraba al espejo—, pero esa tal Teresa Martínez se había colado en los planes de expansión de mi despacho con una facilidad que me resultaba, como poco, sospechosa. James y Manuel ya le habían dado el visto bueno, pero faltaba el filtro más importante: el mío. "Eso se llaman celos", me gritó mi subconsciente. "Llámalo como quieras, pero hoy juega en mi terreno", le contesté mientras aplicaba el rímel.

Para la ocasión, elegí un atuendo que gritaba "estoy al mando" sin perder ni un ápice de feminidad. Me puse un vestido *midi* de punto de seda en color verde bosque, que hacía que mis ojos verdes brillaran con una intensidad casi felina y resaltaba mi cabello rubio, el cual dejé caer en ondas perfectas y pulidas sobre mis hombros. El vestido era de cuello cuadrado y manga larga, muy profesional, pero se ceñía a mi figura como una segunda piel, revelando con elegancia esa incipiente barriguita que empezaba a asomar. Completé el look con unos tacones de aguja en color nude y un maquillaje centrado en tonos cobrizos y dorados para enmarcar mi mirada, terminando con un labial en tono canela suave. Por qué no decírmelo a mí misma, estaba radiante, poderosa y, sí, muy sexy.

Cuando bajé las escaleras, James se quedó petrificado en el hall. Me recorrió de arriba abajo con una lentitud que me hizo sonreír internamente. Primer control superado.

—Cariño, estás increíble... —dijo acercándose para rodearme la cintura—. Se puede saber ¿a dónde vas así?

—A la misma reunión importante a la que vas tú —respondí con una suficiencia juguetona mientras le ajustaba la corbata.

—¿Quieres asustar a Teresa? —preguntó él con una chispa de diversión en los ojos.

—No está de más que me tenga un poco de miedo, James. El respeto se gana, pero un poco de intimidación lo agiliza todo.

James soltó una carcajada limpia y me pegó más a él.

—Estás increíble, de verdad. Y ya puedo notar tu barriguita... no sé qué tiene, pero verte así me pone aún más.

Sentir su admiración me dio el último empujón de confianza que necesitaba.

Al llegar al despacho, la atmósfera cambió. Vi a mis suegros charlando cerca de la entrada y, al vernos llegar, sus expresiones de orgullo confirmaron que el segundo control también estaba pasado.

—Estás preciosa, Mía —me saludó Gloria con un beso cariñoso.

—Como siempre —añadió Manuel, dedicándome esa mirada de respeto profesional que tanto valoro—. Liam, Teresa y Cristian ya están dentro. Han venido todos antes de tiempo, parece que hay ganas de empezar.

—Perfecto —dijo James, tomando mi mano con firmeza—. Entremos.

Respiré hondo, coloqué mis hombros hacia atrás y caminé hacia la sala de juntas. Era hora de conocer a la mujer de las uñas rojas.

Entré en la sala de juntas con la cabeza bien alta, sintiendo cómo el verde de mi vestido me daba una seguridad extra. La mirada de Liam y Cristian fue de puro asombro y la sonrisa de Liam me confirmó que sabía perfectamente mis intenciones. Teresa estaba allí, impecable y se quedó un segundo mirándome de arriba abajo —control definitivo superado. Pero en cuanto se recompuso, cometió el primer error táctico de la mañana.

—Ah, tú debes de ser la mujer de James —dijo con una sonrisa que pretendía ser amable pero que me resultó condescendiente—. Estoy encantada de conocerte, James habla maravillas de ti.

—Encantada de conocerte, Teresa —respondí, estrechando su mano con firmeza mientras lanzaba una mirada de complicidad a James—. Me alegra saber que mi marido me tiene presente en sus conversaciones.

La reunión comenzó y, como era de esperar, las chispas no tardaron en saltar. Teresa defendió con uñas y dientes la opción de la Calle Larios. Para ella, es la milla de oro, el lugar que otorga un prestigio y una autoridad automáticos por el simple hecho de estar en el sobre de las cartas. Yo, sin embargo, tenía una visión mucho más pragmática y estratégica.

—La zona de La Malagueta está a un paso del centro, pero te da el respiro de no asfixiarte en el casco histórico —expuse, cruzándome de brazos—. En Larios, un cliente que venga de fuera, sufrirá para llegar; tendrá que dejar el coche en el parking de la Marina y caminar entre miles de turistas. En La Malagueta, la accesibilidad es total. El edificio tiene parking en el mismo bloque, lo que ofrece una discreción y comodidad para clientes VIP que Larios no puede soñar.

Teresa intentó interrumpirme, pero continué con firmeza.

—Larios es bullicio: procesiones, luces de Navidad, ruido constante. Es estresante. La Malagueta es sobria, silenciosa y, tradicionalmente, es donde han vivido y trabajado las familias de abogados de Málaga de toda la vida. Es exclusividad absoluta frente al mar.

La tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo. Manuel y James intercambiaban miradas intentando conciliar, mientras Gloria observaba a su esposo y Liam se reía por lo bajo, disfrutando del espectáculo. James nos miraba a una y a otra sin comprender realmente por qué el ambiente se había vuelto tan eléctrico.

—Bueno, yo doy mi opinión al vivir allí y ver los locales en primera persona —soltó Teresa, tratando de cerrar el tema—. De todas maneras, creo que la decisión debería ser tomada por Manuel y James, que son los socios del bufete y quienes lo conocen mejor que nadie.

—Bueno, yo técnicamente soy socio también —saltó Liam, ofendido.

—Ya, sí, lo siento —replicó ella con un tono que me encendió la sangre—. Me refiero a que ellos tendrán más cualificación en referencia al negocio y a lo que necesitan para trabajar.

—¿Piensas que yo no trabajo? —le solté, levantándome ligeramente de la silla—. ¿Que soy una mujer florero a la sombra de James?

—Mía, cálmate, Teresa no te conoce… —intentó mediar James.

—Pues debería —sentencié.

Fue entonces cuando Manuel tomó la palabra con una autoridad que hizo que hasta el aire de la habitación se detuviera.

—Teresa, Mía Beltrán, además de ser mi nuera, es la que ha impulsado a este despacho a lo más alto a mi lado mientras James estaba en la sede de Francia —dijo Manuel, mirándola fijamente—. No hay nadie mejor que ella, incluso por encima de mí, más cualificada para tomar cualquier tipo de decisión. Es más, la decisión que más pesa aquí es la de ella, téngalo claro.

La cara de Teresa palideció al instante. Ver cómo Manuel y James sacaban la cara por mí y me hacían valer frente a una extraña me llenó de un orgullo inmenso.

—Perdóname, Mía —balbuceó Teresa, visiblemente afectada —. No sabía que eras "Mía Beltrán". Te conozco por las noticias, sé que eres una abogada increíble y siempre te he admirado… No sabía quién eras en realidad, pensaba que eras solo…

—¿La mujer de James? —la interrumpí con calma—. Pues estás muy equivocada. Antes de ser la mujer de James, soy una mujer trabajadora e independiente.

—Lo siento de verdad, me muero de la vergüenza —dijo ella, bajando la mirada.

Manuel dio por finalizada la sesión con un "valoraremos todas las opiniones", pero antes de salir, Teresa me pidió hablar a solas.

—Perdóname, Mía —me dijo con total sinceridad—. Siempre he oído a James hablar de su mujer, de lo inteligente y maravillosa que era, pero no sabía que eras en realidad "Mía Beltrán". Conozco tu trayectoria y sé que has sido una parte vital del negocio. Me siento fatal.

Al ver su vulnerabilidad y su admiración real, mi coraza se ablandó. Me relajé y le dediqué una sonrisa sincera.

—Mira, Teresa —le dije, suavizando el tono pero manteniendo la firmeza—. Te acepto las disculpas porque entiendo que no lo hiciste con malicia, pero quiero que te quedes con una reflexión. Como mujeres, y más en un mundo tan competitivo y masculino como el derecho, no podemos ser nosotras las primeras en encasillarnos.

Hice una breve pausa para dejar que mis palabras calaran. Teresa me escuchaba con una atención casi reverencial.

—Antes de ser "la mujer de James", soy una profesional que ha sudado cada caso y cada éxito. El hecho de compartir mi vida con un hombre brillante no borra mi currículum ni mi capacidad de mando. Somos mujeres, Teresa, y no deberíamos permitir que nadie nos coloque bajo la sombra de un hombre, ni siquiera de uno tan extraordinario como James. Si nosotras mismas prejuzgamos a otra mujer por su estado civil o su apellido, estamos alimentando el mismo sistema que intenta frenarnos. Mi nombre es Mía Beltrán. James viene después, en casa y en el corazón, pero en este despacho, mi voz tiene peso por sí misma.

Teresa asintió, visiblemente emocionada y con una mirada de respeto renovado.

—Tienes toda la razón, Mía. Gracias por la lección... de verdad. No volverá a pasar.

—Lo sé —le respondí con una sonrisa, esta vez de compañerismo—. Ahora, vamos a trabajar. Tenemos una sede que levantar en Málaga y, después de lo que hemos visto hoy, me queda claro que tú y yo vamos a formar un equipo imparable.

Le tendí la mano una vez más, cerrando no solo un malentendido, sino sellando una alianza que, estaba segura, traería grandes victorias para el bufete. Salí de la sala buscando la mirada de James, quien me esperaba al final del pasillo con esa mezcla de orgullo y adoración que me confirmaba que, efectivamente, él era el rey de mi corazón, pero yo era la dueña de mi propio destino.

Aprovechando que estaba toda la familia reunida —y eso no se veía todos los días—, nos dirigimos a un bar cerca del despacho.

En cuanto nos sentamos y llegaron las primeras consumiciones, Liam, fiel a su estilo, no pudo morderse la lengua ni un segundo más.

—Lo que ha pasado en la reunión... —empezó, abriendo mucho los ojos y agitando las manos—. Madre mía, el aire se ha congelado de repente.

—No es necesario, Liam —le corté con una media sonrisa, saboreando mi aquarius fresquito.

—¡Sí que es necesario! —insistió él, riendo—. Se nota que hoy no tienes náuseas y que el embarazo no ha hecho ni un rasguño en tu carácter. Has dado miedo, de verdad. Eras...

—Una fiera —completó James, rodeándome los hombros con el brazo y dándome un beso en la sien—. Como siempre, nena. Y no sabes cuánto me alegra ver que esa parte de ti sigue intacta, pero tienes que relajarte un poco o la próxima vez Teresa va a necesitar un peritaje psicológico antes de firmar el contrato.

—Yo solo estaba comprobando si los cimientos de la nueva integrante eran tan sólidos como decía su currículum —me defendí, aunque no pude evitar que se me escapara una carcajada.

—Bueno —intervino Manuel, levantando su copa de vino con un gesto solemne—, yo solo doy gracias de que hoy no me tocara a mí estar en el banquillo de los acusados. He visto a jueces de la Audiencia Nacional temblar menos que esa pobre mujer cuando le has mencionado lo del parking en la Malagueta.

—¡Es que tiene razón! —añadió Gloria, guiñándome un ojo—. Si James ha heredado algo de su padre es la puntería para elegir a las mejores, y tú, Mía, eres el mejor fichaje que ha hecho esta familia en décadas. Aunque reconozco que por un momento pensé que ibas a pedirle que se batiera en duelo contigo en plena Calle Larios.

—¡Eso habría sido épico! —soltó Liam, provocando que todos estalláramos en una risa limpia que atrajo las miradas de las mesas de al lado—. "Duelo al sol por una plaza de garaje".

Cuando las risas se calmaron un poco, James me miró con curiosidad, recordando que nos habíamos quedado a solas unos minutos después de la reunión.

—¿Qué habéis hablado a solas? —preguntó—. Porque ha salido de la sala con una cara de respeto que no le había visto ni cuando hablaba de sus casos en el Supremo.

Me puse seria recordando la cara de Teresa.

—Le he dicho la verdad —respondí, mirando a los cuatro—. Le he recalcado que antes de prejuzgar a una mujer por el simple hecho de ser "la mujer de", tiene que recordar que somos profesionales. Que somos mujeres y que no deberíamos encasillarnos nunca bajo la sombra de un hombre, por muy brillante que ese hombre sea. Le he dejado claro que mi nombre es Mía Beltrán y que mi voz tiene peso propio en este negocio, con anillo o sin él.

Se hizo un silencio breve, uno de esos cargados de orgullo familiar, hasta que Manuel asintió con la cabeza.

—Bien dicho, hija. Bien dicho.

—Amén a eso —concluyó Liam, levantando su cerveza—. Por la CEO de Madrid y por la fiera que, por suerte para todos nosotros, duerme en nuestra cama... bueno, en la de James. ¡Salud!

Terminamos todos riendo, brindando por los éxitos que estaban por venir y por esa "lentejita" que, visto lo visto, iba a nacer con unos genes de acero inolvidables.

CAPÍTULO 14: JAMES

Íbamos camino de las analíticas prescritas por el Dr. Mendoza, pasado un mes, con una mezcla de esperanza y ese nerviosismo sordo que se te instala en el estómago cuando esperas noticias médicas. Después de un mes entero siguiendo el tratamiento de hierro a rajatabla, hoy era el día de la verdad; teníamos que ver si los niveles de Mía habían subido y si nuestro bebé estaba recibiendo todo el combustible necesario.

Llegamos al hospital, le tomaron sangre y, como ya era tradición, nos tocó la consabida hora de espera hasta que los resultados estuvieran listos. Nos refugiamos en la cafetería. Ver a Mía devorar un sándwich, para recuperar energías tras la extracción, me llenaba el alma; verla comer con ganas, sin esa sombra de náuseas que nos persiguió semanas atrás, era el mejor regalo que podía recibir.

—Oye, no te comenté lo que me dijo Eric el otro día —le dije, apoyando los codos en la mesa mientras la observaba.

—¿Qué te dijo? —me contestó Mía entre bocado y bocado.

—Está conociendo a alguien, una tal Susana. No sabemos mucho más, pero el tono de Eric era... diferente.

Mía me miró con una sorpresa genuina, deteniendo el sándwich a medio camino.

—¿Eric? Me alegro mucho, de verdad. Espero que siente la cabeza de una vez, aunque lo dudo bastante.

—¿Por qué eres tan escéptica? —pregunté con una sonrisa.

—Porque es peor que tú, James, mucho peor.

—¡Eh! —protesté, fingiendo indignación mientras me reía—. Yo al menos tuve la elegancia de dejarme "domar" por la abogada más implacable de Madrid. Eric es como un caso de derecho internacional: complejo, lleno de lagunas y muy difícil de cerrar.

Además, mírame, yo soy un hombre reformado... o al menos un hombre que sabe quién manda en casa.

Mía soltó una carcajada limpia que atrajo un par de miradas en la cafetería, pero no me importó. Esa risa valía más que cualquier cosa.

Justo cuando Mía terminó de comer y se disponía a cerrar el envoltorio del sándwich, la pantalla de mi móvil se iluminó. El Dr. Mendoza nos llamaba para que subiéramos a su consulta a recoger los resultados de la analítica.

Me levanté de inmediato y le tendí la mano. Sentí cómo sus dedos se entrelazaban con los míos con fuerza.

—Vamos, nena —le dije, dándole un beso rápido en la frente —. Vamos a ver si ese hierro ha hecho su magia.

Caminamos por los pasillos blancos del hospital con el corazón palpitando un poco más rápido de lo normal.

Estaba sentado en aquella silla de plástico de la consulta, apretando la mano de Mía tan fuerte que temía cortarle la circulación. Observé al Dr. Mendoza mientras revisaba los informes; su silencio me estaba matando. Cuando finalmente levantó la vista, supe que no iba a ser la fiesta de celebración que Mía esperaba.

—Bien, hay noticias positivas, pero no podemos cantar victoria todavía —empezó a decir, ajustándose las gafas—. Su hemoglobina ha subido de 9.5 a 10.6. Es un buen salto; significa que su cuerpo está aceptando el suplemento y fabricando glóbulos rojos nuevos. Ya no está en la zona de peligro inmediato, pero sigue estando por debajo del mínimo para una embarazada. Vamos a ver tu tensión.

Escuchar ese 10.6 fue como recibir un "favorable, pero con condiciones" en una sentencia. Noté como Mía se tensaba a mi lado.

Lo que vino después me puso los pelos de punta. El doctor, tras tomarle la tensión a Mía, nos advirtió que la "lentejita" no se iba a quedar quieta; ahora que entramos en el segundo trimestre, el bebé va a empezar a demandar el doble de hierro para fabricar su propio sistema circulatorio.

—Deben seguir con el suplemento, cuidar la dieta con proteínas y mucha vitamina C para que ese hierro se fije —continuó el médico, mirando directamente a Mía—. Y Mía, necesitas relajarte. Si no llegamos a la semana 20 con niveles más altos, tendré que derivarte a Alto Riesgo.

—Hago todo lo que puedo, doctor —le interrumpió Mía, y noté cómo su voz vibraba con una mezcla de cansancio y rabia contenida.

—Lo sé y hay que continuar haciéndolo —dijo el doctor dedicándole a Mía una mirada paternal—. Bueno, ¿os apetece ver a vuestro bebé?

—¡Sí! —dijo Mía de inmediato con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por supuesto, estamos deseando —confirmé lleno de felicidad.

Salimos de la consulta del Dr. Mendoza para dirigirnos a la consulta de ecografía obstétrica y el silencio de Mía era atronador. Conozco esa mirada; es la que pone cuando un juez le tumba un recurso que ella creía impecable. Pude sentir su rabia contenida.

—He hecho todo lo que me han dicho, James —murmuró, y se me rompió el corazón al escuchar la derrota en su voz—. He aguantado el sabor metálico, las náuseas, el cansancio... He delegado en el despacho, me he forzado a comer... ¿Y me dice que todavía no es suficiente?

Me detuve frente a ella y la obligué a mirarme.

—Nena, mírame. Has pasado de un 9.5 a un 10.6. Eso es progreso real. Tu cuerpo está respondiendo, solo que esto no es una carrera de 100 metros, es una carrera de fondo.

—No quiero ser un "embarazo de alto riesgo", James —dijo ella, con los ojos empañados por esa frustración de quien siente que no tiene el control.

La abracé fuerte, dejando que se desahogara contra mi pecho. Entiendo perfectamente lo que siente: ese sentimiento de "hago todo lo que puedo y aún no basta" es una tortura para alguien tan autoexigente como ella. Pero no iba a dejar que se hundiera.

—Escúchame bien: de aquí a la semana 20 vamos a convertirnos en los mayores expertos en nutrición de todo Madrid —le dije, intentando sacarle una sonrisa—. Si hace falta que te prepare chuletones con zumo de naranja a las tres de la mañana, lo haré. No vamos a pisar esa unidad de Alto Riesgo. Ese bebé y tú vais a tener todo el hierro del mundo, aunque tenga que forjarlo yo mismo.

—Sé que serías capaz de hacerlo —me dijo sonriendo contra mi pecho.

—Bien, pues vamos a ver a nuestro bebé.

Necesitaba ese momento; después del jarro de agua fría con los niveles de hierro, ver a nuestro bebé era el bálsamo que ambos necesitábamos para recordar por qué estamos luchando tanto.

Mía se tumbó en la camilla y, en cuanto el Dr. Mendoza aplicó ese gel frío sobre su vientre, el silencio de la sala se llenó con el sonido más espectacular del mundo: los latidos de nuestro hijo. Mendoza empezó a tomar medidas, moviendo el transductor con pericia.

—Todo está en orden —nos aseguró, señalando las formas que empezaban a definirse en la pantalla—. Mide 7,3 centímetros, dentro de los parámetros normales para la semana 14, el desarrollo es perfecto.

Sentí cómo la mano de Mía, que seguía entrelazada con la mía, se relajaba por fin. ¡Ha casi triplicado su medidas en cuatro semanas! Me parecía increíble. Estábamos hipnotizados por ese pequeño ser que no paraba de agitarse. Fue entonces cuando el doctor nos lanzó la pregunta del millón:

—¿Quieren saber el sexo del bebé?

—¡SÍ! —respondimos los dos al unísono, tan rápido que el Dr. Mendoza soltó una carcajada.

Se concentró en la pantalla, presionando un poco más el abdomen de Mía, buscando un ángulo imposible para desvelar el misterio. Pero, justo cuando parecía que íbamos a salir de dudas, el bebé dio un pequeño giro coreografiado y nos dio la espalda, ocultando cualquier pista entre las sombras de la ecografía.

—Es testarudo o testaruda como su madre —bromeó el médico mientras guardaba el ecógrafo, dándose por vencido ante la

falta de cooperación del pequeño—. Tendrán que quedarse con la intriga unas semanas más. En la semana 20 se lo confirmaremos. De momento, Mía, confórmese con que su sangre está recuperando el color y su hijo tiene la vitalidad de un atleta.

Ayudé a Mía a limpiarse el gel y a incorporarse. No habíamos descubierto si era niño o niña, pero mientras la veía sonreír frente al monitor, me dio exactamente igual. Nuestro bebé ya estaba demostrando que tiene personalidad propia y que, al igual que su madre, no piensa ponérnoslo fácil.

Salimos de allí con las fotos en la mano. Puede que el hierro sea una batalla, pero viendo esa pequeña espalda en blanco y negro, tengo claro que vamos a ganar la guerra.

Llegamos a casa con una energía renovada, una especie de euforia contenida que lograba eclipsar cualquier advertencia médica sobre el hierro o el "alto riesgo". Al entrar en el salón, dejamos las llaves sobre el mueble de la entrada y lo primero que hicimos fue mirar de nuevo esa ecografía en blanco y negro. Ver esa pequeña espalda de un ser que ya se negaba a seguir órdenes nos hacía sentir que, pasara lo que pasara, estábamos construyendo algo invencible.

—Es igual que tú, James —dijo Mía, acariciando el papel brillante con una sonrisa cansada pero luminosa—. Una cabezota de cuidado que solo hace lo que le da la gana.

—No, nena, el doctor tiene razón: es testarudo como su madre —le respondí, rodeándola por detrás y pegando mi pecho a su espalda—. Y no sabes lo mucho que me gusta eso.

La giré lentamente entre mis brazos. En la luz tenue del atardecer madrileño que se colaba por el ventanal, Mía se veía irreal. Había algo en su mirada, una mezcla de la vulnerabilidad del embarazo y la fuerza de la mujer que acababa de poner en su sitio a medio despacho, que me volvía loco.

—Eres increíble, Mía Beltrán —le susurré, apartándole un mechón rubio de la cara—. No hay un solo día en que no me pregunte cómo he tenido tanta suerte de que te fijaras en un tipo como yo.

Mía soltó un suspiro entrecortado cuando mis labios buscaron los suyos con una desesperación que no entendía de esperas. La subí en brazos, disfrutando del peso de nuestra nueva realidad, y la llevé a la habitación.

Hicimos el amor con una pasión que quemaba, una mezcla de ternura extrema por lo que crecía en su interior y una necesidad física voraz. Me encargué de demostrarle, centímetro a centímetro, que aunque ella gobernara mi voluntad durante el día, en la cama yo era el que marcaba el ritmo, el que la hacía perder el control y el que la anclaba a la tierra. Fue desesperado, ruidoso y profundamente íntimo; un recordatorio de que, antes que padres y antes que socios, éramos dos personas que se devoraban con la misma intensidad que el primer día. Al final, mientras la estrechaba contra mi pecho y sentía su respiración acompasada, supe que no había nada en el mundo capaz de frenar lo que teníamos.

Habían pasado varios días desde la visita al hospital. Entre los zumos de naranja y ese equilibrio frágil que habíamos alcanzado entre el trabajo y esta nueva etapa del embarazo sin náuseas, parecía que la calma se instalaba por fin en casa. Pero yo no podía quitármelo de la cabeza. Necesitaba hablar con mi hermano sobre lo que vi el otro día: él y Arón en aquel bar, demasiado cerca, demasiado... bien.

Quedamos en una cafetería discreta cerca de su zona. Quería que fuera una conversación de hermanos, sin interferencias.

—¿Qué te pasa, grandullón? ¿A qué viene tanto misterio? —preguntó Liam en cuanto se sentó, mirándome con curiosidad—. No recuerdo la última vez que quedamos los dos solos.

—La ocasión lo merece, Liam —respondí, mirándolo fijamente.

—Venga, suéltalo ya, que mi club de fans me espera y no puedo hacerles aguardar mucho más si quiero mantener mi estatus de "el hermano guapo" de la familia —soltó con su habitual tono guasón, aunque sus ojos buscaban una pista de lo que me pasaba.

—El otro día te vi en un bar con Arón.

La cara de mi hermano cambió por completo. La sonrisa que parecía grabada a fuego en su rostro se esfumó en un segundo, dejando paso a un nerviosismo evidente y a un rastro de... ¿vergüenza? Se removió en la silla, evitando mi mirada.

—¿Dónde... dónde nos viste? —murmuró.

—Eso no importa, Liam. Lo que importa es por qué estabais juntos y, sobre todo, por qué parecía que estabais demasiado bien para mi gusto.

Se hizo un silencio espeso, uno de esos que son raros cuando Liam está presente. Él siempre tiene una respuesta para todo, pero esta vez se quedó mudo, jugueteando con el sobre de azúcar.

—Desembucha, hermanito. ¿Qué está pasando?

—Pues... bueno... Arón quería hablar conmigo —dijo por fin, con la voz apagada.

—¿Sobre qué exactamente? —le espeté—. Creo que ya mostró sus cartas la última vez que apareció en casa de papá y mamá. Ya sabemos de qué pie cojea él y su familia de delincuentes.

—Ya... pero quería hablar de él y de mí, de nosotros.

—No hay un "nosotros", Liam. No después de lo que pasó, ¿o me equivoco?

—¡Dios, James, no lo sé! —explotó él en un susurro desesperado llevándose las manos a la cabeza—. Es el único hombre al que he amado de verdad. Me casé con él, ¿recuerdas?

—Fue una farsa, Liam. Te usó.

—Lo sé —bajó la cabeza, derrotado—. Pero fui capaz de casarme, aunque fuera falso, con alguien... y eso no entró en mis planes nunca. Me pidió perdón, James. Dice que está arrepentido, que ya no se habla con su padre ni con su hermano, que está solo... que...

—¿Me estás diciendo que le vas a dar una oportunidad? —pregunté sin poder creerlo—. ¿Después de todo lo que te hizo? ¿Después de lo que nos hizo a todos?

—No... No lo sé...

—No puedo creer siquiera que lo estés dudando, Liam. Me parece increíble.

—Yo tampoco puedo creerlo, ¿vale? —se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—Mira, tú sabrás lo que haces. Eres mayorcito para saber si quieres tropezar dos veces con el mismo pedrusco, pero luego no digas que no te lo advertí.

Liam me miró suplicante.

—Por favor, no le digas nada a las chicas, ni a mamá, ni a papá.

—Lo último que necesita Mía en su estado y en estos momentos son disgustos, Liam. Así que no te preocupes, no seré yo quien le dé el dolor de cabeza.

—¿Pasa algo con ella? —preguntó, detectando la preocupación en mi tono.

Respiré hondo. Era el momento de soltar mi preocupación con alguien que no fuera Mía.

—El médico nos ha dicho que los análisis no han salido del todo bien. Tiene el hierro por los suelos y estamos pendientes de la semana 20. Ahí nos dirán si la derivan a Alto Riesgo o si conseguimos remontar. Así que, por favor, mantén tus dramas lejos de su radar.

Liam palideció un poco más, si es que eso era posible.

—Mierda.

—Sí, mierda —confirmé.

Finalmente, la decisión estaba tomada y el papeleo listo la nueva sede de Bernard Legal Group estará en La Malagueta. Me encontraba ya en el avión junto a Enzo, rumbo a Málaga, para la firma de las escrituras del local y perfilando el proyecto de reforma. Enzo es un genio y me ha prometido una ejecución en tiempo récord; no es que el local necesite grandes obras estructurales, pero ambos estamos empeñados en darle ese sello de sostenibilidad y eficiencia energética que queremos que sea nuestra marca de identidad en el sur. Mientras volábamos, él no paraba de garabatear ideas para maximizar la luz natural, algo que encaja perfectamente con el aire profesional y sobrio que buscamos para el barrio.

Sin embargo, mi mente no estaba puesta únicamente en los planos de la oficina. Justo antes de salir del despacho para reunirme con Enzo y poner rumbo al aeropuerto, Almudena me interceptó con las últimas novedades sobre el juicio de Diego Beltrán y Vanessa. Me entregó el escrito de acusación que acababa de formular y que ya descansa en mi bandeja de entrada, esperando mi revisión final antes de ser presentado. Es un documento clave y he decidido aprovechar las horas de vuelo para pulir cada palabra, asegurándome de que no haya ni una sola grieta por la que Diego pueda escabullirse.

La estrategia que hemos diseñado es clara y directa. Hemos optado por rebajar considerablemente la petición de pena para Vanessa, ya que las pruebas apuntan a que actuó bajo la constante amenaza de Diego. Es fundamental que el tribunal vea que ella fue una pieza más en su tablero, mientras que él fue el autor absoluto y la mente que elaboró meticulosamente todo el plan de extorsión y la denuncia falsa. Quiero que el foco de la justicia recaiga con toda su fuerza sobre él. Mientras Mía se concentra en su salud y en nuestro bebé, yo me encargaré de que este escrito de acusación sea el principio del fin para su padre. No descansaré hasta que Diego Beltrán pague por cada una de sus manipulaciones y mentiras.

CAPÍTULO 15: MÍA

James está en Málaga cerrando los últimos flecos de la oficina y yo, aunque me siento a años luz de la mujer agotada de hace semanas, he preferido quedarme en Madrid. No quiero viajes, ni madrugones, ni una sola gota de estrés hasta que crucemos la frontera de la semana 20. Mi prioridad absoluta es que mi cuerpo sea el hotel de cinco estrellas que mi bebé se merece, con los niveles de hierro por las nubes y el corazón tranquilo.

A diferencia del último viaje de James, donde mi vida se resumía en un triángulo de las Bermudas entre la cama, el sofá y el baño, esta vez tengo energía. ¡Por fin! Así que decidí aprovechar el aire fresco de principios de noviembre para darme un capricho. Salí del despacho con ganas de perderme por las calles de Madrid y, por qué no decirlo, de empezar a buscar ropita de premamá. Aunque todavía entro en algunos de mis vaqueros y vestidos, mi barriga tiene planes de expansión propios y me niego a perder mi estilo por el camino.

Para una misión de este calibre, solo había una persona posible: Cami. Es la mejor eligiendo estilismos y la única que sabe cómo hacerme sentir radiante incluso cuando me convierta en un globo aerostático. Quedamos en un centro comercial y ella me avisó de que me esperaba en una cafetería justo enfrente.

Al aproximarme, me detuve un segundo para localizarla desde lejos. Iba a sacar el móvil para llamarla, pero me quedé de piedra al ver con quién salía de la cafetería. Joselu.

Me quedé quieta, observando cómo se despedían. Mi instinto —o quizás estas hormonas del embarazo que me han vuelto una versión moderna de "La Celestina"— me dio un vuelco en el corazón. ¿Cami y Joselu? ¡Es perfecto! Joselu es un hombre maravilloso, con los pies en la tierra, justo lo que mi amiga necesita. Se me escapó una sonrisa tonta imaginando ya la jugada: tengo que planificar una

cena todos juntos para ver cómo se comportan esos dos bajo mi microscopio.

Cuando por fin nos encontramos, decidí jugar un poco.

—¡Cami! Qué puntual. ¿Qué tal el café? ¿Estabas con alguien? —le pregunté con mi mejor cara de póker.

Ella ni siquiera parpadeó.

—No, qué va, he venido con tiempo y me he tomado algo sola para despejarme.

"Mentira cochina", pensé para mis adentros mientras la miraba con una ternura infinita. Pero no dije nada. Me guardé el secreto para saborearlo después. Pasamos la tarde recorriendo cientos de tiendas y con el armario lleno de nuevos modelitos.

James estaba en Málaga y estaría fuera un par de días, pero es como si no se hubiera marchado de casa. Lo siento presente en cada rincón, sobre todo porque mi teléfono no deja de vibrar. Me llama a cada instante para preguntarme cómo estoy, qué he desayunado o si he descansado lo suficiente. Se ha convertido en mi nutricionista, mi coach y mi guardaespaldas personal a distancia. Incluso me confesó que se ha comprado un libro en el Duty Free del aeropuerto sobre el embarazo. Todavía estoy flipando; me lo imagino en el avión, subrayando capítulos sobre el desarrollo fetal y los niveles de hemoglobina con esa cara de concentración que pone cuando estudia un caso complicado. Es, sin ninguna duda, el mejor hombre del mundo.

En una de nuestras conversaciones me comentó que ya han creado una cuenta de Instagram para la sede de Málaga. Quieren ir subiendo todos los avances de la reforma de Enzo hasta la inauguración. Es un movimiento inteligente; hoy en día, las redes sociales son la mejor publicidad. Solo hay que ver el éxito que tiene Liam gestionando las redes y la página web aquí en Madrid; tiene un don para eso. Tengo que reconocer que la idea de crear ese perfil fue de Teresa. Bien hecho por su parte. Me gusta que tenga esa iniciativa; demuestra que está tan comprometida con el proyecto como nosotros. Si va a liderar esa sede, necesitamos que tenga esa visión moderna.

Al día siguiente, por la mañana, cuando volvimos a hablar, le conté que las chicas iban a venir a casa a cenar conmigo. Me apetecía un plan tranquilo, risas y cotilleos sin tener que moverme del sofá. A James le pareció un planazo.

—Pásalo bien, nena —me dijo con ese tono cálido que me eriza la piel—. Y mándame un mensaje cuando te vayas a la cama, por si te apetece que hablemos un rato antes de dormir y contarte las novedades del día.

—Me encantaría —le respondí con una sonrisa que él no podía ver, pero que estoy segura de que sintió.

Así que, estoy aquí, preparando el salón y esperando a que lleguen Cami, Adri y Liam. Tengo un secreto guardado sobre Cami y Joselu que me quema en la lengua, y sé que esta cena va a ser el escenario perfecto para empezar a tirar de la manta. Entre batidos de frutas y comida sana, hoy mi "lentejita" y yo vamos a disfrutar de muy buena compañía.

El silencio que reinaba en casa, ese que yo cuidaba casi como un tesoro con mi música de fondo y mi paz de embarazada, se evaporó en cuanto cruzaron la puerta. Mi salón pasó de ser un santuario zen a convertirse en un auténtico gallinero de lujo. Pero, para ser sincera, lo necesitaba.

Estábamos rodeados de fuentes de comida deliciosa —gracias a Dios que el hambre ha vuelto con ganas— y zumos de frutas de todos los colores imaginables. Mis amigos, en un gesto de solidaridad que me conmovió, se habían unido a mi "ley seca" obligada, brindando con brebajes de piña y coco como si fueran los cócteles más exclusivos de la Gran Vía.

Como era de esperar, Liam no tardó ni cinco minutos en comenzar con sus cotilleros.

—Lo de la reunión con Teresa... ¡teníais que haberlo visto! —dijo Liam, gesticulando con una brocheta en la mano—. Esa mujer estaba totalmente asustada frente a esta fiera de curvas impresionantes. Estabas increíble, amiga, desmontando cada uno de sus argumentos sobre la oficina en la calle Larios con una precisión quirúrgica.

—¿No te pasaste un poco, Mía? —preguntó Adri, arqueando una ceja con cautela.

—No iba a permitir que una persona que acaba de llegar intente hacerme valer menos con todo lo que he luchado —respondí, sintiendo de nuevo ese fuego en el pecho—. Ya no aguanto ni una sugerencia más de que soy "la mujer de" o de que valgo menos que nadie en ese despacho.

—Bien dicho —me apoyó Cami con una sonrisa—. Estoy muy orgullosa de ti. Por fin ha vuelto Mía Beltrán, la destructora de egos.

Todos rompieron a reír y brindamos con nuestros zumos. Me sentí poderosa por un momento, la reina de mi castillo.

Aprovechando el buen ambiente, decidí soltar mi cebo para el plan "Celestina".

—Oye, he estado pensando... ¿qué os parecería si un día invitamos a Joselu a cenar con nosotros? —solté como quien no quiere la cosa.

—¡Me encanta la idea! —exclamó Liam entusiasmado—. Siempre es bueno tener a un buenorro más en la reunión. Además, ese chico me cae genial.

Miré de reojo a Cami. Ella, impasible, se limitó a asentir mientras masticaba un poco de ensalada.

—Por mí perfecto también, es muy majo —dijo con una naturalidad que casi me hace dudar de lo que vi en la cafetería.

"Bien actuado, amiga, pero a esta detective no la engañas tú tan fácil", pensé.

Entonces, Liam recordó el tema de las redes sociales.

—Por cierto, me han llegado notificaciones de que el nuevo perfil de la sede de Málaga ha subido fotos, pero no he tenido tiempo de verlas.

—Sí, James me lo dijo. Fue idea de Teresa ir subiendo el progreso de la reforma —comenté, intentando sonar objetiva.

—Buena idea ha tenido la tal Teresa —añadió Liam mientras desbloqueaba el móvil—. A ver qué han puesto... ¿Serán también idea suya las fotos que se suben?

—No lo sé, no sé quién lleva la cuenta —respondí dándole un sorbo a mi zumo.

—Pues yo creo que sí... —murmuró Cami, que se había asomado al móvil de Liam con una expresión extraña.

—¿Qué pasa? ¿Qué han subido? —pregunté inquieta ante el comentario de Cami.

Liam me pasó el móvil. En la pantalla, una fotografía de una calidad impecable me devolvió el golpe. Eran James y Teresa, de pie frente a un ventanal inmenso con el azul del Mediterráneo de fondo. Estaban inclinados sobre unos documentos, con esa luz dorada de la Costa del Sol bañándolos. Parecía el reportaje de una revista de negocios de alto nivel.

—Qué mona ella... —soltó Cami con un deje de ironía—. Se nota que estaba "preparadísima" para el reportaje.

Teresa lucía un traje de chaqueta y pantalón de lino en color marfil, con una caída impecable, combinado con un top de seda debajo y su melena morena perfectamente peinada. Estaba radiante y profesional.

—Demasiado preparada —mascullé yo evitando seguir mirando la imagen.

No quería sentir celos. Me repetía a mí misma que eran solo socios, que era trabajo, que yo era la "destructora de egos"... pero la realidad me golpeó al mirarme en el reflejo del espejo del salón. En esa foto debería estar yo, vestida con mi mejor vestido junto a mi marido, luciendo mi barriga con orgullo. Y, en cambio, aquí estaba yo: con un moño despeinado, en zapatillas de andar por casa y en chándal.

Me arrepentí en ese mismo instante de no haber ido. El orgullo es muy traicionero, pero la inseguridad de una embarazada con las hormonas a flor de piel lo es mucho más. "Eres tonta, Mía", me dije a mí misma mientras intentaba que mis amigos no notaran cómo se me encogía el corazón.

Después de una velada que había oscilado entre las risas con mis amigos y ese nudo amargo de inseguridad al ver la foto de James con Teresa, el silencio de mi salón se sentía demasiado pesado. Le envié un mensaje a James: *"Ya se han ido las chicas"*. Él respondió casi al instante: *"Estoy subiendo a la habitación del hotel"*.

Me puse el pijama, tratando de ignorar la imagen de esa "Teresa de revista" frente al mar, y decidí que necesitaba escuchar la voz de mi marido para calmar los demonios. Tomé aire y marqué. El tono de llamada resonó varias veces hasta que, finalmente, descolgó.

—Hola, mi amor, ¿cómo ha ido el día? —solté, queriendo sonar dulce pero firme.

—Hola, Mía. Soy Teresa. James está cogiendo unos documentos para dármelos.

Se me heló la sangre. El corazón me dio un vuelco violento contra las costillas.

—¿Dónde está James? —mi voz sonó más cortante de lo que pretendía.

—Aquí viene. Encantada de saludarte.

Escuché el roce del teléfono pasando de una mano a otra. Luego, su voz. Esa voz que normalmente me calma, pero que ahora me ponía en alerta máxima.

—Hola, mi amor, ¿cómo ha ido esa reunión con las chicas, mi hermano incluido? —preguntó James, ajeno al incendio que acababa de provocar.

—¿Dónde estás? —fui directa al grano.

—En mi habitación del hotel —contestó rápidamente.

—¿Y por qué me ha cogido tu móvil Teresa? —pregunté inquisitivamente.

—Estaba cogiéndole unos documentos para entregárselos. Mañana cojo el vuelo por la mañana y no la veré. ¿Qué te pasa?

—Pues que no entiendo qué hace ella en tu habitación, a estas horas, y cogiendo tu móvil.

—¿Estás celosa? —preguntó él con un retintín juguetón que me hizo apretar los dientes.

—Dímelo tú, ¿tengo motivos? —pregunté más alterada de lo normal.

—Ninguno.

Se hizo el silencio. Mi mente era un hervidero. Sabía que James vivía por y para mí, que me lo demostraba cada día, pero la

imagen de ellos dos solos en esa habitación, a esas horas, me quemaba.

—Mi amor, ¿me crees? —volvió a preguntar, más suave.

Cerré los ojos, respirando hondo. Sabía quién era el hombre con el que me había casado.

—Sí —admití.

—Bien. Ahora déjate de tonterías y cuéntame, llevo todo el día esperando tu llamada para que me digas cómo estás —dijo firmemente.

—Estoy bien, he pasado muy buena tarde con las chicas.

—Me alegro mucho. Yo te he echado mucho de menos —dijo con ese tono que siempre me desarmaba pero yo aún estaba alterada para que me hiciera efecto.

—¿Seguro? —solté con un sarcasmo que no pude evitar.

—Súper seguro. Me hubiera encantado tenerte aquí y escuchar tus grandilocuentes sugerencias, hubieras sido de gran ayuda.

Ese comentario me desarmó. Me derritió el orgullo y me recordó por qué somos el equipo que somos.

—A mí también me hubiera gustado estar ahí —susurré.

—Bueno, ¿y ya estás en la cama?

—Sí.

—¿Te has puesto el pijama?

—Sí. ¿Y tú?

—Aún no. Si te soy sincero, te he echado tanto de menos que necesito un poco de tu amor.

La temperatura en mi habitación pareció subir diez grados de golpe. La tensión acumulada de los celos empezó a transformarse en algo mucho más oscuro y urgente.

—No creo que yo esté en este momento para darte amor, después de lo que me he encontrado —le reté, sintiendo un escalofrío.

—¿Ah, no? Pues véngate.

Esa fue la señal. Acepté el desafío.

—Pon el manos libres y ve la cama —dije, bajando la voz y yo hice lo mismo que le pedí—. Imagina que estoy ahí. Imagina que

entro en esa habitación. Llevo ese conjunto de encaje negro que tanto te gusta, el que ahora se ciñe a mis curvas de una forma que nunca habías visto.

Escuché su respiración entrecortarse al otro lado de la línea.

—Mía... —gruñó él.

—No puedes tocarme, no puedes tocarte —le ordené, cerrando los ojos y dejando que mi mano recorriera mi propio cuerpo, imaginando que eran las suyas—. Quiero que imagines cómo me deshago de la seda, muy despacio, mientras mantengo mi mirada fija en la tuya. Me acerco a ti y te obligo a sentarte, sin que puedas tocarme todavía. Estás sintiendo el hambre de tenerme tan cerca.

Escuché su respiración volverse pesada y un gemido ronco que me recorrió toda la columna vertebral y que me confirmó que lo tenía donde quería.

—Mía... maldita sea —gruñó James—. Si pudiera romper esta pantalla ahora mismo y cruzar hasta dónde estás, te aseguro que no podrías ni hablar. Te agarraría de la cintura con tanta fuerza que no sabrías dónde terminas tú y dónde empiezo yo. Te empotraría contra el cabecero de esa cama y te recordaría, centímetro a centímetro, quién es el que manda en nuestro dormitorio.

Su voz era puro fuego, una caricia eléctrica que me hacía arquear la espalda en la soledad de nuestra cama.

—Empezaría por tu cuello —continuó él, con una urgencia brutal—, bajando por tus hombros hasta perderme en tu pecho, saboreando cada rincón de tu piel hasta que solo pudieras gritar mi nombre. Te daría un amor tan desesperado que olvidarías hasta cómo te llamas. Te haría mía una y otra vez, celebrando cada curva de tu embarazo, hasta que estuvieras tan agotada y satisfecha que solo pudieras dormirte en mis brazos.

Sus palabras eran caricias eléctricas, describiendo con detalle cada rincón de mi piel, cada reacción de mi cuerpo.

—Eres mío, James —le dije, casi sin aliento, mientras el deseo me nublaba el juicio—. Quiero que cada vez que cierres los ojos en ese hotel, lo único que sientas sea mi voz y mi rastro.

—Soy tuyo, Mía. Todo es tuyo. No hay nadie más —respondió él con una urgencia brutal.

Continuamos así, alimentando el fuego con palabras prohibidas y gemidos contenidos, en una danza de sombras y deseo que acortó los kilómetros de golpe. Estaba sin aliento, con el corazón galopando contra mis costillas, cuando el clímax nos alcanzó a ambos. La distancia se había borrado por completo.

—Mañana te quiero en casa, James —sentencié, con la voz rota por el deseo.

—Mañana estaré ahí, nena. Y esta venganza la vamos a terminar en persona. Cuenta con ello.

Colgué el teléfono, sintiéndome la dueña absoluta de su mundo y caí rendida en un sueño profundo en el que James y yo éramos los únicos protagonistas.

Tras lo de la noche anterior, creo que no hace falta ser una experta para imaginarse cómo fue el reencuentro el domingo. James cruzó el umbral de la puerta y, básicamente, el resto del día se convirtió en una maratón de besos, caricias y palabras susurradas que habíamos estado acumulando durante su ausencia. Si por dos días de viaje nos pusimos así, no me quiero ni imaginar lo que pasaría si se fuera una semana; probablemente tendríamos que reconstruir la casa.

Después de recuperar el tiempo perdido, decidimos que lo mejor para terminar el domingo era un plan tranquilo de sofá y manta. James, fiel a su estilo, fue el encargado de elegir la película en Netflix. ¿El resultado? Una de esas de acción pura, con persecuciones imposibles y explosiones que hacían vibrar hasta las lámparas. Yo estaba allí, medio recostada sobre él, intentando seguir el hilo de la trama entre tanto ruido, cuando de repente ocurrió. Fue como una burbuja explotando suavemente, un aleteo eléctrico que no se parecía a nada que hubiera sentido antes.

—¡James! —grité sin poder evitarlo, incorporándome de golpe.

Él dio un salto en el sofá que casi lo manda al suelo. Me miró con los ojos como platos, con una mezcla de susto por mi grito y la

tensión que ya traía por la película.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltado, buscándome la mirada con angustia.

Me llevé la mano directamente al vientre, con el corazón latiendo a mil por hora.

—He notado algo —dije, casi en un susurro.

—¿Algo como qué? ¿Te encuentras mal? —preguntó él, ya poniéndose en modo "protector máximo".

—Creo que ha sido el bebé.

La cara de James pasó de la preocupación a la incredulidad más absoluta en un segundo. Automáticamente, agarró el mando a distancia y silenció el televisor. La habitación se quedó en un silencio sepulcral, roto solo por nuestra respiración. Puso su mano sobre mi vientre, justo donde yo tenía la mía, y esperamos. Esperamos. Esperamos un poco más.

James no parpadeaba, estaba tan concentrado que parecía que estaba intentando escuchar el pulso de la Tierra. Y entonces, como si nuestro bebé supiera que su padre estaba allí pasando el control de calidad, volvió a suceder. Un pequeño toque, sutil pero inconfundible.

—¿Ahora? ¿Lo has notado? —pregunté, mirándolo fijamente.

La expresión de su cara fue el mejor regalo del mundo. Sus ojos se humedecieron ligeramente con una sonrisa de victoria. Apoyó su frente contra la mía.

—Es impresionante, Mía... —murmuró—. De verdad, es impresionante.

—Imagina cuando sea más grande —le dije, riendo suavemente mientras sentía su mano cálida protegiéndonos a los dos—. Prepárate para las patadas de verdad.

—Creo que a partir de ahora me llevaré todo el día hablándole a tu barriga —sentenció él, sin retirar la mano—. ¿Se verá muy raro? ¿Me verán como a un loco?

No pude evitar soltar una carcajada, imaginándome al impecable James Bernard, el abogado estrella, hablando con mi ombligo en mitad de una reunión importante.

—Bueno... puedes parecer un poco perturbado, para qué te voy a engañar —bromeé.

—No me importa —respondió él con esa seguridad que me vuelve loca—. Lo que está claro es que a nuestro bebé le gustan las películas de acción.

—La que me espera —dije resignada.

Nos besamos con una sonrisa en los labios, con el televisor mudo mostrando una explosión en pantalla que no tenía nada que hacer frente al estallido de felicidad que estábamos sintiendo nosotros en ese sofá. En ese momento, solo existíamos nosotros tres.

La mañana del día siguiente había empezado con la rutina de hierro y disciplina que se ha convertido en mi mantra. Mi desayuno parecía una pequeña botica: zumo de naranja para la absorción, la pastilla de hierro, el ácido fólico... y una tostada con aceite y pavo que sabía a gloria comparada con las náuseas de las primeras semanas. Estábamos listos para salir al despacho, con la inercia de quien se siente dueño del mundo tras un domingo perfecto, cuando tres golpes en la puerta rompieron el hechizo.

Al abrir, me encontré con el cartero.

—¿Mía Beltrán? —preguntó de forma mecánica.

—Sí, soy yo.

—Carta certificada para usted.

En ese instante, la sangre se me heló. No necesité abrirla; ya conocía ese sobre, ese tipo de papel y, sobre todo, ese sello que ya fue mi pesadilla. James, que estaba a mi espalda, se tensó de inmediato. Su mirada buscó la mía, intentando transmitirme una calma que, sencillamente, ya había abandonado mi cuerpo.

Firmé la entrega con una mano que no parecía mía, un garabato tembloroso que apenas me representaba. Cuando el cartero se marchó y me quedé con el sobre en la mano, sentí que pesaba toneladas.

—No puedo, James. No puedo abrirla —dije, sintiendo cómo el aire se volvía denso.

—Tírala, Mía. No tienes nada bueno que leer ahí —dijo James contundente.

—¿Y si es otra cosa? —pregunté, con la mente volando a mil por hora—. ¿Y si me dice el nombre de mi hermano?

James dio un paso al frente y me tomó de los hombros, obligándome a centrarme en él, en su fuerza, en su realidad.

—¡Basta! No voy a permitir que Diego Beltrán se vuelva a meter en nuestras vidas sin permiso. Ni un segundo más. Dámela, yo me encargo de comprobar si hay algo relevante o si, como sospecho, no vale para nada más que para el triturador de papel.

Le entregué la carta con los dedos vibrando de puro nerviosismo. Él no la leyó allí mismo; se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, justo contra su pecho, como si su propia piel pudiera actuar de escudo entre ese papel infecto y yo. Se acercó a mí y me besó la frente con una ternura que me hizo querer llorar.

—Eres la persona más fuerte que he conocido, Mía. No lo dudes nunca.

CAPÍTULO 16: JAMES

Llegamos al bufete y cada uno se fue a su respectivo despacho, no sin antes plantarle un beso que me diera fuerzas para afrontar esa mañana. Entré en mi despacho y cerré la puerta tras de mí, buscando un aislamiento que sabía que no duraría mucho. Saqué la carta certificada del bolsillo interior de mi chaqueta, ese trozo de papel que parecía quemarme a través de la tela, y la dejé sobre el escritorio. Me giré hacia el gran ventanal. Madrid se extendía ante mí bajo un cielo azul insultantemente despejado, una mañana preciosa que contrastaba violentamente con la ira que empezaba a envenenarme la sangre.

¿Cómo puede un padre hacerle eso a su propia hija? Ahora que siento la vida de mi hijo en el vientre de Mía, que he notado ese pequeño toque de existencia, la maldad de Diego Beltrán me resulta no solo despreciable, sino inhumana. Él irradia una oscuridad densa, un deseo de arrastrar a Mía hacia la soledad y la culpa, cuando ella es luz pura. Mía es una mujer que ha construido un imperio de integridad, que cuida de los suyos, a pesar de no haber recibido nunca cariño de nadie y, además, está a punto de dar vida; ver cómo este malnacido intenta empañar eso, es algo que no puedo tolerar.

Tras respirar hondo durante varios minutos, intentando que las manos me dejaran de temblar por la rabia, cogí el abrecartas. Era hora de leer el veneno.

La caligrafía era firme, cargada de un resentimiento que saltaba del papel. Comencé a leer.

"Mía,

Mírate, tan digna en tu despacho, mientras yo me pudro aquí por tu culpa. Eres la única responsable de mi mala vida. Te hablé de tu hermano, te di la oportunidad de redimirte y, aun así, no te ha importado. No vayas de mosquita muerta por la vida, porque en el

fondo eres igual que yo: no te importa tu familia. La diferencia es que yo lo admito y tú te escondes tras una máscara de rectitud.

Si eso es lo que quieres, está bien. Desde ahora te digo que jamás te diré quién es tu hermano y me encargaré, aunque sea lo último que haga, de que nunca llegues a encontrarlo. Quiero que vivas con esa duda, porque así nunca serás feliz.

Ah, y por cierto... un pajarito me ha dicho que estás embarazada. Disfruta el poco tiempo que te quede de esa falsa felicidad, porque voy a destruir todo lo que tienes exactamente de la misma forma en que tú me destruiste a mí.

Tu padre."

Terminé de leer y la habitación pareció hacerse pequeña. La furia me nubló la vista. Hice una bola con el papel, apretándolo con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos, y la lancé con todas mis fuerzas hacia la puerta. Justo en ese momento, oí unos golpes y la puerta se abrió. Era mi padre.

—James, ¿cómo estás, hij...? —mi padre se detuvo en seco al ver mi rostro. Mi expresión debía de ser una máscara de puro odio —. ¿Qué ha pasado?

—Ese hijo de puta, papá —empecé a decir, caminando de un lado a otro del despacho como un animal enjaulado. No podía controlarme—. Ese hijo de puta se atreve a amenazar a mi mujer y a mi hijo. Se atreve a tocar lo más sagrado... ¡Te juro que si sale algún día de la cárcel lo mataré! ¡Juro por Dios que lo mataré con mis propias manos!

Descargué un golpe seco sobre la mesa que hizo saltar todo lo que había en ella. La rabia me quemaba en la garganta.

—James, tranquilízate, por favor. Mírame. Cuéntame qué ha pasado —dijo mi padre con esa voz calmada que siempre intentaba poner orden en el caos.

—Ahí lo tienes —dije, señalando con un gesto brusco la bola de papel que yacía en el suelo, entre la puerta y mi escritorio.

Mi padre se agachó, recogió el papel y empezó a alisarlo con cuidado para leerlo. Yo no podía dejar de dar vueltas por la habitación, sintiendo que el aire se me escapaba. La amenaza al embarazo de Mía, el chantaje emocional con el hermano

desaparecido... Diego Beltrán no es un hombre, es un cáncer, y no voy a parar hasta asegurarme de que no pueda volver a rozar a mi familia ni con el pensamiento.

Vi cómo mi padre terminaba de leer aquellas líneas emponzoñadas. Sus manos, siempre tan seguras, temblaron apenas un segundo antes de doblar el papel con una parsimonia que me puso de los nervios. Se lo guardó en el bolsillo del pantalón, como si quisiera ocultar esa basura de mi vista, y por fin me miró.

En sus ojos vi un reflejo de mi propia furia. Manuel Bernard siempre ha sido el epítome de la elegancia y la templanza, pero Diego Beltrán había conseguido lo imposible: encender una chispa de odio real en el hombre más calmado y justo que conozco. Sin embargo, hizo un esfuerzo visible por inspirar hondo y mantener el tipo por mí. "Lo que hace un verdadero padre", me dijo mi subconsciente.

—Ese hombre es un animal herido, James. Y los animales heridos son los que más muerden —dijo con la voz tensa, aunque controlada—. Tienes que calmarte. En ese estado no podrás ganar esta guerra.

—¡No me pidas calma, papá! —exclamé, deteniéndome frente a él—. Ha amenazado a Mía. Ha amenazado a mi hijo. Sabe lo del embarazo...

Mi padre se acercó y me puso una mano firme en el hombro, obligándome a clavar los pies en el suelo.

—Escúchame bien —su tono se volvió más profundo, casi una orden—. Mía ha pasado años luchando batallas en una soledad absoluta. Se ha enfrentado a ese monstruo ella sola, ha levantado su carrera y su vida sin que nadie le cubriera las espaldas. Pero eso se ha acabado.

Hizo una pausa, y su mirada se volvió de acero.

—Ella ya ha demostrado que es una guerrera, James. Pero ahora, en el estado en el que está, con tu familia creciendo en su interior, ya no tiene por qué pelear en el barro. Ese es tu lugar ahora. Tu deber no es perder la cabeza con amenazas de muerte, sino ser el muro que ese hombre no pueda saltar. Tienes que

protegerla a ella y a la vida que lleva dentro con inteligencia, no solo con rabia —sentenció.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría que, aunque no apagó mi incendio, al menos me permitió ver entre el humo. Tenía razón. Mía no necesitaba a un marido que no pudiera controlar la situación; necesitaba al hombre que garantizara que Diego Beltrán no fuera más que un mal recuerdo.

—Tenlo por seguro, papá —respondí, sintiendo cómo mi mandíbula se tensaba hasta doler—. Diego Beltrán no va a volver a rozar a Mía ni con el pensamiento. No voy a dejar que se acerque a mi familia nunca más.

—Así te quiero —asintió mi padre, dándome un apretón en el hombro antes de soltarme—. Ahora respira. Ve al baño, lávate la cara y no dejes que tu mujer te vea así. Ella no puede oler el miedo, y mucho menos el odio.

Asentí en silencio. Esta guerra era personal y Diego Beltrán acababa de cometer el error de su vida: darme más motivos para ser implacable.

Hoy 1 de diciembre, habían pasado unos cinco meses, 20 semanas de la noticia más maravillosa de nuestra vida, y no podía sentirme más optimista. El trayecto al hospital fue distinto a los anteriores; sentía que hoy cerraríamos ese capítulo de incertidumbre sobre el hierro y el "alto riesgo". Mía se veía radiante.

Cumplimos con el ritual de siempre: la extracción de sangre y esa hora de espera eterna en la cafetería. Yo no paraba de hablarle a la barriga, convencido de que hoy nos darían el sobresaliente en salud.

Cuando entramos, el doctor nos recibió con su calma habitual. Empezó con las preguntas de rigor: energía, sensaciones, alimentación.

—No se ha saltado ni una sola pauta, doctor —intervine con un orgullo que no me cabía en el pecho—. Es la paciente más disciplinada que ha tenido.

—Gracias a ti, todo hay que decirlo —dijo Mía con una sonrisa mientras me apretaba la mano.

—Así me gusta —asintió Mendoza—. Bien, Mía, veamos como tienes la tensión esta vez.

El silencio de la sala solo se rompía por el sonido del velcro del tensiómetro. Vi cómo el médico fruncía el ceño casi imperceptiblemente.

—La sigues teniendo un poco alta, Mía. Vamos a rellenar el resto del informe y te la volveré a tomar en cinco minutos para confirmar —dijo con voz neutra.

Esos cinco minutos fueron los más largos de mi vida. Le volvió a tomar la tensión, pero esta vez no leyó el resultado en voz alta. Pasamos directamente a la camilla.

—Veamos cómo ha crecido tu bebé —dijo el doctor.

Nos dio todas las medidas: fémur, perímetro cefálico, peso... Todo estaba dentro de los percentiles perfectos. Sin embargo, al dejar el ecógrafo a un lado, el rostro del Dr. Mendoza se puso serio.

—Lo siento mucho, Mía, pero tengo que darte la baja médica preventiva.

—¿Por qué? Me encuentro fenomenal —suplicó ella, incorporándose de golpe.

—Te voy a dar la baja laboral absoluta para que tu única ocupación sea descansar y prepararte para la llegada del bebé.

—¿Qué ocurre, doctor? —pregunté, sintiendo cómo se me aceleraba el pulso.

—La tensión no está controlada y su trabajo, ahora mismo, es su peor enemigo. Eso, unido a que las reservas de hierro siguen siendo bajas, aunque estén dentro de los límites... El cortisol es el enemigo de su tensión. Nada de correos, nada de problemas familiares. Quiero que lea, que escuche música y empiece a preparar las cositas del bebé. Compre un tensiómetro; si la mínima sube de 100 o si empieza con dolor de cabeza fuerte o ve “lucecitas", váyase directa a urgencias.

Mía rompió a llorar. Era esa mezcla de frustración y agotamiento que solo ella siente cuando cree que ha fallado.

—He hecho todo lo que me dijo… —dijo compungida.

—Tranquilícese —le dijo el doctor con dulzura—. Todo esto es por su bien y el de su bebé. Precisamente porque ha hecho todo lo

que le pedí, no la derivo a Alto Riesgo; nos quedamos solo con la baja laboral para controlar esa tensión.

La abracé fuerte, dejando que se desahogara en mi hombro mientras le susurraba que todo estaría bien. Vi cómo respiraba pausadamente, recomponiéndose. Su fuerza es, sencillamente, de otro planeta.

—Bien —dijo el doctor para romper el hielo—. ¿Qué os parece si comprobamos si este pequeño revoltijo se deja ver?

—Sí, doctor —dijo Mía, con una sonrisa que era mitad ilusión y mitad resignación.

El doctor volvió a aplicar más gel y buscó el ángulo. Hizo una pausa dramática.

—Bien, aquí lo tenemos —dijo buscando el ángulo al que solo él sabe llegar—. Mejor dicho... aquí la tenemos.

—¿Qué? ¡Es una niña! —exclamé, gritando más de lo normal, casi saltando de la silla.

—Sí, confirmado. Van a tener una niña.

Abracé a Mía como si no hubiera un mañana. ¡Una niña! Una pequeña Mía corriendo por la casa. Mía reía entre lágrimas, repitiendo que no se lo creía.

Salimos del hospital caminando despacio. Estábamos eufóricos por la noticia de nuestra hija, pero el silencio de Mía me decía que la idea de no trabajar le estaba pesando como una losa.

—¿Cómo estás, nena? —le pregunté al llegar al coche, tomándole la mano.

—No sé cómo voy a hacerlo, James. Estar en casa sin hacer nada... Me siento una inútil —suspiró ella, mirando por la ventana.

—Escúchame —le dije, obligándola a mirarme—. No estás "sin hacer nada". Estás fabricando a la niña más sana y guapa del planeta. Y míralo por el lado positivo...

—¿Qué tiene de positivo estar encerrada entre cuatro paredes?

—Que vamos a tener una niña. Una niña igualita a ti —le dije con un guiño y una sonrisa traviesa—. Es decir, una fiera indomable, testaruda y con un carácter de mil demonios que me va a tener

dando órdenes desde que aprenda a hablar. No lo he pensado detenidamente... voy a pasar de tener una jefa en el despacho a tener dos en casa. ¡Estoy acabado!

Mía soltó una carcajada de verdad, de las que le iluminan la cara.

—Pobre James... —dijo, acariciándome la mejilla—. Vas a tener que entrenar mucho para sobrevivir a nosotras dos.

—Valdrá la pena solo por veros a las dos juntas —le respondí, besándole la mano.

La semana siguiente me encontraba sumergido en una montaña de currículums. La sede de Málaga estaba cada vez más cerca de ser una realidad física, y necesitaba que el equipo humano estuviera a la altura de Bernard legal Group. Sin embargo, el sonido metálico de la notificación de correo me sacó de golpe del análisis de un perfil especializado en derecho mercantil.

Era de Ris, el detective. El asunto hizo que soltara el bolígrafo de inmediato: "He localizado el nombre de la esposa de Diego Beltrán". Abrí el mensaje con el pulso acelerado. Ris confirmaba que, tras mucho indagar, ya tenía el nombre de la mujer que compartió vida con ese monstruo, pero había un problema: le estaba resultando casi imposible acceder a su domicilio actual. Los muros legales y de privacidad de Ris tienen un límite, pero yo sabía quién podía saltárselos por la vía oficial.

No esperé ni un segundo. Llamé a Joselu y, fiel a su estilo servicial, me citó una hora más tarde. Nos vimos en una cafetería discreta; no quería que ninguna de estas gestiones llegara a oídos de Mía, aunque ella estuviera en casa, especialmente ahora que su única misión era mantener la tensión baja y la mente tranquila.

—El detective ha localizado a la ex esposa de Diego Beltrán —le dije en cuanto nos sentamos, yendo directo al grano.

Joselu asintió con gravedad, entendiendo perfectamente las implicaciones. No necesitó que le explicara por qué era vital encontrarla: esa mujer era clave para dar con el hermano de Mía y cerrar, de una vez por todas, la herida que Diego intentaba mantener abierta.

—Escucha, James —me dijo Joselu, sacando su teléfono—. Te voy a dar el contacto de un compañero que está en el Punto Neutro Judicial. Pásale todos datos que ha encontrado el detective junto con el nombre de esa mujer. Él tiene acceso a bases de datos que un detective privado no puede ni soñar. Localizará todos los domicilios que haya tenido o tenga registrados.

Anoté el contacto como si fuera oro puro.

—En cuanto él sepa algo, contactaré contigo de inmediato —prometió Joselu, guardando su dispositivo.

—Gracias, Joselu. De verdad, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No tienes por qué darlas, James —me cortó él con una media sonrisa sincera—. Es de Mía de quien estamos hablando.

—Igualmente, gracias.

—De nada.

Salí de la cafetería sintiendo que el cerco se estrechaba. Diego Beltrán creía que, desde su celda, podía jugar al gato y al ratón con nosotros usando el paradero del hermano de Mía como moneda de cambio. Lo que no sabe es que Mía ya no está sola en esto.

Mientras volvía al despacho, pensé en mi hija y en esa baja laboral que Mía tanto odiaba. Voy a encontrar a ese hermano, voy a desactivar las amenazas de su padre y voy a asegurarme de que, cuando esa niña nazca, el único asunto pendiente que tengamos sea decidir qué cuentos le vamos a leer por las noches.

Entré en el despacho con la cabeza todavía dándole vueltas a la conversación con Joselu y a ese contacto del Punto Neutro Judicial que era, ahora mismo, mi mejor baza. Pero la realidad de los tribunales no descansa, y Almudena me estaba esperando con una de esas carpetas que nunca traen nada bueno.

—James, ya tenemos fecha para el juicio contra Diego Beltrán y Vanessa —me soltó sin anestesia—. Se ha señalado para el 9 de abril.

—¡Maldita sea! —exclamé, golpeando suavemente el marco de la puerta—. Abril... justo en la recta final.

Hice las cuentas mentalmente. Para esa fecha, Mía estará en la última fase del embarazo, con la tensión vigilada al milímetro y los nervios a flor de piel. Lo último que necesita es eso, así que, automáticamente, decidí que no se lo voy a contar, al menos no ahora. Bastante tiene con lidiar con la baja laboral y el reposo como para añadir una cuenta atrás hacia el conflicto en su calendario.

Pero las sorpresas de esa mañana no habían terminado. Almudena me siguió hasta mi mesa con gesto serio.

—Hay más, James. Su defensa ha solicitado la libertad provisional de Diego hasta que se celebre el juicio. Argumentan que ya lleva seis meses en prisión preventiva, que no existe riesgo de destrucción de pruebas y que, según ellos, ha tenido una conducta ejemplar en el centro.

—¿Conducta ejemplar? —me reí con una amargura que me quemaba la garganta—. Presentad un escrito de oposición inmediata. No podemos permitir que ese malnacido respire aire de libertad ni un solo segundo. Es un riesgo de fuga, es un riesgo para las víctimas y, sobre todo, es un riesgo para la salud de mi mujer.

—Ya lo estábamos redactando, James —respondió Almudena con esa eficiencia que hoy le agradezco más que nunca—. No pensábamos dejarlo pasar.

Cerré la puerta de mi despacho y me dejé caer en el sillón, frotándome las sienes. Me quedé mirando el teléfono, esperando que no volviera a sonar. Es solo media mañana y ya he tenido que gestionar: un detective con pistas a medias sobre una esposa desaparecida, una cita secreta con Joselu para mover hilos en el sistema judicial, una fecha de juicio que es una bomba de relojería para el estado de Mía y el intento de un sociópata por salir a la calle antes de tiempo.

Suspiré, mirando al techo con un deje de ironía.

—A ver, destino... ¿qué más tienes para mí hoy? ¿Alguna plaga bíblica? ¿Un meteorito? ¿O ya has tenido suficiente conmigo por hoy? Porque te aseguro que, por Mía y por esa niña que viene en camino, tengo cuerda para aguantar todos los asaltos que me quieras echar.

Solo deseaba llegar a casa y que Mía me recibiera con una de esas sonrisas que reviven hasta el corazón más debilitado pero, como siempre, lo que recibí fue aún mejor.

CAPÍTULO 17: MÍA

Me levanté esa mañana con una extraña mezcla de sentimientos. Por un lado, una parte de mí sentía un vacío punzante al no tener que vestirse de traje y correr hacia el despacho para ganar una batalla legal. Me gusta sentirme útil, me gusta el peso de la responsabilidad. Pero luego, bajé la mirada hacia mi vientre y todo ese ruido se desvaneció. Mi hija es lo más importante de mi vida y, aunque me sienta inútil, estoy dispuesta a dejarlo todo por verla crecer sana y fuerte. No iba a permitir que la baja laboral se convirtiera en una cárcel; iba a ser mi refugio. Esta niña iba a ayudarme a cuidar de mí misma por una vez en la vida.

Ese día me desperté con una energía eléctrica. En cuanto James se fue al despacho tras mil recomendaciones y un beso de esos que te dejan flotando, decidí que era mi día. Me puse mi "uniforme de combate" para el descanso: unas mallas comodísimas que no me apretaban mi preciosa barriga y un moño alto, de esos que solo sobreviven dentro de casa. Mi primera parada: tomarme la tensión. La tenía 14/8, la mínima un poco alta pero de la normalidad, como me indicó el doctor Mendoza.

Me dediqué tiempo de verdad. Comencé uno de esos libros que habían acumulado polvo en la estantería por falta de tiempo, paseé por el jardín sintiendo el sol de invierno en la cara, me senté en el borde de la piscina a pesar del frío —como echaba de menos nadar. Nota mental: ponerle un motor para agua caliente y disfrutarla todo el año— y, para coronar, me hice una sesión de belleza poniéndome una mascarilla facial. Elegí una con cara de panda. Sí, estaba ridícula, con esas manchas negras alrededor de los ojos y la cara blanca pegajosa, pero me sentía feliz. Estaba en mi casa, nadie me veía y podía ser todo lo "panda" que quisiera.

Para que la hidratación hiciera su magia y se secara bien, se me ocurrió que el silencio era demasiado aburrido. Puse la música a

todo volumen. En cuanto empezó a sonar "Superestrella" de Aitana, el salón se transformó en mi escenario personal.

No pude evitarlo. Empecé a bailar como una loca, dejando que el ritmo pop se me metiera por las venas. Movía las caderas con cuidado pero con ritmo, dando saltitos cortos y cantando a pleno pulmón con un cepillo del pelo como si estuviera en el Wizink Center. Sentía cómo la música me recorría el cuerpo, liberando todo el cortisol que el doctor quería fuera de mi sistema. Hice un giro dramático, sacudiendo el moño, y en el momento álgido del estribillo, cuando estaba dándolo todo... lo vi.

James estaba apoyado en el umbral del salón, con la chaqueta del traje en la mano y una expresión que oscilaba entre el shock y la adoración absoluta. Paré en seco, jadeando un poco, y le sonreí con mi cara de panda. Si hace nada que se fue… Claramente, en mi sesión "por y para mí" se me había ido la noción del tiempo.

—Como tu hija baile igual de bien que lo haces tú... me vais a matar las dos de un infarto y no quiero morir joven —dijo con esa media sonrisa que me desarmaba.

La canción terminó y, como si el algoritmo de la lista de reproducción supiera lo que necesitábamos, empezó a sonar la voz de Romeo Santos. Le dediqué una sonrisa de complicidad a mi marido. El ritmo cambió, volviéndose lento, sinuoso y cargado de intención a ritmo de "Better late than never" de Romeo Santos y Prince Royce.

—Ven aquí —le dije, extendiendo mi mano—. Baila conmigo.

James dejó la chaqueta en una silla y no lo dudó ni un segundo. Sé que no es muy de bailar pero he comprobado que lo hace fenomenal. Se acercó a mí, rodeó mi cintura con sus manos grandes y cálidas, y me pegó a su pecho. Me encanta que saque ese lado solo conmigo. Ahí estábamos, en medio del salón, bailando una bachata: yo con mis mallas y mi máscara de panda, y él con su camisa impecable, moviéndose a mi ritmo, susurrándome la letra al oído.

—Definitivamente, has alegrado mi día y mi vida —le susurró a mi cuello.

En ese momento, con el pulso de la música y el calor de su cuerpo, supe que el reposo no iba a ser tan malo si él estaba cerca para recordarme que, incluso de panda, seguía siendo la reina de su mundo.

Esa tarde, James me confirmó que ya había tenido suficiente dosis de leyes y problemas de los demás por hoy. Me miró con esa ternura que reserva para los momentos en los que solo somos nosotros dos —bueno, ahora somos tres— y me dijo que le apetecía dar un paseo. Pero no un paseo cualquiera: decidimos coger el autobús. Era la primera vez que lo hacíamos juntos y, aunque parezca una tontería, me resultó de lo más romántico compartir ese momento tan cotidiano, viendo pasar Madrid a través del cristal mientras él me rodeaba con el brazo, protegiendo mi barriga de cualquier frenazo brusco.

Nos bajamos cerca del Centro y empezamos a perdernos por callejuelas y tiendas de barrio con ese encanto castizo que tanto me gusta. De pronto, vimos un mercadillo en una calle peatonal, lleno de luces y puestecitos de artesanía, y no pudimos evitar acercarnos.

Estábamos curioseando entre telas y adornos cuando, entre la multitud, apareció una cara más que familiar.

—¡Qué sorpresa! —exclamé al ver a Joselu.

—¿Cómo estás, reina? —me preguntó con ese cariño que siempre me transmite.

—Estoy mejor, Joselu. Mucho mejor.

—Me alegro, corazón —me dijo, y luego bajó la mirada a mi vientre con curiosidad—. Oye, ¿ya sabéis el sexo del bebé?

—¡Sí! —James y yo nos miramos con una complicidad radiante—. ¡Es una niña!

—¡Oh, Dios mío! —Joselu dio un saltito de alegría—. Una rubia de ojos verdes como tú... creo que va a ser una niña muy, pero que muy consentida. Y yo voy a ser uno de ellos —dijo riendo.

En ese momento, Joselu nos presentó a la mujer que lo acompañaba. Una mujer de unos 60 años, elegante, pelo oscuro y con una mirada honesta.

—Por cierto, ella es mi madre, Marisa. Ha venido unos días a verme y se va mañana, así que le estoy enseñando algunos rincones de Madrid.

—Encantada de conocerla, Marisa —le dije con sinceridad—. Tiene usted un hijo maravilloso.

—Gracias, preciosa —respondió ella con una sonrisa orgullosa —. ¿Tú eres Mía? Joselu me ha hablado muchísimo de ti.

—Espero que bien... —bromeé.

—Siempre, bombón —saltó Joselu guiñándome un ojo.

—¡Oye! Que está aquí su marido, respeta un poco —le regañó su madre, dándole un toquecito en el brazo.

—No se preocupe, Marisa —intervino James, riendo con una naturalidad que me encantó—. Ya nos conocemos bien.

Tras las risas y las despedidas, nos prometimos vernos pronto. Seguimos caminando de la mano, disfrutando del ambiente del mercadillo.

—He pensado en invitar a Joselu a venir a cenar un día con todos los demás —le comenté a James, observando su reacción de reojo.

—Me parece buena idea —respondió él sin dudarlo.

—¿Ah, sí? —solté con tono sarcástico, recordando lo territoriales que solían ser sus instintos.

—Sí, de verdad. Me cae bien —admitió con total sinceridad.

Me encantó escuchar eso. Me apreté más fuerte a su brazo, sintiendo ese calorcito en el pecho que te da saber que estás con la persona adecuada. James había cambiado tanto por mí... cada gesto, cada concesión, cada paso que daba era por y para nuestra felicidad. En ese momento, caminando por el centro de Madrid, con mi hija creciendo dentro de mí y el hombre de mi vida a mi lado, no me podía sentir más afortunada.

Íbamos esquivando puestos de artesanía y antigüedades cuando James se paró en seco frente a una pequeña mesa de joyería antigua. Sus ojos azules se fijaron en algo con una intensidad que me llamó la atención. Concretamente, era un colgante del árbol de la vida de oro, con las raíces bien marcadas y las ramas extendiéndose en un círculo perfecto. Antes de que pudiera decir

nada sobre el colgante, James sacó la cartera para pagarle al artesano.

—Quiero que lo lleves puesto —me dijo.

Antes de que pudiera protestar, se colocó detrás de mí. Apartó mi melena con delicadeza, haciéndome cosquillas en la nuca, y pasó la cadena por mi cuello para abrochar el cierre. Me giré para mirarlo, tocando la pequeña figura de oro con la yema de los dedos.

James me miró con una seriedad tierna, de esas que me derretían por dentro, y me cubrió la mano con la suya.

—¿Sabes qué significa el árbol de la vida, Mía? —preguntó en voz baja, mientras reanudábamos el paseo—. Representa las raíces que nos mantienen firmes en la tierra, el tronco que nos da la fuerza para crecer y las ramas que buscan el cielo. Significa la familia, el ciclo de la vida y la superación.

Se detuvo un segundo y me miró la tripa, donde nuestra pequeña bebé seguía creciendo ajeno a todo.

—Tus raíces antes estaban dañadas, pero mírate ahora... Estás creciendo con una fuerza increíble, y estás creando tu propia copa, tu propia familia conmigo. Quiero que lo lleves siempre para que recuerdes que, pase lo que pase, tus raíces ahora son fuertes. Y que yo estoy aquí para sostener el tronco contigo.

Le miré con los ojos un poco vidriosos, incapaz de suprimir la emoción que me provocaban sus palabras. Una vez más, James Bernard había buscado la forma perfecta de recordarme que, a su lado, la vida por fin tenía un sentido hermoso y seguro. Ese colgante, desde ese momento, sería mi talismán más preciado.

Como era de esperar, no iba a dejar que mi plan de "celestina" se enfriara. El fin de semana siguiente organicé una cena en nuestro restaurante italiano favorito, uno de esos sitios distinguidos donde la pasta parece hecha por ángeles y la música de fondo te invita a quedarte a vivir. Evidentemente, propuse invitar a Joselu, a lo que todos estuvieron de acuerdo. Así que, allí estábamos todos: risas, vino —para ellos—, zumos gourmet —para mí— y una atmósfera perfecta.

Sin embargo, mi radar de emparejamiento falló estrepitosamente. Pasé media cena observando a Cami, pero ella estaba en su mundo, y lo más desconcertante fue que Joselu parecía tener muchísima más química y conversación con Adriana que con Cami. No entendía nada. ¿Habré visto visiones aquel día en la cafetería?, pensé mientras pinchaba un ravioli.

De repente, la conversación giró hacia lo que nos ocupaba a todos: la llegada de la niña. Liam, con esa intensidad suya tan característica, sacó de su chaqueta un papel y un bolígrafo y empezó a escribir con determinación.

—A ver, vamos a organizarlo. Lista de imprescindibles para mi sobrina —dijo, muy serio.

—¿Desde cuándo llevas tú papel y boli encima, Liam? —preguntó Cami, arqueando una ceja—. Si normalmente no sabes ni dónde tienes las llaves.

—¡Perdona! Soy relaciones públicas —respondió él, dándose importancia—. Siempre llevo material de oficina encima. ¿Qué os pensáis, que solo soy una cara bonita y un pelo envidiable? Hay que anotar marcas de carritos, cunas con tecnología aeroespacial y el estilismo para su primer día de vida, que, por supuesto, correrá de mi cuenta.

Entre risas, Eric se volvió hacia nuestro invitado.

—Oye, Joselu, no sé mucho de ti... ¿los demás lo conocíais, aparte de Mía y James?

—Sólo de haberlo visto un par de veces —dijo Adri.

—Sí, cuando íbamos con Mía —matizó Cami.

—Bien, Joselu, cuéntanos entonces, lo único que sé de ti es que eres poli, ¿vives solo? ¿tienes pareja? ¿tienes hermanos? —preguntó Eric.

—Vivo solo, no tengo pareja y soy hijo único —contestó Joselu limpiándose con una servilleta.

—Pues mejor —soltó Adri de inmediato—. Yo con mi hermana me peleo muchísimo. A veces creo que nacimos solo para llevarnos la contraria la una a la otra.

—Vaya pedazo de vida tienes, colega. Cero problemas. Yo también querría haber sido hijo único —añadió Liam, mirando a

James con una sonrisita provocadora.

James le lanzó una mirada de absoluto desagrado, de esas que solo un hermano mayor puede dar cuando el pequeño se pasa de gracioso.

—Créeme, Liam, a mí tampoco me hubiera importado no tener que sacarte de todos los líos en los que te metías de niño —le espetó James, aunque sus ojos brillaban con cariño—. Serías un hijo único muy feliz... y yo un hombre con mucha menos presión arterial.

—¡Ves! Lo que te digo —remató Adri riendo—. ¡Es un estrés constante!

Todos estallaron en carcajadas, comentando las típicas anécdotas de peleas familiares. Pero yo, de repente, sentí un pinchazo en el pecho que me robó la sonrisa. Mientras ellos bromeaban sobre lo molesto que era tener hermanos, yo no podía dejar de pensar en ese hermano desconocido que mi padre usaba como un arma arrojadiza.

Me invadió una tristeza profunda, una melancolía por lo que nunca tuve. Hubiera dado cualquier cosa por tener a alguien con quien discutir por el mando de la tele o a quien pedir consejo, alguien que compartiera mi sangre y mis raíces fuera de la toxicidad de mi padre. El sentimiento de querer una mínima relación, ya fuera para apoyarnos o simplemente para pelearnos, me hizo sentir muy pequeña en esa mesa tan ruidosa.

James, que me conoce mejor que nadie y tiene un sensor especial para mis cambios de ánimo, lo notó al instante. Por debajo de la mesa, buscó mi mano y la apretó con fuerza. No dijo nada, no hacía falta. Ese apretón me recordó que, aunque mi pasado fuera un rompecabezas incompleto, mi presente estaba lleno de gente que me amaba.

—¿Estás bien, nena? —me susurró al oído, aprovechando que el resto discutía sobre si el carrito debía ser gris o azul.

—Sí —mentí a medias, devolviéndole el apretón—. Solo pensaba en lo afortunada que es nuestra hija por teneros a todos vosotros como su "familia elegida".

Él me sonrió, sabiendo que había algo más, pero respetando mi silencio. En ese momento, decidí que no dejaría que la sombra de

Diego Beltrán me amargara la noche. Tenía un marido maravilloso, unos amigos de locos y una niña en camino que nunca, jamás, sabría lo que es la soledad.

—¿Habéis comprado ya algo para la niña? —preguntó Cami, con esa ilusión de quien ya se ve asaltando las tiendas de ropa infantil.

—No, aún nada —respondí.

—¿Os imagináis a esta niña con el carácter de Mía? —soltó Eric de repente, mirándonos a todos con una mezcla de fascinación y pánico—. Si saca esa mirada de "te voy a meter una demanda que no vas a olvidar", estamos perdidos.

—¿O con el de James? —remató Liam, agitando su copa de agua—. Esa mezcla de rectitud y testarudez...

—No sé qué es más aterrador —añadió Enzo haciendo un gesto de escalofrío.

Todos estallamos en una carcajada limpia. Me encantaba que se tomaran así nuestra futura paternidad; les quitaba peso a mis miedos y lo convertía todo en algo brillante y divertido.

—Lo que está claro es que será hermosa —dijo James, mirándome con una intensidad que me hizo olvidar por un segundo que estábamos rodeados de gente.

—Sí, eso será gracias a Mía... —soltó Liam de inmediato, dándole un trago a su copa con una suficiencia cómica.

James arqueó una ceja, dejando los cubiertos sobre el plato con una parsimonia letal. Miró a su hermano con esa ironía que solo los Bernard saben manejar tan bien.

—¿Recuerdas que llevas mis genes, Liam? —le preguntó, señalando con un gesto vago el parecido más que evidente entre ambos.

—Siempre he pensado que soy adoptado, la verdad —concluyó Liam con total seriedad, como si acabara de revelar un secreto de Estado.

Casi me atraganto con el zumo de naranja de la risa. Tuve que darme unos golpecitos en el pecho mientras Adri me pasaba una servilleta y Enzo se partía de risa al ver la cara de "no tiene

remedio” que puso James. Es increíble cómo, a pesar de sus puyas, se nota a leguas el amor que se tienen.

Tras nuestra velada, nos despedimos de todos con abrazos y promesas de repetir pronto. James y yo nos dirigimos hacia el coche, disfrutando de la noche madrileña. Tenía el corazón lleno de amor por todas esas personas que se habían cruzado en mi destino; son mi red de seguridad, los tíos que mi hija tendrá por elección y no por obligación.

Sin embargo, no pude evitar un pequeño suspiro de frustración interna. Mi plan de “celestina” había sido un desastre absoluto. A pesar de mi despliegue táctico, Cami y Joselu no me habían dado ni una sola señal amorosa que me entusiasmara. Él se pasó media noche hablando con Adri y ella estaba más pendiente de la lista de Liam que de cualquier otra cosa. ¡Vaya chasco!

Diciembre pasó y el nuevo año lo recibí por todo lo alto: con la prueba de la curva de la glucosa. ¡Yupi!, nótese mi ironía. Mi primer gran evento social de enero ha sido ir en ayunas a la clínica, sacarme sangre, beberme un brebaje que sabía a azúcar concentrada con un toque de naranja amarga y quedarme allí sentada una hora sin moverme.

Allí estábamos James y yo, en una sala de espera con luz fluorescente que no ayudaba nada a mi estado de ánimo. James, por supuesto, insistió en acompañarme, no iba a permitir que me enfrentara al “líquido del demonio” sin su apoyo moral y su brazo para agarrarme si me mareaba.

—Está asqueroso —le susurré, sintiendo cómo el líquido bajaba por mi garganta como si fuera lava dulce.

—Ya te dijo el doctor que, al estar tomando el suplemento de hierro, el sabor te resultaría aún más desagradable —me recordó él, acariciándome la mano.

—Espero no vomitar —imploré.

—Yo también espero que no lo hagas —dijo él con una sonrisa cómplice—, más que nada para que no tengamos que volver otro día y te lo tengas que tomar de nuevo.

Solo de pensar en beberme aquello otra vez me dieron unas arcadas que casi me hacen perder la dignidad allí mismo, pero aguanté como una campeona. Pasó la hora eterna, me sacaron sangre de nuevo y salí de aquel hospital sintiendo que mi cuerpo era un 90% de glucosa y un 10% de ganas de matar a alguien.

James, que me lee el pensamiento, me subió al coche y me llevó directa a la Bakery de Adri. Nada más entrar, el olor a pan recién horneado y café de verdad empezó a reconciliarme con el mundo.

Adri nos saludó con esa efusividad que la caracteriza, saliendo de detrás del mostrador con un delantal manchado de harina.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo ha ido, amiga? —me preguntó, mirándome con preocupación.

—Asqueroso, Adri. Siento que he bebido almíbar puro caducado. Necesito que me prepares el mejor desayuno que tengas para que se me olvide el mal rato y me quite este sabor metálico continuo.

—¡Marchando una tostada de pan de masa madre con aguacate, huevo poché con la yema cuajada, para cuidar a mi sobrina, y unas lascas de pavo braseado! Y para compensar el azúcar, un bol pequeño de yogur griego con frutos rojos, que tienen mucha vitamina C para ese hierro tuyo —exclamó ella, guiñándome un ojo.

—Te quiero, Adri —suspiré.

—¿Y para ti, James? —preguntó ella, girándose hacia mi marido.

James, que me miraba con esa cara de "estás loca pero te adoro", pidió lo suyo.

—Para mí, tráeme un café doble, bien cargado, que la espera en el hospital me ha dejado a medio gas. Y acompáñalo con un croissant de mantequilla de esos que tú haces, de los que crujen solo con mirarlos. Si Mía se va a dar un homenaje, yo no me voy a quedar mirando.

—Sentaos, ahora mismo os lo llevo todo —dijo Adri volviendo a la cocina.

Me quedé mirando a James, sintiendo cómo el mal rato de la clínica empezaba a quedar atrás. Estar de baja laboral es duro para alguien como yo, pero si el precio a pagar por tener a esta niña sana es pasar mañanas así —quitando el maldito batido de azúcar—, desayunando con el hombre de mi vida mientras planeamos cómo será su habitación, creo que puedo aprender a disfrutar del ritmo lento, aunque me costara horrores.

Ese ritmo lento de mi nueva vida no era una melodía relajante; empezaba a sonar como un disco rayado que me crispaba los nervios. Nunca en mi existencia he pasado tanto tiempo entre estas cuatro paredes sin un objetivo claro. He ordenado mi armario por colores, texturas y temporadas; el frigorífico parece un anuncio de organización coreana; he paseado por el jardín hasta aprenderme el número de pétalos de cada flor y he practicado recetas de cocina que en mi vida anterior habrían sido imposibles.

Pero esa no era yo. Yo soy la mujer que desayuna adrenalina, la que se mueve entre plazos judiciales, interrogatorios y estrategias de última hora. Me encanta el estrés, lo necesito para sentir que estoy viva. Y ahora, lo tengo prohibido. James, que es un santo —un santo muy testarudo—, incluso trabaja en casa a menudo para que no me sienta sola, pero ha levantado un muro de acero alrededor de su despacho. No me deja ni asomar la nariz, ni ojear un mísero papel, ni preguntarle por el caso más insignificante.

"Hago todo esto por mi hija", me repetía a mí misma cada mañana frente al espejo. Era mi mantra, pero estaba ya tan gastado, de tanto repetirlo, que apenas me servía de consuelo.

Una tarde, Cami y Adri aprovecharon un descanso en sus respectivos trabajos —esos que ellas sí tenían y podían ejercer, y yo no— para venir a rescatarme de mi propia mente. Estábamos en el salón, con un té descafeinado y unas galletas de la Bakery, cuando no pude aguantar más.

—Chicas, voy a explotar —dije, dejando caer la cabeza en el respaldo del sofá—. Si vuelvo a ver un vídeo de "cómo organizar cajones" o una receta de pan de masa madre, creo que llamaré al psiquiátrico para que me internen, al menos allí estaré distraída.

—Vaya, la fiera está perdiendo los papeles —bromeó Adri, aunque me miró con ternura—. Mia, es normal que te sientas así. Has pasado de cien a cero en un segundo.

—Es que no me reconozco —continué, desahogándome por fin—. Siento que me estoy desdibujando. Echo de menos el despacho, echo de menos sentir que el mundo se mueve porque yo empujo. James es maravilloso, pero me trata como si fuera de cristal y odio ser de cristal. Y, encima, cojo peso por días, no me cabe nada. ¡Estoy frustrada!

Adri me tomó de la mano y me miró con esa seguridad que siempre me calma.

—Escúchame, reina. Estás más guapa que nunca y no eres de cristal, eres el motor que está fabricando a una persona. James no te está quitando tu trabajo porque piense que no puedes, lo hace porque él es tu marido y padre de tu hija y es la única manera que tiene de ayudarte mientras tú te encargas de la logística más importante de vuestra vida.

—Exacto —continuó Cami—. Y piénsalo así: esta pausa no es un "stop" permanente, es una inversión. Tómatelo como el caso más largo y aburrido de tu carrera, pero el único en el que no puedes permitirte perder.

Sus palabras hicieron diana. Me reí, sintiendo cómo ese nudo de frustración se aflojaba un poco. Tenían razón. Mi ambición no se había ido, solo había cambiado de cliente: ahora mi cliente era esa niña que no paraba de dar golpecitos en mis costillas mientras escuchaba las risas de mis amigas.

Poco después, James asomó la cabeza por la puerta del salón, con el pelo un poco revuelto y esa cara de cansancio que arrastraba desde hace semanas. Al verme reír con las chicas, su rostro se iluminó por completo.

—Vaya, parece que el "comité de rescate" ha cumplido su misión —dijo acercándose para besarme la frente.

Me sentí feliz. Realmente feliz. Puede que no estuviera ganando un juicio en la Audiencia Nacional, pero estaba ganando en bienestar, y ver a James tan aliviado por verme sonreír me hizo

entender que, aunque el ritmo sea lento, la meta es la más gloriosa de todas.

CAPÍTULO 18: JAMES

Uno de los días siguientes, hice un break antes de irme a casa. Necesitaba soltar lastre antes de cruzar el umbral y que Mía leyera en mi cara el agotamiento que arrastraba. Me senté con Eric y Enzo frente a unas cervezas frías y, en cuanto el camarero se alejó, me desahogué.

—¿Sabéis lo último que me ha dicho? —solté, frotándome las sienes.

—Sorpréndeme —dijo Eric, dándole un trago a su caña.

—Que la voy a dejar de querer porque parece una morsa moribunda.

Me quedé mirando a los dos, esperando una reacción, pero Eric casi se atraganta y Enzo arqueó las cejas hasta el infinito.

—Las hormonas no le hacen bien, amigo —sentenció Enzo—. ¡Pero si está guapísima! —exclamó, casi indignado.

—Es lo que le digo, pero no lo entiende. Le repito que lo único que tiene es una barriga de embarazada preciosa, que está perfecta. El médico la ha felicitado porque está cogiendo el peso justo, lo está haciendo todo de diez, controlando su tensión, su comida... y ahora me viene con esto. Sinceramente, prefiero enfrentarme a cualquier juez malhumorado y a una petición de cinco años de prisión que a este dilema. No sé cómo gestionarlo. Está preciosa, tiene un cuerpo que... joder, me pone muchísimo.

—Ssh... no sigas —me cortó Eric con un gesto de la mano—. No puedo soportar tu romanticismo empedernido. Me va a dar un subidón de azúcar.

—Lo siento amigo —añadió Enzo con una sonrisa cínica—, no tenemos pareja ni la tenemos embarazada. Aquí poco podemos ayudar. No tenemos el manual de instrucciones.

Suspiré, dejando que la frialdad del vaso me calmara un poco.

—Y encima, se nota muchísimo que Mía no está en el despacho. El trabajo se acumula y me cuesta la vida sacarlo adelante. Tengo sentimientos encontrados: sé que tengo que trabajar más duro para que ella no se preocupe, pero no quiero perderme nada del embarazo y mucho menos dejarla sola tanto tiempo. Quiero estar con ella.

—¿Habéis pensado en meter a alguien mientras ella no está? —preguntó Eric.

—No, es imposible. Nadie saca el trabajo tan rápido como Mía, es la mejor. Para cuando alguien se haya adaptado al puesto, ella ya estaría de regreso.

—Piensa que te quedan ya pocos meses —me consoló Enzo.

—¿Pocos? Casi cuatro para dar a luz y luego la recuperación del postparto... —dijo Eric bajándonos a la realidad.

—Creo que voy a morir antes —admití.

—¿Has hecho ya testamento? —bromeó Eric—. Porque si palmas, me pido tu coche.

—Pues no, mañana pediré cita y te lo dejo —concluí y todos reímos.

Pero la risa se me apagó un poco al recordar el calendario.

—Y este viernes tengo que viajar a Málaga. Es otro fin de semana que no podemos quedar todos juntos. Sé que las reuniones con vosotros son de las pocas cosas que la ilusionan ahora que está en reposo. Está cuidando de su salud y de la de nuestra hija sin quejarse ni una vez, al menos delante mía... es más fuerte de lo que pensaba, que ya es decir. No poder reunirnos me mata.

—No pensaba que ella lo fuera a llevar tan bien —admitió Enzo—. Tan activa como es...

—Nadie lo pensaba —añadí—. Pero sabe cuál es su prioridad, y esa es nuestra hija. Está luchando por su salud increíblemente bien.

—Necesitamos hacer algo... —murmuró Eric con la mirada perdida en la barra.

—¿El qué? —pregunté.

—Ya se nos ocurrirá algo. Déjamelo a mí —sentenció con ese tono de "peligro" que suele usar.

No sé qué tramaría Eric, pero esa noche me encargaría yo personalmente de los ánimos de Mía.

Llegué a casa con una sola idea en la cabeza: borrar de su mente cualquier duda sobre lo que siento por ella. Entré y la encontré en el salón, con un libro entre las manos. Me acerqué por detrás y la envolví en un abrazo, hundiendo mi cara en su cuello. Olía a casa, a nosotros.

—Estás increíble, Mía —le susurré al oído, notando cómo se tensaba un poco—. He estado todo el día pensando en volver para verte.

—James, no mientas. Estoy en pijama y estoy enorme —murmuró ella, intentando apartarse.

No la dejé. La giré para que me mirara a los ojos.

—Escúchame bien. No hay ni un solo centímetro de ti que no desee. Estás creando vida, nuestra vida. Tu cuerpo es perfecto porque es el hogar de nuestra hija, y a mí me tiene loco. Me pones más que el primer día, nena. Mucho más.

Ella me miró con una mezcla de duda e ilusión. Sin darle tiempo a protestar, la levanté con cuidado y la llevé hacia el baño. Necesitábamos desconectar del mundo.

Abrí la ducha y dejé que el vapor empezara a empañar los cristales, creando nuestra propia burbuja. La ayudé a desvestirse con una lentitud tortuosa, deteniéndome en cada curva, en la redondez de su barriga que yo adoraba besar cada mañana.

—Mírate —le dije mientras entrábamos bajo el agua caliente —. Eres una diosa.

Bajo el chorro de agua, mis manos empezaron a recorrer su piel jabonosa. No había prisa, solo el deseo puro de recordarle quién era ella para mí. La pegué a la pared de azulejos, protegiéndola con mi cuerpo, mientras el agua nos golpeaba los hombros. La besé con una urgencia que no dejaba lugar a dudas; era un beso que sabía a hambre acumulada y a una adoración que me quemaba el pecho. Mis manos bajaron por su espalda mojada hasta encontrarse con la curva de sus caderas. La acerqué más, queriendo eliminar cualquier rastro de aire entre nosotros.

—Mírame, Mía —le susurré al oído.

Ella levantó la vista, con los ojos empañados por la humedad y una pizca de esa vulnerabilidad que solo me mostraba a mí. Pasé mis manos hacia adelante, rodeando su vientre. Esa curva perfecta, firme y cálida, que ella se empeñaba en criticar, para mí era el centro de gravedad de mi universo. Deslicé mis dedos sobre su piel, trazando círculos lentos, adorando el hogar que estaba construyendo para nuestra hija.

—Eres lo más increíble que he visto en mi vida —le dije con voz rota—. No hay nada en este mundo que me ponga más que tú ahora mismo.

La besé con una urgencia que me quemaba por dentro. No fue un beso dulce; fue un beso hambriento, una declaración de propiedad y deseo. Mía respondió con la misma intensidad, enredando sus dedos en mi pelo, tirando de mí hacia ella. El agua resbalaba por nuestros cuerpos entrelazados, haciendo que cada caricia fuera más fluida, más eléctrica.

La giré con suavidad, haciendo que me diera la espalda. Me coloqué detrás de ella, envolviéndola con mis brazos. Mis manos bajaron directamente hacia su vientre, rodeándolo, sintiendo esa redondez firme y cálida que me volvía loco. Ella apoyó la cabeza en mi hombro, soltando un suspiro que se mezcló con el vaho.

—No te imaginas lo que me haces sentir —le susurré al oído, mientras deslizaba mis manos por sus caderas—. Me gusta cada curva, Mía.

Me pegué a su espalda, dejando que sintiera mi propio deseo, firme y urgente, contra ella. La ayudé a inclinarse ligeramente hacia adelante, apoyando sus manos en la pared de la ducha. Yo me encargaría de todo lo demás; ella solo tenía que dejarse llevar.

Entré en ella con una cadencia pausada, una coreografía de piel mojada y respiraciones entrecortadas. Mis manos sujetaban sus caderas firmemente. El ritmo era sinuoso, marcado por el sonido del agua y los gemidos ahogados de Mía que rebotaban en las paredes de cristal.

La profundidad de nuestra conexión se sentía en cada roce, en la forma en que su cuerpo me acogía, más cálido y sensible que

nunca. Me perdí en el aroma de su pelo mojado y en la suavidad de su piel bajo el chorro de agua. La tensión de la semana, el peso del despacho y los miedos por su salud se disolvieron, arrastrados por el sumidero.

—Eres perfecta, Mía... eres mi vida entera —gruñí contra su cuello, perdiendo el control a medida que el placer nos reclamaba.

La sentí temblar, un espasmo de puro goce que me recorrió a mí también como una descarga eléctrica. La apreté contra mi pecho mientras el mundo desaparecía tras el vapor, alcanzando ese clímax que nos dejó a los dos sin aliento, unidos por mucho más que el deseo físico.

Hicimos el amor allí mismo, entre el vapor y el sonido del agua, con una intensidad que me hizo olvidar absolutamente todo el cansancio y la presión que tenía las últimas semanas. En ese momento, en esa ducha, Mía no era una paciente en reposo ni una abogada en baja; era mi mujer, el centro de mi universo, y yo me encargaría de que nunca volviera a olvidar lo mucho que me hace perder el juicio.

Cuando nuestras respiraciones empezaron a calmarse, la giré para besarla con una ternura que me dolía en el pecho. Le aparté los mechones mojados de la cara y la miré a los ojos, que ahora brillaban con una paz que hacía horas no tenían.

—¿Te ha quedado claro ahora? —le pregunté con una media sonrisa, mientras le pasaba la toalla por los hombros.

—Creo que necesitaré otro "repaso" mañana para terminar de convencerme —respondió ella con esa chispa de humor que tanto echaba de menos.

Sonreí, besándole la frente. Si por mí fuera, pasaría el resto del embarazo recordándole, centímetro a centímetro, que para mis ojos no existía nada más hermoso en este planeta.

Enero, cómo habéis visto, entró como un vendaval. El despacho de Bernard Legal Group en Málaga abrió sus puertas exactamente según lo previsto, y la respuesta ha sido tan abrumadora que apenas he tenido tiempo de asimilar el éxito. Estamos en ese punto dulce —y agotador— donde el esfuerzo de

meses se materializa en una realidad tangible de cristal, acero y carpetas de casos.

Al frente de la sede hemos situado a Cristian, los primeros meses, junto a Teresa. Debo reconocer que es una mujer inteligente y extremadamente organizada; lo tiene todo bajo control con una precisión que asusta. Sin embargo, su carácter sigue siendo algo altivo; tiene esa forma de compartir su opinión como si fuera una imposición, pero mientras mantenga la excelencia que este despacho exige, puedo lidiar con su personalidad. Para completar el equipo, hemos fichado a tres pesos pesados del derecho con trayectorias impecables: Elena: especialista en mercantil con un ojo clínico para los detalles; Carmen, una fiera en procesal civil; y Juan Alberto, experto en derecho administrativo con años de experiencia en la zona. Junto a ellos y nuestra nueva secretaria, la oficina funciona como un reloj suizo.

La inauguración no pasó desapercibida. Fuimos portada en la sección de economía y los informativos locales se hicieron eco de nuestro aterrizaje en la Costa del Sol. El titular reflejaba perfectamente nuestra ambición: *"Bernard Legal Group redefine el panorama jurídico andaluz: la excelencia de Madrid llega a Málaga."*

La afluencia de clientes ha sido masiva. No solo han llegado empresas nuevas atraídas por nuestra reputación, sino que muchos clientes, que ya teníamos en cartera, han agradecido la cercanía, evitando desplazamientos a Madrid.

Gran parte de este ruido positivo se lo debemos a Henry, nuestro *Community Manager* y nuevo fichaje para la sede en Málaga. Henry es un mago de las redes sociales; sabe exactamente cómo proyectar esa imagen de cercanía y prestigio que buscamos. Mi padre se ha dejado caer por la sede en un par de ocasiones para supervisar el arranque, y Henry no ha desperdiciado la oportunidad de publicar fotografías de él recorriendo las instalaciones. La respuesta en redes ha sido fantástica: la gente confía en el legado, y ver a mi padre allí refuerza esa confianza.

A pesar de que todo parece estar en orden bajo el mando de Teresa, el liderazgo no se ejerce solo por correo electrónico. Debo desplazarme a Málaga durante estas primeras semanas. Necesito

que el equipo me vea allí, que sientan que no están solos en esta fase de despegue y, sobre todo, aportar mi visión en los casos más complejos que ya están entrando por la puerta.

Cruzar el umbral del nuevo despacho de Málaga siempre me producía una mezcla de orgullo y vértigo. El viernes por la mañana, el ambiente era eléctrico. Elena, Carmen y Juan Alberto me recibieron con un entusiasmo que confirmaba que habíamos elegido al equipo adecuado. Pasé las primeras horas sumergido en sus estrategias, escuchando sus enfoques sobre los nuevos casos y, aunque les di un par de consejos marca de la casa, me di cuenta de que este motor ya rugía solo.

Sin embargo, Henry, nuestro Community Manager, tenía sus propios planes para mi visita.

—James, necesito "contenido premium" y aprovechar esta visita al máximo —me dijo, empujándome hacia mi despacho—. Siéntate tras la mesa, por favor.

Me senté mientras él correteaba por todas las oficinas buscando unos tomos antiguos de Derecho para ponerlos en un lateral de la mesa. Según él, eso aportaba una "sofisticación intelectual" que los seguidores de Instagram devorarían. Yo solo podía rodar los ojos, pero me dejé hacer.

De repente, sentí una presencia demasiado cerca. Teresa se aproximó y, sin mediar palabra, puso sus manos sobre mi corbata. Empezó a ajustar el nudo con una parsimonia que me pilló totalmente desprevenido. Me quedé helado, con las manos sobre el escritorio, procesando la invasión de mi espacio personal.

Antes de que pudiera apartarla o decir algo, una voz gélida y autoritaria cortó el aire del despacho.

—Creo que no deberías hacer eso.

La voz de Mía retumbó con una fuerza que hizo vibrar los cristales. Vi cómo las manos de Teresa temblaban, apartándose de mi cuello como si mi corbata quemara.

—Mía... estás aquí —alcancé a decir, levantándome de inmediato.

—Sí, estoy aquí —respondió ella, avanzando con esa elegancia implacable que ni el embarazo podía disimular—. En

cambio, tú no deberías estar ahí —señaló con el dedo el lugar exacto donde Teresa se había pegado a mí.

—Sólo estaba poniéndole bien el nudo de la corbata para la foto —balbuceó Teresa, intentando recuperar una compostura que ya había perdido.

—Un nudo que le hice yo misma esta mañana, que estaba perfectamente bien hecho y al que te has lanzado sin pedir siquiera permiso —sentenció Mía, clavándole una mirada que haría que los culpables confesasen antes de tiempo—. Creo que tienes demasiada confianza para mi gusto.

—Yo... perdón... no quería... —Teresa me miró a mí, buscando un salvavidas que yo no iba a lanzar.

Mía me lanzó una mirada que conocía muy bien; era la misma mirada cargada de fuego que me dedicaba cuando estaba realmente enfadada. En ese momento, supe exactamente lo que tenía que hacer.

—Mi mujer tiene razón —dije con firmeza, cerrando cualquier posibilidad de defensa para Teresa.

La mirada de Mía se suavizó un milímetro, aunque seguía echando chispas. Teresa, roja como un tomate, agachó la cabeza.

—Lo siento, os dejo solos —murmuró acercándose a la puerta.

—Teresa... la última vez —añadió Mía justo antes de que ella saliera despavorida del despacho.

Me apoyé en el borde de mi escritorio, mirando a mi mujer con una sonrisa de absoluta fascinación.

—Si supieras cuánto me has puesto en este momento... me encanta tu carácter —le confesé, recorriendo con la mirada su silueta.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, desafiante.

—Sí. Sobre todo cuando no es contra mí.

—¿Y quién dice que no te toca recibir ese carácter ahora? —dijo aproximándose a mí, acortando la distancia hasta que pude oler su perfume.

—Porque te lo veo en la mirada —respondí, cogiéndola de la mano y atrayéndola hacia mí hasta que quedó encajada en mi

cuerpo, protegida y dominante a la vez—. Te ha gustado que te diera la razón.

—Ajá... puede ser —murmuró. Se puso de puntillas y me dio un beso en los labios que empezó dulce y terminó con ella mordiéndome el labio inferior, una pequeña advertencia marcada en mi piel—. Lo que puede ser también —continuó ella con voz baja pero peligrosa— es que como vea a esa mujer, o a cualquier otra, a menos de un metro de ti... toda la ira que llevo reprimida y acumulada desde que supe del embarazo te estallará en la cara.

—Mensaje recibido —respondí, apretándola contra mí y profundizando el beso, ignorando que estábamos en un edificio de oficinas rodeados de cristal.

De repente, un flash nos sorprendió. Nos separamos y vimos a Henry con la cámara en alto y una cara de pánico absoluto.

—¡Perdón! De verdad... era una imagen preciosa, la luz era perfecta y no he podido evitar inmortalizarlo —dijo Henry avergonzado.

Mía se recolocó el pelo, miró a Henry y luego volvió a mirarme a mí con una sonrisa triunfal.

—Me gusta este chico —sentenció.

Yo solo pude reír. Málaga acababa de recibir oficialmente el "efecto Mía", y yo no podía estar más orgulloso de mi mujer.

Mía decidió que ya había tenido suficiente de reposo absoluto en Madrid. Quería ver con sus propios ojos el fruto de tanto esfuerzo, conocer cada rincón del bufete y, sobre todo, respirar el aire de Málaga. Por eso, decidimos viajar el día anterior por la tarde para despertar aquí, frente al Mediterráneo, sin las prisas del viaje matutino.

Como ya viene siendo costumbre desde que la "lentejita" marca el ritmo, a Mía se le pegaron las sábanas. Decidí que se tomara todo el tiempo que necesitara; yo me adelantaría al despacho para coordinar un par de cosas y ella llegaría después, a su ritmo.

Tras el incidente en mi despacho con Teresa, le enseñé todo el despacho y su rostro fue la mejor recompensa de todo este proceso. Se quedó paralizada unos segundos, recorriendo con la

mirada el diseño impecable, la luz que inundaba cada rincón y, finalmente, ese ventanal que parecía invitar al mar a sentarse a la mesa con nosotros.

—James... es incluso mejor de lo que imaginaba por las fotos —murmuró, acercándose al cristal.

—Te dije que el *render* no le hacía justicia —le respondí, acercándome a ella y rodeando su cintura con cuidado—. ¿Qué te parece? ¿Es digno del sello Bernard Legal Group?

—Es perfecto. Tiene esa fuerza nuestra, pero con la calma de Málaga. Casi dan ganas de volver a trabajar ahora mismo solo por tener estas vistas —dijo con una sonrisa nostálgica—. Has hecho un trabajo increíble, James.

—Hemos, Mía. Tú estuviste en cada decisión, incluso desde el sofá de casa.

Para el almuerzo, reservé en el chiringuito que me enseñó Teresa la primera vez que vine y que se encontraba justo frente a nuestro hotel. Quería que Mía se deleitara con las vistas de la arena y el mar mientras probaba los manjares de la zona.

Llegamos al restaurante con el sol de justicia acariciándonos la cara. Mía estaba encantada con la ubicación, pero la sorpresa del sitio quedó totalmente eclipsada por lo que nos esperaba apenas pusimos un pie en la terraza.

Allí, sentados a una mesa larga y con bebidas servidas, estaban ellos. Enzo, Eric, Liam, Cami y Adri. Los cinco nos miraban con unas sonrisas que delataban la travesura.

—¿Pero qué hacéis aquí? —exclamó Mía, llevándose las manos a la boca, pasando de la sorpresa a la risa en un segundo.

—¡Sorpresa! —gritó Liam, agitando una servilleta como si fuera una bandera.

—Si el trabajo no os deja veros, ya venimos nosotros al trabajo —sentenció Eric, levantándose para darnos un abrazo.

Eric había sido el cerebro de la operación. Me había informado de que no pensaban dejar que pasáramos otro fin de semana "aislados". Habían organizado este desembarco sorpresa en toda regla para celebrar la apertura y, de paso, asegurarse de que Mía

estuviera pletórica. ¡Son increíbles! Y nosotros tenemos mucha suerte de tenerlos en nuestra vida.

Mía miró a cada uno de esos mejores amigos que teníamos.

—No me lo puedo creer... —dijo, sentándose mientras Adri ya le servía un zumo bien frío—. Estaba empezando a echar de menos vuestras tonterías, pero no pensaba que os atreveríais a cruzar media España solo por un almuerzo.

—Por ti, bombón, y por esa sobrina, vamos hasta el fin del mundo —dijo Liam.

—Además, Málaga siempre es una buena excusa. Y no sólo será un almuerzo, hemos venido a pasar el fin de semana —confirmó Eric.

—¡Qué emoción! —chilló Cami.

—Venga sentaos —dijo Adri.

Me senté al lado de Mía, sintiendo cómo la tensión de la mañana desaparecía. No era el almuerzo romántico y tranquilo que había planeado, pero al ver la cara de felicidad de mi mujer, supe que era exactamente lo que necesitaba. La "fiera" estaba en casa, rodeada de su manada.

CAPÍTULO 19: MÍA

Ver a todos allí, sentados en esa mesa frente al mar, me hizo darme cuenta —una vez más— de lo increíblemente afortunada que soy. No son solo mis amigos; son mi red de seguridad, mi hogar fuera de casa. Mientras escuchaba sus risas mezclarse con el sonido de las olas, no podía evitar pensar que mi hija va a tener a los mejores tíos del mundo. Personas con valores, con éxito, pero sobre todo, con un corazón que no les cabe en el pecho.

Durante el almuerzo, la conversación fluyó entre anécdotas y planes de futuro.

—Enzo, tienes que estar orgulloso —le dije, brindando con mi zumo—. El trabajo que has hecho en esta sede es impecable. Has captado exactamente la esencia de lo que James y yo queríamos.

—Ha quedado de revista, la verdad —añadió Eric, que no dejaba de mirar a su alrededor con ojo clínico—. De hecho, me está picando el gusanillo. Málaga tiene una vida nocturna brutal, hay una energía aquí que me encanta. Estoy pensando seriamente en buscar un local y dejar mi sello en esta ciudad.

—¡Eso sería un peligro! —rio Liam—. Pero un peligro muy divertido. Cuando tengamos que venir aquí ya tendríamos nuestro garito.

Después de comer, James, Eric, Enzo y Liam, decidieron acercarse un momento a la oficina. James quería enseñarles algunos detalles técnicos y, de paso, "fardar" un poco más de su nuevo templo. Cami, Adri y yo preferimos aprovechar el sol de la tarde y dar un paseo por la orilla de la playa. A pesar de que hacía mucho frío, no hacía nada de viento y al sol se estaba estupendamente.

Caminábamos con los zapatos en la mano, sintiendo la arena fresca bajo los pies. Aproveché para pinchar un poco a Cami.

—Y bien, Cami... ¿qué pasa con ese misterioso "alguien"? —le pregunté con una sonrisa pícara.

—Va bastante bien, la verdad —respondió ella, y por su tono supe que era algo más que un simple flirteo—. Ya mismo os lo presentaré.

—Creo que... esto va en serio —dijo Adri.

Adri y yo nos miramos emocionadas. ¡Cami hablando de algo serio! Pero antes de que pudiéramos interrogarla más, les solté el chisme de lo que había pasado por la mañana.

—No sabéis lo que ha pasado hoy con Teresa en el despacho —les dije, y procedí a narrarles la escena de la corbata con todo lujo de detalles.

—¡¿Qué hizo qué?! —exclamó Adri, parándose en seco—. Pero qué atrevida, por favor.

—¿Y qué hiciste tú? —preguntó Cami con los ojos como platos.

—Digamos que saqué a la fiera, dando honor a la palabra que me pusisteis y que, para qué negarlo, llevo dentro, y le dejé claro que ese nudo de corbata ya tenía dueña. Se fue de allí casi pidiendo auxilio —respondí, lo que provocó una carcajada general.

—Mía, eres única —rio Adri.

—Pero no te preocupes, se nota a kilómetros que James te adora. Podría venir Miss Universo a ajustarle el nudo y él seguiría buscándote a ti con la mirada —dijo Cami sincera.

Al rato, Liam apareció caminando por el paseo marítimo y se unió a nosotras. Los demás se habían ido ya al hotel a cambiarse; esa noche el plan era quedarnos allí tranquilos, disfrutando de las instalaciones.

—Oye, chicas... —dijo Liam al alcanzarnos, con cara de duda —. He notado a Teresa un poco rara en el despacho. Como si hubiera visto un fantasma, no sé, estaba súper tensa conmigo.

Las tres rompimos a reír a carcajadas. Liam se quedó totalmente desubicado.

—¿Qué me he perdido? ¿De qué os reís?

—De que tu amiga Mía hoy ha sacado las garras, Liam —le explicó Cami dándole una palmadita en la espalda.

—¿Ah, sí? —exclamó Liam, que adora un buen cotilleo más que nadie—. ¡Quiero todos los detalles ahora mismo! ¿Qué le has dicho? ¿Cómo se ha quedado? Porque a mí Teresa me parece una tía muy válida, pero tiene un aire de superioridad que me pedía a gritos que alguien la pusiera en su sitio. ¡Cuenta, nena!

Y allí nos quedamos, entre risas y confidencias bajo el atardecer malagueño. Definitivamente, este era el "descanso" que necesitaba y no el del sofá de mi casa.

El hotel era, sencillamente, otro nivel. Tal y como James me lo describió en su última visita, era una joya arquitectónica de esas que te hacen sentir que has viajado en el tiempo a una época de barcos de vapor y bailes de etiqueta. La fachada blanca se alzaba imponente frente al Mediterráneo, con ese estilo clásico y palaciego que solo el Gran Lujo sabe lucir. Caminar por sus escalinatas de mármol y sentarse en sus salones me hacía sentir como una reina (una reina con una "lentejita" a bordo que empezaba a pesar, pero reina al fin y al cabo).

Nos instalamos en la cafetería del hotel, que de modesta no tenía ni el nombre. A pesar de estar en pleno enero, el lugar bullía de clientes elegantes, así que buscamos un rincón un poco más apartado, cerca de unos ventanales inmensos, para poder disfrutar de nuestra propia compañía sin testigos.

Yo decidí que hoy tocaba un caprichazo. Tras semanas de agua, zumos naturales y hierro con sabor a clavo oxidado, levanté el dedo y pedí un licor de mora sin alcohol con mucho hielo.

—¡Pero qué atrevida! —exclamó Cami entre risas cuando vio llegar mi copa de color violeta intenso

—Está increíble —reí, dándole un sorbo delicioso—. Mejor que tu Gin-tonic.

—Seguro, esto está horrible —bromeó mi amiga intentando poner cara de disgusto mientras le daba un sorbo.

Llevábamos un rato charlando sobre el nuevo despacho, los retos de Málaga y los currículums de los nuevos abogados, cuando Liam, fiel a su naturaleza de "relaciones públicas" inquieto, dio un golpe seco —pero elegante— en la mesa.

—¡Ya basta! —decretó con solemnidad—. Prohibido hablar de trabajo. Estamos en un palacio, tenemos bebidas de colores y a mi sobrina escuchando. Tengo un juego nuevo.

—¿Otro? —preguntó James, arqueando una ceja con esa paciencia infinita de hermano mayor.

—¿Cuál? —pregunté.

—¿En serio, Mía? ¿Por qué preguntas? —me dijo Eric riendo.

—Si Liam no saca un juego nuevo en una reunión, es que nos lo han cambiado —les dije.

—Exacto —confirmó Liam, levantando las cejas con un gesto de suficiencia—. Es tradición.

—Venga, ministro del ocio, saca tu arsenal —le retó Cami, acomodándose en su sillón de terciopelo—. ¿Qué tortura nos tienes preparada hoy?

Liam nos miró a todos como si fuera el presentador de un *prime time*.

—Es muy sencillo, apto para mentes cansadas y embarazadas con antojos de mora —explicó Liam—. Se llama "El Veredicto del Grupo". No hace falta ni moverse. Yo haré una pregunta que empiece por: "¿Quién es más probable que...?".

—¿Y ya está? —preguntó Enzo.

—No, impaciente. A la de tres, todos tenemos que señalar con el dedo a la persona de esta mesa que creamos que encaja mejor con la situación. Sin pensar, por instinto. El que reciba más dedos apuntándole, tiene que dar una explicación o confesar una anécdota relacionada. Y como Mía no puede beber, el que pierda tiene que... no sé, hacernos un bailecito o pagar la siguiente ronda de licores de mora.

Liam nos miró con malicia.

—¿Preparados?

Me acomodé en el sillón de terciopelo, dando un sorbo a mi licor de mora. El azúcar y el ambiente me tenían en una especie de "nube" de bienestar, pero sabía que con Liam al mando, la paz duraría poco. Él se inclinó hacia adelante, con esa chispa de malicia en los ojos que solo aparece cuando está a punto de soltar una bomba.

—Ojo —anunció Liam, bajando el tono de voz—. ¿Quién de aquí es más propenso a asistir a una boda y terminar la noche... digamos, "estrechando lazos" íntimos con algún otro invitado?

Todos nos miramos.

—Una... dos... ¡y tres! —sentenció Liam.

Como si lo hubiéramos ensayado, casi todos los dedos de la mesa apuntaron directamente a Eric. Yo también le señalé, aunque por el rabillo del ojo miraba a Cami. Liam, Adri y yo éramos las únicas que sabíamos que aquella noche de nuestra boda, Cami no se había ido sola precisamente. Pero, claro, por pura estadística y currículum, Eric siempre sería el sospechoso número uno en cualquier tema que incluyera la palabra "ligar".

—¡¿En serio?! ¡¿Yo?! —exclamó Eric, abriendo mucho los ojos y levantando las manos en señal de rendición—. Pero si yo no voy nunca a bodas... ¡Odio las bodas!

—No pongas esa cara, Eric —le soltó Enzo riendo—. Tienes el historial que tienes.

—Ya, pero es que no he ido a ninguna en años... —se defendió él, y entonces cometió el error de cálculo—. Bueno, en la vuestra.

Se hizo un silencio sepulcral de un segundo. James, que estaba apoyado en el respaldo de mi silla, arqueó una ceja con esa parsimonia que usa para interrogar a los testigos más difíciles.

—¿Quieres decir... —empezó James con un tono peligrosamente tranquilo— que te liaste con algún invitado de mi boda?

Vaya, vaya. Por lo que parecía, Eric no les había contado absolutamente nada a los chicos sobre su encuentro con Cami. Adri y yo nos cruzamos una mirada fugaz, una de esas que valen más que mil palabras, mientras intentábamos contener la risa. Eric se puso rojo, dándose cuenta de que acababa de cavar su propia tumba informativa.

—Bueno... sí, ¿para qué negarlo? —admitió Eric, rascándose la nuca—. Me he delatado solo. La barra libre de James era demasiado buena y la compañía... inmejorable.

Todos estallamos en carcajadas. James negó con la cabeza, medio divertido y medio resignado, mientras Liam celebraba su victoria como si hubiera ganado la Champions. Pero Eric, que no es de los que se quedan con el golpe, se enderezó en su sitio y agarró su copa con una sonrisa depredadora.

—Vale, me habéis pillado —dijo Eric, recuperando la compostura—. Pero ahora me toca a mí.

Nos miró a todos uno por uno, deteniéndose un segundo más de la cuenta en James y en mí, y luego pasó la vista por Cami.

—A ver... ¿Quién de los aquí presentes es más probable que haya tenido una fantasía recurrente con alguien de esta misma mesa?

El silencio que siguió fue de los que se cortan con un cuchillo. James apretó mi mano por debajo de la mesa y yo sentí que el licor de mora me bajaba de repente por la garganta. Eric acababa de lanzar un misil teledirigido y la diversión solo estaba empezando.

La pregunta de Eric se quedó flotando en el aire, densa como el vapor de una sauna. Por un momento, el silencio fue tan absoluto que casi podía oír el siseo de las burbujas de la copa de James. Miré de reojo a Adri, luego a Liam y, finalmente, a Cami. Todas sabíamos que no podíamos señalarla a ella; no ahora que estaba empezando algo con alguien y que yo, en mi fuero interno, cruzaba los dedos para que ese "alguien" fuera Joselu.

Como si nuestras mentes estuvieran conectadas por un hilo invisible, nos comunicamos sin decir palabra. Una señal, un parpadeo, y el veredicto estaba listo.

—Uno, dos y tres... —anunció Liam.

Los dedos acusadores se dispararon en nuestra dirección. James y yo éramos el blanco perfecto, la opción segura, la salida de emergencia para evitar que estallara una guerra civil en la mesa. Sin embargo, hubo un dedo que no nos apuntaba a nosotros. Fue el de Eric. Él señalaba directamente a Cami, con una sonrisa desafiante y una mirada que intentaba, una vez más, picarla.

Fui la única que se dio cuenta. Me quedé mirándolo y pensé: *"No, amigo mío... ya no. Esa oportunidad pasó de largo el día que decidiste que lo vuestro era solo un juego de una noche"*.

—¡Vaya mierda de pregunta, Eric! —soltó Enzo, rompiendo el hechizo con su brutal sinceridad—. ¡Se han casado! Si no han tenido fantasías entre ellos ya me dirás... Además, esas fantasías las han culminado con creces y ahí tenéis la prueba de que el "caso" ha sido un éxito —añadió señalando mi barriga.

James soltó una carcajada y me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome hacia él con una naturalidad que siempre me hacía sentir a salvo. La tensión se disipó entre risas estruendosas, y la "bomba envenenada" de Eric terminó siendo un simple petardo mojado. Todos siguieron bromeando, pero yo no podía quitarme de la cabeza la imagen de Eric señalando a Cami. Sabía que tenía que hablar con mi amigo. Tenía que pedirle que parara, que dejara de lanzar esos dardos. Cami se merece ser feliz sin que él esté constantemente recordándole lo que pudo ser y no fue.

El fin de semana en Málaga pasó volando, como si el tiempo hubiera decidido correr más de la cuenta solo por llevarme la contraria. Recorrimos la ciudad envueltos en un ambiente maravilloso; todavía puedo sentir la brisa del paseo marítimo en la cara y el sabor del pescaíto frito en esos bares típicos donde la buena comida y el bullicio te hacen olvidar cualquier mal momento. Por unos días, me sentí viva, activa, conectada al mundo.

Sin embargo, la realidad de la "baja preventiva" no perdona. Aquí estaba de nuevo, en mi sitio de siempre: mi sofá. He creado una especie de nido con mi manta favorita, música suave de fondo para mantener el cortisol a raya y, por supuesto, ese invitado de piedra que ya es como de la familia: el tensiómetro. Se ha vuelto mi sombra. Cada vez que siento un latido más fuerte de lo normal o un leve dolor de cabeza, ahí está él, esperando a darme su veredicto digital. Miro de reojo la pantalla apagada, rezando internamente para que la mínima se mantenga lejos de ese fatídico 100 que me enviaría directa a urgencias. Mi tensión seguía alta pero por debajo de esa mínima infernal.

Mi refugio durante estas semanas ha sido la lectura. Siempre fui una devoradora de libros, pero el ritmo frenético de los juzgados me obligó a abandonar ese placer durante años. Ahora, en este

retiro forzoso, he retomado el hábito con una voracidad casi desesperada.

Me quedé mirando la pila de libros sobre la mesa auxiliar. Los he agotado todos. Novelas históricas, románticas, thrillers, ensayos sobre maternidad... todos terminados. He vaciado mi lista de "pendientes" hasta el último ejemplar.

—Bueno, pequeña —le dije a mi barriga mientras sentía un pequeño empujón justo debajo de las costillas—, parece que mamá necesita munición nueva.

Aún me quedaba bastante tiempo para que ella hiciera su gran entrada triunfal, y el silencio de la casa empezaba a pesarme. Leer es lo único que consigue que mi mente deje de pensar en todo lo relacionado con ese supuesto hermano secreto, en el motivo de por qué no estoy trabajando o de imaginarme a Teresa ajustándole la corbata a James.

Así que decidí que iría esa misma mañana. Pero, cumpliendo a rajatabla mi papel de "paciente ejemplar", sabía que no debía conducir ni aventurarme sola por Madrid con la tensión que ello conlleva. Así que hice la llamada que sabía que traería una sonrisa al otro lado del teléfono: Gloria.

Mi suegra ha sido un descubrimiento en estos meses. Si antes nos llevábamos bien, ahora se ha convertido en mi compañera de fatigas matutinas. Ha pasado de ser la madre de James a ser la mujer que me hace compañía mientras espero que mi marido vuelva del despacho, trayéndome infusiones y anécdotas que me mantienen cuerda.

—¿A la librería? ¡Por supuesto, cariño! En quince minutos estoy en tu puerta —me dijo, con esa energía que parece que nunca se le agota.

Llegamos a mi librería favorita, un lugar que huele a papel viejo y a café recién hecho. Me movía por los pasillos con una calma casi sagrada, tocando los lomos de los libros y dejándome llevar por las sinopsis. Gloria me seguía de cerca, observándome con esa mirada analítica pero cariñosa que tanto se parece a la de James.

—Mía... —me llamó mientras yo examinaba una novela negra —, tengo que preguntarte algo que me tiene intrigada. ¿Habéis

decidido ya el nombre?

—¿Nombre? —repetí, un poco distraída mientras leía la contraportada de un libro.

—Mía... —soltó una carcajada suave—, te recuerdo que estás embarazada. Te queda muy poco para verle la carita a esa niña.

Me quedé congelada con el libro en la mano. La miré y luego bajé la vista hacia mi barriga.

—¡Ah! ¿Para la bebé? —me sentí ridícula al darme cuenta de que mi mente estaba en cualquier sitio menos en la burocracia de la maternidad—. Pues... no. Lo cierto es que no hemos hablado de ello ni una sola vez.

—¿Ni una? —Gloria arqueó las cejas—. Pues creo va siendo hora de que lo habléis.

Me quedé pensando. Era increíble. James y yo habíamos planeado la sede de Málaga al milímetro y habíamos controlado cada gramo de hierro en mi sangre... pero nos habíamos olvidado de ponerle nombre a la persona más importante de nuestra vida.

—Es cierto —admití, sintiendo una punzada de emoción—. Tenemos que sentarnos a hablar de esto.

Tras hacerme con mi botín de guerra —tres libros nuevos que prometían salvarme del aburrimiento las próximas semanas—, almorzamos juntas en un restaurante cercano. Fue una comida tranquila, sin hablar de tensiones arteriales ni de juicios, solo nosotras dos compartiendo confidencias.

Gloria me llevó de nuevo a casa y me ayudó a instalarme en mi refugio del sofá.

—Gracias por hoy, Gloria. De verdad —le dije antes de que se fuera.

—De nada, reina. Para mí siempre es un placer y que cuentes conmigo para estos simples planes, me hace muy feliz.

Me quedé a solas con mis libros nuevos, pero mi mente ya no estaba en las historias ajenas. Estaba buscando nombres, pensando en qué palabra encajaría con esa pequeña que no paraba de moverse dentro de mí.

CAPÍTULO 20: JAMES

La vuelta de Málaga había sido un torbellino. Entre los nuevos casos que entraban por la puerta, los plazos del resto, señalamientos y la gestión de la sede central, la semana se me pasó como si estuviera en un juicio perpetuo. Pero lo que más me pesaba no era el cansancio, sino la ausencia de Mía en el despacho. Mirar su despacho vacío me recordaba a cada segundo que el equipo no estaba completo.

Así que esa noche decidí que necesitábamos una tregua. Reservé en un restaurante tranquilo, con luz tenue y ese aire de exclusividad que nos permitiera ser simplemente nosotros antes de que nuestra vida se convirtiera en un carrusel de pañales y biberones. Mía estaba radiante, aunque notaba ese brillo de inquietud en sus ojos. El Dr. Mendoza nos esperaba al día siguiente y ella, como siempre, ya estaba repasando mentalmente los posibles escenarios. Necesitaba desconectar y no se me ocurrió mejor plan.

Estábamos disfrutando de la cena cuando ella soltó una pregunta que me dejó mudo.

—¿Has pensado algún nombre para nuestra hija?

Me quedé con el cubierto a mitad de camino, parpadeando. La verdad es que la pregunta me pilló totalmente fuera de juego.

—La verdad... no —admití.

—Tu madre me preguntó si habíamos barajado algún nombre y caí en la cuenta de que no lo habíamos hablado —confesó ella con una media sonrisa.

—Es que hemos estado tan pendientes de vuestro bienestar, de las analíticas y de que no tengas problema alguno por la tensión alta, que no nos hemos planteado ni lo más básico —admití, sintiéndome un poco culpable.

—Somos un desastre —dijo ella, estallando en una carcajada limpia que me llenó el alma.

—Quién lo diría de nosotros. Somos capaces de organizar una sede nueva con cuatro abogados, secretaria y hasta un *Community Manager* en tiempo récord, somos cuadriculados, metódicos y obsesivos con el trabajo... y luego, en nuestra vida personal, somos los padres más despreocupados del mundo.

Reímos de buena gana, dándonos cuenta de la ironía. Dos mentes brillantes del derecho incapaces de rellenar el hueco de "Nombre" en el registro civil.

—¿Y bien? —pregunté, recobrando la compostura—. ¿Qué nombre te gusta a ti?

Mía se quedó pensativa, mirando hacia arriba como si buscara la respuesta entre las molduras del techo del restaurante.

—El otro día, releyendo el libro de mitología griega, me encontré un nombre que me recordó mucho a la existencia de este bebé.

—¿Ah, sí? Sorpréndeme.

—En la mitología griega es un nombre que está íntimamente ligado a la fertilidad, la esperanza y el crecimiento, siendo su significado literal "brote verde". Me recordó que esta bebé fue engendrada en Grecia por mi adicción al regaliz.

No pude evitarlo. Solté una carcajada tan fuerte que un par de mesas se giraron a mirarnos.

—¿¡Has encontrado un nombre griego que resume el origen del embarazo y tu adicción a la botánica!? —dije entre risas—. Solo tú podrías hacer una asociación de ideas así. ¡Eres brutal!

—Tengo mucho tiempo libre ahora, ¿recuerdas? —bromeó ella, aunque vi que sus ojos brillaban de emoción.

Casi se me escapa una lágrima de la risa y del cariño que me desbordaba. Después de recomponerme un poco, la miré fijamente.

—Bueno, dime el nombre de una vez. Después de esa descripción me espero cualquier cosa. Pero ya te aviso que si es Aniceta o Crisanta, me niego en redondo.

Ella sonrió, saboreando el momento, y pronunció la palabra con una suavidad que me detuvo el corazón por un instante.

—Cloe.

Me quedé mirándola. Mirando su boca al decir ese nombre, y luego bajando la vista hacia su barriga.

—Cloe… —repetí yo, probando cómo sonaba en mi voz—. Me encanta. Suena bien, es corto, elegante y está lleno de ese significado que solo nosotros conocemos. Me veo perfectamente llamando a nuestra hija Cloe.

—¿De verdad te gusta?

—Sí, definitivamente. No busquemos más. Se llamará Cloe.

Brindamos —ella con su agua y yo con mi copa— por nuestra pequeña Cloe. Ya no era solo una "lentejita" o "la bebé"; ahora tenía identidad. Y mientras la miraba a los ojos, supe que ese brote verde era lo más sagrado que íbamos a proteger en nuestra vida.

La última visita al Dr. Mendoza no fue tan optimista como esperábamos. Tras revisar el listado exhaustivo de tensiones que Mía se tomaba rigurosamente, el médico fue tajante: la tensión no estaba controlada del todo. No era lo suficientemente alta como para dejarla ingresada, pero sí para mantenernos en vilo. "No queremos que Cloe llegue antes de tiempo", nos dijo. Cada día que pasaba con la niña dentro era una pequeña victoria contra las estadísticas de los bebés prematuros. Mía tenía que intensificar el control, convirtiendo el tensiómetro en una extensión de su propio brazo.

Las semanas habían pasado como un vendaval, arrastrándonos hacia una época cargada de una electricidad peligrosa. Era 2 de abril. Faltaba exactamente una semana para el juicio de Diego Beltrán, y mi único objetivo era él. En los procesos anteriores, Mía siempre había estado al frente, liderando con esa ferocidad legal suya. Ahora, me tocaba a mí. No es que desconfiara de mis compañeros —estaban haciendo un trabajo excelente y eran los mejores sustitutos posibles—, pero me volví obsesivo. Revisé cada conclusión, cada argumento, cada prueba. Me pasaba las horas frente a los informes como si estuviera frente a frente contra ese hombre en un duelo a muerte.

Mi bandeja de entrada era un caos; miles de correos sin leer se acumulaban y el trabajo, sin la agilidad mental de Mía en el despacho, se estaba volviendo una montaña difícil de escalar. De

repente, mi teléfono vibró sobre la mesa. Joselu. Descolgué antes del segundo tono, con el corazón martilleando contra mis costillas.

—James, necesito contarte algo en persona —su voz sonaba más grave de lo habitual—. Mi compañero ha localizado a la exmujer de Diego Beltrán. ¿Puede ser ahora?

—Nos vemos en el sitio de siempre en quince minutos —respondí, ya cogiendo las llaves del coche.

Si alguien me hubiera tomado la tensión en ese momento, el Dr. Mendoza me habría esposado a una cama de hospital. Llegué a la cafetería en diez minutos; Joselu ya estaba allí, sentado en un rincón con un sobre sobre la mesa.

—¿Quién es? —le pregunté antes incluso de sentarme, con la respiración entrecortada.

—Siéntate, James.

Joselu sacó un extracto del Punto Neutro Judicial. Eran todos los datos de la exmujer de Beltrán. Pasé la primera página, llena de números de identidad y direcciones antiguas, y llegué a la segunda. Había una fotografía de ella con un muchacho.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Se me secó la boca y el aire se volvió pesado.

—No puede ser...

Mi cabeza empezó a dar vueltas como un huracán de sospechas y recuerdos. No podía ser ella. Miré a Joselu a los ojos. Me vino a la mente la cara de Mía, su sonrisa tranquila mientras acariciaba su barriga, su lucha diaria por mantenerse calmada. Estamos en la recta final de un embarazo que ha sido una carrera de obstáculos. No podía contarle esto a Mía ahora. Faltaba el último empujón, el más delicado. Durante todos estos meses, el mayor logro había sido mantenerla lejos del estrés de su padre, pero si le contaba lo que acababa de descubrir más el juicio a la vuelta de la esquina... creo que hiperventilaría tanto que Cloe nacería en tres segundos.

El médico había sido claro: debemos aguantar al menos hasta la semana 37 para que la niña esté fuera de peligro. Joselu, que pareció leer el pánico en mis ojos, intervino con voz firme.

—No se lo cuentes hasta que la bebé haya nacido y estén las dos bien, James —me dijo, guardando los papeles—. Además, en una semana tienes el juicio. Ella va a notar tu nerviosismo estos días. Son dos problemas de golpe, y una de ellas es… una bomba atómica.

Me froté la cara con las manos, intentando procesar la magnitud de lo que tenía entre manos. La lealtad hacia Mía me quemaba, pero mi instinto de protección era más fuerte. Nos volvimos a mirar a los ojos.

—Creo que tienes razón —dije, mirando la foto por última vez antes de que Joselu la guardara y me entregara el sobre—. Es lo mejor. Tengo que ser su muro de contención una semana más. Solo una semana... y que Cloe nazca sana. Después de eso, nos encargaremos de la verdad.

Pero mientras caminaba de vuelta al coche, solo una pregunta martilleaba mi mente: ¿Cómo demonios voy a mirarla a los ojos esta noche sin que note que he descubierto su pasado? ¿Cómo demonios voy a mirarla a los ojos sin que note que sé quién es su hermano?

Regresé al despacho, pero era como si mi cuerpo estuviera allí y mi mente hubiera volado a otra galaxia. Me senté frente al expediente de Diego Beltrán, pero las letras bailaban sobre el papel. No di pie con bola. Cogía un bolígrafo, lo soltaba. Abría un correo, lo cerraba sin leerlo.

Mi cabeza era un huracán a mil por hora. Me debatía en una pelea constante conmigo mismo. Por un lado, era la buena noticia que llevábamos meses esperando: el hermano de Mía existía, estaba localizado y, lo más increíble de todo, es que ahora sabía quién era. El destino tiene un sentido del humor retorcido, porque Mía no se esperaría quién es esa persona en realidad.

Pero entonces, la imagen del tensiómetro en la mesita de noche me golpeaba la conciencia. Sabía perfectamente lo que pasaría si abría la boca. Mía no se limitaría a sonreír; empezaría a indagar, a remover ese pasado que tanto daño le ha hecho. Ese fango que hemos evitado a toda costa durante estos meses.

Puse los hechos sobre la mesa, como si fuera un balance de daños. Si se lo cuento: su tensión se dispararía en el acto. La adrenalina y el impacto emocional harían que la mínima subiera de 100 en segundos. Tendríamos que ingresarla, y Cloe nacería hoy mismo, prematura, con todos los riesgos que eso conlleva. Si me callo: cargo yo solo con el secreto. Me convierto en un mentiroso por omisión, pero gano tiempo. Gano días de paz para que los pulmones de nuestra hija terminen de formarse.

No había duda. No era bueno para ella. Quedaba muy poco tiempo, apenas un último esfuerzo para llegar a esa semana 37 que el Dr. Mendoza marcó como "zona segura".

Me froté la cara con fuerza, tratando de borrar la expresión de shock de mis ojos. James Bernard, el abogado que nunca pierde los papeles, tiene que dar ahora la interpretación de su vida.

—Actúa con normalidad, James —me susurré a mí mismo, cerrando el puño—. Entra en casa, bésala, pregúntale por la tensión y dile que el trabajo ha sido aburrido.

Guardé el extracto que me dio Joselu en el fondo de mi caja fuerte personal del despacho. Allí estaría a salvo. Cerré la puerta, respiré hondo y me puse la máscara de marido optimista. El secreto me quemaba en el pecho, pero por Mía y por Cloe, estoy dispuesto a arder en silencio un par de semanas más.

Entré en casa repitiendo mi mantra mental como si fuera un salmo: marido optimista, beso, cena, conversaciones banales sobre libros... Estaba convencido de que, si mantenía la guardia alta, este secreto, que imploraba por salir, se quedaría guardado tras mi máscara de tranquilidad.

Pero Mía no es solo mi mujer; es la mejor abogada que he conocido, y su radar para detectar mentiras o estados de ánimo alterados es infalible. Nada más cerrar la puerta, sentí su mirada analítica recorriéndome.

—¿Ha pasado algo en el despacho hoy? —me soltó sin preámbulos.

—No, ¿por qué lo preguntas? —intenté que mi voz sonara ligera, pero me salió un tono un poco más agudo de lo normal.

—James, tienes la cara pálida. ¿Te encuentras bien?

Mierda. Soy un actor mediocre, pensé. Ni siquiera el mejor sastre del mundo podría ocultar el hecho de que mi mundo acababa de dar un vuelco de 180 grados.

—No es nada, nena —dije, acercándome para darle un beso —. Solo estaré cansado. Se nota mucho tu ausencia en el despacho y los expedientes no se leen solos.

Al menos eso no era mentira. El vacío que ella había dejado en Bernard Legal Group era un abismo que yo intentaba llenar a base de horas extra y cafeína.

—Si necesitas que te eche una mano... puedes darme cosas simples si quieres. Solo para quitarte carga —se ofreció, con esa generosidad que me dolía en el pecho.

—No. Queda un último empujón. Apenas un par de semanas para estar en la zona segura, ¿recuerdas? Tú descansa, Cloe necesita que su madre esté al cien por cien.

Mía se quedó pensativa, entrecerrando los ojos. Sabía que no me creía del todo, así que opté por una retirada estratégica: la cocina.

Me puse a preparar algo de cena, moviendo sartenes y cortando verduras con una intensidad innecesaria, solo por evitar tener que mirarla a la cara. El peso de lo que sabía —el nombre de esa mujer, la identidad de su hermano— me quemaba en la garganta. Sin embargo, ella no se quedó en el sofá. Se acercó a la encimera y se apoyó con cuidado, observando mis movimientos.

—James... ¿cómo va el juicio de mi padre? —preguntó de pronto.

El cuchillo se detuvo sobre la tabla de cortar sin que mi cerebro le hubiera dado la orden; mi cuerpo reaccionó solo. Me quedé helado.

—Sé que te dije que no quería saber nada, y has cumplido a rajatabla con eso —continuó ella con voz suave—, pero no sé en qué punto procesal se encuentra... ¿Ha acabado ya la instrucción?

¡Dios! Sí, Mía, ha acabado y la semana que viene es el juicio de ese malnacido. El pánico empezó a treparme por el cuello. Tenía

que medir cada palabra; un error aquí y su tensión se dispararía hasta las nubes.

—James... —insistió al ver que no contestaba.

—Sí —dije finalmente, obligándome a seguir cortando—. Se ha cerrado la instrucción.

—¿Hay fecha para el juicio?

—Por favor, Mía, no me lo pongas más difícil —le pedí, girándome hacia ella con una súplica real en los ojos—. Sabes que el médico no quiere que te alteres.

—Solo dime en qué punto está, no me des más detalles —insistió ella, con esa terquedad que tanto amo y que hoy tanto me aterraba.

—Sí, tenemos fecha. Pero no te voy a decir cuándo es. No quiero que estés contando los días en el calendario con angustia.

Se hizo un silencio espeso, roto solo por el chisporroteo de la comida en el fuego. Esperaba que protestara, que sacara sus garras de abogada y exigiera la fecha, pero hizo algo mucho más letal para mi autocontrol.

Vino hacia mí y me rodeó con sus brazos. Me hundí en su abrazo, escondiendo la cara en su cuello, aspirando ese aroma a menta y hogar que siempre me devolvía la paz. Me sumergí en su pelo, ese que me da la vida y que llena mis pulmones de un aire que, en este momento, me faltaba de forma angustiante.

—Te amo —me susurró al oído.

—Y yo a ti, Mía. Más que a nada.

La apreté contra mí con una mezcla de adoración y desesperación. Estaba protegiéndola de su padre, del estrés y ahora de una verdad que cambiaría su vida para siempre. Solo esperaba que, cuando todo esto saliera a la luz, ella entendiera que cada silencio y cada media mentira fueron solo para mantener a salvo lo que más quiero: a ella y a Cloe.

Me apunté una nota mental: tengo siete días para destruir a Diego Beltrán y que no vuelva a aparecer en nuestras vidas. Siete días para ser el muro que Mía necesita. Y después... después tendré que lidiar con la onda expansiva de la verdad.

CAPÍTULO 21: MÍA

Ese fin de semana era especial. A pesar de mi reposo y de los sustos con la tensión, necesitaba ver a mi "familia elegida". James, que se había convertido en el anfitrión perfecto, organizó todo para que cenáramos en casa. Liam, Eric, Enzo, Cami y Adri vendrían a llenar nuestro salón de vida y, sobre todo, de ese ruido que tanto echaba de menos.

Cami, Adri y Liam llegaron los primeros. Nos sentamos en el sofá, con mi panza presidiendo la reunión, mientras James iba y venía de la cocina sacando todos esos tentempiés que habíamos preparado con tanto mimo por la tarde. El ambiente era relajado, pero Cami tenía una luz distinta en los ojos. De repente, se puso seria y nos miró a Liam, Adri y a mí.

—Os quiero contar quién es la persona a la que estoy conociendo —dijo con un hilo de voz—. Parece que vamos en serio y no quiero ocultároslo más.

Yo ya tenía la frase de "¡Lo sabía!" en la punta de la lengua. En mi mente, el nombre de Joselu estaba escrito en letras de neón. Estaba a punto de celebrar mi victoria cuando mi amiga soltó la bomba:

—Eric.

En ese preciso instante, el timbre de la puerta sonó, pero mi cerebro se quedó congelado. No podía reaccionar. ¿Eric? ¿Cómo que Eric?

—¿Cómo? —gritó Liam.

—¡No puede ser! —exclamé, saliendo del shock—. ¿No es a Joselu al que estabas conociendo?

—¿Qué? ¡No! —respondió Cami, igual de confundida que yo.

En ese momento, James entró en el salón seguido de Eric y Enzo. Mi mirada se clavó en Eric como un dardo envenenado. Todo el estrés acumulado del embarazo, las hormonas y mi instinto de

protección por Cami estallaron en un segundo. Sin pensarlo, me levanté, alargué la mano, cogí un vaso de agua lleno de la mesa y se lo estampé directamente en la cara a Eric.

—¡¿Cómo te atreves?! —grité.

—¡¿Pero qué he hecho?! —balbuceó Eric, chorreando agua por el pelo y la ropa.

—¿Estás engañando a mi amiga? —le recriminé señalándolo —. ¡No voy a permitir que juegues con ella!

—¿De qué hablas, Mía? —preguntó Eric, totalmente descolocado.

—¡Mía, para! —gritó Cami, poniéndose en medio.

—¡Me acabas de decir que estáis juntos! —le solté a ella sin apartar la vista del "culpable"—. ¡Pero Eric está saliendo con una tal Susana! No voy a permitir que te engañe, ¿entiendes?

Se hizo un silencio sepulcral. Eric se limpió la cara con la mano, suspirando.

—Lo sé... ya me ha quedado claro con este baño de agua —dijo Eric, mirándome con una mezcla de fastidio y resignación.

—Mía, tranquilízate —repitió Adri, que hasta ese momento también estaba en guardia—. Ya me encargo yo de rematar a este tipo...

—¡Chicas, parad! —gritó Cami, desesperada—. Susana soy yo.

Me quedé con la boca abierta. El brazo que todavía señalaba a Eric se me cayó al costado. ¿Susana?

—Usamos ese nombre para hablar de nosotros sin que supierais quién era —explicó Cami avergonzada—. No quisimos decir nada por si no funcionaba; no queríamos crear mal ambiente en el grupo si lo nuestro salía mal.

James, que había asistido al espectáculo desde la puerta con una mezcla de horror y diversión, dio un paso adelante.

—¿Y ha funcionado? —preguntó con esa voz pausada suya.

Eric no respondió con palabras. Se acercó a Camila despacio, con ese aire seductor que le sobra, la agarró firmemente de la cintura y la atrajo hacia él.

—A las mil maravillas —sentenció, y le estampó un beso de película delante de todos nosotros.

Todos respiramos aliviados. Yo sentía que me ardían las mejillas de la vergüenza.

—Perdóname, Eric... de verdad —murmuré, volviendo a sentarme en el sofá porque las piernas me temblaban.

—Tranquila, fiera —rio él, quitándose la americana empapada —. Ya sé que nos proteges a todos. Eres como nuestra "mamá loba", siempre con los colmillos fuera.

—Vale, yo le doy una toalla para que se seque y tú, James, tráele una camisa limpia de las tuyas —ordenó Liam—. Pero en cuanto volvamos, quiero toda la historia —dijo señalando con el dedo a Eric y Cami—. Y la quiero al completo.

Cuando por fin se sentaron, nos contaron todo. Resulta que cuando Cami se fue sola de vacaciones hace meses para desconectar de todo el lío que tenía con Eric, éste la siguió. Pasaron un momento precioso a solas, lejos de Madrid. Luego llegó la rutina y se distanciaron un poco, pero Eric no se rindió y terminó conquistándola de nuevo.

—Yo estaba deseando que lo contara —admitió Eric, ya seco y con una camisa de James que le quedaba un poco grande—. No me gusta mentir, se me pilla fácilmente. De hecho... ¿os acordáis del juego en Málaga? Hice la pregunta de las fantasías para ver si ella se atrevía a soltarlo. Intenté forzarla para que lo contara de una vez, ¡pero me lo arruinasteis señalando a James!

Nos reímos a carcajadas. El ambiente tenso desapareció por completo y fue una de las mejores cenas que recuerdo. A pesar de mi error de cálculo y de mi "bautismo" forzado a Eric, me sentía inmensamente feliz. Cami estaba en buenas manos y nuestro grupo estaba más unido que nunca.

Una vez que los nuevos tortolitos nos contaron su historia secreta y sus planes, la cena continuó entre risas y esa calidez que solo se siente cuando estas con personas como ellas. Pero como siempre, Liam, que no puede estar cinco minutos callado, se inclinó hacia James y hacia mí con los ojos brillando. ¡Miedo me daba!

—A ver, después de este drama turco que acabamos de vivir con Eric y Cami... volvamos a lo importante. ¿Habéis pensado ya un

nombre para mi sobrina favorita? Porque yo tengo varias propuestas. Personalmente, creo que Casiopea tiene una fuerza estelar increíble. O Gertrudis, si queréis que sea una niña con una sabiduría ancestral prematura.

—¡Ni se te ocurra, Liam! —soltó Eric riendo—. No le arruines la vida a la pobre criatura antes de que nazca.

—No, que se llame Camila, como su tía favorita —intervino Cami, dándole un beso sonoro en la mejilla a su ahora "oficial" novio.

—Oye... que yo también estoy aquí —protestó Adri fingiendo indignación.

James me miró y me apretó la mano por debajo de la mesa. Era el momento de soltarlo.

—Ya hemos decidido el nombre —dijo James con esa seguridad que hace que todo el mundo se calle para escucharle.

—Se llamará Cloe —dije finalmente.

Se hizo un silencio de apenas un segundo y, de repente, el salón se llenó de exclamaciones.

—¡Me encanta! —exclamó Adri, estirándose para darme un abrazo—. Es dulce pero con carácter.

—Sí, y aunque no nos gustase también te diríamos que nos encanta, para qué engañarnos —soltó Eric con su honestidad habitual, ganándose un codazo inmediato de Cami.

—Tú siempre igual, Eric... —rio ella.

—Muy buen nombre, de verdad —intervino Enzo, que siempre analiza las cosas con más calma—. Me gusta mucho. Es corto, internacional y suena... no sé, a alguien que va a saber lo que quiere.

—Pienso igual. ¡Augh! —añadí yo, sintiendo una patadita de Cloe como si estuviera de acuerdo—. Sí, a ella también le encanta su nombre.

—Así me gusta sobrina –dijo Liam acercándose a mi barrigota —. Con carácter desde antes de nacer. Que tu madre aprenda un poco de su propia medicina. Me encanta el nombre, es firme y contundente, pero a la vez muy fresco.

Todos reímos hasta que Enzo, que se nota que es el más práctico del grupo, nos miró con curiosidad.

—Y... ¿qué tal va el nido? ¿Habéis arreglado ya la habitación de la niña?

James y yo nos miramos con una mezcla de culpabilidad y pereza. Entre la apertura de Málaga, mi baja preventiva y el reposo, los muebles habían pasado a un tercer plano.

—La verdad... no —confesé, encogiéndome de hombros—. Lo hemos ido dejando. No hemos pintado, ni hemos montado ningún mueble. De hecho, la habitación ahora mismo es un almacén de libros y cajas de muebles sin abrir.

Liam casi se atraganta con su bebida. Abrió los ojos como platos y soltó el tenedor sobre el plato.

—¡¿Qué?! ¡Pero si os queda un mes y medio! —exclamó, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Mía, por favor! Tenéis que tenerlo todo listo para su llegada. No podéis traer a Cloe a un almacén de Amazon.

—Tranquilo, Liam, tenemos tiempo —intentó calmarle James.

—¡¿Tiempo?! —Liam se llevó una mano a la cabeza—. Deja que se lo diga a mi madre... Ella piensa que, con lo organizados que sois los dos, tendríais la cuna montada, la ropa planchada y ordenada por colores y el humidificador funcionando desde hace meses. ¡Vais a vivir al límite, de verdad!

Todos estallamos en carcajadas ante el drama de Liam. Tenía razón, éramos un desastre logístico en casa, pero estar allí, rodeada de ellos, me hacía sentir que, aunque Cloe tuviera que dormir en un cajón los primeros días, no le faltaría ni un gramo de amor.

—Este fin de semana nos ponemos sin falta —prometió James, aunque yo no las tenía mucho conmigo.

—Por supuesto que te pondrás, amigo —dijo Eric con esa seguridad suya, dándole una palmada en el hombro a James.

No me dieron tiempo ni a protestar. En cuestión de segundos, mi salón se convirtió en un centro de mando logístico.

—Mañana me tienes aquí —sentenció Enzo.

—Yo no trabajo, me apunto —añadió Adri.

—Y yo —saltó Liam.

—Y nosotros —remató Cami, agarrando el brazo de Eric con una sonrisa de complicidad. Y yo no sabía si seguir poniendo cara de incredulidad o derretirme ante ellos.

Y así, sin pensarlo, todos quedaron en venir al día siguiente para pintar y arreglar la habitación de nuestra pequeña. James estaba abrumado; sabía que él solo no habría podido con todo el montaje, el diseño y la pintura en un solo fin de semana. Yo, por supuesto, tenía prohibido cualquier esfuerzo y, sobre todo, acercarme a los vapores de la pintura. Enzo, fiel a su estilo meticuloso, ya se encargó de que todos los materiales fueran ecológicos y de que la habitación fuera totalmente eficiente. Mi arquitecto favorito no iba a dejar nada al azar. Y nosotros cumplimos con ello y compramos todo lo necesario con los materiales que nos indicó.

Al día siguiente, mi casa parecía estar en reformas integrales. Fue un espectáculo verlos llegar a todos equipados con monos de trabajo, algunos más profesionales que otros —el de Liam parecía sacado de una película de acción.

Las anécdotas volaban por el pasillo. Cami y Eric se perseguían con los rodillos, llenándose de pintura "accidentalmente" mientras se reían como adolescentes. Adri y Enzo discutían con una seriedad cómica mientras montaban la cuna o sobre si la cuna debía ir en un ángulo de noventa grados o si la luz natural afectaría el sueño de la bebé. Yo, incapaz de quedarme quieta del todo, me asomaba al umbral del pasillo para intentar dirigir la operación.

—¡Un poco más hacia la izquierda el estante! —gritaba yo, señalando con el dedo—. ¡Y cuidado con esa esquina, que el acabado no parece uniforme!

James, que estaba subido a una escalera con la cara manchada de beige, se giró hacia mí con una sonrisa cansada pero divertida.

—¡Mía, afuera! No te lo repito más. ¡Como siempre dando órdenes! —Todos estallaron en carcajadas—. ¡Al salón o me veré obligado a cerrar la puerta y que muramos asfixiados por la pintura, por muy ecológica que sea!

—¡Dios, Mía, no! ¡Al salón! —dijo Liam haciendo como que se desmayaba.

Me retiré indignada, pero riendo por dentro, mientras escuchaba el sonido de las brochas y las bromas de fondo. Era una locura, pero era nuestra locura.

Estaba en el salón, intentando concentrarme en mi libro, pero los martillazos, las risas y las discusiones sobre la eficiencia energética de Enzo me tenían en un estado de nerviosismo ilusionado. De repente, el silencio se hizo en el pasillo.

—¡Mía, ven! —gritó Liam con una voz de presentador de televisión—. Pero cierra los ojos, ¡nada de trampas!

James vino a buscarme, me puso las manos sobre los ojos y me guio con cuidado. Notaba el olor a pintura fresca —esa ecológica que Enzo nos había impuesto con tanto celo— y el calor del grupo esperando mi reacción. Cuando James retiró sus manos, el corazón me dio un vuelco.

¡Increíble! El cuarto de Cloe ya no era una habitación vacía llena de cajas; era un refugio. Habíamos elegido una paleta de tonos beige y verdes empolvados que transmitían una paz absoluta y que me maravilló verla sobre la pared. En la pared principal, habían colocado unas pegatinas de animales —una jirafa asomando por una esquina, un elefante y un leoncito durmiendo entre hojas, todo ello, entre árboles— que parecían cobrar vida bajo la luz suave de la tarde. La cuna, de madera clara, vestida con sábanas blancas impecables, se encontraba entre los animales. Liam ya había puesto el móvil giratorio en marcha; unas nubes y estrellitas de fieltro daban vueltas lentamente sobre la cuna. La mecedora beige la había ubicado en el rincón junto a la ventana, y le había puesto un cojín verde musgo; se veía tan cómoda que casi podía imaginarme allí, alimentando a Cloe a las tres de la mañana. Sobre la mesita auxiliar, un pequeño proyector ya estaba listo para dibujar constelaciones en el techo cuando llegara la hora de dormir. Y en la pared de enfrente, el mueble cambiador de color blanco. En el resto de la habitación habían colocado cestas, peluches, unas pequeñas estanterías… Todo era perfecto. Cada detalle gritaba que había sido puesto con amor.

Justo cuando estaba a punto de echarme a llorar de la emoción, Cami y Eric dieron un paso adelante, ocultando algo tras su espalda.

—Te juro que ha sido improvisado, como una señal —dijo Cami con los ojos brillantes, todavía con una mancha de pintura beige en la frente.

—Ha sido el destino —añadió Eric—. Lo hemos visto en una pequeña tienda de bebés viniendo para vuestra casa y no hemos podido evitarlo.

Sacaron el letrero grande de madera que habían estado ocultando. Las letras de "CLOE" estaban talladas con una elegancia rústica que encajaba perfectamente con la estética de la habitación.

—Creo que irá perfecto aquí arriba —dijo Cami, señalando el espacio justo encima de la cuna, centrado entre los animales de la pared.

Me llevé las manos a la boca, incapaz de articular palabra. Miré a James, que me observaba con una sonrisa de absoluta satisfacción, y luego a todos mis amigos, cansados y manchados de pintura, pero felices por haber construido el primer hogar para mi hija.

—Sin duda, ese era su nombre —susurró James detrás de mí, rodeándome con sus brazos y dándome un beso tierno en la cabeza.

Era el final perfecto para un día agotador. Cloe no solo tenía un nombre, ahora tenía un universo propio esperándola, y yo sabía que, con unos tíos tan locos y entregados como ellos, nunca le faltaría una mano que la sostuviera o que le pintara la vida de colores. Nunca me había sentido tan afortunada.

Con el cuarto de Cloe ya listo, el instinto de nido se apoderó de mí con una fuerza que ni yo misma reconocía. Así que tras ese fin de semana, decidí que ya era hora de comprar la ropa para mi niña. Pero no estaba sola en esta misión; Gloria se convirtió en mi sombra, mi cómplice y, para qué engañarnos, en mi patrocinadora oficial.

No hubo tienda de bebés en Madrid que se nos resistiera. Pasamos mañanas enteras recorriendo boutiques donde el olor a

talco y la suavidad de las prendas me hacían olvidar, por un momento, que mi tensión jugaba al escondite con el límite de lo permitido.

Cada vez que llegábamos a la caja y yo sacaba mi tarjeta, Gloria me lanzaba una de esas "miradas de madre" que no aceptan réplicas. Con un gesto elegante pero firme, apartaba mi mano.

—Ni lo sueñes, Mía —me decía mientras entregaba su tarjeta a la dependienta—. Toda esta ropita es de sus abuelos. Manuel y yo hemos estado esperando este momento mucho tiempo, así que déjanos disfrutarlo.

Salíamos de las tiendas cargadas de bolsas de papel con lazos de seda. Me sentía un poco abrumada por la generosidad, pero ver la ilusión en la cara de Gloria me llenaba el pecho de una gratitud nueva. Estábamos comprando el primer armario de una vida, y cada pelele, cada gorrito y cada par de patucos que ella elegía parecía llevar impreso un "bienvenida a la familia".

Como mi cuerpo ya no me permitía las maratones de compras de antaño, nuestras salidas tenían un ritmo pausado, casi ritual. Después de visitar un par de tiendas, Gloria buscó de inmediato una cafetería acogedora. Nos sentamos rodeadas de bolsas. Yo soltaba un suspiro de alivio al liberar mis pies, que a esas alturas parecían dos bollos recién horneados, y ella pedía un té y un zumo de naranja natural para mí. Le envié un mensaje a James junto con mi ubicación: *"Mira dónde y cómo estamos"*, acompañando una foto de las bolsas. Su respuesta no me hizo esperar: *"No hay armario para meter todo eso"*.

Allí, entre el ruido de las tazas de porcelana, Gloria me contó historias de cuando James era pequeño.

—James era muy testarudo. No quería ponerse nada que le picara. Creo que Cloe va a heredar ese carácter... pero con esta batista de seda, al menos no tendrá quejas —dijo riendo mientras acariciaba un vestidito beige.

—Gloria, de verdad... tiene ropa para cambiarse tres veces al día hasta que cumpla los dieciocho —le dije, mirando la montaña de bolsas que ocupaba la silla vacía.

—Es la primera nieta, cariño. No pidas milagros —respondió ella guiñándome un ojo—. Además, mirarte la cara de felicidad cuando ves esas perchas es el mejor regalo que me puedes hacer.

Llegamos a casa y lo primero que hice fue soltar las bolsas en la entrada con un suspiro que me salió del alma. Estaba reventada. Cloe ya pesaba sus buenos 2,8 kilos, y sumado al líquido y a todo lo demás, sentía que llevaba una pequeña roca preciosa, pero agotadora, en mi vientre. Mis pies pedían clemencia a gritos.

Nos dirigimos al salón y Gloria, siempre tan atenta, me ayudó a acomodarme mientras empezábamos a sacar la ropita minúscula de las bolsas. El contraste entre la suavidad de la lana y la pesadez de mi cuerpo era lo único que ocupaba mi mente... hasta que el timbre sonó.

Gloria se apresuró a abrir. La oí hablar con el cartero y, un momento después, regresó al salón con un sobre blanco en la mano.

—Es para ti, Mía —dijo frunciendo el ceño—. Pero qué raro... no pone remitente.

Extendí la mano y cogí el sobre. El papel estaba frío, o quizás fui yo la que perdió la temperatura de golpe. Lo abrí con dedos temblorosos, esperando que fuera una tarjeta de felicitación o incluso alguna factura olvidada. Pero no había colores, ni logotipos, ni afecto. Solo una frase mecanografiada en el centro de la cuartilla.

Un escalofrío violento me recorrió la columna, desde la nuca hasta los pies. Sentí un vuelco en el estómago que no tenía nada que ver con el embarazo; era ese miedo antiguo, viscoso y oscuro que conocía demasiado bien. Solté la carta como si el papel me estuviera quemando la piel, dejándola caer al suelo.

—¿Qué pasa, Mía? —preguntó Gloria, alarmada por mi palidez. Se agachó rápidamente para recogerla.

Al leerla, su rostro se transformó. El color se le escapó de las mejillas y sus ojos se llenaron de una mezcla de horror e indignación.

—¡¿Quién te ha mandado esto, por el amor de Dios?! —exclamó, apretando el papel entre sus manos.

Sabía perfectamente quién era. No necesitaba nombre, ni sello, ni firma. Era él. Siempre él. Diego Beltrán tiene esa forma sádica de recordarme que, incluso entre rejas, su sombra es lo suficientemente larga como para oscurecer mi salón. Usaba el mismo estilo de terror psicológico que había usado en otras ocasiones: breve, directo, diseñado para recordarme que me vigila.

Sentí que el aire me faltaba. Mis pulmones, ya comprimidos por el tamaño de Cloe, se negaban a expandirse. Yo no podía articular palabra. Las letras seguían bailando en mi cabeza: *"Se acabó tu tiempo"*.

CAPÍTULO 22: JAMES

Cruzar el umbral de casa se había convertido en mi momento de descompresión, pero esa tarde, la presión no bajó. Mía estaba organizando la ropita de Cloe, pero supe que algo no encajaba cuando me dio un abrazo más fuerte de lo habitual, una especie de anclaje desesperado que me hizo saltar todas las alarmas.

—¿Estás bien? —le pregunté, hundiéndome en su cuello.

—Sí, quizá un poco abrumada —respondió. Pero su voz no era la suya; le faltaba esa chispa de seguridad que siempre la define.

Intenté restarle importancia pensando en el cansancio o en las compras con mi madre, pero la sombra en sus ojos me decía que había algo más. Como yo también cargaba con mi propio huracán interno —a solo dos días del juicio contra Diego Beltrán—, decidí que el mundo exterior no cruzaría la puerta de nuestro hogar.

Me la llevé a nuestra habitación sin dejar espacio a protestas. Llené la bañera, dejando que las bombas de esencia crearan una capa espesa de espuma blanca y el aroma a lavanda inundara el aire. Encendí unas velas, apagué las luces fuertes y puse una melodía lenta, de esas que parecen detener los latidos del corazón.

—Vamos a relajarnos, nena. Solo nosotros dos —le susurré.

Nos desvestimos con una lentitud casi ritual. Verla así, con su vientre de 35 semanas bajo la luz de las velas, me recordó por qué estaba luchando tanto fuera de estas cuatro paredes. Nos metimos en el agua caliente y ella se dejó caer sobre mi pecho, dejando que el agua sostuviera el peso que su espalda ya no podía soportar.

Estar así, piel con piel, era la única medicina que funcionaba para ambos. Sentía su respiración acompasarse con la mía, mientras el calor del agua nos envolvía.

—¿Sabes que te amo? —le dije, rompiendo el silencio.

—¿Sabes que yo más?

—Eso es discutible… —murmuré, y nos besamos con una mezcla de ternura y una urgencia contenida.

Empecé a acariciarla, recorriendo su cuerpo con la palma de la mano, reconociendo cada cambio. Me entretuve en sus pechos, más sensibles y hermosos que nunca, y bajé por sus caderas hasta que mi mano encontró su camino bajo el agua. Quería que esa maldita tensión alta se fuera por el desagüe, quería borrar cualquier rastro de miedo en ella.

Empecé con caricias circulares, muy lentas, mientras le besaba el lóbulo de la oreja y le susurraba lo mucho que la deseaba. La sentí estremecerse contra mí, perdiendo esa rigidez que traía del salón. Bajo la superficie del agua espumosa, mis dedos buscaron ese punto donde ella siempre se rinde. Comencé un ritmo constante, suave pero firme, adaptándome a sus suspiros. Mía echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en mi hombro, y cerró los ojos. Cada movimiento mío estaba diseñado para que ella soltara el control. Podía sentir cómo sus músculos se tensaban y se relajaban en oleadas. Sus jadeos se mezclaban con el sonido del agua hasta que, con un gemido sordo contra mi cuello, alcanzó esa liberación que tanto necesitaba.

Mía se quedó lánguida contra mi pecho, con la respiración entrecortada y la piel todavía vibrando por la descarga. El agua, salpicada de espuma y pétalos de esencia, mecía nuestros cuerpos en un silencio que solo rompía el eco de su último suspiro. Me sentía en paz; verla así, con esa rigidez del cuello finalmente disuelta, era el único veredicto que me importaba hoy.

Pero Mía, incluso en su estado de relax absoluto, nunca deja de ser ella. Se incorporó un poco, lo justo para que el agua resbalara por sus hombros y sus ojos se encontraran con los míos. Tenían ese brillo oscuro, inteligente y cargado de intención que siempre me desarma.

—Mi turno —susurró, con una sonrisa ladeada que prometía de todo menos descanso.

—No es necesario, nena —dije, aunque mi cuerpo ya empezaba a traicionarme solo con oírla.

—Claro que lo es —replicó ella, acercándose a mi oído mientras sus manos empezaban a moverse bajo la superficie del agua—. Piensa que no lo hago por ti... lo hago por mi propia salud mental. Necesito verte perder el control tanto como yo.

No pude replicar. Sus dedos, expertos y suaves, me encontraron en la calidez del agua jabonosa. Cerré los ojos, dejando caer la cabeza contra el borde de la bañera mientras el mundo exterior terminaba de desintegrarse. Mía empezó con una caricia lenta, firme, envolviendo mi pene con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de su mirada. El roce de su piel mojada contra la mía era eléctrico. El agua hacía que cada movimiento fuera fluido, casi hipnótico. Ella no tenía prisa. Se deleitaba en mi reacción, en la forma en que mi respiración se volvía pesada y mis manos buscaban sus caderas para anclarme a la realidad. Me conocía perfectamente; sabía exactamente qué ritmo me hacía olvidar hasta mi propio nombre. Sentí la presión acumulada de las semanas pasadas —el secreto de su hermano, el peso del juicio inminente, nuestra hija— concentrándose en un solo punto. Sus manos aceleraron, acompañadas de besos húmedos en mi cuello que me hacían vibrar.

—Mía... —gruñí, apretando los puños fuera del agua mientras el placer me golpeaba con la fuerza de una marea alta.

No pude contenerlo más. Me dejé llevar por ella, por su toque y por esa voz que me susurraba promesas al oído, hasta que el espasmo final me recorrió entero. Fue una liberación absoluta, una explosión de luz detrás de mis párpados que me dejó vacío de tensiones y lleno de ella.

Nos quedamos así un rato largo, abrazados en el agua que empezaba a templarse. El silencio ahora era distinto; era denso, compartido y cargado de una gratitud muda.

Salimos del baño con esa languidez deliciosa que solo el placer compartido sabe dejar. Cenamos algo rápido, casi mecánicamente, mientras intercambiábamos miradas que hablaban de una complicidad recuperada. A las once, ya estábamos bajo las sábanas. Mía se quedó dormida casi al instante, con la respiración

rítmica y una mano apoyada sobre su vientre, donde Cloe también parecía haber encontrado su momento de calma.

Pero yo... yo no podía conciliar el sueño. La oscuridad de la habitación se convirtió en una pantalla gigante donde se proyectaban, una y otra vez, las pruebas del juicio de Diego Beltrán.

Me quedé mirando el techo, escuchando el silencio de la casa, sintiendo el peso del secreto que guardaba en la caja fuerte de mi despacho y en el fondo de mi pecho. Mi cabeza trabajaba a una velocidad que me asustaba. En mi mente, el éxito no era una posibilidad, era una obligación logística. Había trazado una cronología de hierro, una hoja de ruta que no permitía desviaciones ni errores de cálculo.

Primero, hundir a Diego. El juicio de pasado mañana es el golpe final. No solo quiero que regrese a prisión; quiero que legalmente deje de ser una amenaza eterna para la cordura de Mía. Tengo los argumentos, tengo la rabia y tengo la ley de mi parte.

Segundo, el nacimiento de Cloe. Una vez cerrado el capítulo del juicio, todo mi enfoque debe ser que Mía llegue a la semana 37. Necesitamos esos días de paz absoluta para que nuestra hija nazca en el momento óptimo, sin el cortisol del odio de su abuelo corriendo por sus venas.

Tercero, la verdad sobre su hermano. Este es el paso más difícil. Sé que existe, sé dónde está y, lo más impactante de todo, sé quién es. Es una pieza que cambiará el tablero de su vida, y nuestra vida, para siempre.

Me giré un poco para observarla. Estaba tan hermosa, tan ajena a la tormenta de información que yo cargaba. A veces me sentía un traidor por ocultarle algo tan vital, pero luego recordaba las palabras del Dr. Mendoza y la imagen de su tensión disparándose. No es ocultar por engañar; es ocultar para proteger. Es el precio que pago como su marido y su socio: llevar yo solo el peso de la verdad para que ella pueda llevar, con la mayor ligereza posible, el peso de nuestra hija. Todo debía seguirse a la perfección. Ni un fallo. Ni una grieta.

Estaba justo en ese umbral difuso entre la vigilia y el sueño, con el cuerpo pesado por el cansancio de la semana y el calor de

Mía a mi lado, cuando una vibración cortante en la mesita de noche me sacudió los nervios. La luz azul del móvil hirió mis ojos en la oscuridad. Un mensaje de mi madre: *"¿Estás despierto?"*.

Sentí un vuelco en el estómago. Mi madre no es de las que envían mensajes a estas horas a menos que el mundo se esté cayendo a trozos. Me levanté con una lentitud milimétrica, conteniendo la respiración para no despertar a Mía, y bajé al salón. Marqué su número de inmediato.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté en un susurro cargado de urgencia.

—¿Has hablado con... Mía? —Su voz sonaba cautelosa, demasiado medida.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la cantidad insurgente de ropa que le has comprado a tu nieta hoy? —solté, intentando tirar de ironía, esperando una risita al otro lado.

—No —respondió ella, seca, sin un ápice de broma.

—Mamá, ¿qué pasa? Arranca de una vez —pregunté nervioso.

—Hoy le ha llegado una carta. Sin remitente. Lo que ponía en ella... —hizo una pausa que se me antojó eterna—. Ella me dijo que no le diera importancia. Me hizo prometer que no te lo contaría para evitarte más quebraderos de cabeza, James.

—Mamá... —mi voz ya era un gruñido.

—La ha tirado a la basura —confesó.

No esperé a que terminara de hablar. Con el teléfono pegado a la oreja, caminé hacia la cocina con pasos rápidos y silenciosos. Abrí el cubo de la basura y empecé a rebuscar entre los restos del día, apartando envases y papeles con una desesperación creciente.

—Dime qué ponía en la dichosa nota —exigí mientras mis dedos rozaban algo áspero.

Finalmente, mis dedos se cerraron sobre una bola de papel arrugado. La saqué y la extendí sobre la encimera bajo la luz tenue de la campana extractora.

—Ponía... "Se acabó tu tiempo" —dijo mi madre al otro lado de la línea.

Las letras mecanografiadas me devolvieron la mirada desde el papel arrugado. En ese momento, sentí un odio que no puedo

describir con palabras humanas. ¡Ese maldito hijo de puta! Diego no se conformaba con la batalla legal; quería destruir la paz de mi hogar, quería desestabilizar a Mía justo ahora, cuando su cuerpo estaba al límite, cuando nuestra hija estaba a punto de llegar. Quería herirla a través del miedo, y eso era algo que yo no iba a perdonar.

—Gracias por contármelo, mamá —dije, y mi propia voz me sonó extraña, como si viniera de un lugar muy lejano y oscuro.

—De nada, hijo. Me he preocupado mucho y debías saberlo.

—Has hecho bien. Vete a la cama y descansa. Yo me encargo.

Cuando colgué, el silencio de la cocina se volvió denso, casi sólido. Mi mano seguía aplastando el papel contra el mármol de la encimera. Pero la ira que sentía ya no era una explosión de adrenalina; se había transformado en algo mucho más peligroso. Era una furia gélida.

Sentí cómo la sangre se enfriaba en mis venas, convirtiéndose en puro hielo. No era un calor que me hiciera querer gritar o romper algo; era un frío absoluto que me agudizaba los sentidos y me daba una claridad aterradora. Mis músculos se tensaron como cuerdas de piano a punto de romperse, y mi mandíbula dolió por la presión.

Miré hacia la oscuridad de la escalera que llevaba a nuestro dormitorio. Mía estaba allí, intentando protegerme de sus propios miedos, ocultándome que ese monstruo había vuelto a rozar nuestra puerta. Y ese malnacido... ese malnacido pensaba que podía jugar con nosotros. Sentí un latido sordo en las sienes, rítmico, como un tambor de guerra. Ya no era solo el abogado CEO de Bernard Legal Group. En ese momento, era un depredador protegiendo su nido. Mi mente empezó a trabajar a una velocidad vertiginosa, no buscando defensa, sino aniquilación.

Si Diego Beltrán quería que el tiempo se acabara, yo me encargaría de que el suyo se detuviera para siempre en una celda de cuatro por cuatro. No iba a haber piedad. No iba a haber tecnicismos. Iba a haber una masacre.

Arrugué el papel una vez más, esta vez con tanta fuerza que mis nudillos crujieron. Mi mirada se fijó en la nada, vacía de cualquier emoción que no fuera el deseo de ver a Diego hundido en la miseria más absoluta.

Regresé a la cama, me deslicé bajo las sábanas y abracé a Mía por la espalda, pegando mi pecho a su columna. Ella se movió un poco en sueños y buscó mi mano. La apreté con una ternura que contrastaba con el incendio que todavía rugía en mi interior.

"No vas a volver a tocarla, Diego", susurré para mis adentros. "Antes de que le quites un segundo de su tiempo, te habré quitado yo toda tu vida".

CAPÍTULO 23: MÍA

Los primeros destellos de luz tenue se filtraban por las rendijas de la persiana, dibujando líneas azuladas sobre la pared. Debía de ser muy temprano aún, pero para mí la noche no había sido más que una extensión de la pesadilla. Me pasé las horas dando vueltas, con el cuerpo pesado y la mente aún más cargada, sintiendo cómo esas cuatro palabras —"Se acabó tu tiempo"— retumbaban en mi cabeza con la cadencia de un martillo golpeando metal.

Estaba claro. Era él. De nuevo mi padre intentando envenenar el aire que respiro. ¿Nunca va a cansarse? ¿Nunca va a dejarme en paz? Me alejó de él cuando apenas era una niña, me obligó a navegar en un mundo hostil donde sobreviví por la caridad de extraños y la fría asistencia del Estado. No le debo nada. Ni una lágrima, ni un pensamiento, ni la más mínima pizca de culpa. Sin embargo, esa amenaza... esa maldita nota despertó el eco de nuestro último encuentro en prisión. Aquella vez fue directo: si no retirábamos la acusación, jamás sabría de la existencia de mi hermano. Ahora que la instrucción ha terminado, por lo que me dijo James, Diego ha decidido soltar a sus perros de nuevo. Pero se equivoca conmigo.

Él, que nunca dudó en desecharme, en tratarme como un estorbo o una moneda de cambio, no puede comprender mi decisión. Yo he elegido a mi hija. Es una decisión que tomaría mil veces más. Me prometí a mí misma que Cloe jamás conocería el sabor amargo del abandono. Le daría todo el amor y el cariño que a mí me arrancaron de cuajo. No quiero que sienta nunca que no vale nada, que es una carga o que su propia familia es su mayor enemigo. Me siento como una leona herida que, a pesar del dolor, se levanta para cubrir a su cría. Es una mezcla de agotamiento físico y

una rabia sorda que me quema por dentro, un deseo feroz de que el mundo se detenga para que ella pueda nacer en paz.

Tengo que vivir el ahora. No puedo permitirme quedar atrapada en un pasado que huele a vidrios rotos, gritos ahogados y el sonido de golpes contra la pared o contra el cuerpo de mi madre. Mi presente tiene nombres y apellidos. Mi presente es James, su apoyo incondicional y el calor de su mano sobre la mía. Acaricié mi barriga con suavidad, sintiendo un leve movimiento de Cloe. Mi prioridad es ella y mi realidad es este hogar que hemos construido.

Aunque la idea de tener a alguien de mi propia sangre me ilusione en algún rincón oscuro de mi corazón, ahora mismo no entra en mis planes. No voy a sacrificar la paz de mi hija por una promesa de Diego Beltrán. Mi pasado quedó atrás, sepultado bajo capas de esfuerzo y superación, y con él se queda todo lo que conlleva. Al menos, de momento.

Me giré sobre mí misma a duras penas, en una maniobra que requería más coordinación de la que mi cuerpo actual permitía. Cloe se había empeñado en usar mis costillas como somier y sentía sus piececitos aprisionándome los pulmones en un recordatorio constante de que ya no me pertenecía del todo. Busqué la calidez de James, esperando encontrar su espalda para pegarme a ella, pero mi mano solo encontró el tacto frío de las sábanas. Su lado de la cama estaba vacío.

Miré el reloj: las siete de la mañana. Para la Mía de estos últimos siete meses, que dormía hasta que el cuerpo le decía "basta", era una hora intempestiva. Pero para James, que suele ser un reloj suizo de eficiencia, también era inusualmente temprano para estar ya fuera de las mantas. Me levanté como pude, deslicé los pies en las zapatillas y, con el paso lento de quien transporta un tesoro pesado, me dirigí al piso inferior.

Las luces de la cocina estaban apagadas, pero un resplandor tenue dibujaba sombras alargadas en el salón. Me detuve en el umbral. Allí estaba él, sentado en el sofá, con la mirada perdida en un punto inexistente de la nada. Estaba tan sumergido en sus pensamientos que ni siquiera notó mi presencia. Lo contemplé en

silencio y sentí cómo el corazón se me ensanchaba, casi robándole más espacio a mis pulmones.

Si alguien me hubiera dicho hace años que terminaría perdidamente enamorada de aquel hombre déspota, arrogante y con aires de grandeza que entró en mi despacho sin llamar, lo habría denunciado por calumnias. Sin embargo, ahora la idea de una vida sin él me resultaba insoportable. James es el ejemplo perfecto de que las apariencias engañan: tras esa fachada de abogado frío y calculador, se esconde un corazón blando y una sinceridad que a veces me desarma.

Mientras lo miraba allí sentado, el esfuerzo doble, el cuidado físico, la disciplina de hierro y el muro de contención que ha sido desde que supimos que Cloe venía en camino, me vino a la cabeza. Se ha echado a la espalda el trabajo de los dos, gestionando el despacho y la nueva sede de Málaga sin quejarse ni una sola vez. A lo que hay que añadirle, esos masajes nocturnos en mis pies hinchados cuando llegaba a casa agotado, como si no hubiera nada más importante en el mundo que mi comodidad. Por supuesto, su insistencia casi religiosa con mis rutinas mañaneras para combatir la anemia, asegurándose de que tuviera todo lo necesario antes incluso de que yo abriera los ojos. Y cómo olvidar ese silencio estratégico, pues sé que ha lidiado con incendios en el trabajo y con presiones que me oculta para que mi tensión no suba ni un milímetro.

Me quedé allí, observando su perfil bajo la luz tenue, dándome cuenta de que mi hija no podría haber elegido a un mejor padre. James es y será el refugio de ambas.

De repente, vi cómo giró la cabeza y me encontró en la penumbra. Tiene ese sexto sentido, esa capacidad casi animal de saber que me encuentro cerca, como si estuviéramos conectados por una frecuencia que solo nosotros sintonizamos. Juro que no había hecho ni el más mínimo ruido, pero sus ojos se clavaron en los míos con una precisión asombrosa.

—¿No es muy temprano para ti? —preguntó con esa voz rasposa de quien lleva horas dándole vueltas a la cabeza.

—¿Y para ti? —le devolví la pregunta, acercándome al sofá con paso lento.

—No podía dormir.

—Yo tampoco. ¿Qué te ocurre, James?

—Tengo muchas cosas en la cabeza —se sinceró.

Me detuve frente a él. La luz de la luna que entraba por el ventanal le marcaba las facciones, haciéndolo parecer un guerrero en tregua.

—Soy tu mujer, puedes contármelas —le recordé con suavidad.

Él no respondió con palabras. Me atrajo hacia sí y me hizo un hueco a su lado. Me senté como pude, echándole una pierna por encima —o al menos lo que la barriga de ocho meses me permitía. James bajó la mirada hacia mi vientre con una adoración que me derritió por dentro.

—Ya queda poco para tenerla con nosotros —susurró, acariciando la curva de mi abdomen.

—Sí —confirmé, sintiendo un leve hipo de la pequeña Cloe.

—Estoy deseando ver su cara y su pelo —dijo.

—¿Su pelo? —solté una risita.

—Sí. Quiero que se parezca a ti. Tienes que dejar tu huella en el mundo y quiero que ella continúe tu legado.

—¿Mi legado? —me reí de verdad esta vez—. ¿Qué legado puedo dejar yo, James? Soy una abogada cabezota que se pasa el día peleando con abogados como tú.

—El mundo no puede perderse ese carácter —sentenció él, y ambos reímos en la quietud del salón.

—Lo vas a pasar mal —le recordé.

—Pues yo creo que lo voy a pasar muy bien cuando las dos choquéis con ese carácter del infierno —añadió con ese brillo de picardía en los ojos que tanto me gusta.

Le acaricié la cara, notando la aspereza de la barba de unas horas.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté seriamente.

—Sí... solo que quiero que pasen ya las próximas semanas.

—Ah, ya entiendo. Quieres verme en el trabajo de nuevo, ¿no? —bromeé.

James soltó una carcajada limpia.

—Me has pillado.

Me cogió la cabeza con delicadeza y me atrajo hacia él. Puso su nariz junto a la mía, inspirando mi aroma como si estuviera guardando aire para una inmersión profunda. Me besó la frente con una ternura que me hizo cerrar los ojos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Mía —dijo en un tono tan desolador y tierno a la vez que me derretí.

—No sé qué habría sido de mi vida si no te hubiera conocido —dije sin pensar pues era la realidad.

—Probablemente estar con otro más guapo e inteligente —me soltó, disfrutando de la provocación.

—No creo que haya otro más inteligente —continué la provocación.

James se apartó apenas unos centímetros, mirándome con una mezcla de lujuria y una consternación fingida que me hizo estallar.

—¿Ah, y más guapo sí?

Y antes de que pudiera protestar o defenderme, sus manos encontraron mis costados y empezó a hacerme cosquillas. Entre mis risas, los "¡para!" ahogados y las pataditas de Cloe, el salón se llenó de una luz que nada tenía que ver con el amanecer, y sí con el hombre que, contra todo pronóstico, se había convertido en mi todo.

Tras un tranquilo desayuno, James se fue a trabajar con esa armadura de abogado que tan bien le sienta. Yo, por mi parte, decidí que no iba a dejar que la sombra de Diego ni esa maldita nota me amargaran el día. Necesitaba aire, luz y mover un poco las piernas antes de sumergirme en las nuevas novelas que me esperaban en la mesita.

Justo cuando estaba debatiendo entre qué vestido me resultaba menos "carpa de circo", sonó el móvil. Era Adri.

—Mía, tengo la mañana libre. ¿Te apetece que hagamos algo?

—Iba a salir a pasear —le confesé—. Es lo máximo que mi cuerpo me pide hoy, la barriga va pesando lo suyo.

—Me apunto. ¿Centro o barrio? —preguntó.

—Si te apetece vamos al centro, pero por los alrededores, no quiero aglomeraciones —le pedí—, porque el césped de mi barrio lo tengo ya demasiado visto.

—¿Retiro?

Media hora después, el taxi me dejaba en la puerta de Alcalá. El plan de Adri de ir al Retiro me hizo una ilusión casi infantil. "Para lo que has quedado, Mía... emocionarte por dar un paseo por el Retiro", se burló mi subconsciente. Lo mandé a callar de inmediato.

Caminar por el Retiro era otra historia. Aunque el aire de Madrid seguía siendo frío, el sol brillaba con una fuerza que prometía primavera. Caminamos despacio —yo con mi "zancada de pato" reglamentario— hasta que mis tobillos dijeron basta. Nos sentamos en una terraza, buscando sol.

Me quité los zapatos un segundo por debajo de la mesa. La sensación fue casi orgánica.

—Descansa un poco, amiga. Esos pies te lo agradecerán —dijo Adri mirándome con compasión.

—Sí... la retención de líquidos y yo no somos buenas amigas. La odio. Daría lo que fuera por dar paseos por la orilla del mar ahora mismo. —admití.

—Mía y el agua... esos dos sí que son grandes amigos —rio Adri.

Tenía razón. El agua siempre ha sido mi centro, mi forma de resetear el cerebro. Lo había comprobado durante toda mi vida y, ahora, en el embarazo lo había confirmado con mis baños relajantes.

Estaba saboreando mi zumo de naranja, sintiendo cómo el azúcar me devolvía un poco de energía, cuando noté que el rostro de Adri cambiaba por completo. Abrió mucho los ojos y levantó la mirada por encima de mi hombro. Una sombra se proyectó sobre la mesa y no era una nube.

Giré la cabeza con lentitud, esperando cualquier cosa menos lo que vi. Arón.

—Hola, chicas. ¿Cómo estáis? —soltó con una sonrisa que me pareció de lo más hipócrita.

—Hola, Arón. Muy bien —respondió Adri en un tono... digamos, demasiado animado para mi gusto.

—Hola —contesté yo seca y cortante, como un cristal roto.

—¿Cómo llevas el embarazo, Mía? Te queda poquito, ¿no? —insistió, ignorando mi evidente falta de entusiasmo.

—Bien —atajé, más seca aún. No pensaba darle ni un titular.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Adri. Le dediqué una mirada de absoluta incredulidad. *¿En serio, Adri? ¿Estamos de charla social con el enemigo?*

—Muy bien, he venido a correr un poco, ya me iba. Me alegro de veros, chicas.

—Adiós, Arón —se despidió Adri.

Yo solo hice un amago con la cabeza, el mínimo movimiento físico requerido para que se marchara de una vez. En cuanto su figura desapareció por el sendero hacia el estanque, me giré hacia mi amiga con los ojos echando chispas.

— "¿Y tú cómo estás?" ... ¿En serio, Adri? —le solté, cruzándome de brazos como pude.

—Intentaba ser simpática, Mía...

—Hay que saber con quién se ha de ser simpática, y con Arón, desde luego, no lo era —sentencié—. Después de lo que le hizo a Liam, a James y a la familia Bernard al completo... es que no puedo ni verlo. Se me revuelve el estómago.

—Deberías intentar olvidar eso, te hace daño —dijo ella con ese tono conciliador que a veces me saca de quicio.

—Imposible. Hay cosas que no se olvidan, Adri. La lealtad es un camino de una sola dirección.

—Bueno... —suspiró ella, dándose cuenta de que conmigo no iba a ganar esa batalla—. Cambiemos de tema mejor. ¿Qué me dices de Cami y Eric?

Esas fueron las palabras mágicas. El veneno de Arón se disipó para dejar paso al azúcar del cotilleo del bueno.

—¡Eso sí que es un tema! —exclamé, inclinándome hacia delante—. Cuéntame, ¿qué sensaciones te dio la cena? Porque yo casi le ahogo con un vaso de agua y resulta que son la pareja del año...

Y así, entre risas y teorías sobre cómo Eric había logrado conquistar a la "indomable" Cami, el paseo por el Retiro recuperó su

brillo. Adri tenía razón en algo: el presente era demasiado bonito como para dejar que los fantasmas del pasado, o los idiotas del presente, nos lo arruinaran.

CAPÍTULO 24: JAMES

Desde que crucé las puertas de cristal de Bernard Legal Group esa mañana, el mundo exterior dejó de existir. Ni correos electrónicos, ni llamadas de clientes urgentes, ni notificaciones. Nada. Solo había un nombre grabado a fuego en mi mente: Diego Beltrán.

Almudena y Kai ya me esperaban en la sala de juntas. El ambiente estaba cargado de esa electricidad que precede a las grandes batallas. Los tres sabíamos que no podíamos permitirnos ni un solo error. Estábamos hilando tan fino que cada argumento, cada prueba y cada testimonio encajaban como las piezas de un mecanismo de relojería suizo diseñado para estallar en el momento justo.

—Quiero que seáis demoledores —les dije, apoyando las manos sobre la mesa y mirándolos fijamente—. Mañana no vamos solo a ganar un caso. Mañana vamos a dejar claro que esa persona... por llamarla de algún modo, es un cáncer social. No quiero que al Juez le quede ni un resquicio de duda: Diego Beltrán no tiene intención de cambiar, no tiene remordimientos y su único lugar es detrás de unos barrotes, lejos de la gente a la que ha destrozado.

Mientras revisábamos los folios de las conclusiones, sentía un nudo de acero en el pecho. Mis sentimientos eran una mezcla de frialdad profesional y una furia sorda que me quemaba las entrañas. Lo que ese hombre me hizo a mí y a mi familia fue imperdonable, pero lo que le hizo a su propia hija... eso es lo que me daba la fuerza necesaria para no desfallecer tras doce horas de trabajo ininterrumpido.

Mía es lo más importante de mi vida. Imaginar su cara al leer esa maldita nota de "Se acabó tu tiempo", recordar el rastro de dolor que ese malnacido ha dejado en su alma desde que era una niña,

me convertía en algo más que un abogado. Me convertía en su escudo.

Quería que mañana, cuando todo terminara, Mía pudiera respirar por fin. Quería que se sintiera orgullosa del hombre que tiene al lado. No por el éxito o el dinero, sino porque ella supiera que soy capaz de mover el cielo y la tierra para protegerla a ella, a nuestra hija y al futuro que estamos construyendo.

Kai y Almudena estaban haciendo un trabajo excelente, eran brillantes, pero yo repasaba cada coma. Quería que sus intervenciones fueran cuchillos afilados. Diego Beltrán nos había subestimado durante demasiado tiempo, pensando que podía manipularnos desde las sombras. Se equivocaba.

—Mañana —sentencié, cerrando la carpeta del caso con un golpe seco que resonó en toda la sala—, Diego Beltrán dejará de ser una amenaza. Mañana le devolveremos a Mía la paz que él le robó hace años.

Cuando salí del despacho, ya se estaba poniendo el sol. Estaba agotado, pero la adrenalina me mantenía en pie. Mañana sería el día. Mañana, por Mía, por Cloe y por todos nosotros, el veredicto no sería solo legal; sería la destrucción final de un monstruo.

Crucé el umbral de casa con el peso de mil folios y una furia contenida en los hombros. En cuanto vi a Mía en la cocina, el mundo exterior —la sala de juntas, las pruebas incriminatorias, el rostro cínico continuo de Diego en mi mente— se desdibujó. Me fui directo hacia ella, la agarré de la cintura y la atraje hacia mí en un beso que fue, literalmente, mi salvavidas. Necesitaba su aire, su paz, su realidad para no ahogarme en la mía.

—Yo también me alegro de verte —murmuró ella sobre mis labios, con esa sonrisa que es lo único capaz de desarmarme.

—No más que yo —respondí con una sinceridad que me dolió en la garganta.

Me deshice de la chaqueta con un gesto mecánico y la dejé en el respaldo de la silla. Sentía los músculos del cuello como cuerdas de piano a punto de romperse.

—¿Un día complicado? —me preguntó Mía, observándome con esos ojos verdes que no dejan pasar un solo detalle.

—Sí.

Mi respuesta fue escueta, casi un susurro. No había llegado tan tarde a casa desde que supimos de su embarazo, y ella, en ese momento, supo el motivo. Pero Mía, con una sabiduría que me llenó de gratitud, decidió no profundizar. No hubo interrogatorios, ni peticiones de detalles, ni "James, cuéntame". Me dejó respirar. Sabía que cualquier palabra sobre el juicio o sobre su padre era una mecha encendida para su tensión arterial, y esa noche, con el nivel de adrenalina que yo traía, ya teníamos suficiente "electricidad" en casa.

Disfrutamos de una velada tranquila, casi irreal. Hubo achuchones en el sofá, besos lentos y ese tipo de cercanía que no necesita palabras para decir "estoy aquí".

A las once nos fuimos a dormir. Bueno, ella se fue a la cama y, gracias a Dios, el cansancio del embarazo la venció pronto. Yo me acosté a su lado, la rodeé con mis brazos protegiendo su vientre, pero no pegué ojo.

El techo de nuestra habitación se convirtió en una pantalla donde repasaba cada interrogatorio. Podía oír mi propio corazón martilleando contra la almohada. No quería que mañana fuera solo un juicio; sino que, en mi interior, deseaba que fuera el fin de una era de miedo.

Cada vez que Mía se movía en sueños o Cloe me daba una patadita en el antebrazo, recordaba por qué estaba haciendo esto.

Miré el despertador: las 3:00 am. Luego las 4:30 am. El amanecer estaba cerca, y con él, la cita con el destino. Dentro de unas horas, Diego Beltrán vería de lo que es capaz un hombre cuando le tocan lo más sagrado.

El aire en los pasillos de la Audiencia Provincial se sentía gélido, cargado de ese olor a papel antiguo y solemnidad que normalmente me hace sentir en mi elemento. Pero hoy era distinto. Hoy era el día. El juicio de Diego Beltrán.

Había trazado un plan milimétrico para proteger a Mía. La convencí de que se fuera con Cami a terminar las compras para Cloe; sabía que Cami la mantendría distraída y lejos de cualquier noticia. Mía es demasiado inteligente y estoy seguro de que intuía que hoy era el gran día, pero aceptó el plan. Necesitaba que estuviera a salvo, rodeada de peluches y ropa de algodón, no de abogados y odio.

Mi padre estaba a mi lado, en silencio, apoyándome como siempre. Almudena y Kai repasaban las notas finales. Todo estaba listo. Habíamos ensayado cada pregunta, cada objeción. Íbamos a destruirlo.

Sin embargo, algo no cuadraba. Vi al abogado de Diego en la puerta de la Sala. Miré el reloj.

—Almudena —dije, sintiendo una punzada de inquietud—, ¿por qué se está retrasando tanto el furgón de prisión? Debería haber llegado hace veinte minutos.

—¿El furgón? —Almudena me miró con el ceño fruncido y una expresión de extrañeza que me heló la sangre.

—El furgón que trae a Diego Beltrán desde prisión —repetí, impaciente—. ¿Han informado de su retraso?

—James... ¿no leíste la última notificación del juzgado?

—¿Qué última notificación? —El corazón empezó a golpearme las costillas con una fuerza violenta.

—A Diego Beltrán le concedieron la libertad provisional hasta la celebración del juicio. James, la resolución nos la notificaron hace una semana. La tenías en tu correo electrónico. Supuse que la habías leído.

—¿¡Cómo!? —El grito se me escapó antes de poder controlarlo.

Sentí como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Últimamente no había estado muy pendiente del correo electrónico, sólo estaba centrado en el desarrollo del maldito juicio. El mundo empezó a girar a una velocidad vertiginosa. En un segundo, las piezas del puzle encajaron de la forma más macabra posible. Las amenazas... la primera carta... la nota que recibimos hace dos días... Se me vino a la mente esa maldita nota que encontré en la basura y

no recuerdo haber visto el remitente del Centro Penitenciario. ¡Dios! ¡Cómo se me pudo pasar! No estaba en prisión. Estaba en la calle. Estaba cerca.

Con las manos temblorosas, saqué el móvil y llamé a Mía. Resultado: sin respuesta. Llamé a Cami.

—Cami, por el amor de Dios, pásame a Mía —solté en cuanto descolgó, mi respiración era un silbido ronco.

—¿A Mía? James, Mía aún no ha llegado —respondió Cami, y su tono de voz, entre extrañado y preocupado, fue como un disparo —. Hace un rato que la estoy esperando en el sitio donde quedamos. Pensé que se habría quedado dormida.

—¿Qué? —El pánico me atenazó la garganta.

—James, ¿qué pasa? Me estás asustando —insistió Cami.

—Intenta localizarla, por favor. Llámala sin parar. ¡Haz algo! —colgué sin esperar respuesta.

Mi padre se acercó a mí, poniéndome una mano en el hombro al ver mi estado.

—Papá... a Diego le dieron la libertad provisional. No está aquí... y no localizo a Mía. No ha llegado a su cita con Cami.

—Tranquilízate, James. Aparecerá. Quizá ha habido tráfico, o se siente indispuesta —dijo él intentando mantener la calma que a mí me faltaba—. Voy a llamar a tu madre y a Liam ahora mismo por si saben algo.

Se alejó con el teléfono pegado a la oreja. Yo me quedé allí, en mitad del pasillo, rodeado de gente que no sabía que mi vida se estaba desmoronando. Mi cabeza era un huracán. *"Se te acabó el tiempo"*. No era una amenaza vaga, era una cuenta atrás.

Mía tiene que estar bien. Tiene que estar llegando. Tiene que ser solo un retraso. Pero el instinto de protección, ese que me ha mantenido en vela tantas noches, me gritaba que el monstruo ya había salido de su jaula y que mi mujer estaba sola ahí fuera.

No podía quedarme ahí parado, viendo cómo el tiempo se me escapaba entre los dedos mientras la burocracia de los juzgados seguía su curso indiferente. Cada segundo que pasaba sin saber de Mía era una puñalada en mi cordura. Saqué el móvil y marqué el único número capaz de mover cielo y tierra en este momento.

—Joselu, Mía no aparece. Y Diego Beltrán tampoco ha llegado al juicio —solté en cuanto descolgó, con la voz rota por la urgencia —. Le han dado la provisional, Joselu. Está fuera.

—Voy para allá. No te muevas.

En menos de cinco minutos, Joselu apareció flanqueado por un compañero, cruzando las puertas de los Juzgados con paso decidido. Le conté todo en ráfagas de palabras desesperadas: la libertad provisional, la nota sin remitente de prisión, la cita fallida con Cami.

—Va a aparecer, James. Mantén la cabeza fría —me dijo Joselu, aunque vi cómo sus propios ojos se endurecían por la preocupación.

Yo no podía concentrarme. Los miedos más oscuros, esos que siempre había mantenido a raya bajo mi armadura de abogado impecable, me invadieron de golpe.

—¿Y si ya es tarde? ¿Y si ese hijo de puta la ha interceptado de camino? Mía está embarazada, está débil, no puede defenderse...

—James, respira —me ordenó Joselu, agarrándome por los hombros—. Vamos a analizar la situación. Piensa: ¿tienes puesto el localizador de su móvil? ¿Tienes forma de rastrearla? ¿Tenéis activada la ubicación compartida, algún sistema de esos?

—No... nunca hemos activado eso —dije, sintiendo una oleada de culpa abrasadora. Mi cabeza empezó a maldecirnos. ¿Por qué demonios no nos compartíamos la ubicación?

—James, escúchame bien —Joselu apretó más el agarre—. Compruébalo. Ahora mismo. Descartemos opciones. Mira el maldito teléfono.

La ubicación... las palabras de Joselu se quedaron rebotando en mi mente. De repente, una imagen cruzó mis pensamientos como un relámpago: hace dos días, cuando Mía fue al centro comercial con mi madre. Ella me envió su ubicación en tiempo real porque yo estaba obsesionado con que no se cansara demasiado y quería saber cuándo llegaba a casa. Por favor, Mía... por favor… Por favor, que hayas pensado por los dos como haces siempre. Mis dedos temblaban tanto que casi se me resbala contra el suelo de mármol.

Con el corazón martilleando contra mis costillas, busqué la aplicación. Abrí la app "Buscar". El icono del radar verde parecía burlarse de mi lentitud. Toqué en la pestaña "Personas". La lista estaba vacía, o eso creía, hasta que hice scroll. Allí aparecía su nombre: Mía.

Mis ojos se empañaron al ver los detalles. Mía, en un alarde de esa inteligencia práctica que la hace única, no me había enviado un simple mensaje de WhatsApp que caduca a las pocas horas. Había ido a su contacto, pulsado el símbolo **+**, seleccionado "Compartir mi ubicación" y, lo más importante, había marcado la opción "Indefinidamente".

Lo había hecho por mí, para calmar mis nervios aquellos días, y se le había olvidado desactivarlo. O quizá, en el fondo de su mente brillante y previsora, sabía que este momento llegaría.

El mapa se cargó lentamente. Una gota de sudor me resbaló por la sien. El círculo azul con su inicial parpadeó una vez, dos veces... y se estabilizó en un punto que me heló la sangre. No estaba en ninguna zona de tiendas, ni cerca de la cafetería donde la esperaba Cami.

—¿Y bien, James? Di algo —insistió Joselu, impaciente.

—La tengo —dije, y por primera vez en toda la mañana, el aire entró en mis pulmones, aunque fuera cargado de puro terror.

—Dime la dirección. ¡Ahora! —Joselu ya estaba echando a correr hacia la salida de los juzgados, haciendo señas a su compañero.

Me subí al coche patrulla de un salto, casi antes de que Joselu y su compañero terminaran de arrancar. El chirrido de los neumáticos contra el asfalto de la salida de los Juzgados fue el pistoletazo de salida para la carrera más importante de mi vida. Me apreté el cinturón con manos temblorosas, manteniendo la vista clavada en el punto azul que parpadeaba en la pantalla de mi iPhone.

—No puedo creer que Mía me haya compartido su ubicación —susurré, más para mí mismo que para los demás, mientras veía cómo nos saltábamos el primer semáforo con la sirena a todo volumen.

Joselu, con las manos firmes al volante y la mirada fija en el tráfico, me contestó sin girar la cabeza:

—A veces, James, cuando alguien se siente vulnerable o sabe que el peligro acecha, toma precauciones que ni siquiera menciona. —Hizo una pausa para esquivar un camión—. Como siempre, Mía siendo Mía. Protegiendo a todos, protegiéndose a sí misma.

Sus palabras me golpearon. Tenía razón. Mía lo había hecho como un seguro de vida. En su mente brillante y calculadora, el riesgo de Diego Beltrán siempre estuvo presente, incluso cuando yo intentaba protegerla diciéndole que todo estaba bajo control. Ella siempre iba un paso por delante, incluso cuando el peso del embarazo, la anemia y su pasado intentaban frenarla.

Miré por la ventanilla, viendo cómo Madrid se desdibujaba a toda velocidad. Solo podía pensar en ella, en su carácter indomable y en Cloe. "*Aguanta, cariño"*, imploré en silencio. *"Voy por ti".*

CAPÍTULO 25: MÍA

Los párpados me pesaban como si estuvieran sellados con plomo. Intenté abrirlos, pero la luz, aunque escasa y sucia, me hería las pupilas. Mi mente era una nebulosa espesa, un laberinto de sombras donde los recuerdos se escurrían entre mis dedos. Tenía un dolor punzante en la cabeza. No sabía dónde estaba. No sabía qué hora era. Solo sabía, con un terror sordo que empezó a treparme por la garganta, que no podía moverme.

Cuando mis ojos finalmente me dieron una tregua, la realidad me golpeó con la fuerza de un naufragio. Estaba sentada en una silla metálica, con las manos atadas a la espalda. El lugar era lúgubre, una nave industrial abandonada que olía a óxido y a humedad.

¿Cómo he llegado hasta aquí? Lo último que recordaba era cerrar la puerta de casa con la ilusión de ver a Cami, montar en aquel taxi… y de repente, un sueño profundo y antinatural me arrastró al fondo de un pozo. Tendrían que haberme dejado inconsciente con algo parecido al cloroformo. El sabor metálico en mi garganta me lo confirmó.

Cuando mi vista se volvió más nítida, levanté la mirada. Lo que vi me horrorizó más que las cuerdas o la oscuridad de aquel sitio. Diego Beltrán estaba allí, a pocos metros, observándome con unos ojos cargados de un odio que se me antojaba familiar.

Esa mirada. La recordaba perfectamente. Me transportó de golpe a aquella noche que pasé mi vida intentando borrar: yo, encerrada en el armario, el sonido de un cristal rompiéndose y el dolor agudo de una esquirla clavándose en mi nuca. Un dolor que ninguna niña debería sentir jamás, ni en la piel ni en el corazón. Los gritos ahogados de mi madre volvieron a resonar en mis oídos como un eco macabro.

—Buenos días, bella durmiente —soltó él. Su voz era como una lija sobre mi conciencia.

—¿Qué… qué me has hecho? —logré articular, aunque mi lengua se sentía torpe.

—Te lo avisé, Mía. Retira la acusación. Pero como siempre: necia, testaruda, orgullosa. Siempre velando por la familia Bernard… Ahora pagarás por todo lo que me has hecho.

—Yo no te he hecho nada —respondí, intentando que mi voz no temblara, aunque por dentro me estuviera cayendo a pedazos.

—Nacer, Mía. Eso hiciste.

Sus palabras fueron como un tajo.

—Solo recibiste lo que tú mismo sembraste —le espeté, buscando fuerzas en la rabia—. El karma te…

No me dejó terminar la frase. Me cruzó la cara con una bofetada que me hizo ver estrellas y me dejó el sabor metálico de la sangre en los labios.

—Si no fue por las buenas, será por las malas —siseó, acercándose tanto que podía oler su rancio aliento—. No voy a consentir pasar el resto de mi vida en prisión. Yo ya no tengo nada que perder, en cambio tú… tú sí tenías y no me hiciste caso. Te lo has buscado tú solita.

Mis ojos bajaron instintivamente hacia mi barriga. Cloe. Sus palabras anteriores volvieron a retumbar en mi cabeza: *"Nacer, Mía, eso hiciste"*. En ese instante, un escalofrío, que me heló hasta el alma, me recorrió el cuerpo. Ya no era miedo por mí. He sobrevivido a sus golpes antes, he sobrevivido a su abandono, a su rechazo, a sus amenazas. Pero esto era distinto. Esto era una venganza dirigida hacia mi hija, hacia un ser inocente que aún no había visto la luz.

Sentí el miedo más horrible que jamás había experimentado en toda mi vida, y Dios sabe que mi lista de horrores es larga. Estaba atada, vulnerable, y mi hija estaba en manos de un hombre que consideraba que "nacer" era un crimen castigable.

—Déjame libre. Huye, sal del país y olvídate de mí —las palabras salieron de mi boca como un ruego roto, un último intento de apelar a una lógica que él no poseía.

—¿Ahora? ¿Piensas que ahora es el momento? —Su risa fue corta, seca, cargada de un veneno que me heló la sangre.

Sentí el impacto antes de verlo. Otra bofetada. Esta vez fue tan fuerte que mi cabeza rebotó hacia un lado y el sabor metálico invadió mi boca por completo. Escupí sangre al suelo, jadeando, intentando recuperar el equilibrio en esa silla maldita. Del impacto, mi colgante, ese que llevo puesto desde que James me lo regaló, convirtiéndose en mi mayor talismán, salió disparado.

—¡Basta! —grité, aunque mi voz era apenas un hilo—. ¿No te he importado nunca? ¿No te importa que llevo a tu nieta dentro de mí? ¿Qué clase de ser humano hace lo que estás haciendo?

Diego se inclinó sobre mí, invadiendo mi espacio con su aliento gélido. Sus ojos eran dos pozos vacíos.

—No intentes hacerme sentir mal porque no siento nada —siseó—. Todo en mi vida estaba bien. Tenía dinero, poder, estatus social... todos estaban a mis pies y tú lo jodiste todo. Todo.

El sabor metálico de la sangre en mi labio me devolvió a la realidad de golpe. El dolor punzante en el vientre me dio un aviso de que Cloe corría peligro si dejaba que el pánico me dominara. Inspiré hondo, obligándome a estabilizar las pulsaciones, y levanté la cabeza para mirar al hombre que tenía enfrente. Mi padre. El monstruo que me había dado la vida y que ahora parecía disfrutar con la idea de arrebatármela.

Diego me miraba con una sonrisa desquiciada, la sonrisa de alguien que sabe que lo ha perdido todo y solo busca arrastrar a los demás a su propio infierno. Creía que verme atada y embarazada lo ponía en una posición de poder.

Qué poco me conocía. Qué poco sabía de la Mía que él mismo había ayudado a endurecer.

—¿De verdad crees que esto va a detener el juicio, Diego? —mi voz sonó extrañamente calmada, gélida, rompiendo el eco de la nave abandonada.

Él soltó una carcajada seca, dándole un golpe a una mesa de metal cercana.

—¡Cállate! No tienes ni idea de lo que soy capaz. Pensaste que me ibas a destruir con tus malditas leyes. Esto se acaba hoy, Mía. Tú y tu maridito vais a pagar por cada euro que me habéis quitado.

Esbocé una sonrisa amarga, forzando una serenidad que desafiaba por completo su violencia física. No iba a encogerme. No más.

—Mírate. Estás acabado y lo sabes —ataqué, clavando mis ojos en los suyos, buscando la fibra de su desmedido narcisismo.

Sentí un estallido de dolor en la espinilla cuando su bota impactó contra mi pierna. Un grito de agonía escapó de mi garganta.

—Para, por favor... —supliqué, con las lágrimas quemándome las mejillas.

—No pararé hasta arrebatarte lo que más quieres.

Esta vez, no fue a la cara ni a la pierna. El golpe lo dirigió hacia la parte más sagrada de mi cuerpo. Sentí una sacudida eléctrica que me recorrió entera. Mi cuerpo se contrajo por puro instinto, encogiéndome sobre mí misma tanto como las cuerdas me permitían. *"Aguanta, hija. Por favor, Cloe, aguanta. Saldremos de esta, te lo prometo. Papá vendrá".*

Empecé a llorar desconsoladamente, con la mirada clavada en mi vientre, intentando enviarle a mi pequeña toda la fuerza que me quedaba, mientras el pánico de perderla me asfixiaba más que el polvo de la nave.

—¡Mírate! ¡Eres débil! —rugió él.

Me agarró del cuello con una mano, obligándome a levantar la cabeza con tal violencia que sentí un tirón en las cervicales. Con la otra mano, sacó un arma de su bolsillo trasero. El frío del metal brilló bajo la luz mortecina del techo.

—Debiste hacerme caso desde el principio, en nuestro primer encuentro… pero no —dijo, y su voz temblaba de una furia contenida durante años—. Todo hubiese sido distinto. Me debías devolver mi vida anterior. Debiste darme el dinero que te pedí... pero no.

Me escupió en la cara, un acto de desprecio que me hizo cerrar los ojos con asco. Acto seguido, me golpeó en la barbilla con la culata del arma, dejándome aturdida, y sin darme tiempo a respirar, descargó un rodillazo brutal directamente contra mi vientre.

El dolor fue indescriptible. Fue una explosión de oscuridad que me nubló el juicio. Me contraje de forma violenta, el aire escapó

de mis pulmones en un gemido sordo y sentí que el mundo se desvanecía. En medio de esa agonía, solo podía pensar en una cosa: el latido de Cloe. "*James encuéntranos"*, grité en mi mente, antes de que el dolor me sumergiera por completo.

Diego se detuvo. El silencio que siguió al último golpe fue casi más aterrador que su violencia. Dio unos pasos atrás, jadeando, y fue entonces cuando sentí una calidez húmeda y aterradora deslizándose por mis muslos.

Bajé la mirada. El rojo teñía mis piernas, manchando mis zapatos, extendiéndose por el suelo de cemento.

—Por favor, papá... por favor —supliqué con un hilo de voz que apenas reconocí—. Estoy sangrando. Mi bebé... ¡Cloe!

Él me miró, pero no vi ni un ápice de humanidad. Solo el vacío.

—No me importa —sentenció con una frialdad que me caló los huesos—. Soy un hombre acabado y me he jurado a mí mismo que pagarás por todo lo que me has hecho. No tengo nada que perder, Mía. Absolutamente nada.

Levantó el brazo. El cañón del arma me apuntaba directamente desde unos tres metros. El horror se instaló en mi cara como una máscara de piedra. Tenía razón. Era un hombre acabado, una cáscara vacía que él mismo se había encargado de destruir pieza por pieza a lo largo de los años. En ese momento, lo comprendí: mi vida y la de mi hija estaban a punto de terminar en este rincón olvidado del mundo.

El sonido empezó a llegarme con un eco extraño, como si mi mente estuviera intentando huir de mi cuerpo para no sentir el dolor. La sangre seguía acumulándose bajo mis pies.

—Mi beb... —intenté decir, pero el aire no llegaba.

De repente, la puerta de la nave estalló.

—¡Suelta el arma! —La voz de Joselu retumbó como un trueno—. Estás detenido, Diego Beltrán. ¡Tira el arma y pon las manos en la cabeza!

Joselu apareció entre las sombras, apuntándole, con la cara tensa por la furia y el deber. Diego ni siquiera parpadeó.

—Nunca —respondió mi padre con una calma suicida.

—No tienes a donde ir, Diego. Suéltala.

—Lo sé —siseó él, clavando sus ojos de hiena en los míos—. Pero adonde yo voy, ella viene conmigo.

Todo sucedió en una fracción de segundo. Escuché el estallido seco de un disparo. Una sombra se interpuso entre Diego y yo, una figura que se lanzó al vacío para cubrir mi cuerpo, para recibir el impacto que iba dirigido a mi vientre.

—¡¡NOOOOOOO!! —el grito me desgarró la garganta.

Mi vista empezó a nublarse. El mundo se volvía borroso, teñido de un gris ceniza. Sentía que me desangraba, que la vida se me escapaba por cada poro. De repente, escuché otro disparo, más lejano, más confuso. Pero mis fuerzas se agotaron.

Mis ojos se cerraron, pesados, rindiéndose a la oscuridad, sin saber si el calor que sentía frente a mí era el de James protegiéndome o el último rastro de luz antes de morir. Solo pude pensar en un nombre antes de que el silencio fuera total: Cloe.

CAPÍTULO 26: JAMES

El mundo se paró por completo y, de repente, continuó a cámara lenta. Fue una desconexión absoluta entre mi mente y la realidad. Todo lo que sucedió a partir de ese milisegundo se grabó en mi memoria con una nitidez espantosa, fotograma a fotograma. Vi el fogonazo del arma de Diego Beltrán, un destello naranja que rasgó la penumbra de la nave. Casi en el mismo suspiro, un segundo estruendo ensordecedor hizo temblar las vigas de hormigón. Vi cómo la bala de ese segundo impacto perforaba el abdomen de Diego Beltrán, doblándolo por la mitad antes de que cayera hacia atrás, pero mis ojos ya no estaban fijos en él. Mis ojos estaban abajo. En el suelo.

Mía estaba desplomada sobre el cemento frío, desmadejada, como una muñeca rota a la que le hubieran cortado los hilos. Debajo de ella, un charco de sangre espesa y oscura se expandía a una velocidad terrorífica, tiñendo el suelo de un rojo denso que parecía no tener fin. Justo a su lado, Joselu yacía herido; se había lanzado al vacío, interponiendo su propio cuerpo entre el plomo de Diego y el vientre de Mía.

Intenté correr hacia ella, pero mi cuerpo se rebeló. Viví la peor pesadilla de cualquier ser humano: quería volar, quería arrancar el suelo con mis pasos, pero mis piernas pesaban como el plomo. Sentía que avanzaba sumergido en fango, a cámara lenta, mientras la distancia entre Mía y yo se estiraba de forma infinita. Cada paso me costaba la vida.

Cuando por fin caí de rodillas a su lado, el horror me atenazó la garganta. Otros policías irrumpieron en la nave, sus voces me llegaban amortiguadas, como si estuviera bajo el agua. Empezaron a asistirla, presionando telas contra sus heridas, mientras yo solo podía fijar la mirada en su rostro.

Era una escena de terror absoluto, algo tenebroso que se quedará grabado en mis pesadillas para siempre. Su cara, siempre tan perfecta, estaba desfigurada por los moratones; la boca y la nariz estaban cubiertas de una costra de sangre que seguía manando.

A los pocos minutos —que para mi cordura parecieron horas eternas—, el eco estridente de las sirenas rebotó contra las paredes de metal de la nave. Los servicios sanitarios entraron como un torbellino de luces azules y camillas.

Me subí a la ambulancia de un salto, incapaz de soltar la mano de mi mujer, que se sentía gélida. Antes de que cerraran las puertas traseras, alcancé a ver de lejos cómo subían a Joselu en otra unidad médica. Se había jugado la vida por ellas. Se había tragado la bala que iba derecha hacia ellas.

El espacio cerrado de la ambulancia se convirtió en un manicomio de urgencia médica.

—¡Embarazada de 36 semanas de gestación!

—Traumatismo severo por agresión física, shock hipovolémico...

—¡Posible desprendimiento de placenta! Repito, posible desprendimiento. Las estamos perdiendo.

—¡Preparen el quirófano de urgencia, entramos en código rojo!

El desasosiego y el pánico me nublaban la vista mientras escuchaba las voces de alarma de los auxiliares médicos, que gritaban con desesperación a través del intercomunicador con el hospital.

—Mía... Mía, mírame, por favor. Quédate conmigo, nena —la llamé con la poca voz que me salía, un hilo quebrado que se ahogaba entre el ruido de los monitores que pitaban como locos.

No me contestó. No se movió. Solo podía escuchar cómo respiraba con una dificultad espantosa, un sonido rudo y asmático que indicaba que su cuerpo se estaba rindiendo. El monitor cardíaco bailaba en cifras peligrosas. Miré mis manos, estaban cubiertas de su sangre; miré su vientre, la vida de Cloe pendía de un hilo tan fino que sentí que si parpadeaba, todo se apagaría. Estaba viviendo mi

propio infierno en la tierra, atrapado en un cubículo blanco mientras el motor rugía hacia el hospital, rezando a un Dios, en el que no creía, para que no me dejara volver a casa con las manos vacías.

Llegamos al hospital más rápido de lo que fui consciente. Las puertas de la ambulancia se abrieron de golpe y el sonido del motor fue sustituido por el grito de las camillas cruzando el umbral de urgencias. La bajaron a toda velocidad, un torbellino de batas blancas y cables moviéndose al unísono. Yo corría a su lado, negándome a soltar esa mano gélida que se me escapaba entre los dedos, hasta que chocamos contra un muro invisible. Llegamos a las puertas de doble hoja que daban acceso a la zona de "QUIRÓFANOS".

—Por favor, debe esperar aquí —me dijo un enfermero, interponiéndose firmemente en mi camino.

No me dejó contestar. Se dio la vuelta con prisa y cruzó el umbral, dejando que las puertas se cerraran detrás de él con un suspiro neumático que me pareció el sonido más desolador del mundo. A través del cristal despulido, alcancé a ver por última vez un arsenal de personas moviéndose frenéticamente alrededor de mi familia. Mi familia... esa que hacía apenas unas horas llenaba mi vida de planes, de patucos beige y de risas, y que ahora mismo no sabía si volvería a tener.

El pánico me vació por dentro. Me quedé allí, de pie, mirando mis manos manchadas con su sangre, hasta que las piernas me dejaron de responder. Me agaché sin ningún tipo de pudor, dejándome caer contra la pared del pasillo frío. Toda la soberbia, el control del que siempre había presumido, mi armadura implacable... todo se deshizo en un segundo. La tensión acumulada, el miedo atroz que me paralizaba el pecho y los nervios destrozados comenzaron a salir en forma de lágrimas desbordadas, sin ningún tipo de miramiento.

Lloré con un llanto sordo y violento que me desgarraba la garganta. Tenía miedo. Un miedo cerval, primitivo, que nunca antes había experimentado. Miedo a perder a Mía, miedo a perder a mi hija, miedo a perderlas a las dos y quedarme flotando en un espacio

vacío. ¿Qué sería de mi vida sin ellas? ¿Para qué querría el despacho, el éxito, el dinero o el simple hecho de respirar si al volver a casa solo me esperaba el eco de una habitación vacía? Sería un maldito fantasma.

"Por favor, Mía... eres la mujer más fuerte que he conocido en toda mi vida. Necesito que saques esa fuerza una vez más. Lucha, nena. Lucha por ti, lucha por Cloe. No me dejes solo. No me abandones", susurré en mi interior, como si el mensaje pudiera llegarle, allá donde se encontrara en ese momento.

Al pronunciar esa palabra en mi mente —abandonar—, algo hizo un clic devastador dentro de mí. Fue como si una compuerta se abriera y todos los relatos que Mía me había confiado sobre su niñez me golpearan a la vez, con una claridad espantosa.

Mía me había hablado muchas veces de la soledad de su infancia. Me había descrito el frío de quedarse encerrada en un armario, el silencio sepulcral de una casa donde a nadie le importaba si cenaba, si lloraba o si seguía respirando. Yo la escuchaba, la abrazaba y la consolaba, pero lo hacía desde la comodidad del hombre que siempre había tenido una red de seguridad, una familia que lo respaldaba y un suelo firme que pisar. Qué estúpido fui.

Ahora, en este pasillo estéril, comprendía su pasado porque su peor pesadilla se había convertido en mi presente.

Si esas puertas de quirófano no se volvían a abrir, si Mía y Cloe me dejaban... yo sería el que se quedaría completamente solo y abandonado. Sentí un pánico primitivo, un terror que me helaba la sangre al visualizar mi vida sin ellas. Me vi a mí mismo caminando por nuestra casa vacía, mirando la habitación beige y verde que con tanto amor habíamos preparado, tocando el letrero de madera con el nombre de una hija que nunca llegaría a acunar. Sería un desierto. Una existencia gris y despojada de todo sentido.

Sin Mía, yo no sabía quién era. Ella era mi norte, la persona que había logrado ablandar mis esquinas más oscuras, la que me daba un propósito real más allá de ganar juicios y acumular ceros en la cuenta bancaria. Si las perdía a las dos, me quedaría absolutamente perdido. Sería como un náufrago en mitad de una tormenta eterna, sin brújula, sin estrellas que guíen el camino y sin

tierra firme a la que regresar. Todo mi éxito profesional, el bufete, el prestigio... todo se reducía a cenizas flotando en la nada. No valían nada si no tenía a mi mujer para abrazarla por las noches ni a mi pequeña Cloe para enseñarle el mundo. Sentí la desolación pura que ella cargó en sus hombros de niña, pero multiplicada por el dolor de haber conocido la felicidad absoluta y estar a punto de perderla para siempre. El pasillo del hospital se volvió un lugar tenebroso, un limbo donde solo se escuchaba el eco de mis propios sollozos y el peso de una cuenta atrás que me estaba destrozando el alma.

No sé cuántos minutos pasaron ni cuánto tiempo estuve en esa posición; solo sé que no podía levantarme de ese suelo frío que me hacía compañía. De pronto, escuché unas voces familiares: mi padre, mi madre y Liam se acercaban a mí corriendo. Mi hermano llegó primero. No dijo nada, solo me abrazó y lloró conmigo.

—Tranquilo, James, estamos aquí —dijo mi hermano.

Esas palabras no me aliviaron, sino que hicieron que llorara aún más. Tras unos minutos, Liam me ayudó a levantarme. Las caras de mis padres podrían ser perfectamente el reflejo de la mía. Ambos me abrazaron sin decir nada; no hacía falta. Nos sentamos en las sillas del hospital cuando las puertas del quirófano se abrieron. De allí salió un doctor. No lo dudé y me planté frente a él.

—¿Cómo está mi esposa?

—¿Cuál es su nombre?

—Soy James.

—Lo siento, James, su mujer ha sufrido un desprendimiento de placenta debido al impacto. En estos momentos, la placenta se ha separado de la pared del útero, y esto representa una emergencia médica extrema por dos razones. Para el bebé, porque la placenta es su única fuente de oxígeno y nutrientes; al desprenderse, el niño entra en hipoxia, que es una falta de oxígeno severa, o en un sufrimiento fetal inminente. Y para la madre, porque este desprendimiento puede provocar una hemorragia interna masiva y un shock hipovolémico. Es absolutamente imposible retener al bebé dentro.

—¿Qué quiere decir, doctor? —preguntó mi padre, porque mi voz sencillamente no salía en esos momentos tras lo que nos estaba

contando.

—Significa que están realizando una cesárea de emergencia con la madre inconsciente.

—Pero no ha llegado a término... —confirmó mi madre, con un hilo de voz.

—Es la única solución que podemos intentar —sentenció el médico con gravedad—. Como su esposa ya está inconsciente, el equipo va a optar por una anestesia general de secuencia rápida: la van a intubar en cuestión de segundos para asegurar su respiración y mantenerla completamente dormida e inmóvil. Realizaremos lo que en medicina se conoce como una "cesárea crash", que es una intervención a contrarreloj. En casos tan extremos, el objetivo de los cirujanos es que pasen menos de 5 minutos desde el momento en que se decide operar hasta que el bebé sale. Debe ser a toda velocidad.

—¿Qué probabilidades hay de que salga todo bien? —preguntó mi hermano.

Odié profundamente esa pregunta. Sabía que era necesaria, que debíamos conocer todas las opciones, pero mi mente no estaba preparada para otra opción que no fuera que ambas salieran vivas de allí. El doctor guardó un segundo de silencio antes de continuar:

—Si la madre entra en parada cardiorrespiratoria debido al trauma, los médicos realizamos una cesárea *perimortem*. Tenemos exactamente 4 minutos para sacar al bebé desde que el corazón de la madre se detiene. Sacar al bebé alivia la presión sobre los grandes vasos sanguíneos de la madre, lo que a menudo ayuda a que los médicos puedan reanimarla con éxito a ella también. Es muy complicado James, lo siento mucho.

Mi mente colapsó. Me apoyé en la pared porque las piernas me fallaron; no podía soportar el peso de esa información. Mis padres me cogieron de los brazos para evitar que me derrumbara de nuevo en el suelo.

—Por favor, doctor... sálvelas —supliqué, con el último aliento que me quedaba.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano. De momento, vayan a la Sala de espera, allí los llamarán cuando los cirujanos

hayan terminado —respondió, antes de darse la vuelta y cruzar de nuevo aquellas malditas puertas dobles, dejándonos atrás en el silencio más tenebroso de nuestras vidas.

No puede ser, no puede ser..., repetía mi mente en un bucle distorsionado. De repente, mi cuerpo se reactivó. Fue un chispazo violento, una sacudida que no sabría describir. No sabía si era rabia, impotencia, miedo, furia o una mezcla corrosiva de todo lo anterior, pero me convirtió en una bomba de relojería a punto de estallar. Necesitaba salir de allí, el aire del hospital me quemaba los pulmones. Me dirigí a zancadas hacia la salida y noté cómo mi padre, mi madre y Liam me seguían los pasos, asustados, sin saber a dónde iba.

Llegué a las puertas acristaladas de la calle y me detuve en seco. Respiré una bocanada de aire fresco; un aire limpio que a Mía, entubada en un quirófano estéril, le faltaba en ese mismo instante. Me llevé las manos a la cabeza, hundiéndome los dedos en el pelo, y empecé a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado. Mi furia no pudo contenerse más.

—¡¡JODER!! —grité con todas mis fuerzas, desgarrándome la garganta.

El grito rompió el murmullo de la entrada, llamando la atención de los médicos, pacientes y curiosos que se concentraban a las puertas del hospital. Me importaba una mierda.

—James, cálmate, por favor. Mía es fuerte —me suplicó mi madre, acercándose con los ojos empañados, intentando ponerme una mano en el brazo.

—¿No lo has escuchado, mamá? —me giré hacia ella, completamente roto, sintiendo cómo las lágrimas me nublaban la vista—. Está entre la vida y la muerte. ¿Y si no vuelvo a verla? ¿Y si no vuelvo a ver ese pelo rubio otra vez? —admití, llorando desconsoladamente, despojado de cualquier pizca de orgullo.

Mi padre dio un paso al frente y me atrapó en un abrazo firme, apretándome con fuerza contra su pecho.

—Tranquilo, hijo. Tranquilo...

—No podría vivir sin ella, papá —confesé entre sollozos, hundiéndome en su hombro—. La amo más que a mi propia vida.

Preferiría mil veces ser yo el que está ahí dentro, debatiéndose entre la vida y la muerte en esa camilla. Yo debería estar en su lugar.

—Va a salir adelante, hermano —intervino Liam, con la voz temblorosa pero intentando sonar firme.

—Es que no la habéis visto... —dije, apartándome un poco, con la mirada perdida en el asfalto—. Estaba llena de sangre. Tenía moratones por toda la cara, en su vientre... Ha vivido una auténtica película de terror.

Mi madre no pudo evitar llorar desconsoladamente, intentando calmar sus sollozos tapándose la boca con la mano.

—Debe haber sido horrible, cariño...

—Y podría haber sido mucho peor si Joselu... —Me quedé paralizado en mitad de la frase. La adrenalina me había nublado el juicio, pero de pronto la realidad me dio otra bofetada—. ¡Dios! Joselu... Tengo que ver cómo está. Recibió la bala que iba directamente dirigida al vientre de Mía.

—¿Cómo? —preguntó mi hermano, abriendo mucho los ojos por el impacto.

No me paré a explicar nada más. La culpa y la gratitud se mezclaron en mi pecho, empujándome de vuelta al interior del edificio. Entré corriendo en el hospital, directo al mostrador de información de urgencias y cirugía, exigiendo de malas maneras saber el estado de Joselu.

Tras unos minutos interminables de consultar pantallas y dar vueltas, regresé a la sala de espera donde se encontraban mis padres y Liam.

—¿Has podido averiguar algo sobre Joselu? —me preguntó mi padre en cuanto me vio aparecer.

Me dejé caer en una de las sillas, frotándome la cara con las manos.

—Está en quirófano. Los cirujanos están comprobando si se le ha roto el bazo. La bala le dio en el lado superior izquierdo del abdomen. Aunque llevaba el chaleco antibalas, el impacto fue tan brutal que, si el bazo está desgarrado, podría haberse desangrado por dentro en cuestión de minutos. Menos mal que los sanitarios lo asistieron y lo estabilizaron en la misma nave antes de traerlo.

—Madre mía... Ojalá se recupere —susurró mi madre, juntando las manos en una oración muda.

—Si no hubiese sido por él... Mía y Cloe no tendrían ahora mismo ninguna opción. Ninguna.

Nos quedamos en un silencio denso, pesado, roto únicamente por el sonido de los pasos ajenos en el pasillo.

Una hora después, el pasillo de la sala de espera se llenó de rostros conocidos. Eric, Enzo, Cami y Adri aparecieron casi al mismo tiempo. No habían dudado ni un solo segundo en dejar sus puestos de trabajo, sus obligaciones y sus vidas en cuanto se enteraron de la noticia para venir a hacerme compañía.

Verlos allí me conmovió en lo más profundo. Sentí una gratitud inmensa hacia ellos, no solo por estar arropándome a mí, sino por querer tanto a mi mujer. Como decía Mía, eran su familia elegida, y verlos con los rostros desencajados por la preocupación demostraba que Mía había logrado rodearse de personas excepcionales.

Cami se sentó a mi lado y me apretó la mano, mientras Eric y Enzo intercambiaban palabras en voz baja con mi padre. Adri no dejaba de mirar hacia la entrada de la sala de espera.

Agradecía su apoyo con toda mi alma, de verdad, pero en esos momentos el dolor me tenía anestesiado. Mi mente sufría de una visión de túnel absoluta: no tenía ganas de hablar, ni de escuchar consuelos, ni de gestionar el dolor de nadie más. Solo tenía ojos para esa maldita puerta. Solo esperaba ver aparecer la bata verde del doctor viniendo hacia mí para decirme que todo había salido bien, que mi mujer y mi hija estaban a salvo, y que la pesadilla por fin había terminado.

El tiempo en esa sala de espera se estiró como un chicle maldito, un suplicio de minutos que pesaban como lápidas. Mis manos, ya secas de la sangre de Mía pero aún impregnadas de su olor, temblaban cada vez que el ruido de una camilla cruzaba el pasillo.

De pronto, el siseo del aire comprimido rompió el murmullo. Las puertas se abrieron y apareció él. El cirujano principal, con el

gorro verde arrugado en la frente, las ojeras marcadas hasta el alma y una expresión indescifrable. Me puse en pie tan rápido que el mundo me dio un vuelco. Toda la sala se quedó en un silencio de tumba.

El doctor se acercó a mí. Su tono era cauteloso, midiendo la gravedad de la situación, pero dejando espacio para un rayo de luz que me atravesó el pecho:

—James, su hija ya está en la planta de neonatología. Ha pesado 2,9 kilos, un peso excelente para las treinta y seis semanas de gestación. Nacer a las treinta y seis semanas significa que sus órganos están prácticamente formados, pero debido al desprendimiento de placenta, la bebé estuvo varios minutos sin recibir el oxígeno adecuado. Tuvimos que reanimarla en el quirófano nada más nacer.

Sentí un viaje directo al infierno. ¿Reanimarla? ¿Mi pequeña Cloe había estado sin respirar? El pánico me atenazó la garganta, dejándome casi sin aire.

—¿Pero está bien? ¿Puede respirar? —pregunté, con el corazón en un puño, sintiendo una opresión tan sádica en el pecho que creí que me iba a dar algo allí mismo.

—Ahora mismo está estable, pero la tenemos bajo observación estricta en una incubadora —respondió el médico, mirándome fijamente—. Ha necesitado un poco de soporte respiratorio con oxígeno porque sus pulmones estaban algo perezosos debido al shock del trauma. Lo que más nos preocupa y lo que estamos vigilando minuto a minuto es su función neurológica. Estamos evaluando que esa falta de oxígeno momentánea no le haya dejado secuelas. Las próximas cuarenta y ocho horas serán decisivas para ver cómo tolera la alimentación y cómo responde su cerebro. Puede ir a verla en una hora, cuando la hayamos acondicionado bien en su cuna térmica, pero debido a los protocolos de esterilidad y a lo delicada que está, de momento solo podrá hacerlo a través del cristal de la unidad.

A mi alrededor, el aire pareció aligerarse. Escuché los suspiros ahogados de mi madre, a Cami romper a llorar de alivio y las voces del resto de personas diciendo: “Menos mal”, “Gracias a Dios”. Pero

mi mente no paraba. Mi cabeza seguía en el fondo de ese pozo oscuro.

Me importaba mi hija, sí, la amaba con un instinto primitivo y feroz que me acababa de nacer en las entrañas, pero aunque pudiera parecer el hombre más cruel e inhumano del mundo, en ese maldito segundo mi prioridad absoluta no era la bebé. Era ella. Era la mujer que le daba sentido a todo. La vida de esa niña no tenía luz si Mía no estaba para alumbrarla.

—¿Y mi mujer? —interrumpí, con una voz tosca, rota, que ni yo mismo reconocí—. ¿Cómo está Mía?

El doctor mudó el gesto. La leve sonrisa de esperanza que tenía al hablar de la niña desapareció, sustituida por una rigidez clínica que me devolvió el terror más absoluto.

—James, a su esposa hemos decidido no dejar que se despierte de la anestesia general. Al terminar de coserla tras la cesárea, el equipo quirúrgico y de intensivistas ha optado por mantenerla bajo los efectos de sedantes potentes como el fentanilo. Lo hacemos por varias razones críticas. Su cuerpo ha sufrido un shock brutal por la pérdida masiva de sangre. Si permitimos que se despierte de golpe, el dolor y la desorientación dispararían su ritmo cardíaco y su presión arterial, lo que podría reabrir los vasos internos y causar una hemorragia fatal —el doctor cogió aire—. El trauma de los golpes recibidos y la rapidez extrema de la cirugía han colapsado sus pulmones. Está exhausta. Necesitamos que una máquina, el respirador mecánico, haga todo el trabajo por ella mientras su cuerpo descansa y se estabiliza. Mía se desmayó no solo por el dolor, sino porque recibió impactos severos en la cabeza y sufrió una hipoxia severa debido a la bajada drástica de tensión. Necesitamos mantener su cerebro "en reposo" absoluto a través de la sedación para evitar que aparezca un edema cerebral, es decir, que el cerebro se hinche.

Cada palabra del doctor era un golpe de mazo en mi cabeza. Imaginármela así... intubada, mantenida con vida por fármacos, con el cerebro en un letargo forzado para que no colapsara. El desasosiego me devoraba por dentro.

—La estamos trasladando a una habitación de la Unidad de Cuidados Intensivos —concluyó el médico, dándome una palmada firme en el hombro—. Allí la acomodaremos. Es un box aislado donde solo podrá estar una persona por los estrictos protocolos de asepsia. Mía estará monitorizada y vigilada las veinticuatro horas del día por un equipo exclusivo. Ahora mismo, James, el sueño es su mejor aliado.

Asentí con la cabeza, con las lágrimas resbalándome por la mandíbula, completamente mudo. Tenía una hora antes de poder ver a mi hija a través de un cristal frío, y una eternidad por delante para sentarme al lado de la cama de Mía, rodeado de pantallas que pitarían con cada latido de su corazón herido. No me iba a mover de allí. Iba a ser el guardián de su sueño hasta que decidiera volver conmigo.

Me quedé sentado en aquella silla de plástico rígido, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hundida entre las manos. Cabizbajo. Con la mirada fija en las baldosas grises del hospital, que brillaban bajo los fluorescentes con una frialdad insoportable.

No sé cuánto tiempo llevaba en esa misma postura, pero sentía el cuerpo entumecido, como si la parálisis de no poder hacer nada por Mía y por Cloe se hubiera extendido a mis propios músculos.

En ese silencio de hospital, mi mente empezó a desgranar los hechos en un bucle destructivo. Cerré los ojos y la oscuridad solo me trajo imágenes nítidas de la nave: el olor a pólvora y a óxido, el estruendo de los disparos, Mía, mi fiera indomable, la mujer con el "carácter del infierno" que me volvía loco, reducida a un cuerpo frágil, sangrando sobre el cemento y Joselu, en un quirófano contiguo, luchando por su bazo porque decidió que su vida valía menos que la de mi mujer y mi hija. ¿Cómo se gestiona este peso?

Estaba tan sumergido en ese pozo de desolación, tan perdido en el eco de mis propios fantasmas, que el mundo exterior se redujo al sonido rítmico de mis latidos. De pronto, la luz que golpeaba el suelo frente a mis zapatos se cortó. Vi una sombra delante de mí. Fui levantando la cabeza muy despacio, arrastrando el peso de mis párpados hinchados.

—James, la policía quiere hacerte unas preguntas —dijo mi padre.

Su voz sonó grave, amortiguada por la pena, y su mano se posó en mi hombro con una firmeza que intentaba infundirme una fuerza que yo ya no poseía. Alcé la vista del todo y distinguí, un par de metros por detrás de él, a dos agentes uniformados que me miraban con una mezcla de respeto y solemnidad. El juicio de Diego Beltrán no se iba a celebrar en la Audiencia Provincial; el juicio real había empezado en aquella nave abandonada, y ahora tocaba rendir cuentas mientras mi vida entera se debatía entre la vida y la muerte a unos pocos metros de allí.

CAPÍTULO 27: MÍA

No hay arriba ni abajo. No hay frío ni calor. Lo primero de lo que soy consciente es de que no tengo cuerpo. Intento mover una mano, un dedo, cambiar de postura... pero es como si mi mente estuviera flotando en un océano de alquitrán, completamente separada de mis músculos. No siento nada, absolutamente nada. No hay dolor, hay vacío, y eso me resulta aún más terrorífico.

Todo es una negrura absoluta. No veo nada, no hay luz, no hay formas. Solo una oscuridad densa que me traga por completo. ¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo despertar?

De repente, mi cerebro empieza a emitir ráfagas a trompicones. No son recuerdos ordenados; son flashes inconexos que estallan con violencia detrás de mis párpados invisibles y desaparecen antes de que pueda comprenderlos:

"El brillo de un arma bajo una bombilla sucia"

"Un pañuelo en mi boca"

"El sabor metálico y caliente de la sangre saliendo de mi boca"

"El estruendo de un disparo"

"Una sombra delante de mí"

Los fragmentos giran a mi alrededor como cristales rotos. Intento unirlos, desesperada por reconstruir el mapa de lo que ha pasado, pero mi mente está demasiado nublada.

Y entonces, en mitad de este limbo, la angustia se concentra en dos nombres que me queman el alma. James. Cloe.

Mi hija. Mi bebé. Intento buscarla, intento desesperadamente llevarme las manos al vientre para protegerla, para sentir sus pataditas y asegurarme de que su corazón sigue latiendo, pero sigo atrapada en esta parálisis. El pánico me golpea. ¿Sigue ahí?

¿Y James? ¿Dónde está el hombre que me prometió que no podría vivir sin mí? Necesito su voz, necesito que me saque de este

pozo tenebroso. No sé si está al otro lado de esta negrura, si está herido, si está llorando por mí... o si el monstruo nos lo arrebató todo. No saber si las dos personas que le dan sentido a mi universo están a salvo me está destrozando por dentro.

¿Esto es real? ¿Estoy pensando esto de verdad o son solo los retazos de una imaginación moribunda?

Lo único que sé es que no puedo distinguir la línea entre la realidad y la ficción de mi cabeza. No sé si estos pensamientos son reales o simplemente el fruto de mi imaginación intentando luchar contra la muerte. Quiero gritar, quiero romper esta barrera de silencio absoluto y abrir los ojos, pero la resistencia es inútil.

Una marea pesada, un peso artificial y aplastante comienza a arrastrarme de nuevo hacia el fondo del abismo. Intento aferrarme al recuerdo del brillo en los ojos de James, a la promesa de ver el pelo de mi niña... pero las fuerzas se me agotan. El sueño me puede, venciéndome sin piedad, y me hundo otra vez en la nada más profunda, sin saber si alguna vez volveré a abrir los ojos.

CAPÍTULO 28: JAMES

Varias horas después, un enfermero me tocó el hombro con suavidad, interrumpiendo el torbellino de mi cabeza.

—Ya puede entrar al box, señor Bernard. Solo usted, por favor.

Crucé el umbral de la Unidad de Cuidados Intensivos con las piernas temblando, arrastrando los pies como si pesaran toneladas. Sabía que lo que iba a ver no sería fácil, pero nada en el mundo me había preparado para el impacto devastador de encontrar a Mía en esa cama. Me quedé paralizado a los pies de la estructura metálica, sintiendo cómo el aire se congelaba en mis pulmones. Cuando el doctor me dio el diagnostico de Mía no imaginé que fuera así.

Mía, mi mujer indomable que siempre llenaba cualquier habitación con su sola presencia, parecía ahora una figura de cera desdibujada entre un arsenal de tecnología médica.

Un grueso tubo de plástico transparente entraba por su boca, conectado a un fuelle mecánico que subía y bajaba con un siseo artificial y constante. Verla obligada a respirar por una máquina me desgarró el alma. No podía hablar, ni quejarse, ni emitir ningún sonido. Su silencio era absoluto y ensordecedor.

Su piel estaba extremadamente pálida, con un matiz casi grisáceo, y se sentía alarmantemente fría al tacto. Junto a su cama, colgadas de un soporte metálico, goteaban a toda velocidad varias bolsas de sangre y plasma en una transfusión masiva para intentar devolverle la vida que Diego le había arrancado. Tenía los ojos cerrados, los labios secos y agrietados, y el rostro ligeramente hinchado por los golpes de ese malnacido y la enorme cantidad de fluidos de la reanimación.

Bajo la fina sábana del hospital, intuí el desastre. Su abdomen estaba cubierto por un apósito enorme y rodeado de cables. De su pelvis salían tubos de drenaje que evacuaban la sangre residual que

aún quedaba en la cavidad abdominal tras la cesárea. A un lado de la cama, una sonda urinaria medía al mililitro el gasto de sus riñones, vigilando si estaban fallando tras el shock hipovolémico.

Un pitido rítmico, agudo y constante marcaba sus pulsaciones en la penumbra del box. Mis ojos se clavaron de forma obsesiva en esa pantalla llena de líneas verdes que subían y bajaron, y en esos números de presión arterial y saturación de oxígeno que apenas entendía, pero que se convirtieron en mi único asidero con la realidad: me decían que seguía viva.

Me acerqué a ella con un cuidado extremo, temiendo que el más mínimo roce pudiera romper lo poco que quedaba en pie. Busqué su brazo, que estaba completamente cubierto de vías intravenosas, cables de monitorización y parches. No pude más. Me enterré en su costado, escondiendo mi rostro contra su piel fría, y me derrumbé por completo.

Lloré con una desesperación que me arañaba el pecho. Verla así, en ese estado, me destruyó. Mía había luchado toda su vida; contra su infancia, contra el abandono, contra su propio padre... Había hecho un esfuerzo sobrehumano durante los últimos siete meses por mantenerse fuerte, por combatir la anemia, por proteger a nuestra hija a capa y espada a pesar de sus propios miedos. Y ahora, el premio a toda su entrega era estar conectada a un soporte vital. No era justo.

—No me dejes, nena... por favor, no me dejes —le supliqué en un susurro ahogado, apretando su mano inerte contra mi mejilla —. Cloe te necesita. Yo te necesito. No sé cómo respirar si tú no estás.

Uno de los doctores entró silenciosamente en el box y se colocó al otro lado de la cama. Esperó a que levantara la cabeza antes de hablarme con una voz baja y sumamente profesional, devolviéndome a la cruda realidad médica.

—James, las primeras horas son una ventana crítica. El mayor peligro al que nos enfrentamos ahora mismo es la coagulopatía. Debido al desprendimiento violento de la placenta, la sangre puede perder su capacidad natural de coagular, lo que la pondría en riesgo

de sangrar por cualquier sitio. Eso, sumado al shock, podría desencadenar en un fallo multiorgánico.

—¿Cuál es el plan entonces? —pregunté, limpiándome las lágrimas con rabia, intentando recuperar al menos un ápice de la lucidez que Mía necesitaba de mí.

—El plan es mantenerla en este coma inducido durante las próximas 48 horas. Su cuerpo sigue muy alterado; su corazón va demasiado rápido, intentando compensar el trauma, y su tensión está muy inestable. Solo cuando sus análisis de sangre se estabilicen por completo y comprobemos que no hay más hemorragias internas ocultas, empezaremos a retirar la sedación muy lentamente. Fármaco a fármaco. Solo entonces veremos cómo responde y si es capaz de despertar por sí misma.

El doctor me dio una última mirada de apoyo antes de salir del box, dejándome a solas con el siseo del respirador. Me senté en la silla junto a su almohada y le sostuve la mano derecha. Las próximas horas serían un infierno, pero no pensaba moverme de ese metro cuadrado. Si Mía estaba luchando en la oscuridad, yo me quedaría allí para guiarla de vuelta a casa.

Le di un último beso en la frente a Mía, tan suave que apenas rozó su piel gélida, y le aseguré al oído que volvería enseguida. Salir de ese box y dejarla allí, rodeada de máquinas, me mataba por dentro. Sentía que me arrancaban un pedazo del pecho, pero tenía que hacer lo que ella me pediría si pudiera hablar y lo que mi propio cuerpo me reclamaba a gritos tras horas de agonía: ver a nuestra hija.

Al cruzar las puertas de la UCI, me encontré de frente con mi familia, que se puso en pie al instante al verme salir.

—Necesito ver a Cloe —les dije, con la voz apagada y la mirada perdida.

—Ve, hijo —respondió mi madre de inmediato, dándome un apretón en el brazo.

—No quiero dejar a Mía sola... —admití, atrapado en una culpa asfixiante.

—Nunca estará sola, ¿me oyes? —me interrumpió ella con una firmeza absoluta—. Yo me quedo aquí con ella. Ve a ver a tu hija, James.

Asentí y empecé a caminar por los pasillos del hospital. Avanzaba con una sensación devastadora, la de estar entre la espada y la pared, sintiendo que al ir a buscar a una estaba desatendiendo a la otra. Mi corazón estaba literalmente dividido en dos plantas distintas de ese maldito hospital, balanceándose entre el miedo de perder a mi mujer y el ansia de conocer a mi pequeña.

Cuando llegué a la planta de neonatología, el ambiente cambió por completo. Era un área sumamente limpia, sumida en una penumbra suave diseñada para no dañar los ojos de los bebés que habían llegado antes de tiempo. El silencio no era absoluto; estaba roto por un pitido de monitores mucho más agudo y rápido que el de la UCI de adultos, un sonido constante que recordaba al latido frenético del corazón de un pájaro.

Me acerqué al gran ventanal transparente y apoyé las manos y la frente contra el vidrio frío. Al otro lado, entre varias cajas de plástico transparente que funcionaban como incubadoras, mis ojos buscaron desesperadamente hasta que reconocí la tarjeta con el nombre de mi esposa.

Verla a través del cristal fue un impacto tremendo que me revolvió las entrañas. No era el bebé robusto, perfecto y rosado que te muestran en los anuncios de televisión. Era una criatura diminuta, frágil, con la piel algo enrojecida y descamada por haber nacido a las 36 semanas en mitad de una carnicería.

Mi pequeña estaba completamente rodeada de cables que parecían demasiado grandes para su cuerpecito. Llevaba unas pequeñas gafas de plástico en la nariz que le bombeaban el oxígeno que sus pulmones aún no sabían retener por sí mismos. Tenía varios parches redondos pegados en su tierno pecho, de los que salían cables finos conectados a un monitor. La pantalla mostraba su frecuencia cardíaca, que iba a toda velocidad, a unos 140 latidos por minuto. Una línea intravenosa sumamente delgada estaba fija en su diminuta mano para pasarle el suero y la glucosa que la mantenían estable. Del borde de su nariz salía una sonda nasogástrica, un

tubito transparente que llegaba hasta su estómago por si el equipo médico tenía que empezar a alimentarla.

Para mí, ese momento fue un auténtico torbellino emocional. Por un lado, sentí el milagro absoluto de ver la vida que Mía y yo habíamos creado con amor; por el otro, experimenté una impotencia brutal al no poder meter las manos, no poder tocarla, ni abrazarla, viéndola atrapada en esa urna. El miedo me desgarraba al pensar que, en ese preciso instante, mis dos personas favoritas en el mundo peleaban por su vida en habitaciones separadas por solo unos pisos de diferencia.

Me quedé allí, llorando en silencio frente al cristal, viendo cómo el pecho de mi hija subía y bajaba rápidamente en una lucha silenciosa por aferrarse a la vida. Era exactamente igual que su madre unos pisos más abajo: dos guerreras unidas por el mismo hilo invisible.

De repente, sentí cómo una mano tocaba mi hombro derecho y otra se posaba en el izquierdo. Miré a los lados. Eran mi padre y mi hermano, que habían venido silenciosamente para no dejarme solo ante el cristal.

—Saldrán de esta las dos, James —dijo mi padre con una voz cargada de una convicción que yo necesitaba desesperadamente—. Esta niña se ha aferrado a la vida por la fuerza de su madre. Ese carácter luchador lo lleva en la sangre.

—Es rubia —admitió Liam con una sonrisa rota, señalando la cabeza de la pequeña a través del vidrio.

Escuchar a mi hermano decir eso hizo que empezara a llorar aún más, con un llanto que me limpiaba el pecho de tanta rabia acumulada. Me quedé allí parado imaginando, por primera vez en todo el día, cómo sería mi vida con esas dos mujeres a mi lado, sanas, libres del terror de Diego Beltrán.

—Deberías ir a ducharte, hijo —sugirió mi padre con suavidad, rompiendo el silencio.

—No me voy a mover de aquí —respondí de inmediato, testarudo, con la mirada fija en Cloe.

—James, estás manchado de sangre —insistió mi padre, bajando la mirada hacia mi camisa—. Necesitas ducharte, cambiarte

y luego te quedas aquí todo el tiempo que quieras. Por favor, hazlo por ti... y por ellas.

—Los chicos te llevarán a casa y te traerán de vuelta en un momento —añadió Liam—. Nosotros no nos moveremos de aquí; les haremos compañía a las dos mientras tanto.

Miré mi ropa y luego mis manos. Tenían razón. Tenía que quitarme la suciedad, el olor a pólvora y la sangre que me recordaba a cada segundo el horror que habíamos pasado en esa nave. No podía entrar a ver a mi hija ni sentarme junto a Mía llevando encima el rastro de su agresor.

—Tenéis razón —cedí, soltando un largo suspiro—. Pero volveré lo antes posible. No dudéis en llamarme si pasa el más mínimo contratiempo. Lo que sea.

—No te preocupes por nada, James. Ve —concluyó mi padre, dándome un último apretón en el hombro mientras yo me obligaba a apartar los ojos del cristal para dar el primer paso hacia la salida.

Como le prometí a mis padres, no tardé nada. Eric me llevó en su coche a su casa, que estaba mucho más cerca del hospital que la nuestra. Me metí bajo el agua caliente y me froté la piel con rabia, necesitando arrancar de mi cuerpo el olor a pólvora, la mugre de la nave y la sangre que me recordaba al monstruo de Diego Beltrán. Me puse la ropa limpia que Eric me prestó y regresamos al hospital a toda velocidad.

Esas primeras cuarenta y ocho horas fueron un auténtico calvario, algo insufrible. Mi vida se redujo a un péndulo de angustia: pasaba unas horas en el box de la UCI con Mía, hablándole al oído mientras el respirador siseaba, y luego bajaba corriendo a neonatología a mirar a Cloe a través del cristal.

Mi familia demostró de qué pasta está hecha. No se movieron ni un solo segundo del hospital durante el día; se turnaban conmigo para entrar a ver a Mía porque se negaban en redondo a dejarla sola, y también porque necesitaban desesperadamente estar con ella. Solo se marchaban a casa a altas horas de la noche para intentar dormir un poco. Incluso Cami y Adri consiguieron entrar en alguna ocasión para velar el sueño de Mía mientras yo iba a la planta

de neonatología. Éramos un frente unido, pero la incertidumbre nos estaba desgastando.

Al cumplirse las cuarenta y ocho horas, el destino decidió darnos un respiro. Estaba en el pasillo de neonatología cuando la enfermera que cuidaba a mi hija salió a buscarme con una sonrisa cansada pero genuina.

—James, su hija ha respondido maravillosamente bien estas cuarenta y ocho horas. Le hemos quitado el soporte de oxígeno... ¿Quiere entrar a alimentar a su hija?

Casi me desmayo allí mismo. La noticia me golpeó con tal fuerza que tuve que apoyarme en el cristal. ¿Alimentarla? ¿Quitarle las máquinas? El alivio fue tan violento que me costó respirar.

Entré en la sala de incubadoras, que estaba sumida en esa penumbra suave. Me senté en una mecedora y, con un cuidado extremo, la enfermera colocó por primera vez a mi hija en mis brazos.

Al sentir su peso real, tan diminuto y a la vez tan inmenso, se me cortó la respiración. La miré desarmado, sintiendo cómo las lágrimas de pura emoción se me escapaban de los ojos y me resbalaban por las mejillas sin ningún tipo de control. Era mía. Era nuestra.

La enfermera me entregó el biberón con delicadeza, me ayudó a colocarlo en su pequeña boquita y se dirigió a la puerta.

—Para cualquier duda o si te pones nervioso, pulsa este botón —me dijo antes de dejarme a solas con ella.

Alimentar a mi hija fue la sensación más irreal y hermosa de mi existencia. El tiempo empezó a pasar despacio, congelado en un pacto sagrado entre ella y yo. Me quedé hipnotizado con cada absorción, con cada trago que daba con energía. Verla succionar con esa determinación me llenó el pecho de un orgullo feroz. Definitivamente era una guerrera, exactamente igual que su madre. Tenía su misma garra.

Tras beberse el biberón entero, la fuerza del esfuerzo la venció y se quedó profundamente dormida en mi regazo. Me quedé contemplándola. Su pelo era una pelusa decididamente rubia que brillaba bajo la luz tenue. La aterradora palidez grisácea del primer

día había desaparecido; ahora tenía un tono rosado y saludable. Ya no tenía tubos, ni parches, ni fluidos en su cara. Estaba limpia. Era una niña preciosa.

—No puedo dejarte más tiempo papi, el protocolo exige que vuelva a la incubadora —me susurró la enfermera al regresar, con un tono lleno de compasión.

Le entregué a mi hija a regañadientes, sintiendo el frío en mis brazos de inmediato.

—¿Puedo venir a darle el biberón otra vez? —le pregunté, suplicante.

—Por supuesto. Ven en unas dos horas, para su toma correspondiente.

Pasé esas dos horas al lado de Mía. Le tomé la mano, me incliné sobre su almohada y le conté todo. Le hablé de lo preciosa que era Cloe, de cómo tomaba el biberón con fuerza. Le pedí, le rogué que despertara pronto para ver el milagro que había salvado.

En cuanto se cumplió el plazo, volví corriendo a neonatología con el corazón dando saltos. Pero al llegar, la enfermera me miró con una mueca divertida.

—Ay, papi... llegas tarde. Ha empezado a llorar con tanta fuerza que hemos tenido que darle el biberón hace media hora. ¡Es una glotona!

Sonreí. Fue una sonrisa de verdad, la primera que sentía en mis labios desde que empezó esta película de terror. Mi pequeña quería comer, quería vivir, tenía prisa por crecer. Aunque no hubiera podido darle el biberón yo mismo en esta ocasión, ver que tenía ese apetito voraz hizo que mi esperanza creciera a pasos agigantados. Cloe estaba fuera de peligro; ahora solo faltaba que su madre abriera los ojos para completar nuestro mundo.

Al día siguiente, llegó la noticia que tanto había estado suplicando. Los médicos entraron en el box de la UCI y nos anunciaron que los niveles de coagulación se habían estabilizado y que el riesgo inminente de una hemorragia masiva había quedado atrás. Iban a retirarle los sedantes para despertarla, por lo que decidieron trasladarla a una habitación en planta.

Salir de la UCI se sintió como una victoria, un paso gigantesco hacia la luz. Nos acomodaron en la nueva habitación; mi madre y mi padre se sentaron a mi lado, arropándome en un silencio expectante. Yo me quedé de pie junto a su cama, con el corazón dándome vueltas y los ojos fijos en su rostro. Esperaba que fuera cuestión de minutos. Esperaba que esos párpados rubios se agitaran, que soltara un gemido y volviera a mí.

Pero los minutos se convirtieron en horas. Y ella siguió atrapada en la inconsciencia. Fue ahí donde comenzó una tortura psicológica insoportable.

Pasaron 12 horas. Luego 24 horas. La habitación está sumida en un silencio sepulcral, un vacío absoluto que se me clava en los oídos, salvo por el siseo monótono, rítmico y artificial del respirador que sigue haciendo el trabajo por ella. Mía sigue completamente inmóvil, como una hermosa estatua de mármol ajena al mundo. Le cojo la mano, que por fin empieza a recuperar su temperatura natural, le hablo al oído en susurros desesperados, le suplico que regrese, pero no hay respuesta. Ni un parpadeo, ni un amago de apretarme los dedos. Nada.

La desesperación me estaba devorando vivo. Liam entró en la habitación por la noche para traernos algo de cenar y me vio caminando de un lado a otro, frotándome la cara con rabia, al borde del colapso.

—James, hermano, tienes que sentarte. Te vas a volver loco si sigues así —me dijo Liam, poniéndome una mano firme en el pecho para frenarme.

—¿Cómo me voy a sentar, Liam? —le solté, con una voz rota y cargada de una furia impotente—. Han apagado los fármacos hace un día entero. El fentanilo ya debería haber salido de su cuerpo. Ya debería estar despierta. ¿Y si no despierta nunca? ¿Y si ese malnacido le rompió algo por dentro que las máquinas no pueden detectar?

—Cálmate, hijo —intervino mi padre, levantándose de su silla para ponerse a mi lado—. Mía ha pasado por un calvario físico tremendo. Su cuerpo ha recibido un castigo brutal y necesita tiempo para procesar que ya no hay peligro. Tienes que tener fe.

—Tu padre tiene razón, James —añadió mi madre con los ojos empañados, tomándome de la otra mano—. Ella está descansando. Ha luchado como una leona para salvar a Cloe y ahora su cuerpo está ganando su propia batalla. No nos va a abandonar.

Los médicos y los neurólogos entran con una frecuencia que me pone los pelos de punta. El protocolo se repite cada pocas horas, y presenciarlo es como recibir una puñalada directa al estómago. Me quedo a un lado, conteniendo el aliento, observando cómo intentan arrancarla de ese limbo.

Le levantan los párpados con delicadeza y le proyectan la luz fría de una linterna médica directamente en las pupilas. Buscan ver si se contraen con la luz; esa pequeña reacción es el hilo de esperanza que demuestra que el tronco encefálico sigue vivo y respondiendo.

Con una fuerza que me hace desviar la mirada y apretar los dientes, el neurólogo le pellizca el brazo o le presiona el esternón con los nudillos. Buscan una respuesta motora primitiva, una mueca de dolor en su rostro o que intente retirar el brazo por puro instinto de defensa.

Mía no responde a absolutamente nada. Se queda allí, inerte, tolerando el dolor físico sin un solo milímetro de reacción, como si ya no habitara su propio cuerpo. En cada una de esas visitas, me fijo obsesivamente en las caras de los neurólogos. No me hace falta que hablen; la frustración y la preocupación se leen perfectamente en sus gestos tensos, en la forma en que arquean las cejas y en cómo intercambian miradas dudosas antes de anotar en el historial.

Tras una de esas evaluaciones, la que marcó la barrera de las veinticuatro horas de espera, el neurólogo jefe se dio la vuelta hacia mí. Se quitó las gafas con un suspiro pesado y me miró con una gravedad que me obligó a aferrarme a la barandilla de la cama de Mía para no caerme.

—James, su cerebro ha sufrido un traumatismo y un shock severo. Hemos apagado los fármacos, pero ahora todo depende de ella. Su cerebro tiene que decidir cuándo está listo para volver a encenderse. Solo nos queda esperar.

El médico salió de la habitación con paso lento, dejándome a solas con mis padres, con Liam y con ese maldito siseo mecánico del respirador. Me senté de nuevo a su lado, le acerqué la mano a los labios y se la besé, hundiéndome en la incertidumbre más oscura de mi vida. Todo dependía de ella. De su carácter. De ese "carácter del infierno" que ahora mismo era lo único que podía traérmela de vuelta.

Al día siguiente, el sol volvió a salir, pero para mí la única luz que importaba seguía apagada en aquella cama de hospital. Me negaba a dejar que el silencio se apoderara de nosotros, así que me senté a su lado, le cogí la mano con fuerza y empecé a hablarle, esperando que mis palabras cruzaran el muro de su inconsciencia.

Le hablé de lo único que sabía que la haría volver: nuestra hija.

—Nena, tienes que escucharme —le susurré al oído, con la voz temblorosa—. Cloe está ganando su propia batalla. Es preciosa, Mía. Si la vieras... tiene un tono rosado precioso y ese pelo rubio como tú. Ya come sola. La enfermera dice que es una glotona porque ayer se tomó el biberón entero sin respirar; tiene un genio tremendo. El médico me ha dicho que está evolucionando tan bien que pronto saldrá de la UCIN. La van a traer aquí, a esta habitación, y la tendrás contigo. Pero necesito que despiertes para recibirla, Mía. Te estamos esperando.

Nada más pronunciar esas palabras, como si el nombre de nuestra hija hubiera encendido un resorte en lo más profundo de su cerebro, el monitor cardíaco estalló en un pitido rítmico, agudo y ensordecedor.

Las líneas verdes de la pantalla empezaron a bailar con violencia. Sus pulsaciones se dispararon de golpe: 110, 130, 150 latidos por minuto. Me quedé petrificado al ver que Mía, por primera vez en días, se movía. Pero no era un movimiento sutil. Su pecho se arqueó bruscamente y empezó a pelear con auténtica desesperación contra el respirador.

—¡Doctor! ¡Por favor, vengan! ¡Algo va mal! —grité hacia el pasillo, apretando el botón de emergencia con desesperación.

El equipo de intensivistas y enfermeros entró corriendo en el box como un torbellino, apartándome de la cama mientras revisaban las pantallas y sujetaban suavemente las manos de Mía.

Tras unos minutos que me parecieron eternos, en los que ajustaron los parámetros del respirador y le administraron un fármaco para calmar la sincronía con la máquina, el pitido del monitor empezó a estabilizarse. Mía se relajó de nuevo, aunque mantenía una respiración ruda y el rostro tenso.

El médico jefe se dio la vuelta hacia mí y me miró con una seriedad aplastante.

—James, respire. Lo que acaba de ver es una buena señal, significa que su cerebro empieza a reaccionar a los estímulos, pero necesito que comprenda algo muy importante. El despertar de un coma inducido prolongado no es como en las películas. Olvídese de esa imagen donde el paciente abre los ojos de golpe, sonríe y pronuncia una frase perfecta.

Se acercó a mí y me puso una mano en el hombro, obligándome a escuchar con atención.

—Este es un proceso lento, caótico y sumamente angustioso para el paciente. Mía está despertando a medias. Su mente no entiende dónde está, siente un tubo enorme metido en la tráquea que le impide respirar a su ritmo y nota el dolor de la cirugía y de los golpes. Está desorientada y asustada. Lo que ha tenido es un pico de agitación y una lucha contra la ventilación mecánica porque su cuerpo intenta defenderse.

—¿Pero va a estar bien? ¿Significa que ya va a despertar? —le pregunté, con las lágrimas a punto de volver a brotar.

—Está en camino, James. Pero las próximas horas van a ser duras. Vamos a ir retirándole el respirador de forma intermitente para que sus pulmones trabajen, y cada vez que lo hagamos, puede volver a agitarse. Necesito que mantenga la calma, que le hable con voz suave y le recuerde constantemente que está a salvo y que usted está aquí. Su carácter la está empujando hacia fuera, pero ahora debemos guiarla despacio para que no colapse en el intento.

El resto del día transcurrió exactamente como el médico había advertido. Fue un vaivén agotador de pequeñas agitaciones, con Mía

intentando luchar contra la máquina. Sin embargo, conforme avanzaban las horas y la noche daba paso a la mañana, noté que sus picos de agitación iban aminorando. Su cuerpo empezaba a tolerar mejor el proceso. "Venga, mi amor. Sigue así, lo estás haciendo muy bien", le repetía continuamente, apretando su mano inerte.

Al día siguiente, la habitación se llenó de una luz completamente distinta: nos trajeron a Cloe. Al no necesitar ya el soporte de la UCIN, los médicos autorizaron que estuviera con nosotros en la planta.

Mi madre se deshizo en halagos en cuanto vio entrar la cunita. Se le caían las lágrimas de la emoción mientras la tomaba en brazos por primera vez, le daba el biberón con una destreza que yo aún no tenía y le hablaba con esa voz mimosa que solo las abuelas tienen. Pero la paz duró poco. Cloe decidió que era el momento perfecto para estrenar su sistema digestivo en planta con una ruidosa y monumental explosión en el pañal.

Miré a mi hermano, que observaba la escena con una mezcla de fascinación y horror.

—Venga, Liam —le pinché—. Ejerce tu papel de súper tío y estrena las manos.

Mi hermano dio un paso atrás de inmediato, levantando las manos como si le estuviera apuntando con un arma.

—A ver, James... aclaremos los términos del contrato —reclamó con total indignidad—. Cuando dije que iba a ser un súper tío, yo me refería a consentirla, a comprarle juguetes caros y a malcriarla a espaldas de sus padres. ¡No a limpiar esto! Ese papel te toca a ti en todos los sentidos de la palabra, hermanito.

Mi padre soltó una carcajada limpia y mi madre acabó limpiando a la niña entre risas contenidas. Fue el primer momento de normalidad real que tuvimos en días.

Cuando Cloe estuvo perfectamente limpia, cambiada y envuelta en su arrullo, decidí que era el momento. Con un cuidado extremo, la tomé en mis brazos y me acerqué a la cama de Mía. Con mucha delicadeza, acomodé el cuerpecito diminuto de nuestra hija

directamente sobre el pecho de su madre, asegurándome de que sintiera su calor, piel con piel.

—Mira a quién tienes aquí, nena —le susurré al oído a Mía, inclinándome sobre ella—. Cloe te está esperando. Ya está aquí contigo... Tiene un olor tan dulce, mi amor... Huele a vida pura.

Me quedé embobado describiéndole cómo la bebé se acurrucaba en su regazo, buscando su latido, cuando la voz de mi padre me sacó del trance de golpe.

—¡James, mira! —exclamó en un susurro ahogado, señalando la barandilla.

Desvié la mirada, que hasta ese momento estaba fija en la posición que mantenía a Cloe, y miré la mano derecha de Mía. Lo vi. Juro por Dios que lo vi. Ese dedo índice se movió ligeramente. Fue un espasmo mínimo, sutil, pero completamente voluntario. Estaba reaccionando a su hija.

—Eso es, nena... —murmuré, y la garganta se me cerró por completo.

Una oleada de lágrimas nuevas, esta vez nacidas de una esperanza feroz, comenzaron a salir de mis ojos. Me resbalaban por las mejillas y la barbilla, y ni siquiera podía limpiármelas porque tenía las manos totalmente ocupadas en sostener a Cloe sobre el pecho de Mía, temiendo que un movimiento brusco la hiciera caer. Sentí que el pecho me iba a estallar de la emoción.

Tras unos minutos más, cuando los monitores se estabilizaron y la pequeña Cloe empezó a quejarse levemente, la levanté con cuidado y la deposité de nuevo en su cuna.

El esfuerzo físico y mental de haber contenido toda esa presión me pasó factura de golpe. Me dejé caer en el sillón que estaba a su lado, metí la cabeza entre mis manos y terminé de llorar en absoluto silencio. Ya no era la rabia de la nave, ni el pánico del quirófano; era el desahogo de saber que mis dos guerreras se negaban a dejarme solo.

Mi padre se acercó despacio y me puso una mano cálida en la espalda, apretándola con fuerza.

—Es duro, James —me dijo con la voz grave y reconfortante —, pero lo estáis haciendo todos muy bien. No te rindas ahora, ya

casi están de vuelta.

CAPÍTULO 29: MÍA

Sigo atrapada aquí. En este lugar sin geografía ni tiempo, donde la oscuridad no es solo la ausencia de luz, sino un peso físico que me aplasta el pecho. La frustración ha dejado de ser una emoción sutil para convertirse en una marea violenta que ruge dentro de mi cabeza. Quiero gritar. Quiero arañar las paredes de esta jaula invisible, romper el cristal de este letargo y exigir respuestas. Pero mi boca no se mueve, mis cuerdas vocales están muertas y mi voz solo rebota, sorda y deformada, contra las paredes de mi propio cráneo.

¿Qué pasó después de aquel último impacto? Mi memoria se corta ahí, en el charco de mi propia sangre, en el horror de sentir que me desangraba. No sé cómo terminó. No sé quién ganó.

Últimamente, el silencio absoluto ha empezado a agrietarse. A través de las fisuras de mi inconsciencia se filtran nuevos recuerdos, destellos tan extraños que no sé si son reales o el último invento de un cerebro que se niega a morir.

De pronto, una ráfaga de aire me trae un aroma dulce, un olor a leche, a piel limpia, a vida recién estrenada. Sentí una calidez inmensa sobre mi pecho, una presión minúscula pero tan poderosa que pareció reactivar un cabo suelto en mis terminaciones nerviosas. Juraría que intenté mover la mano. Juraría que quise proteger ese calor.

Escucho la voz de James, rota, susurrándome al oído una letanía de palabras que me aceleran el pulso. Habla de una niña rubia. Habla de una "glotona". Incluso me llega el eco lejano de Liam protestando por algo.

¿Es real? ¿O es solo una simulación piadosa de mi mente para amortiguar el dolor de haberlo perdido todo? El miedo a que todo sea una fantasía cruel me quema por dentro. Si Cloe no sobrevivió,

si James está llorando ante una cuna vacía… la incertidumbre me está matando más rápido que los golpes de mi propio padre.

No quiero estar más aquí. Me niego. Este estado de indefensión me asquea; va en contra de todo lo que soy. Siempre he sido la abogada indomable, la mujer que plantaba cara a los monstruos, la que controlaba su propio destino con las uñas y los dientes. Verme reducida a esto me produce una rabia insoportable.

El destino estaba escrito, lo sé. Pero yo nunca he sido de las que aceptan el guion que otros escriben para mí.

Si mi padre pretendía borrarme del mapa, si el precio de nacer era este final gris, me niego a aceptarlo. Repito: no quiero seguir así. Necesito saber qué hay al otro lado de esta negrura. Quiero saber qué me depara el futuro. Necesito confirmar si ese olor a bebé es real, si los ojos azules de James volverán a brillar al mirarme.

Una fuerza primitiva, nacida del instinto de madre y del orgullo de superviviente, empieza a hervir en mi sangre. Ya no es el sueño el que me arrastra hacia el fondo; ahora soy yo la que empieza a empujar hacia arriba, buscando la superficie, desesperada por romper el hechizo de esta perpetua anestesia. Si mi destino está ahí fuera, voy a salir a buscarlo. Cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 30: JAMES

El día siguiente llegó trayendo consigo la nueva rutina que ahora gobernaba mi vida: cambiar pañales con dedos torpes, medir con precisión milimétrica los mililitros del biberón y mecer a Cloe sintiendo su respiración rápida contra mi pecho hasta que, finalmente, logro dejarla dormida en su cuna.

A lo largo de la mañana, la habitación se convirtió en un refugio de rostros conocidos. Primero nos visitaron Eric y Cami; tras su marcha, llegó Enzo a hacernos compañía y, después de almorzar, Adri apareció en cuanto salió de trabajar con merienda dulce para todos. Verlos allí a todos, turnándose para darnos fuerzas, era el único cable a tierra que me impedía enloquecer.

Aproveché la llegada de mis amigos para ir a ver a Joselu. Ya lo habían subido a planta y me alegré muchísimo de verlo tan bien. Tenía una vía puesta en el brazo, el monitor marcando unas constantes impecables y, aunque se le notaba el cansancio en los ojos, mantenía una sonrisa de medio lado.

—Hola —atiné a decir, acercándome un par de pasos a la cama—. ¿Cómo sigues?

—Muy bien. Por lo visto tengo la cabeza dura y el bazo de acero. Al final solo ha sido un desgarro limpio, un par de puntos por aquí, un drenaje por allá... y listo. El chaleco hizo su trabajo. Me salvó la vida, de verdad. Espero que en dos días máximos me den el alta.

Asentí en silencio.

—Me alegro mucho de que estés bien, de verdad —le dije—. Joselu, quiero darte las gracias nuevamente por lo que hiciste por Mía y por Cloe.

—No vuelvas a dármelas. Sabes que lo volvería hacer. Estoy deseando verlas. ¿Cómo están?

—Cloe perfectamente, ya le han dado el alta. En uno de sus paseos te la traeré para que la conozcas —le dije mientras el brillo en su mirada se intensificaba—. Y Mía, sigue luchando pero tengo la esperanza de que pronto esté de nuevo con nosotros.

—No lo dudes. Siempre ha sido muy terca.

Ambos reímos de pensar en el carácter de Mía.

A mitad de la tarde, la habitación se quedó más tranquila. Mis padres y yo manteníamos una conversación en voz baja, casi en susurros, sobre los últimos detalles que nos había comunicado la policía respecto a la investigación en la nave. En mitad de la charla, el llanto de Cloe rompió el murmullo de nuestras voces.

Levanté de inmediato la mano para mirar mi reloj: exacto, mi pequeña tenía hambre, le tocaba la toma. Me levanté del sillón dispuesto a ir en su busca, pero me quedé completamente paralizado en mitad del paso, con la mirada clavada en la cama.

Mi madre, al ver que me había quedado rígido como una estatua, se dirigió a mí:

—James, ¿vas a darle el biberón o quieres que se lo...?

La frase se le quedó congelada en los labios. La habitación entera se enmudeció de golpe, sumiéndose en un vacío absoluto donde solo resonaban los llantos de Cloe. Mi pobre hija lloraba con fuerza desde su cuna, sin comprender por qué nadie iba a cogerla para darle de comer. No podíamos movernos. El aire se había detenido. Su madre había regresado.

Mía finalmente había abierto los ojos. Sin embargo, no fue el despertar limpio y perfecto de las películas, como ya nos avisaron los médicos; su mirada era fija, perdida y completamente vidriosa. Sus pupilas flotaban en un estado de delirio, un limbo espeso causado por los potentes fármacos que todavía navegaban por su cerebro. No me enfocó de inmediato, miraba hacia el techo como si intentara descifrar dónde terminaba la oscuridad y dónde empezaba la realidad.

Toqué el timbre de emergencia. Los médicos y enfermeros entraron rápidamente en la habitación. La examinaron con presteza,

comprobando sus reflejos y hablándole en tonos suaves pero firmes para traerla de vuelta a la superficie. Mía tardó varios minutos interminables en parpadear con cierta normalidad, sacudiéndose las telarañas de la sedación.

De repente, en un movimiento lento que pareció costarle un mundo, Mía giró su cabeza hacia mí. Sus ojos chocaron con los míos y me reconoció. No hizo falta que hablara; una sola lágrima comenzó a resbalar por su mejilla, confirmándome que mi Mía, mi fiera, estaba de verdad allí dentro.

Buscando entender su entorno, empezó a mover los ojos de un lado a otro de la habitación. Miró a los médicos, me volvió a mirar a mí, luego a mi padre y a mi madre. Sus ojos se detuvieron y se quedaron completamente fijos en lo que mi madre sostenía entre sus brazos: mi madre había cogido a Cloe de la cuna para calmarla en su regazo mientras los médicos trabajaban.

Al reconocer a la bebé, el monitor cardíaco empezó a pitar con una rapidez frenética. Las pulsaciones se le dispararon en la pantalla, reflejando el vuelco que le había dado el corazón. El médico se inclinó levemente sobre ella, colocándose en su campo de visión para advertirla con suavidad:

—Mía, intenta relajarte. Estás aquí, estás a salvo. Has luchado como una auténtica gladiadora por estarlo. Dame un último esfuerzo y mantén la calma.

Mía desvió sus ojos lentamente hacia el médico. Lo miró con fijeza durante un segundo y asintió con la mirada, sin pronunciar palabra alguna debido al cansancio, pero sellando el pacto de que ya nada ni nadie volvería a separarnos.

Ver cómo asentía ante el médico fue el último destello de energía que le quedó. A partir de ese momento, fui testigo del doloroso y lento proceso por el que pasa alguien que acaba de despertar de un coma inducido. Mía estaba de vuelta, pero su cuerpo seguía siendo una prisión de máxima seguridad.

No hablaba. Sus cuerdas vocales, heridas por los días que había pasado intubada, no emitían ningún sonido. Tampoco tenía fuerzas para intentarlo. Su proceso consistía en una lucha silenciosa y constante: la veía hacer muecas de frustración cuando intentaba

mover un brazo y este apenas le respondía, veía el sudor frío en su frente por el simple esfuerzo de mantener los ojos abiertos y cómo tragaba saliva con una dificultad espantosa. Estaba ahí, nos escuchaba y nos miraba, pero comunicarse con nosotros era una montaña demasiado alta que todavía no podía escalar.

Poco después, el agotamiento físico la venció y sus párpados comenzaron a pesarle. Mía se quedó dormida de nuevo. Verla cerrar los ojos me produjo un vuelco en el estómago, una mezcla de alivio y un pánico irracional. Una parte de mí, egoísta y muerta de miedo, quería que se quedaran siempre abiertos, fijos en mí, para asegurarme de que no se marcharía otra vez a esa oscuridad. Quería seguir viendo el brillo de su mirada. Sin embargo, mi mente racional comprendía que su cuerpo había soportado una carnicería y que aquel sueño ya no era el limbo de la sedación, sino el descanso real y necesario que su cerebro reclamaba para reconstruirse.

Mis padres salieron de la habitación con Cloe para darle un paseo. Mi pequeña había recibido el alta y era bueno que le diera la luz del sol. Me quedé un rato a solas con mi mujer. Me senté en el borde de la cama, le tomé la mano con delicadeza y, contemplando su rostro por fin en paz, comencé a hablarle en un susurro, necesitando llenar el vacío con el futuro que nos esperaba.

—Tienes que recuperarte pronto, nena —le dije, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar—. Estoy deseando que salgamos de este maldito hospital. Imagínatelo: tú, Cloe y yo dando un paseo o en casa. Quiero que estemos los tres tirados en el sofá, acurrucados bajo esa mantita que tanto te gusta, sin pensar en nada... Solo nosotros, viendo una de esas películas que no te gustan y...

—La… película... la… elijo… yo...

El corazón me dio un vuelco tan violento que creí que se me salía del pecho. Me quedé petrificado, con el aliento contenido, dudando de mis propios oídos. Pero no lo había imaginado.

La voz de Mía había sonado increíblemente ronca, áspera como la arena y apenas superior a un soplido, pero con ese tono cortante, firme y cargado del sarcasmo que siempre la había

definido. Incluso medio sedada y con la garganta destrozada, mi abogada del infierno seguía queriendo tener el control. Era el comentario más "Mía" que podría haber hecho. Ella seguía ahí, intacta.

Se me escapó una carcajada ahogada que se transformó de inmediato en un llanto de pura felicidad. Me incliné sobre ella con cuidado, apoyando mi frente contra la suya, y empecé a llenarle el rostro de besos: en las mejillas, en los párpados, en la frente, saboreando las lágrimas que se nos mezclaban a los dos.

—Te lo prometo, mi amor —le dije con la voz rota, apretando su mano contra mi corazón—. Te prometo que durante toda nuestra vida elegirás siempre tú la película que veamos. Aunque sea la peor comedia romántica del mundo, me da igual. Como si no me dejas volver a tocar el mando a distancia. Pero no te vuelvas a ir, nena. Nunca más.

Poco a poco, con una tenacidad que me dejaba sin aliento, Mía fue recuperando la voz. Hablar le costaba un mundo; cada palabra sonaba como si tuviera que arrastrarla desde el fondo de una garganta reseca y herida, pero se negaba a rendirse. Lo que no decía con la boca, lo comunicaba con los ojos. Desde su almohada, no dejaba de observar absolutamente todo lo que pasaba en la habitación. Sus pupilas, ya nítidas y brillantes, seguían cada paso que dábamos Cloe y yo. Nos vigilaba con un instinto protector feroz, como si necesitara asegurarse a cada segundo de que el monstruo no iba a volver a materializarse para arrebatarnos la paz.

Al día siguiente, su cuerpo empezó a responder a esa voluntad de hierro. Por la mañana, logró mover los dedos uno a uno, venciendo la rigidez de la inactividad y, al final de la tarde, ya era capaz de mover la mano entera. No paraba. Repetía una y otra vez los ejercicios de movilidad que le habían pautado los rehabilitadores, sin sobreesforzarse para no reabrir las heridas de la cesárea, pero con una constancia implacable. Hizo exactamente lo mismo que durante el embarazo: seguir al pie de la letra cada indicación médica, cada consejo, cada pauta. Puedo decir lo que sea de Mía, que es testaruda, orgullosa y que tiene un carácter del demonio,

pero es una paciente ejemplar. Cuando se propone algo, dobla la realidad a su antojo.

Sin embargo, fue durante la última visita del médico de planta cuando Mía me desarmó por completo. El doctor terminó de revisar sus constantes y de palpar su abdomen cuando ella, reuniendo las pocas fuerzas que tenía en los pulmones, lo miró fijamente.

—Doctor... —su voz sonó rasposa, pero firme—. ¿Cuándo... podré coger… a mi hija?

Esa pregunta me partió el corazón en mil pedazos. Me dio un vuelco el pecho al darme cuenta de la dolorosa realidad: Mía era la persona por la que Cloe estaba hoy con nosotros en este mundo, la que había recibido los golpes, la que se había desangrado para mantenerla a salvo... y todavía no había podido cargarla en sus brazos. Se la habíamos acercado al pecho, sí, sintiendo su calor piel con piel, pero sus manos no habían tenido la fuerza necesaria para rodearla, para sostener ese milagro con sus propias fuerzas.

El doctor suavizó la expresión de inmediato, mirándola con una profunda empatía.

—Mañana intentaremos incorporarte un poco en la cama, Mía —le prometió, dándole una palmadita afectuosa en la pierna—. Y, con ayuda de James y de las enfermeras, te la pondremos en los brazos para que la sostengas tú misma.

Mía no dijo nada más, pero sonrió con los ojos completamente vidriosos, fijos en la cuna donde la pequeña dormía ajena a todo.

En cuanto el médico cruzó la puerta de la habitación y nos quedamos a solas, me acerqué a la cama. El silencio que se instaló entre nosotros ya no era el siseo tenebroso de la UCI; era un silencio cálido, lleno de futuro. Me incliné sobre ella, le tomé esa mano que ya respondía a mis caricias y le besé los nudillos con una devoción que me desbordaba.

No pude evitar decírselo, con el nudo de la emoción apretándome la garganta:

—Estoy muy orgulloso de ti, nena. Muy orgulloso.

Ella apretó mis dedos con la poca fuerza que tenía, devolviéndome una mirada que valía más que cualquier juicio

ganado, confirmándome que la espera había valido la pena y que el mañana, por fin, volvería a pertenecernos.

CAPÍTULO 31: MÍA

Ese día me desperté con una idea fija grabada a fuego en la cabeza. No quería aguantar ni un solo segundo más sin poder tocar a mi hija. No me importaba el dolor de los puntos, ni el cansancio que me arrastraba los músculos, ni la rigidez de mi propio cuerpo.

Incluso antes de que llegaran mis suegros y mucho antes de que James se despertara del pequeño sueño que estaba teniendo en el sillón —pobre, se había quedado frito después de la última toma de Cloe, una madrugada en la que lo acompañé en absoluto silencio, cruzando nuestras miradas en la penumbra—, yo ya estaba trabajando. Empecé a realizar ejercicios con las manos, a estirar los dedos, a mover los pies y a hacer giros suaves pero repetitivos con la cabeza. Me dolía hasta respirar, pero no me importaba. Hoy era el día. Iba a estar todo lo fuerte que pudiera para sostener a mi hija conmigo.

A mitad de la tarde, como cada día, el doctor vino a revisarme. Cuando terminó el chequeo de rutina, me miró con una sonrisa de aprobación:

—Estás evolucionando favorablemente, Mía. Estoy muy contento con cómo responde tu cuerpo.

—Gracias —le dije. Tomé aire, reuniendo toda la firmeza que pude en mi voz rasposa, y le solté—: Quiero coger a mi hija ahora.

El médico soltó una pequeña risa, asintiendo.

—Bien, veo que no se te ha olvidado la promesa de ayer.

—Jamás —sentencié.

A un lado de la cama, James me miró con una mezcla de adoración y orgullo que me derritió por dentro. El doctor llamó a un par de enfermeras y, entre ellas y James, comenzaron el proceso de incorporarme en la cama. Sentir el tirón en el abdomen me hizo morder el labio para no quejarme, pero logré quedar sentada,

aunque no del todo. Me acomodaron cojines a los lados para darme estabilidad y me colocaron los brazos en la posición correcta.

Entonces, James se acercó a la cuna. Tomó a nuestra pequeña con un cuidado infinito y, despacio, la depositó en mi regazo.

En cuanto sus tres kilos descansaron sobre mis brazos, rompí a llorar. Fue la emoción más grande, pura y abrumadora que ha existido jamás en el planeta. Mis manos, que horas antes apenas se movían, se cerraron instintivamente alrededor de su cuerpecito para protegerla de todo el mal del mundo.

Hice un esfuerzo sobrehumano, ignorando el pinchazo en la nuca y la tensión en la espalda, para bajar la cabeza hasta su frente y darle un beso eterno. Aspiré con desesperación cada partícula de su ser.

—Su olor... —susurré, con las lágrimas empapándome la sonrisa.

—Me recuerda a ti —dijo James, inclinándose sobre nosotras y acariciándome el pelo—. A ese olor mentolado y limpio tuyo.

Sonreí, sin apartar los ojos de ella. Mi pequeña era una luchadora, una auténtica guerrera que había sobrevivido al peor de los infiernos antes de nacer, y era la criatura más preciosa que existía. Lo siento, pero no admitía ningún tipo de dudas respecto a esto último; me daba exactamente igual que la gente diga que todos los recién nacidos son iguales, arrugados y feos. Para mí, Cloe era perfecta.

Estuve varios minutos contemplándola, grabándome en la memoria el diseño de sus pestañas y el tono rosado de sus mejillas, hasta que las enfermeras, que vigilaban mis constantes, notaron que mis brazos empezaban a temblar y a ceder por el cansancio.

—Es suficiente por hoy, Mía. No demos un paso atrás por forzar demasiado —me dijo una de ellas con suavidad.

Tenían razón. Dejé que me quitaran a mi hija para devolverla a su cuna, sintiendo de golpe un vacío helado en el pecho, pero no me di por vencida. Miré a la enfermera fijamente mientras me recostaban de nuevo.

—Mañana quiero darle el biberón yo misma.

La mujer se quedó sorprendida y luego negó con la cabeza, sonriendo de lado.

—Eres cabezona, ¿eh?

—No lo sabéis bien —intervino James, soltando una carcajada limpia que llenó la habitación de vida—. No va a parar hasta conseguirlo.

Levanté la mirada hacia el sillón del fondo. Mis suegros me observaban desde allí, en silencio, con los ojos empañados y una mirada llena de amor puro.

Al día siguiente, mis suegros llegaron temprano, rompiendo el silencio de la mañana con su calidez habitual. Tras darme un caluroso beso, se acercaron de inmediato a la cuna para encargarse de Cloe, relevando a James, que apenas había dormido. Durante la noche, lo había observado entre las sombras, moviéndose como un fantasma protector, obsesionado con comprobar que la niña respiraba bien en cada minuto de su descanso. Verlo tan agotado y tan entregado me llenaba de amor, pero también abrió la espita de un veneno que llevaba días conteniendo.

Fue en ese momento, mientras mi suegra preparaba el biberón, cuando la frustración y la rabia me golpearon con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

Miré mis propios pechos y sentí un vacío desgarrador. No iba a poder amamantar a mi hija. Todo el cóctel de fármacos de la UCI, la intubación y la sedación habían cortado en seco cualquier proceso natural. Mi padre se había encargado de eso. No pudo matarnos en aquella nave industrial, pero sí consiguió arrancarme de cuajo el derecho a crear ese vínculo primario, íntimo y único con mi bebé. Él me robó el primer regalo que quería darle a mi hija. Sentir que una parte de mí seguía mutilada por su culpa, que había dictado cómo iba a ser mi maternidad, me hacía hervir la sangre de impotencia. Tenía que conformarme con un trozo de plástico y leche de fórmula porque un monstruo decidió que mi castigo por nacer era el dolor.

Mientras mi cerebro repiqueteaba y rumiaba sobre esa injusticia, atrapada en un bucle oscuro, un murmullo me sacó de mis pensamientos. Me llamó la atención que mi suegro se acercara a

James y le hablara en un tono de voz inusualmente bajo, casi un susurro clandestino:

—Te están esperando fuera.

James asintió con la cabeza de inmediato, sin mostrar sorpresa, como si estuviera esperando ese aviso. Se giró hacia mí, forzó una sonrisa rápida que no llegó a sus ojos y me dio un beso corto en la frente.

—Ahora vuelvo, nena —dijo.

Y se fue. No añadió nada más. No me dijo quién era, ni a dónde iba, ni qué asunto era tan urgente como para dejar la habitación.

Ese secretismo encendió todas mis alarmas. Hasta ahora, nadie me había hablado de lo que ocurrió verdaderamente ese fatídico día. El tema estaba completamente vetado en la habitación. Lo único que habían soltado, era que Joselu estaba totalmente recuperado del disparo y que prometía pasarse por aquí en cuanto los médicos le dieran el alta definitiva. Más allá de eso, el silencio era absoluto.

Era evidente que mi familia no quería sacarme el tema bajo ningún concepto. Seguramente los médicos les habrían advertido con gravedad que no alteraran mis constantes, que mi cerebro necesitaba reposo y que revivir el trauma podría provocar un paso atrás en mi recuperación. Se pensaban que era de cristal. Que si nombraban a Diego Beltrán me iba a romper. Lo único que me contaron es que Joselu recibió la bala por mí.

Miré de reojo a mis suegros, que fingían estar muy concentrados con la ropa de la bebé, evitando cruzar su mirada con la mía. Se equivocaban conmigo. Había sobrevivido a la muerte y no iba a quedarme de brazos cruzados viviendo en una realidad edulcorada. No lo iba a dejar pasar por mucho tiempo. Del próximo proceso contra Diego Beltrán me encargaría yo personalmente. Ese hijo de puta no volvería a ver la luz del sol.

Cuando James regresó a la habitación, intentó actuar con normalidad, deslizando las manos en los bolsillos y dedicándome una de esas sonrisas de "aquí no ha pasado nada". Pero ya me conocéis: yo no soy de las que se quedan calladas.

—¿A dónde has ido? —le solté a bocajarro, clavándole la mirada.

James se tensó. Vi perfectamente cómo sopesaba sus palabras en una fracción de segundo, buscando la forma de esquivar el golpe.

—He ido a ver a alguien —respondió, intentando sonar casual.

—¿A quién?

—Mía, no es el momento, por favor... No quiero mentirte —admitió, y en su voz se notó una súplica real—. Pero de verdad, no es nada grave. No es el momento.

Le miré fijamente tratando de bucear en la profundidad de ese mar azul que tiene por ojos para averiguar qué demonios me estaba ocultando. Busqué un brillo de culpa, de miedo, de lo que fuera, pero fue inútil; James sabía blindarse muy bien cuando se lo proponía.

Antes de que pudiera seguir presionándolo, un jaleo de voces y risas ahogadas rompió la tensión desde el pasillo. La puerta se abrió de golpe y Liam asomó la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mirad a quién os traigo —anunció, haciéndose a un lado con un gesto teatral.

—¡Joselu! —grité, forzando mi garganta todo lo que mis posibilidades me permitían en ese momento.

—Hola, bombón —dijo él, con esa sonrisa suya.

Se acercó a la cama con cuidado de no tocar ninguna vía y me dio un abrazo largo, cálido y reconfortante. Sentir su calor me devolvió de golpe una sensación de seguridad que creía perdida.

—Oye, a mí no me recibes así de bien... —protestó Liam desde los pies de la cama, cruzándose de brazos con su habitual tono cómico de ofendido.

Me reí, sintiendo el tirón de los puntos en el vientre.

—Tú no has interceptado una bala por mí, Liam.

—*Touché*, cierto —admitió mi cuñado, ni corto ni perezoso.

Todos reímos en la habitación. El ambiente, por fin, se sentía ligero, casi limpio de toda la mierda que habíamos pasado.

—¿Cómo estás? —me preguntó Joselu, sentándose en el borde de la silla que James le había acercado.

—Mucho mejor. ¿Y tú?

—Totalmente recuperado —aseguró, poniéndose en pie un segundo para darse una vuelta sobre sí mismo como si fuera un modelo en una pasarela—. El bazo está en su sitio y el chaleco hizo el resto. Soy duro de pelar.

Le agarré la mano con todas las fuerzas que logré reunir en mis dedos. Lo miré a los ojos, despojándome de cualquier rastro de ironía.

—Gracias... Gracias por salvar nuestras vidas, Joselu. Te estaré en deuda siempre.

Joselu agachó la cabeza, cohibido, mirando nuestras manos entrecruzadas sobre la sábana. La dureza de su fachada policial se desmoronó un poco.

—No tienes que dármelas, Mía. Hubiera dado mi vida por vosotras una y mil veces.

—No tenías por qué hacerlo... —susurré, con un nudo en la garganta.

—Bueno —interrumpió él, aclarándose la voz para espantar la emoción y mirando hacia la cuna—, ¿puedo coger ya a esa linda bebé o tengo que rellenar un formulario oficial?

—Por supuesto —respondió James, tomándolo por el hombro con un afecto profundo.

Las horas siguientes fueron un sinfín de halagos, risas y mimos hacia mi pequeña Cloe. Joselu la sostuvo como si fuera de cristal, mirándola con una fascinación que me llenó el pecho de una calidez nueva. Estuvimos así, rodeados de la gente que nos quería, hasta que, a la hora de su biberón, mi niña tomó su leche con ganas y cayó rendida en un sueño profundo. La paz había vuelto, sí, pero mientras miraba a James de reojo, supe que la tregua no duraría siempre. Seguía debiéndome una explicación.

CAPÍTULO 32: JAMES

Los días pasaron y, con cada amanecer, el milagro se hacía más evidente: Mía cada vez estaba mejor. El arsenal de tecnología médica que antes me aterraba fue desapareciendo pieza por pieza; le habían quitado todos los cables de su cuerpo, el respirador ya era un mal recuerdo y ahora solo dependía de unos antiinflamatorios.

Su rostro, poco a poco, volvía a recuperar ese rosado precioso que tanto me fascinaba. Sus ojos dejaron de estar hinchados, devolviéndome la limpieza de su mirada. Además, tras un lavado y acicalado minucioso que Cami le hizo directamente en la cama, su pelo volvió a ser el que era: esa melena rubia e indomable. Por supuesto, no tardaron en regresar su icónico moño desaliñado y esos mechones sueltos cayéndole por la cara que tanto la caracterizaban. Verla recuperar su aspecto era como ver salir el sol tras un eclipse eterno.

No había un solo día en el que la habitación no pareciera una pequeña fiesta de resistencia. Recibíamos visitas a todas horas. Nuestro grupo de amigos y Joselu venían todos los días sin falta a revolucionar el cuarto, e incluso varios compañeros del bufete se acercaron por la tarde a traerle flores y a ver cómo seguía.

Todos la querían muchísimo, con una devoción auténtica, y creo que Mía no fue plenamente consciente de la cantidad de gente que la respaldaba hasta ese momento. Solía mirar a las visitas con una timidez extraña, conmovida por el despliegue de afecto. Pero para mí tenía todo el sentido del mundo. Es jodidamente fácil quererla. Porque a pesar de la coraza implacable que ha llevado siempre encima, a pesar de sus silencios y de los muros que levantó para protegerse del pasado, Mía siempre se ha entregado a los demás. Siempre ha cuidado de su gente sin esperar absolutamente nada a cambio. Y ahora, el karma, el de verdad, se lo estaba devolviendo en forma de amor incondicional.

Mía estaba volviendo a ser Mía. Su ironía fina regresaba en cada conversación, su risa ya no le desgarraba el abdomen al sonar y la forma en que miraba a Cloe... Dios, la forma en que la miraba mientras la sostenía con sus propias manos y le daba el biberón, era pura poesía.

Sin embargo, debajo de toda esa felicidad flotando en la habitación, yo sentía un tic-tac constante en la cabeza. Cada día que pasaba era un día más cerca de recibir el alta, un día más cerca de salir de allí y, por consiguiente, de tener que sentarnos a hablar y enfrentarnos a todo lo ocurrido de una vez por todas.

Sabía que no tardaría en pedirme explicaciones sobre todo lo que había pasado ese día. Era algo inevitable. El hospital había sido nuestro refugio, una burbuja donde solo importaba sobrevivir, pero la realidad nos esperaba fuera de esas cuatro paredes.

Verla ponerse en pie y cruzar la habitación por sí misma, justo una semana después de haber despertado de aquel abismo, fue uno de los momentos más irreales de mi vida. Hacía nada, la ayudaba a sostenerse para dar dos pasos agónicos hacia el baño o la empujaba en una maldita silla de ruedas. Y ahora, ahí estaba ella. Mía se había adueñado por completo de ese cuarto de hospital. Se movía con esa determinación suya que tanto me volvía loco, gobernando las tomas de Cloe y cambiándole los pañales sentada en el borde de la colchón. Quería hacerlo todo, abarcarlo todo, como si intentara ganarle una carrera al tiempo que le habían robado.

No pude evitar acercarme a ella mientras batallaba con los corchetes del bodi de la niña.

—Mía, que estés bien no significa que nosotros no podamos ayudarte con Cloe —le dije en voz baja, intentando frenar un poco su ritmo.

—Lo sé, pero me he perdido mucho —respondió sin levantar la vista, y noté un deje de tristeza oculta tras su firmeza.

Me dolió escucharla pensar así. Le tomé la cara con suavidad, obligándola a mirarme a los ojos para que mis palabras le grabaran la verdad en el cerebro.

—No te has perdido nada, nena. Has ganado una vida con ella, conmigo, con todos.

Mía agachó la cabeza y guardó silencio un instante. Sé que mis palabras calaron hondo en ese caparazón que a veces se autoimpone. Entendió que no podía cargar con una culpa perpetua; al fin y al cabo, había plantado cara a la mismísima muerte para estar exactamente en este instante, lidiando con la intendencia más caótica de la maternidad.

—Tenéis razón —admitió, soltando un suspiro y mirándome con esa ironía tan suya—. La verdad es que me vendría bien una ayuda con este olor... Es radioactivo.

La habitación entera estalló en una carcajada limpia. Mis padres y mi hermano respiraron aliviados. El ambiente se sintió, por primera vez en muchos días, como el de una familia normal.

En mitad de las risas, la puerta se abrió y entró el doctor para su revisión diaria. Revisó sus constantes, examinó la evolución de la herida de la cesárea y terminó por mirarla con una mezcla de absoluto asombro y admiración profesional.

—Es increíble verte así, Mía. Creo que has sido la paciente más rápida en recuperarse de algo así en todo mi historial.

—Pues quiero batir el récord siendo la paciente que antes se va a casa —le soltó ella al instante, rápida como un rayo—. Quiero irme de aquí ya, doctor, por favor.

Sentí un vuelco en el estómago. El miedo me hizo saltar de inmediato.

—Mía... por favor —supliqué—. Date tiempo. No corras.

—Quiero volver a mi casa, James. A mi vida —me replicó, mirándome con esa firmeza indomable que me desarmaba—. No me voy a ir a hacer puenting, solo quiero relajarme en mi sofá.

El médico miró el duelo de miradas que manteníamos y sonrió con condescendencia, comprendiendo que ganarle una discusión a Mía Beltrán era una causa perdida.

—Te entiendo, Mía. Mira, vamos a hacer una cosa. Te voy a mandar unas pruebas completas para mañana a primera hora. Si los resultados salen bien, te podrás ir a casa.

Mía ni siquiera esperó a que el doctor se despidiera. Se giró hacia mí con una sonrisa de absoluta victoria, brillante y descarada.

—Ve preparando la casa, James. Mañana duermo en mi colchón de viscoelástica.

Todos volvimos a reír ante su arrolladora positividad. Ella ya estaba mentalmente fuera de esas cuatro paredes blancas. Y aunque yo sentía un nudo de desasosiego al pensar en dejar la seguridad del hospital, verla con esa energía me devolvió la vida. Mi mujer estaba de vuelta al cien por cien. La burbuja estaba a punto de estallar, y nuestra casa nos esperaba para empezar de nuevo.

Como el doctor había prometido, a primera hora de la mañana se llevaron a Mía para hacerle toda la batería de pruebas médicas. La habitación se quedó extrañamente vacía sin ella, así que aproveché para hacer lo que mejor me sentaba en el mundo: acomodé a Cloe en su carro y salí a dar un largo paseo por los jardines de los alrededores del hospital. Caminar bajo el sol, sintiendo el aire fresco y el movimiento del carro de mi hija, me ayudó a despejar la mente después de tantos días respirando el ambiente cerrado de las plantas médicas.

Tras un par de horas fuera, regresamos a la habitación. Al empujar la puerta, me encontré con que Mía ya estaba de vuelta, instalada de nuevo en la cama. Pero no estaba sola; mi padre y Joselu la acompañaban, metidos en una animada conversación.

—¡Hombre, Joselu! —le saludé, dándole un apretón de manos afectuoso.

Me giré hacia el resto del cuarto y eché en falta a alguien.

—¿Y mamá? —le pregunté a mi padre, extrañado de no verla al pie del cañón.

Mi padre soltó una risa floja y arqueó las cejas.

—¿Tú qué crees? Está arreglando vuestra casa para vuestra llegada.

—Pero si todavía no sabemos si los médicos le darán el alta hoy —dije llevándome una mano a la frente.

—Me la darán, James. Me la darán, ya lo verás —intervino Mía desde la cama, con esa seguridad aplastante que no le cabía en el pecho.

Joselu se echó a reír ante su tozudez. Mía se giró hacia él, ignorando por completo mis quejas racionales.

—¿Te unes a la fiesta de bienvenida en casa? —le preguntó con una sonrisa cómplice.

—¿Fiesta? —salté yo, cruzándome de brazos—. ¿Eso es lo que le has dicho a mi madre que haga? ¿Una fiesta?

—¿Yo? —Mía abrió mucho los ojos, fingiendo una inocencia que no se creía ni ella—. Yo solo le he dicho que fuera, que abriera las ventanas porque no sé cuándo fue la última vez que pisaste esa casa y que comprobara que todo lo de Cloe estuviera perfectamente preparado para su llegada.

—Sí… —confirmó mi padre, conteniendo una sonrisa—. Y de esas indicaciones tan sencillas se han enterado Cami y Adri que, casualmente, estaban al teléfono contigo. Por lo que no han dudado ni un segundo en ir a ayudarla...

—Vamos, que si salimos del hospital hoy, van a estar todos allí metidos —concluí, dándome por vencido ante el despliegue logístico de mi mujer.

—Yo me apunto desde luego, suena que va a estar bien —dijo Joselu, sonriendo de oreja a oreja—. James, ¿te imaginas la casa llena de globos?

Negué con la cabeza pero, por dentro, sentí una calidez inmensa. Sabía que Cami y Adri, en unión con mi madre, nos la iban a liar.

CAPÍTULO 33: MÍA

Como mi propio cuerpo ya intuía, me dieron el alta esa misma tarde. Me encontraba fenomenal, con una energía que ni los propios médicos lograban explicar, por lo que no había ningún motivo real para seguir ocupando aquella habitación de hospital. Las indicaciones del doctor antes de firmar los papeles fueron bastante sencillas: nada de hacer grandes esfuerzos, reposo relativo y que volviéramos a revisión en dos semanas, tanto Cloe como yo, para comprobar que mi hija, a pesar de nacer un poco antes de lo previsto, seguía bien, y para comprobar que mis cicatrices seguían cerrándose.

Cuando por fin cruzamos el umbral de nuestra casa, confirmamos que nuestras sospechas se quedaban cortas. Allí estaban todos. Absolutamente todos: Cami, Adri, Liam, Eric, Enzo, Gloria, Manuel y Joselu. Y, efectivamente, tal y como James había vaticinado entre quejas, habían inundado por completo el salón con globos de colores y ramos de flores frescas que llenaban el ambiente de un olor limpio, a hogar. Vi de reojo cómo Joselu y James se miraron y sonrieron con una complicidad absoluta; mi marido ya había asumido su derrota. Mis amigas eran así de exageradas, intensas y maravillosas, y yo las adoraba precisamente por eso.

Tras una oleada interminable de abrazos apretados, besos, achuchones llenos de cuidado y un sinfín de mimos dirigidos tanto a Cloe como a mí, por fin nos acomodamos en el salón. La mesa del centro estaba llena de bandejas concomida para picotear, que por fin ya podía comer, y las conversaciones empezaron a fluir con una naturalidad que me devolvió la paz.

Mi pequeña descansaba plácidamente en su minicuna, justo al lado del sofá y frente al gran ventanal que daba al jardín, en una esquina resguardada donde la luz directa de los focos del salón no

pudiera molestar sus ojitos. Mirarla allí, a salvo, en nuestro propio espacio, me hacía sentir la mujer más afortunada del mundo.

El ambiente era idílico, lleno de risas y anécdotas, hasta que Adriana rompió el hielo de la superficie al volverse hacia nuestro amigo policía.

—Oye, Joselu, ¿y cómo te encuentras tú? —le preguntó, con un tono de sincera preocupación.

Joselu se acomodó en su sitio y empezó a detallarles a todos su diagnóstico: cómo había sido la operación, los puntos de la herida, el susto del bazo y las semanas de recuperación que aún le quedaban por delante para poder reincorporarse al servicio activo.

Escuché cada una de sus palabras atenta, analizando los rostros de los demás. Todos asentían, relajados por verle bien, pero yo vi la grieta perfecta en el muro de silencio que habían construido a mi alrededor. Era el momento. Se había terminado la protección, las medias verdades y el fingir que todo el horror se había esfumado mágicamente en el hospital.

Dejé el vaso de agua sobre la mesa, respiré hondo para ganar firmeza y clavé la mirada directamente en James, extendiendo después la vista hacia Joselu y mi suegro. El tono de mi voz, aunque suave, no admitió réplica:

—Creo que ya va siendo hora de que me contéis qué pasó ese día.

Todos enmudecieron al instante. El silencio, denso y repentino, rebotó contra las paredes del salón, destrozando la atmósfera festiva que habían creado con los globos y las flores. Todas las miradas de la habitación, de forma casi magnética, se dirigieron hacia James. Él se encontraba frente a mí, sentado en un sillón bajo, estilo puf, y al cruzarse con mis ojos vi perfectamente que no quería que llegara este momento. Quería protegerme, quería dilatar la verdad, pero yo ya estaba de pie moralmente.

—Necesito saberlo todo —continué, manteniendo mi mirada clavada en él, firme, implacable.

James no sostuvo el pulso. Desvió la mirada hacia Joselu, buscando un apoyo, un ancla en la cruda realidad de los hechos.

Joselu intervino entonces con su voz profesional de policía, intentando suavizar el golpe. Contó cómo James estaba esperando a Diego para entrar en el juicio, cómo Diego no apareció, y el momento exacto en el que se enteró de que le habían concedido la libertad provisional. Al escuchar eso, me tensioné por completo en el sofá; recordé el mareo, el olor a cerrado, cómo me drogó en el coche... allí era donde estaba mi padre mientras ellos lo esperaban en los juzgados.

—James me llamó —siguió relatando Joselu, mirándome con seriedad—. Mi compañero y yo acudimos con él. Gracias a ti y a tu perspicacia constante, por haber dejado puesto tu localizador en el teléfono, supimos dónde estabas y acudimos directos a la nave. Lo que pasó después ya lo sabes.

—Le compartí mi ubicación el día que recibí la nota amenazante. Y, lo que sé —respondí, sintiendo un escalofrío— es que mi padre disparó y tú te interpusiste entre esa bala y nosotras. No recuerdo nada más. Sólo oí un segundo disparo antes de desplomarme inconsciente.

El silencio en el salón volvió a hacerse absoluto. Mis amigos, mis suegros, mi cuñado... todos se miraban entre sí sin soltar una sola palabra, conteniendo el aliento. Volví mi mirada hacia el puf, clavando mis ojos de nuevo en mi marido.

—¿Qué pasó después, James? ¿Diego disparó a alguien más?

James negó con la cabeza lentamente, con los ojos fijos en sus propias manos.

—Diego fue quien recibió el disparo.

Una rabia antigua, una furia sorda que llevaba años cociéndose en mis entrañas, afloró de golpe.

—¿Estaba en mi mismo hospital? —pregunté, con una frialdad que asustó a los presentes—. Porque si lo hubiera sabido, te juro por Dios que hubiera ido a buscarlo a su planta y lo hubiera matado con mis propias manos.

—Ya me encargué yo de eso —soltó James en un susurro grave.

—¿Qué quieres decir? —me incliné hacia delante, apoyando las manos en mis rodillas, sintiendo que la verdad estaba a punto de

romper la presa—. ¿Qué ha pasado, James? Por favor, ¡habla!

James levantó la cabeza. Sus ojos azules, habitualmente cálidos, estaban empañados por el peso de un recuerdo oscuro, pero su voz no tembló.

—Yo fui quien realizó el segundo disparo, Mía. Yo fui quien disparó a Diego Beltrán. Y no fallé. Tu padre está muerto.

Me levanté del sofá como un resorte, ignorando por completo el pinchazo doloroso de los puntos de la cesárea. James imitó mi movimiento al instante, alarmado por mi reacción física, y se puso en pie frente a mí. Me quedé mirándolo fijamente, en mitad del salón, mientras el mundo exterior parecía desvanecerse.

Muerto. La palabra resonó en mi cabeza como un eco liberador y terrorífico a la vez. En ese segundo de quietud, un torbellino de emociones me arrasó por dentro. Miré al hombre que tenía delante. James, el abogado brillante, mi marido, el padre de mi hija... había empuñado un arma de fuego. No tuvo miedo. No dudó en mancharse las manos, en saltarse todas las reglas que regían su vida y en disparar contra un monstruo con tal de protegernos a Cloe y a mí. Tuvo la fuerza resolutiva que yo, durante años de maltrato y miedo, intenté sacar de mis entrañas sin éxito. Él lo había terminado. Había destruido al demonio de mi pasado para darme un futuro.

Rodeé la mesa de centro con pasos rápidos y me arrojé contra él. Lo abracé. Lo abracé con una fuerza tan descomunal que hasta me dolió todo el cuerpo, la cicatriz, los músculos, todo; pero no me importó. Necesitaba fundirme con él. James me aprisionó contra su pecho con una desesperación idéntica, rodeándome con sus brazos y hundiendo su cuello en mi pelo, respirándome como si necesitara convencerse de que yo seguía allí.

—Gracias —le susurré al oído, con la voz quebrada por las lágrimas que por fin caían libres.

No debe ser fácil disparar a alguien. No debe ser fácil vivir con la imagen de haberle quitado la vida a un ser humano, por muy despojo social que fuera; sé el precio psicológico que eso tiene. A pesar de mi comentario anterior sobre ir a buscarlo a la cama del hospital... sé que la realidad es muy distinta. No sé si yo, en frío,

habría sido capaz de apretar el gatillo. Pero una cosa tenía clara mientras me aferraba al cuerpo tembloroso de mi marido: si yo hubiera estado en su lugar, si hubiera entrado en esa nave y hubiera visto a James y a mi hija tirados en el suelo de cemento, desangrándose, con un arma apuntándoles a la cabeza... hubiera hecho exactamente lo mismo. Habría disparado. Los habría salvado. El monstruo ya no existía y, por primera vez en mi vida, éramos completamente libres.

La calidez del abrazo se evaporó en un segundo, sustituida por un frío glacial que me recorrió la columna. Mi mente de abogada, esa máquina jurídica que nunca se apaga del todo, se activó a mil por hora, conectando cables a una velocidad cortante.

Dios mío. James ha matado a una persona. Da igual que fuera un monstruo. Da igual que fuera mi padre. A ojos de la ley, la muerte de Diego Beltrán era un homicidio. Se abriría un procedimiento penal, habría una instrucción, imputaciones... Podría ir a la cárcel. No, no, no puede ser. Legítima defensa, eximente completa, o al menos una pena menor... Los artículos del Código Penal empezaron a pasar ante mis ojos como ráfagas de fuego.

—James... —me aparté un milímetro, obligándolo a mirarme, sintiendo el pánico real arañándome la garganta—. ¿Te están investigando? ¿Hay un caso penal abierto contra ti?

El silencio regresó al salón, pero esta vez fue un silencio incómodo, de miradas esquivas. Nadie quería hablar, hasta que mi suegro dio un paso al frente y tomó la palabra con su aplomo habitual:

—Sí, Mía. Hay diligencias previas abiertas en el juzgado de instrucción. Pero escúchame bien: no te preocupes. James va a salir absuelto de esto. Actuó en legítima defensa propia y de terceros. Todos los testigos, incluidos Joselu y sus compañeros, han declarado exactamente lo mismo: Diego disparó primero, os hirió, e iba a volver a dispararos si James no se hubiera adelantado para aplacarlo. Además... yo guardé la carta de amenazas que Diego te envió desde la cárcel. La guardé y ya está aportada a la causa como prueba de su peligrosidad y de tu situación de riesgo. He hablado

directamente con el Fiscal Jefe y opina igual que nosotros; no va a acusar. Va a pedir el sobreseimiento libre.

Mis manos empezaron a temblar. El alivio no llegaba porque mi cerebro seguía encontrando lagunas en el caso, grietas por donde el sistema podría destruir a mi marido.

—Pero... ¿y si se presenta la acusación particular? —empecé a decir, la voz me subía de tono a cada frase—. El Ministerio Fiscal puede pedir el archivo, sí, pero si algún familiar se persona... Su exesposa, o... o ese hermano que Diego me dijo que tengo. ¡Dios! Si ellos entran en el proceso, pueden forzar el juicio oral.

Empecé a dar vueltas por el salón, completamente fuera de mí, ignorando el dolor del vientre. A mi alrededor, los murmullos de Cami, Adri y mi suegra se alzaban pidiéndome que me relajara, que no me hiciera daño, que me sentara. Pero, ¿cómo me iba a calmar? El hombre que me había salvado la vida se enfrentaba a la ruina por mi culpa.

—Cálmate, Mía —me cortó mi suegro con una firmeza absoluta—. No habrá acusación particular.

Me paré en seco en mitad de la alfombra, girándome hacia él con los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo sabes? No podemos saberlo, Manuel. No sabemos quiénes son, qué intenciones tienen...

—Lo sabemos todo, nena —intervino James por fin, dando un paso hacia mí. Su voz era el pilar de calma que siempre lograba sostenerme.

—¿Qué quieres decir con que lo sabemos todo? —pregunté, sintiendo que me faltaba el aire—. ¿Qué sabes?

—He localizado a la exesposa de Diego —continuó James—. Y también... a tu hermano.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? —Las preguntas me salieron a trompicones, atropellándose en mi boca.

James se acercó rápidamente, me rodeó con sus brazos y me agarró de las manos con suavidad pero con firmeza, deteniendo mi temblor.

—Siéntate, Mía —me pidió, guiándome con cuidado hacia el sofá—. Por favor, siéntate y escúchame. Te lo vamos a contar todo.

Me dejé caer en el sofá, guiada por las manos de James, porque las piernas ya no me sostenían. No podía dar crédito a lo que acababa de escuchar. No solo era real que tenía un hermano, sino que James se había sumergido en ese fango por su cuenta para encontrarlo.

—Tras salir de tu primera reunión con Diego en la cárcel, lo tuve claro, Mía —empezó a explicar James, arrodillándose frente a mí para quedar a mi altura—. Debía averiguar si lo que te había dicho era cierto o no. Necesitaba saber si tenías un hermano de verdad o si solo era otra de sus torturas psicológicas para desestabilizarte. No quise contarte nada porque el médico había sido muy claro: no podías tener ningún tipo de estrés durante el embarazo. Así que decidí que lo averiguaría por mi cuenta y saldría de dudas, para bien o para mal. Contraté a un detective privado y consiguió los datos de la exesposa de Diego; después, le pasé esa información a un compañero de Joselu en la policía. Joselu recibió el informe final y me reuní con él. Sabemos quién es tu hermano.

Escuchaba sus palabras y sentía que el mundo giraba a una velocidad vertiginosa. Estaba en un estado de shock absoluto. Mi mente, siempre tan ágil para procesar pruebas y testimonios, se quedó completamente en blanco, colapsada ante la magnitud de lo que estaba descubriendo. Sentía una mezcla de vértigo, incredulidad y un calor repentino en el pecho que me dificultaba hasta respirar.

—¿Has hecho todo esto por mí? —conseguí articular, con la voz rota—. A pesar de estar lidiando con todo lo que tenías encima... en el despacho, en casa conmigo, con el juicio de mi padre...

—Te he dicho mil veces que haría cualquier cosa por ti, nena —respondió él, apretando mis manos con suavidad.

Me le quedé mirando, incapaz de hablar, mientras todas las piezas de los últimos meses encajaban en mi cabeza como un puzle perfecto y sobrecogedor.

En ese instante lo vi con una claridad meridiana. Mientras yo me quejaba por mi reposo, mientras me arrastraba por la casa lidiando con la anemia y el miedo, James había estado sosteniendo nuestro universo entero sobre sus hombros. Había evitado a toda costa que a mí me salpicara una sola gota de estrés del trabajo;

dirigió el despacho, organizó y abrió con éxito la nueva sede de Málaga, y aun así jamás faltó a una sola de mis rutinas. Controlaba mi medicación al milímetro, me preparaba la comida, nos cuidaba a Cloe y a mí sin poner jamás una mala cara, siempre con una sonrisa templada, siempre pendiente de que no me faltara nada.

Y mientras hacía todo eso, en las sombras, había estado coordinando la estrategia legal contra Diego, aguantando sus provocaciones, soportando la presión de un juicio penal inminente... y contratando detectives para desenterrar un árbol genealógico maldito que yo ni siquiera sabía si existía. Lo había averiguado todo solo.

Dios, qué hombre. Qué jodido milagro de hombre tengo al lado. Si alguna vez dudé de la existencia de los ángeles guardianes, tener a James Bernard frente a mí me demostraba que estaba equivocada. Lo idolatré en ese segundo con una intensidad que me dolió en el pecho. Qué suerte la mía. Qué fortuna haber tropezado con el único ser humano en la Tierra capaz de cruzar el mismísimo infierno, matar a los demonios y volver con las manos limpias solo para asegurarse de que yo pudiera dormir tranquila. Y pensar que, en algún momento, lo odié. "Mentira", me gritó mi subconsciente, "caíste rendida a sus malos modos y altivez desde el primer momento". Le di la razón porque, para qué engañarnos, siempre la tiene.

—¿Desde cuándo sabes todo esto? —le pregunté, logrando por fin recuperar un poco el hilo de la voz.

—Averigüé lo de tu hermano una semana antes del juicio —admitió James, mirándome con honestidad—. Decidí que no era el momento de contarte nada. El ginecólogo nos había advertido de que tu tensión estaba en el límite y que cualquier sobresalto podría adelantar el parto de forma peligrosa. Así que decidí esperar a que Cloe estuviera sana y con nosotros antes de abrir esa puerta.

Apreté sus manos con fuerza, tragándome el nudo de la emoción.

—Hiciste bien —le confirmé, asintiendo con la cabeza—. Gracias, mi amor. Por todo.

El silencio en el salón volvió a volverse absoluto, denso como el plomo. Todos se miraban los unos a los otros, procesando la bomba que James acababa de soltar, hasta que mi cuñado no pudo aguantarse más.

—A ver, por el amor de Dios, ¿puedes decir ya quién es su hermano? —estalló Liam, echando las manos al cielo con su habitual desesperación dramática—. ¿O nos quieres volver a todos locos de remate? Exijo saber quién es mi concuñado oficial. Como sea un asesino en serie o un mimo, juro que pido la prueba de ADN.

Las risas ahogadas de Cami y Adri rompieron un poco la tensión, acompañadas por las mismas miradas de intriga del resto de los presentes, que se inclinaban hacia delante en sus asientos.

—Sí, James —insistí, con el corazón latiéndome en la garganta—, dímelo, por favor.

—Averígualo tú misma —respondió él con una sonrisa enigmática dirigida a mi suegro.

Entonces mi suegro se levantó del sillón, caminó hacia la entrada y cogió una carpeta que tenía oculta en una silla debajo de su chaqueta. Se acercó a mí con paso firme y me la entregó en las manos.

—Este es el dossier con los datos de la exesposa de Diego —explicó James, volviendo a sentarse enfrente de mí—. Los tenía guardados en el bufete y esta tarde le pedí a mi padre que los trajera. Te conozco demasiado bien, Mía, y sabía perfectamente que de hoy no pasaba sin que preguntaras por absolutamente todo.

—Has venido preparado, por lo que veo —le dije, dedicándole una mirada de reojo en un tono distendido para aliviar el ambiente.

—Tú me has enseñado que contigo siempre debo estar alerta —me sonrió, guiñándome un ojo.

Apreté la carpeta de cartón entre mis dedos, sintiendo que me temblaban un poco. Suspiré hondo, reuniendo el valor que me quedaba, y la abrí. Lo primero que saltó a la vista fueron los datos filiativos de la exesposa de mi padre. María Luisa Garrido del Olmo.

Empecé a devorar las líneas de información del informe y cada párrafo me confirmó lo que mi padre siempre me había echado

en cara con desprecio durante mi infancia: que su exmujer pertenecía a una clase social inalcanzable para él. La familia Del Olmo era reconocida a nivel nacional por ser una de las fortunas más adineradas del país, dueños de un imperio dedicado a la producción y exportación del mejor aceite de oliva virgen extra, con su sede principal ubicada en Jaén.

Tras leer toda su información personal, pasé la página con avidez. Lo que encontré me congeló la sangre. Pegada en el centro de la hoja había una fotografía de ella. Una mujer elegante, de facciones finas y mirada serena.

No puede ser. Se me cortó la respiración. Yo había visto a esta mujer antes. Estaba completamente segura.

Levanté mi mirada hacia James de golpe. Él no dijo nada, solo me sostuvo la mirada con una fijeza absoluta; supo de inmediato que mi mente estaba divagando a mil por hora por mis recuerdos, ordenando archivos, buscando en qué lugar, en qué momento exacto de mi vida me había cruzado con el rostro de esa mujer.

Aparté los ojos de James y dirigí mi mirada hacia la persona que se encontraba de pie justo detrás de él en ese momento.

Miré sus ojos. Miré la estructura de su mandíbula. Luego volví a mirar la foto de la carpeta. Algo en mi mente hizo un *clic* violento y definitivo. Abrí los ojos de par en par, sintiendo un escalofrío de pura incredulidad recorrerme el cuerpo de arriba abajo. Él, al notar el impacto de mi descubrimiento, me sostuvo la mirada y asintió lentamente con la cabeza, confirmando mis sospechas más salvajes sin necesidad de emitir un sonido.

—Dime que no estoy equivocada... —imploré en un susurro, con la voz a punto de quebrarse mientras el dossier vibraba entre mis manos. No quería estar equivocada.

Él dio un paso al frente, esquivando el puf de James, y se colocó a los pies del sofá con los ojos empañados por la emoción.

—No estás equivocada, Mía. Esa mujer es mi madre —me confirmó Joselu, con una sonrisa rota pero llena de una ternura infinita—. Somos hermanos.

Sentí que las rodillas me flaqueaban. Durante toda mi vida, la palabra "familia" había sido sinónimo de abandono, de golpes, de un

despacho oscuro donde un hombre implacable dictaba sentencias y destruía infancias. Pero mientras procesaba el shock, una cascada de recuerdos compartidos me golpeó la mente con la fuerza de un rayo.

Joselu había estado ahí desde hacía tiempo. Recordé las llamadas a deshoras, su empeño desmedido en involucrarse en mis problemas, la forma en que se jugaba el tipo por mí una y otra vez sin que nadie se lo pidiera. Siempre había existido una debilidad inexplicable entre nosotros. Él se desvivía por protegerme a toda costa, guiado por una fuerza ciega que ni él mismo lograba comprender en su día a día como policía. Y yo... yo siempre lo había mirado con una confianza ciega, admitiendo para mis adentros que lo sentía como un hermano protector.

Ahora, de la forma más inesperada y brutal, el destino nos daba la respuesta. No eran imaginaciones nuestras. No era solo una buena amistad. Era la sangre llamando a la sangre. Él nunca supo que tenía una hermana, pero su instinto ya lo sabía.

Un sollozo sordo, que nació desde lo más profundo de mi pecho, rompió el silencio del salón. Me llevé una mano a la boca, intentando contener la riada de emociones que amenazaba con ahogarme, pero fue inútil. Las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, calientes, rápidas, liberando años de una soledad blindada que por fin se resquebrajaba por completo.

Joselu dio un paso adelante, vi cómo a él también se le humedecían los ojos y, sin pedir permiso, nos fundimos en un abrazo. Sentí la firmeza de sus brazos y, por primera vez en mi existencia, no sentí miedo de compartir mi sangre con alguien. Me aferré a su chaqueta con fuerza, escondiendo el rostro en su hombro mientras lloraba todo lo que no me había permitido llorar en la nave. Lloraba por el pasado, pero también por el hermoso milagro de saber que el hombre que siempre me había cuidado por inercia, ahora lo hacía con todo el derecho del mundo.

CAPÍTULO 34: JAMES

Al escuchar esas palabras, mi mujer se derrumbó por completo. Rompió a llorar, un llanto liberador y cargado de una emoción que no le cabía en el pecho, mientras Joselu se inclinaba para envolverla en un abrazo protector. A nuestro alrededor, el salón estalló. Se escucharon gritos ahogados procedentes de todos los presentes. Mirara a donde mirara, solo veía caras de absoluta incredulidad. Escuchaba a Eric y a Enzo repetir palabras de asombro por lo bajo, diciendo que aquello parecía sacado de una película, que era simplemente increíble.

Y lo era. Siempre se dice que el mundo es un pañuelo, pero el destino estaba dispuesto a que esa frase tuviera hoy más sentido que nunca, transformando un dicho coloquial en la verdad más brutal y hermosa de nuestras vidas.

Tras los primeros minutos de euforia, lágrimas y pura sorpresa, el salón recuperó un poco el norte. Nos acomodamos todos como pudimos, asimilando el impacto, y Joselu tomó la palabra para contar cómo se había enterado de todo.

—Me enteré un día antes que James —comenzó a explicar, mirando a Mía con una ternura infinita—. Cuando mi compañero de la comisaría me entregó la información del detective para que se la hiciera llegar a James, la leí por curiosidad. Quería ver si, desde mi posición, podía ayudarle en algo más... y vaya si podía ayudar. Cuando mis ojos leyeron el nombre de mi madre, María Luisa Garrido del Olmo, Marisa, el mundo se me paró. No lo dudé ni un segundo. Fui a verla.

Joselu se tomó un momento, entrelazando sus dedos antes de continuar.

—Mi madre y yo estuvimos viviendo muchos años en Portugal, hasta que yo me independicé y me vine a Madrid para entrar en el cuerpo. Hace solo unos meses, ella decidió volver a

España, a la casa familiar de Jaén. Así que en cuanto leí ese dossier, cogí el coche y me planté allí. No se esperaba mi visita para nada, pero la cara con la que entré por la puerta se lo dijo todo. Me senté con ella y me contó toda la historia. Yo conocí a mi padre cuando aún era muy pequeño, Mía, pero nunca por el nombre de Diego Beltrán.

—¿Utilizó otra identidad? —preguntó, atónita.

—Sí. Utilizó un nombre falso con mi madre para ocultar todas las estafas y deudas que ya llevaba a las espaldas en aquella época. La engañó para que se casaran en secreto porque, según le decía a ella, la familia de mi madre nunca aceptaría que estuviera con alguien que no tenía dinero. Cuando el pastel de sus mentiras empezó a descubrirse y las cosas se pusieron peligrosas, mi madre cortó por lo sano y nos fuimos a Portugal para empezar de cero y que no pudiera encontrarnos.

—¿Y nunca intentaste encontrar a tu padre? —intervino mi padre, Manuel, visiblemente intrigado desde su asiento.

—Mi madre me dijo que había muerto —confesó Joselu, encogiéndose de hombros con una triste sonrisa—. Para mí no había nada que buscar. Decidí hacerme policía, el destino hizo que me destinaran a esta ciudad y, sinceramente, fue lo mejor que pudo pasarme en la vida, porque ahí fue donde te conocí, Mía.

—No puedo creer que todo este tiempo hayamos estado tan cerca y no supiéramos que éramos hermanos... —susurró Mía, limpiándose una lágrima rebelde con el dorso de la mano.

—Creo que, en el fondo, algo dentro de mí siempre lo supo —la interrumpió Joselu, con la voz cargada de emoción—. Desde el primer día en que te conocí, algo en mi cabeza me decía que no podía alejarme de ti. Había una fuerza extraña que me incitaba a acercarme, a preguntarte cómo estabas echando la mañana, a saber cómo te encontrabas... Ese instinto protector que nació en cuanto te vi por primera vez, sentada en aquel poyete frío fuera de la comisaría… Ahora lo entiendo todo. Esa necesidad de protegerte no nacía de mi profesión, Mía. Nacía de algo muchísimo más profundo.

—El destino hizo que estuvieras allí... —murmuró ella, asombrada.

—Sí —asintió él, sonriendo de lado—. El destino hizo que estuviéramos hoy aquí.

Me quedé en silencio, observando la escena desde mi sitio, y no pude evitar sumergirme en una profunda reflexión. Los miré a los dos con el pecho lleno de una admiración inmensa. Contemplé a Mía y a Joselu: dos personas reservadas que no compartían absolutamente nada de su pasado, pero que, desde el mismo instante en que se cruzaron, se desahogaron, se protegieron y se ayudaron de una forma incondicional.

Sin saberlo, sin tener la menor idea de que compartían la misma sangre, habían actuado desde el primer segundo como verdaderos hermanos. La biología no había tenido que reclamar su sitio; el alma de ambos ya se había reconocido en mitad de la tormenta. Mirar a mi esposa sonreír al lado de su hermano, sabiendo que el peor de sus fantasmas estaba enterrado y que ahora su familia crecía con alguien que daría la vida por ella —literalmente—, me hizo comprender que, a pesar de toda la sangre y el dolor del camino, por fin habíamos llegado al lugar correcto.

Esos mismos pensamientos que me daban vueltas en la cabeza empezaron a surgir, casi de forma inevitable, en el resto de los presentes. El salón entero parecía estar atando cabos, asimilando que aquella complicidad tan ciega que siempre habían tenido Mía y Joselu ahora cobraba un sentido milimétrico.

—Has estado pendiente de ella todo este tiempo, Joselu —dijo Cami, mirándolo con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo una película cuyo final por fin entendía.

—Siempre la has protegido —añadió Adri, asintiendo desde el otro lado del sofá.

—¡Y yo siempre decía que por qué demonios no estabais juntos! —soltó Cami de repente, con su habitual falta de filtro.

—Cariño... no digas esas cosas, por favor —la interrumpió Eric de inmediato, dándole un codazo amistoso y poniéndose un poco rojo, sabiendo que yo estaba justo al lado.

—¡Perdón! Quiero decir... entendedme —se justificó Cami, gesticulando con las manos para arreglarlo—. Son guapísimos los dos, se hacían bromas que solo ellos entendían, se preocupaban el

uno del otro a niveles exagerados... Vamos, que para cualquiera que los mirara desde fuera, eran la pareja ideal.

—Sí, una pareja ideal... de hermanos —remató Joselu con una sonrisa descarada, pasándole un brazo por encima de los hombros a Mía.

Todos en el salón rompieron a reír, disolviendo cualquier rastro de tensión. Yo me limité a negar con la cabeza, sonriendo de medio lado; la verdad es que, mirándolo en retrospectiva, Cami no iba desencantada con lo de la "pareja ideal", solo le había fallado la etiqueta biológica.

—Bueno, bueno, y que no quede en el olvido el súper regalazo de bolígrafo de lujo que Joselu le dio a Mía hace tiempo —intervino Liam, que nunca perdía la oportunidad—. Ahora que oficialmente somos familia, digo yo que podrías estirarte y regalarme uno igual por mi cumpleaños, ¿no?

Las risas volvieron a estallar ante la tremenda cara dura de mi hermano.

—Me lo apunto, Liam —respondió Joselu, riéndose a carcajadas.

—Es en agosto, por si quieres ir mirando catálogos —susurró Liam con tono confidencial, ganándose una mirada de advertencia de mi padre que solo sirvió para que riéramos más.

La velada continuó en una armonía perfecta, de esas que hacía meses que no respirábamos. Todos se relajaron, comentando entre anécdotas divertidas y recuerdos cotidianos todas las cosas que habían ocurrido durante este tiempo, dejando por fin el horror de Diego Beltrán sepultado en el pasado.

Mía y Joselu no pararon de hablar en toda la noche. Era increíble verlos. Se ponían al día sobre sus vidas con un ansia casi infantil, compartiendo historias de cuando él vivía en Portugal y de las manías de ella. Mientras hablaban, se turnaban con naturalidad absoluta para sostener a Cloe: Mía le daba el biberón con una sonrisa radiante y Joselu, con sus manos grandes, la acunaba con un cuidado extremo mientras mi madre, ejerciendo su papel de abuela protectora, vigilaba de cerca.

Miré a mi esposa. Su rostro ya no tenía rastro de la palidez del hospital; sus ojos brillaban con una luz limpia, libre del miedo que la había encadenado durante años. Mi mujer estaba feliz, arropada por su gente y por ese hermano que el destino le había devuelto en mitad del fango. Y yo, viéndolas a las dos a salvo en nuestro salón, simplemente no podía estarlo más. Por fin podíamos empezar a vivir en paz.

Llegada la medianoche, todos empezaron a despedirse. El cansancio acumulado de los últimos días por fin empezó a reclamar su sitio en el salón, apagando el jaleo de las risas.

—Creo que va siendo hora de dejar descansar a esta familia en su hogar —dijo mi padre, levantándose del sillón y dándole una palmadita a mi madre—. Que seguro que Mía está deseando dormir en su propio colchón.

—No os lo podéis ni imaginar, lo he echado muchísimo de menos —admitió Mía, estirándose con cuidado en el sofá.

—Seguro que más que a mí —le reproché en broma, acercándome a ella mientras los demás recogían sus abrigos.

—Imposible —me contestó de inmediato, tirando de mi camiseta para darme un beso tierno que me supo a pura gloria.

Nos aproximamos todos a la puerta para despedirnos y descansar, por fin, los tres en nuestra casa, como una familia.

—Vaya noche hemos tenido de revelación de secretos… ¿algún secreto más que tengáis que contar? —dijo mi mujer riendo mientras realizaba la pregunta al aire.

Liam, que estaba cerca de la puerta con la chaqueta ya puesta, miró al techo y soltó un suspiro dramático.

—El mío puede esperar... —se auto respondió mi hermano, dando un paso atrás con una sonrisilla acobardada que le delató al instante.

Mía cazó el gesto al vuelo. Su instinto se encendió en un segundo.

—¿Qué tienes que contar, Liam? —le preguntó, entornando los ojos con curiosidad.

Pero Liam no estaba por la labor de someterse a un tercer grado. Cogió el picaporte de la puerta, se despidió con la mano en

alto y, sin mirar atrás, salió al patio delantero mientras decía:

—¡En otro momento! ¡No estoy preparado psicológicamente para esta mesa de debate!

Mi mujer se quedó con la cara completamente descompuesta, mirándome con la boca a medio abrir, muda por la espantada de mi hermano. Yo me limité a levantar las manos en señal de inocencia.

—Oye, no me mires a mí, nena. Yo ya he contado todos mis secretos. Los de otros, que apechuguen con ellos cuando les toque.

Nos reímos y cerramos la puerta, dejando que el eco de las risas fuera el último sonido que sellara la entrada. Por fin. Por fin estábamos solos. Estábamos en nuestra casa, con nuestra hija... El pasado había quedado atrás. No de la manera que hubiésemos querido, desde luego; el precio de la libertad había sido demasiado alto y sangriento, pero la tormenta había terminado.

Con un cuidado infinito, subimos a nuestra habitación. Pusimos a Cloe en la minicuna que habíamos colocado en el lado de la cama de Mía. La pequeña dormía como un auténtico tronco, ajena a los secretos familiares y al peso del mundo, respirando con ese ritmo rápido que ya no me asustaba, sino que me daba paz.

—Ven, tengo que darte algo, date la vuelta —dije.

Mía hizo lo que le pedía, se dio la vuelta y le abroché el colgante que compramos en el mercadillo. Ella lo tocó sorprendida.

—Pensé que lo había perdido en la nave, lo vi caer al suelo tras una bofe… —contestó.

Se me encendió la sangre sólo de pensar a ese malnacido golpeando a mi mujer, pero contuve la rabia al ver la emoción pura que brillaba en su mirada. Mía apretó con fuerza el colgante de oro contra sus dedos.

—Es mi talismán, cada vez que lo miro… —continuó ella en un hilo de voz, acariciando las pequeñas ramas plateadas—. Cada vez que lo miro, me acuerdo de lo que me dijiste aquel día en el mercadillo. Para mí significa que, por muy dañado que estuviera mi pasado, he sido capaz de echar raíces nuevas, sanas y fuertes a tu lado. Significa nuestra resistencia, la familia que hemos construido y que, pase lo que pase, ya no estoy sola enraizada en la tormenta.

Se acercó un paso más, acortando la distancia entre los dos, y me miró fijamente a los ojos.

—Perderlo en esa nave se sintió como si me arrancaran el corazón, James. Sentí que todo lo bonito que habíamos planeado se rompía ahí dentro. Volver a tenerlo en mi cuello... es la prueba real de que ganamos, de que estamos a salvo. Gracias por recuperarlo. Por recuperarme a mí.

—Siempre voy a estar aquí —contesté sin dudar.

Nos desvestimos despacio, dejando la ropa de calle y todo el rastro del hospital en una silla, y nos pusimos cómodos con los pijamas limpios. Me deslicé bajo las sábanas y, con una delicadeza extrema para no rozar su abdomen, me acurruqué al lado de mi mujer después de lo que me pareció una eternidad de camas de metal y sillones incómodos. Sentir su calor, su olor mentolado y el tacto de su piel real fue el mejor analgésico para mi mente.

—Te he echado muchísimo de menos, nena —le dije, hundiéndome en el hueco de su cuello.

—Y yo a ti, James —respondió ella, entrelazando sus dedos con los míos sobre las sábanas—. Soy muy feliz. Muy feliz, de verdad. Y todo es gracias a ti.

—Yo no he hecho nada, Mía... —murmuré, dándole un beso corto en el hombro—. Solo quereros.

—Lo has hecho todo... —me corrigió, y sentí cómo su voz se volvía más profunda, más sincera que nunca—. Apareciste en mi vida cuando todo era miedo e inseguridad transformada en armadura, me has dado lo que nunca tuve en mi infancia ni en mi juventud: amor del bueno y protección real. Me has dado a nuestra hija y... me has liberado de mi pasado para siempre. Definitivamente, James, tú eres todo lo que siempre necesité. Lo que siempre soñé.

No supe qué responder. Se me hizo un nudo en la garganta, así que me limité a abrazarla un poco más fuerte, cerrando los ojos en mitad de la penumbra de nuestro cuarto. Teníamos una vida entera por delante, una niña preciosa que cuidar y un futuro limpio que escribir juntos. Habíamos ganado.

CAPÍTULO 35: MÍA

El primer mes pasó volando entre pañales, biberones y una rutina que, por fin, se sentía como una vida de verdad. Tanto Cloe como yo acudimos a la revisión y recibimos el alta médica definitiva. Mi pequeña estaba fuerte como un roble; ya pesaba cuatro kilos y cien gramos, una auténtica locura considerando que había nacido antes de tiempo y que al principio nos asustaba su fragilidad. Había recuperado con creces el peso y se había convertido en una glotona insaciable. En casa ya no comprábamos botes de leche de fórmula individuales; James los encargaba directamente en cajas de nueve unidades.

Una mañana, Cami vino a visitarnos y se quedó de piedra al ver el arsenal de leche que acumulábamos en la despensa.

—Pero Mía, por el amor de Dios —dijo Cami, abriendo los ojos como platos mientras sostenía a Cloe en brazos—, ¿qué tenéis aquí, el almacén central de la marca? ¿Esta niña toma biberones o entrena para una maratón?

—No te rías —le contesté, suspirando con ironía mientras le colocaba el chupete a la niña—. Como siga comiendo a este ritmo, no va a haber casos suficientes que resolver para pagar la factura de su alimentación. James va a tener que mudarse a vivir al despacho.

Cami soltó una carcajada limpia, acunando a la pequeña.

—Bueno, mírale los mofletes. El dinero mejor invertido del mundo. Esta guerrera se ha ganado cada gramo.

James había tenido que volver a trabajar esa misma semana. Después de pasar quince días metido conmigo en el hospital y las dos semanas siguientes encerrado en casa cuidándonos las veinticuatro horas, el bufete necesitaba urgentemente su presencia física. El vacío que dejaba por las mañanas se sentía extraño, pero la paz mental con la que se marchaba no tenía precio: el

procedimiento penal abierto por la muerte de mi padre debido al disparo de James se sobreseyó libremente. El juez dictaminó legítima defensa de manual y, por supuesto, la familia que le quedaba, es decir, mi reciente estrenado hermano, no formuló acusación. James era libre, en todos los sentidos.

Por mi parte, tomé una decisión. Y que conste en acta que fue por mi propia voluntad, que nadie me obligó a nada. Quien me ha visto y quien me ve... yo, la mujer que vivía por y para trabajar, decidí que iba a pasar los primeros meses de mi hija a su lado, cuidándonos a las dos y disfrutando de una baja maternal real después de todo el horror que habíamos arrastrado.

Aun así, nunca estaba sola; todos en el grupo y en la familia Bernard estaban deseando buscar cualquier excusa para venir a estar con nosotras.

Mi hermano —dios, aún me costaba un mundo referirme a él con esa palabra, me daba un vuelco el corazón cada vez que lo pensaba— me visitaba absolutamente todos los días. Venía a primera hora para dar un paseo conmigo y con la niña antes de entrar a su turno en la comisaría. El tiempo en esta época del año era maravilloso; la primavera estaba en su máximo esplendor, regalándonos unos días ideales y templados para caminar por el barrio.

Una de esas mañanas, sin embargo, Joselu no vino solo. Al dar la vuelta a la esquina, vi que lo acompañaba su madre, Marisa. En cuanto nos saludamos, noté que la mujer estaba visiblemente nerviosa, mirándome con una timidez cargada de emoción.

—Mía... quería venir a visitarte desde hace días —empezó a decirme en cuanto nos sentamos en un banco del parque, mientras Joselu empujaba el carrito un poco más allá—. Pero, sinceramente, no sabía si querrías verme.

—¿Por qué no iba a querer verte, Marisa? —le pregunté con suavidad, extrañada por su tono.

—Me siento terriblemente culpable de que hayas tenido que vivir todo lo que viviste con ese hombre —confesó, y se le inundaron los ojos de lágrimas—. Si yo hubiese sabido todo lo que te hizo... te

juro por lo que más quiero que te hubiese ayudado. Hubiese ido a buscarte. Pero tenía tanto miedo, Mía...

Me quedé callada un momento, sin saber muy bien qué responder. Sus palabras me calaron hondo. Yo sabía, mejor que nadie en este mundo, lo que era vivir con el miedo metido en los huesos, lo que era que Diego Beltrán te gobernara la existencia a través del terror.

—Cuando me enteré de quién era en realidad Diego —continuó Marisa, limpiándose una lágrima con un pañuelo—, cuando descubrí que me estaba ocultando su verdadero nombre porque a mí siempre me dijo que se llamaba Jaime... y supe de las personas a las que había hundido, estafado y manipulado a sus espaldas, que tenía otra familia, que me había engañado para conseguir lo que siempre quería, dinero, me entró un pánico atroz. Tuve miedo por mi hijo, por mí y por toda mi familia. No queríamos ser un nombre más en su lista de personas destruidas. Así que tomé la decisión de desaparecer. Me fui con mi hijo lo más lejos que pude para que nunca nos encontrara. Esa huida por mi parte... hizo que tú te quedaras sola, que tuvieras que salir adelante sin nadie a tu lado.

Miré a la mujer que había criado al hombre que nos salvó la vida en aquella nave. Ya no sentía rabia, solo una profunda empatía.

—Sé perfectamente lo que es tenerle miedo a Diego Beltrán —le respondí, poniéndole una mano sobre el brazo—. Así que no sientas culpa ninguna, Marisa. No puedes cargar a la espalda con una responsabilidad que no te corresponde. Además, ahora que tengo a Cloe y sé lo que significa ser madre... te entiendo perfectamente. Yo hubiera hecho exactamente lo mismo que tú: proteger a mi hijo por encima de cualquier otra cosa. Igualmente, gracias por tus palabras. Es muy importante para mí escucharlas, sobre todo ahora que sé que Joselu es mi hermano.

Marisa me sonrió a través de las lágrimas y me apretó la mano con un cariño genuino.

—No dudes ni un segundo que me tienes aquí para lo que necesites, Mía. Tú, tu pequeña, James y la familia Bernard al completo. Para mí sois mi familia también.

Esa mañana dimos el paseo los tres. Caminé bajo el sol de primavera escuchando cómo esa madre adoraba a su hijo y cómo me contaba anécdotas divertidas de la infancia de Joselu, de sus trastadas y de cómo acabó queriendo ser policía. Gracias a ella, a sus recuerdos y a su generosidad, conocí aún más al hermano que el destino me había regalado. Las piezas rotas de mi vida, por fin, estaban en su sitio.

Al segundo mes, yo ya era lo que fui. Había recuperado mi energía, mi agilidad y esa chispa que el hospital me había apagado temporalmente. De vez en cuando me pasaba por el despacho para visitar a James con Cloe, interrumpiendo sus reuniones con la excusa de que la niña echaba de menos a su padre, y así nos veníamos juntos a casa al terminar su jornada. Era una sensación extraña pero maravillosa. Caminar por la calle mirando a los lados y darme cuenta de que ya no buscaba sombras, que ya no vigilaba los coches que frenaban cerca ni sentía ese vuelco en el estómago al escuchar unos pasos detrás de mí... Nunca pensé que vivir sin temor fuera tan sumamente placentero. La libertad sabía exactamente a esto.

Una tarde, todos nuestros amigos se reunieron en casa. Era evidente que tener una bebé en nuestras vidas había dinamitado por completo nuestra rutina de salidas nocturnas y planes improvisados, pero a ellos parecía importarles entre poco y nada.

—Con estar juntos es suficiente, da igual el sitio —dijo Adri, acomodándose en el suelo con un cojín.

—Yo lo único que quiero es que esta pequeña se despierte de una vez para llenarla a besos —dijo Eric, echándole un ojo a Cloe.

—¿Qué pasa, que quieres una o qué? —le soltó Liam a Eric, picándole con una sonrisa de oreja a oreja.

Al instante, Cami se puso roja como un tomate, mirando a su novio de reojo.

—Quiero una exactamente como esa —admitió Eric, mirando a Cloe con una ternura que jamás le había visto.

—¡¡¿Qué?!! —gritó Cami. Se arrepintió del alarido en el mismo milisegundo en el que lo soltó, tapándose la boca con las manos y

mirando asustada hacia la minicuna por si había desvelado a la niña.

—Bueno, si queréis, os podemos ir guardando la ropa que le vaya quedando pequeña a Cloe... —intervino James con pura guasa, avivando el fuego.

—¿Os podéis callar ya? —protestó Cami, con las mejillas ardiendo—. ¡Con ser tía me basta y me sobra!

—De momento... —sentenció Eric, guiñándole un ojo.

Todos en el salón nos reímos a carcajadas. Verlos hablar así todavía me sorprendía muchísimo. Eric, el soltero de oro del grupo, el hombre al que jamás se le había pasado por la cabeza tener una pareja estable, ahora estaba ahí, hablando abiertamente de tener un bebé con mi mejor amiga. Era precioso ver cómo el amor cambiaba las reglas del juego para todos.

Empezamos a hacer bromas y a planear el hipotético baby shower de Cami hasta que Liam, fiel a su absoluta falta de vergüenza, se dirigió directamente a James y a mí con una sonrisa pícara.

—¿Y vosotros dos qué? ¿Habéis tenido algo de intimidad en estos dos meses? ¿O el rol de padres os ha dejado en huelga de brazos caídos?

—Liam, ¿puedes callarte por una vez en tu vida? —le espetó James, lanzándole un cojín y mirándolo con cara de pocos amigos.

—Pues no, la verdad es que Cloe ocupa todo nuestro tiempo y mi recuperación apenas acaba de terminar —respondí yo con naturalidad, encogiéndome de hombros.

—¡Mía! —se quejó James, mirándome con reproche y una mezcla de timidez que me hizo gracia.

—Deberíais daros una escapada romántica, en serio —sugirió Eric—. Os vendría genial.

—Sí, aunque solo sea un día —secundó Liam—. Desfogáis un poco, os miráis a las caras sin un pañal de por medio y volvéis a casa listos para seguir ejerciendo de padres ejemplares.

—Aún es muy pequeña... —admití, mirando de reojo hacia la cuna—. No me atrevo a dejarla todavía.

—Por Dios, Mía, somos un regimiento entero y todos sabemos cuidar de ella —insistió Liam, dándose golpes en el pecho—. Podemos encargarnos nosotros perfectamente un fin de semana.

—¿Tú? —preguntó James, arqueando una ceja con escepticismo puro.

—Sí, yo por ejemplo. Nadie mejor que yo, os lo garantizo. Tengo un instinto paternal oculto que os dejaría locos.

Mientras el resto seguía discutiendo sobre quién sería el canguro oficial más apto, una punzada de contradicción me apretó el pecho.

Por un lado, la sola idea de dejar a mi hija sola, de separarme de ella aunque solo fueran unas horas, me provocaba un nudo físico en el estómago. La idea de que pudiera llorar y que mis brazos no estuvieran allí para calmarla me generaba una ansiedad casi insoportable; al fin y al cabo, habíamos luchado demasiado por estar juntas como para soltarla tan pronto. Sentía que todavía era mi deber vigilar cada uno de sus suspiros.

Pero, por otro lado, miré a James. Lo miré de verdad, al notar cómo se reía con su hermano. Echaba muchísimo de menos a mi marido. Echaba de menos al James de antes de la tormenta, a las noches enteras hablando de nada en nuestra cama, a los abrazos que no estaban condicionados por el cansancio extremo o por el llanto de la niña a las tres de la mañana. Quería tiempo a solas con él. Necesitaba volver a fundirme en sus brazos sin el cronómetro de la siguiente toma corriendo en mi cabeza. No me sentía preparada para dar el paso, no aún, pero aquella semilla que mis amigos acaban de plantar empezó a germinar en mi mente. Quizá, solo quizá, James y yo nos merecíamos un respiro.

A las dos semanas, el sábado por la mañana, el timbre de casa sonó de manera insistente. Cuando abrí la puerta, allí aparecieron Cami, Liam y Eric con unas sonrisas sospechosas de oreja a oreja.

—Venga, preparad las maletas —soltó Eric sin rodeos, entrando al recibidor como si fuera su propia casa.

—¿Qué? —dije completamente sorprendida, mirándolos uno a uno.

—Os he reservado una noche en unas cabañas a las afueras de Madrid que son súper románticas —explicó Eric, levantando unos papeles impresos con el logo de la reserva—. Son ideales, Mía. Son como cúpulas geodésicas de cristal en mitad de la naturaleza, flotando entre los árboles. Puedes ver las estrellas directamente desde la cama. Yo estoy deseando ir con Cami, así que valorad el detalle.

—¿Cómo? —preguntó James, saliendo de la cocina con el biberón de Cloe en la mano, totalmente incrédulo.

—Dejaos de preguntas y moveos, venga, que os ayudo a hacer el equipaje —ordenó Liam, pasándonos de largo y enfilando directamente las escaleras hacia el piso de arriba.

Antes de que pudiera reaccionar, Cami se acercó y me quitó, literalmente, a Cloe de los brazos con un cuidado infinito pero con una firmeza absoluta.

—Corre, sube —me urgió mi amiga con una sonrisa cómplice —, antes de que tu cuñado te desarme todo el vestidor y te monte un desfile de modas improvisado.

Subí las escaleras a toda prisa y, tal y como me había temido, encontré a Liam en nuestra habitación con una maleta abierta de par en par sobre la cama y metiendo mano en mi armario.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le espeté, cruzándome de brazos en el umbral.

—Tu maleta —respondió él sin volverse, revisando mis perchas—. Y si no quieres que te la llene entera de tus conjuntos más sexis y atrevidos, espabila y escoge tú misma la ropa.

—Liam, no podemos irnos. Es una locura. Cloe es muy pequeña.

Liam dejó de rebuscar en la ropa, se giró y me miró con una seriedad y una madurez que rara vez exhibía, pero que cuando salía a la luz, desarmaba a cualquiera.

—Escucha, Mía: habéis pasado por muchas cosas horrorosas. Demasiadas. Pero ya está, se acabó; ahora estáis a salvo. Y aunque vuestra hija es lo más importante del mundo para vosotros, vuestra

relación de pareja lo es más. Os habéis descuidado por sobrevivir. Necesitáis estar a solas, recordar quiénes sois cuando la niña duerme.

¿Y sabéis qué? Que no dije nada. Sus palabras me dieron el empujón que me faltaba. Me tragué el nudo de la garganta, abrí el armario, cogí un par de mudas cómodas para James, otras dos para mí y, desafiando mis propios miedos, eché al fondo de la maleta un par de mis conjuntos lenceros de encaje que todavía estaban sin estrenar. Porque quería a mi hija con toda mi alma y se me hacía un mundo separarme de ella aunque solo fuera por un día, pero también quería, y necesitaba con urgencia, estar a solas con James. Con el hombre que me lo había dado todo: amor, paz y una familia.

—Esa es mi chica —aprobó Liam con una sonrisa de victoria, cerrando la cremallera de la maleta de un tirón.

Bajé las escaleras junto a Liam, que insistió en llevar el equipaje. Cuando estábamos llegando a los últimos peldaños, escuché el final de la conversación que James estaba teniendo con Eric en el salón, intentando razonar en vano.

—Eric, no podemos irnos así como así. No podéis llegar aquí y decir de buenas a primeras que...

—James, nos vamos —le interrumpí, plantándome en el salón.

James se giró hacia mí con una incredulidad pasmosa. No se le pasaba por la cabeza, ni en sus mejores pronósticos, que yo fuera a ceder. Pero en cuanto asimiló mis palabras, vi perfectamente cómo sus ojos azules cambiaron, transmutando a un tono mucho más intenso, más oscuro y cargado de una promesa silenciosa.

—Te tienen agarrado por los huevos, amigo —le oí susurrar a Eric directamente al oído de James, conteniendo una risa.

A James le importó una mierda el comentario de su amigo. Dio un paso hacia mí, buscándome la mirada.

—¿Estás segura? —me preguntó en voz baja, asegurándose de que no estaba forzando la situación.

Me giré un segundo para contemplar a aquellos tres celestinos que se habían confabulado a nuestras espaldas. Luego volví a mirar a mi marido.

—Estoy segura. —Me volví hacia el trío—: ¿Y ustedes? ¿Estáis seguros de esto?

—Segurísimos —respondieron los tres al unísono, colocándose en fila como un muro de contención.

—Cualquier cosa nos llamáis —advirtió James, señalándolos con el dedo mientras capitulaba—. Y cuando digo cualquier cosa, es cualquier cosa. No dudéis.

—¡Que síiiii! —volvieron a cantar de nuevo al unísono, espantándonos con las manos hacia la salida.

James cogió la maleta con una media sonrisa dibujándosele en los labios y nos dirigimos a nuestro coche. Justo cuando James abría el maletero, Liam se asomó a la puerta principal y nos despidió con un grito tan sumamente fuerte que estoy segura de que se enteró todo el vecindario:

—¡Por cierto, Mía! ¡Nada de tés raros de esos que tú tomas, que necesito disfrutar un poco de Cloe antes de tener más sobrinos rondando por aquí!

En ese preciso momento, quise matarle. Me giré hacia James, que se había quedado estático sujetando el capó del coche mientras observaba a su hermano con los ojos entrecerrados. Rectifico. En ese mismo momento, quisimos matarlo los dos.

CAPÍTULO 36: JAMES

El sitio que Eric había reservado para nosotros se quedaba corto con cualquier descripción que nos hubiera dado. Al llegar a las afueras de Madrid, nos encontramos con una estructura impresionante: una cúpula geodésica perfecta, mimetizada por completo con la naturaleza circundante y suspendida entre los árboles. El interior combinaba el lujo con lo salvaje, pero lo verdaderamente espectacular era el techo, completamente transparente, que convertía toda la habitación en un mirador privado hacia la inmensidad del cielo. Fuera, la noche empezaba a caer y las primeras estrellas ya titilaban sobre nuestras cabezas. En el centro de la terraza de madera, integrado con el entorno, un enorme jacuzzi humeante ya estaba listo, desprendiendo un vaho cálido que bailaba con el aire fresco de la sierra.

Mía se acercó al borde, dejando caer la toalla al suelo con una lentitud que me cortó la respiración. Llevaba uno de los conjuntos de lencería de encaje negro que había metido en la maleta, y verla recortada contra la iluminación tenue del agua me encendió la sangre.

—¿Preparado para estrenar ese jacuzzi? —preguntó mi mujer, mirándome de reojo con una sonrisa felina, cargada de una promesa que llevábamos meses retrasando.

—Mientras esté contigo, como si me tengo que bañar en barro… —le respondí con voz grave, dando un paso hacia ella sin apartar los ojos de su cuerpo.

El ambiente se tensó al instante. Ya no había espacio para las bromas de Liam, ni para las preocupaciones del despacho, ni para el eco del pasado; solo existíamos nosotros dos y una electricidad palpable que hacía que el aire pesara. Y yo había echado mucho de menos a mi mujer.

Me deshice de mi ropa con rapidez y me deslicé en el agua caliente primero, sentándome en el banco interior. Mía me siguió, bajando los escalones del jacuzzi con una delicadeza pausada. El agua subió por sus piernas, cubriendo la línea de sus caderas y el encaje negro, hasta que se sentó directamente sobre mis muslos, horquillándome con las piernas. El contraste del aire fresco de la noche con el calor envolvente del agua a presión desató una tormenta sensorial.

Nos miramos un segundo, devorándonos con los ojos, reconociendo cada milímetro de nuestra piel antes de dar el paso definitivo. Ya no podíamos esperar más. El deseo, contenido durante tantos meses de miedo, quirófanos y vigilias, estalló entre nosotros con una fuerza arrolladora.

La atraje hacia mí por la cintura, rompiendo la distancia, y nuestros labios se encontraron en un beso hambriento, salvaje y desesperado. No fue un beso tierno; fue una colisión de pura necesidad. Mi lengua invadió su boca con fuerza, encontrando la suya en un ritmo caótico y ardiente, mientras el sonido del agua borboteando a nuestro alrededor envolvía nuestros gemidos. Las manos de Mía, húmedas y temblorosas, subieron por mi pecho hasta enredarse con fuerza en mi pelo, tirando de mí hacia abajo, queriendo más, queriendo fundirse conmigo.

Bajé mis manos por su espalda mojada, deleitándome con la suavidad de su piel bajo el agua caliente, hasta llegar a sus glúteos. La elevé un poco, encajando su pelvis directamente contra mi erección, que presionaba con fuerza contra la tela de su braguita. Mía soltó un jadeo ronco contra mis labios, arqueando la espalda por el estímulo. Con un movimiento rápido y torpe por la urgencia, deslicé mis dedos bajo el encaje de su lencería, apartándolo por completo.

Cuando mis dedos la tocaron de verdad, descubrí que estaba completamente encendida, ardiente y empapada por un deseo que competía con el agua del jacuzzi. La acaricié con insistencia, buscando su punto más sensible, y Mía echó la cabeza hacia atrás, clavando sus uñas largas en mis hombros, arañando mi piel en un

intento de anclarse a la realidad ante la intensidad del placer que la recorría.

—James... por favor... te he echado mucho de menos —gimió contra mi oído, con la respiración entrecortada, rozando sus labios húmedos contra mi cuello.

No la hice esperar. Sujetándola firmemente por las caderas, la elevé y me alineé con ella. Bajó despacio, hundiéndose sobre mí de un solo movimiento firme y profundo. Un gemido unísono y desgarrador se nos escapó de la garganta. Estar dentro de ella de nuevo, sentir su calor estrecho y palpitante envolviéndome por completo, fue como regresar a casa tras una guerra infinita.

Empezamos a movernos en un compás perfecto. Yo la empujaba hacia arriba desde abajo y ella se dejaba caer, controlando el ritmo con un vaivén de caderas lento y tortuoso que me estaba volviendo loco. El agua del jacuzzi salpicaba fuera del borde con cada uno de nuestros impactos, pero ninguno de los dos prestaba atención. La pasión nos dominaba por completo; era un reencuentro carnal, crudo, donde cada embestida arrastraba un mes de abstinencia y angustia.

El ritmo se volvió más rápido, más exigente. Agarré a Mía por la cintura con fuerza, imponiendo una velocidad implacable, hundiéndome en ella hasta el fondo, golpeando su centro con una entrega total. Ella se aferró a mi cuello con los brazos, ocultando el rostro en mi hombro mientras sus uñas se hundían con fuerza en mi espalda, dejándome marcas que no me importaban, que deseaba sentir. Cada movimiento nuestro era acompasado, una coreografía de pura supervivencia y posesión mutua. Estábamos recuperando el tiempo perdido, borrando con cada roce el dolor de todo por lo que habíamos pasado, dejando atrás el miedo por un pasado ya enterrado.

Miré hacia arriba un segundo mientras me movía dentro de ella: el cielo estrellado nos cubría a través del cristal de la cúpula, pero al volver los ojos hacia el rostro de Mía, con el pelo húmedo pegado a las mejillas, los ojos entreabiertos por el éxtasis y los labios hinchados de tanto besarnos, supe que el universo entero se

reducía a lo que tenía entre mis brazos. Ella era mi mundo. No había estrellas más brillantes que su mirada en ese instante.

El placer se volvió insoportable, una tensión eléctrica que nos envolvía las entrañas y nos empujaba al vacío. Los espasmos internos de Mía empezaron a contraerse con fuerza alrededor de mi miembro, anunciando que estaba al límite. Sus gemidos se volvieron más agudos, más descontrolados, repitiendo mi nombre como una súplica.

—¡James, no aguanto más! —exclamó, apretando las piernas alrededor de mi cintura.

Esa confesión terminó por derribar mis últimas defensas. Di tres embestidas más, brutales, profundas y definitivas, buscando el fondo de su ser. Mía se estremeció por completo, estallando en un orgasmo violento que la hizo temblar en mis brazos de pies a cabeza mientras su musculatura me aprisionaba. Segundos después, incapaz de contenerme ante la intensidad de su clímax, solté un rugido sordo y me vine dentro de ella, liberando una marea densa y caliente que nos hizo flotar en una nube de pura desconexión.

Nos quedamos suspendidos en esa posición durante largos minutos, con los corazones latiendo desbocados el uno contra el otro, respirando el mismo aire caliente y húmedo de la cúpula. La estreché contra mi pecho con una fuerza inmensa mientras el jacuzzi seguía borboteando a nuestro alrededor de manera constante, ajeno al cataclismo que acababa de ocurrir sobre su superficie. Le aparté los mechones mojados de la frente y le di un beso tierno, largo, lleno de una devoción absoluta. Habíamos vuelto a ser uno solo, y el universo, por fin, nos pertenecía por entero.

Tras un sábado de pura desconexión en el que, para ser sinceros, apenas salimos de las pocas paredes de la habitación, el domingo por la mañana nos despertamos temprano con una sensación extraña. Aunque la reserva nos permitía quedarnos unas horas más, nos miramos y lo supimos sin necesidad de decir una sola palabra: ambos echábamos de menos a nuestra pequeña. Esta pequeña escapada nos había servido para recordarnos quiénes

éramos y unirnos aún más en la intimidad, pero nos faltaba nuestro pedacito de mundo.

Así que decidimos exprimir las últimas horas allí. Dimos un paseo rápido pero precioso bajo el sol de la mañana, contemplando los senderos verdes, los riachuelos y esas pequeñas cascadas que ponían una banda sonora perfecta a nuestra despedida. Regresamos a la cúpula para desayunar en la terraza y, antes de hacer las maletas, el ambiente volvió a encenderse; hicimos el amor de nuevo, esta vez con una parsimonia y una ternura que nos terminó de curar el alma. Tras ducharnos y recoger todo, montamos en el coche para emprender el viaje de vuelta al mediodía.

Llegamos a casa mucho antes de lo previsto, a una hora en la que el "batallón" de canguros no nos esperaba para nada. Al meter la llave en la cerradura, sabíamos que los pillaríamos por sorpresa, pero lo que no imaginábamos era la estampa que nos encontraríamos.

Al abrir la puerta del salón, nos quedamos congelados en el recibidor. Allí estaban Liam y Arón. Y este último, sentado en nuestro sofá, le estaba haciendo carantoñas a Cloe con una sonrisa suave.

—¿Se puede saber qué hace él aquí? —la pregunta de Mía cortó el aire como un cuchillo, pillando a todos por sorpresa.

La cara de mi hermano se descompuso por completo en un milisegundo; creo que en toda mi vida lo había visto tan pálido y asustado.

—¿Ya... ya estáis aquí? —tartamudeó Liam, poniéndose en pie de un salto.

—Sí, ya estamos aquí —replicó mi mujer, dando un paso al frente con esa postura implacable innata que hacía temblar el mundo—. Pero no me has contestado. ¿Qué hace él en mi casa?

Mi hermano, como pocas veces pasaba en su vida, se quedó completamente mudo, abriendo y cerrando la boca sin saber por dónde salir. Fue Arón el que, demostrando bastante valor, dejó a la niña con cuidado en la cuna, se levantó y dio la cara. Miró a Mía a los ojos y le contó toda la verdad sin filtros: le explicó que se habían dado una segunda oportunidad, que se arrepentía de corazón de todo lo que había hecho en el pasado y que, actualmente, no se

hablaba con su propia familia porque había decidido plantarse, elegir a Liam y ellos no lo aceptaban.

—Pero me da exactamente igual lo que diga mi familia —concluyó Arón, mirando a mi hermano de reojo antes de volver a Mía—. Estoy enamorado de él.

Mía, fiel a su instinto protector, sacó las uñas de inmediato por su cuñado.

—Le hiciste mucho daño, Arón —le espetó, fría—. A él, a nosotros, a todos.

—Lo sé, y estoy muy arrepentido —asumió él, agachando la cabeza con sinceridad—. Sé que no tengo derecho a pedir nada, pero estoy intentando demostrarle cada día que lo quiero y que voy a luchar por lo nuestro con todas las consecuencias.

Mi mujer respiró hondo. Meditó la situación durante unos segundos eternos en los que nadie se atrevió a mover un músculo. Volvió a respirar, templando su genio.

—Te voy a estar vigilando muy de cerca, Arón —sentenció, clavándole un dedo acusador—. No me fío de ti ni un pelo.

—Lo entiendo perfectamente, Mía. No espero menos de ti —respondió él, aliviado de seguir vivo—. Solo... solo he venido aquí a conocer a vuestra hija. Me moría por conocerla. Es preciosa, de verdad.

—Gracias —soltó Mía, suavizando un mínimo el tono al hablar de la niña.

Tras una pequeña, tensa y escueta conversación más, los dos entendieron que lo mejor era despejar la zona. Se encaminaron a la salida, pero justo cuando Liam pasaba por el lado de mi mujer, la vi inclinarse ligeramente hacia él.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente —le susurró Mía al oído con un tono sibilino que prometía un tercer grado.

Yo, que estaba observando toda la escena desde el fondo, vi la cara de terror absoluto de mi hermano, la formalidad incómoda de Arón y la rigidez de la situación, y simplemente no pude evitar soltar una carcajada limpia.

En cuanto la puerta principal se cerró tras ellos, Mía se giró hacia mí como un resorte, con los brazos en jarras y los ojos

encendidos.

—¿Tú lo sabías? —me acusó.

—Eh, a mí no me metas en tus interrogatorios —dije, levantando las manos antes de caminar directo hacia la cuna para coger a mi hija en brazos y comérmela a besos—. Eso es un asunto con tu mejor amigo.

Miré de reojo a mi mujer mientras acunaba a Cloe. Mía seguía plantada en mitad del salón, con la mirada fija en la madera de la puerta de entrada, completamente estupefacta y sin dar crédito a lo que acababa de pasar en su propia casa. El amor, definitivamente, seguía haciendo de las suyas en nuestro entorno.

Pasamos el resto del domingo en casa, cumpliendo a rajatabla el plan que tantas veces había dibujado en mi mente mientras contemplaba las paredes blancas del hospital: tirados en el sofá, acurrucados bajo la manta con una película de fondo y nuestra hija durmiendo plácidamente a nuestro lado. No hacían falta grandes lujos ni restaurantes; tenerlas ahí, sentir el calor de sus cuerpos y escuchar la respiración pausada de Cloe era todo lo que necesitaba para saber que la tormenta se había marchado para siempre. Cenamos algo ligero sin apenas apartar los ojos de nuestra pequeña y, cuando el cansancio nos venció, nos fuimos a la cama juntos, enredados el uno con el otro, abrazados con la certeza de que ya nadie podía alcanzarnos.

Cerré los ojos, respirando el aroma de Mía y escuchando el leve suspiro de Cloe en su cuna, sintiendo por fin el peso de la paz en mi pecho. En ese silencio perfecto, comprendí que la vida no se mide por los planes que trazamos, sino por los giros imprevistos con los que el hilo invisible de la existencia nos ata a nuestro verdadero norte.

Cuando Mía apareció en mi vida, fría y blindada tras sus muros, me trajo un amor indómito, un huracán que arrasó con mis certezas y se convirtió en LO QUE NUNCA PEDÍ. Después, nos tocó caminar juntos por un sendero de sombras y batallas legales, desafiando a los monstruos de nuestro pasado y abriendo las puertas a una familia y a una complicidad que superaron cualquier

expectativa, transformándose en LO QUE NUNCA IMAGINÉ. Y, ahora, mirándonos aquí, con la tormenta disipada, con nuestra hija a salvo y el mañana libre de cadenas, supe que el dolor había valido la pena; porque al final del camino, ella no era solo mi redención, sino la realidad más hermosa de LO QUE SIEMPRE SOÑÉ. Al final, nuestro DESTINO no era un lugar al que llegar, sino este preciso instante: nosotros tres, listos para empezar a vivir.

—FIN—

NOTAS DE LA AUTORA

Poner el punto final a una historia nunca es fácil, pero despedirse de ella de manera definitiva es, sin duda, una de las tareas más agridulces, intensas y conmovedoras a las que me he enfrentado. Escribir este tercer volumen, *Lo que siempre soñé*, no ha sido solo terminar un libro; ha sido el destino final de un largo viaje que comenzó hace mucho tiempo, un proceso en el que he dejado pedazos de mi propia alma en cada página mientras veía a Mía y a James luchar por su felicidad.

Aún recuerdo cuando todo empezó con *Lo que nunca pedí*. En aquel entonces, Mía y James eran dos personas blindadas, llenas de muros, piques en la oficina y cicatrices que se negaban a mostrar. Después, nos tocó sufrir, contener el aliento y caminar junto a ellos por el sendero de sombras, secretos familiares y batallas legales en *Lo que nunca imaginé*, donde una terrible injusticia estuvo a punto de arrebatárselo todo. Y ahora, tras tantas tormentas superadas, llegar a *Lo que siempre soñé* ha sido la recompensa más hermosa, el refugio de paz y el cierre perfecto que tanto se merecían.

Dicen que plasmar una historia es dar vida a la imaginación, pero para mí ha sido mucho más que eso. Ha sido crear un universo donde Mía, James, Liam, Eric, Enzo, Cami, Adri, Joselu, y cada uno de los personajes que han caminado por estas páginas se han convertido en seres tan reales que ya forman parte de mi vida para siempre. Es una sensación mágica y extraña; la de pensar que esos nombres a los que lees en papel bien podrías encontrártelos a la vuelta de la esquina. Me descubro a mí misma recordando sus anécdotas a lo largo de estos tres libros como si fueran vivencias compartidas con personas de carne y hueso, sonriendo con sus ocurrencias y sintiendo, en el fondo, unas ganas inmensas de ser su amiga.

Mentiría si dijera que no los voy a echar de menos. El vacío que se queda en el pecho al cerrar esta etapa es real; es despedirse de unos compañeros de viaje que me han acompañado durante noches enteras de escritura. Sin embargo, lo verdaderamente hermoso de la literatura es que la despedida nunca es definitiva. Sé que, a partir de hoy, siempre que la nostalgia me gane, podré volver a buscarlos, a abrazarlos y a revivir sus vidas simplemente abriendo estas páginas. Ellos siempre estarán aquí, esperándome. Esperándonos.

Y es precisamente a ti, querido lector, a quien quiero dirigir mis últimas palabras. Gracias. Gracias de todo corazón por haber recorrido este largo sendero conmigo, por haber creído en este proyecto desde el primer volumen y por haber llegado hasta la última línea de este viaje. Darle una oportunidad a este relato, sufrir con las mentiras, alegrarte con sus victorias y, sobre todo, confiar en mí como escritora a lo largo de estos tres libros, es un regalo inestimable que jamás podré olvidar. Me has prestado tu tiempo y tu corazón, y ese es el mayor honor al que una autora puede aspirar.

Gracias por haber caminado a nuestro lado en cada paso del destino, y por hacer realidad lo que yo siempre soñé.

Escribir esta andadura me ha servido para explorar e indagar en lo más profundo de mi mente, y he descubierto que tengo muchísimas más historias que contar.

Hasta siempre, Mía y James.

Y a ti, lector... nos vemos en más historias dentro de poco.

Alysa Garles